


BIBLIOTECA DE "LA NACION"

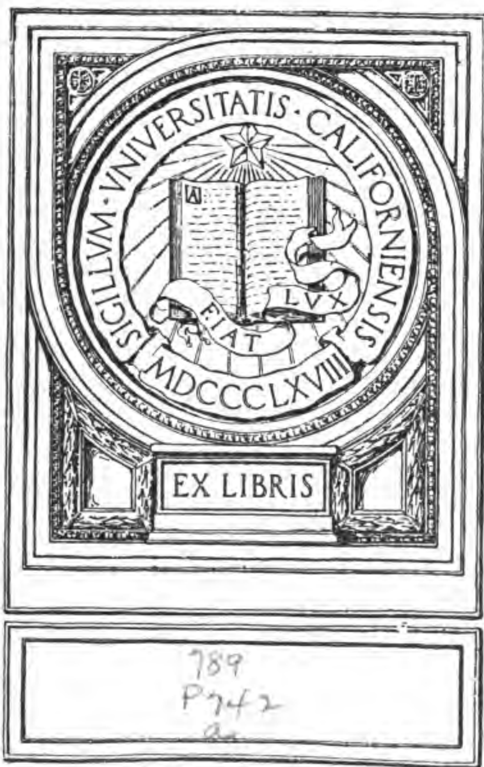
Manuel T. Podestá

# Alma de Niña

# Irresponsable



VOLU 100 MEN


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

MANUEL T. PODESTÁ

# ALMA DE NIÑA

# IRRESPONSABLE



BUENOS AIRES

1903

# MANUEL T. PODESTÁ

Las dos obras que componen este volumen, pertenecen al distinguido médico y escritor argentino, Dr. Manuel T. Podestá, y nacieron en época en que nuestra literatura—después del brillo intenso pero fugaz del romanticismo á todo trance,—comenzó á tomar nuevos rumbos.

Hombres de mundo, como Eugenio Cambaceres; políticos y jurisconsultos, como Lucio V. López; críticos y eruditos, como Pablo Groussac, tomaron en aquel momento la pluma, todos con resultado más ó menos semejante, pero todos con la misma idea de encarrilar las letras nacionales por nuevos y fecundos caminos.

En los pensadores y en los estudiosos este fué el efecto de una convicción y la instintiva obediencia á una necesidad de enseñar. En otros que siguieron ciegamente y exageraron más ciegamente aun el compás iniciado, fué snobismo.

Zola imperaba entonces con la fuerza brutal de su talento, y Daudet lo secundaba admirablemente creando un fondo de realismo ecléctico, sobre el que se destacaban las figuras creadas por el maestro naturalista, con todo el relieve, con todo el color, con toda la acción de que las había dotado. Goliath se apoyaba en el hombro de David, y David crecía en el concepto ajeno, por la heroica apariencia de un esfuerzo que no era tal. La fuerza no ha desdeñado nunca la amistad de la gracia, y la gracia ha adquirido una fuerza refleja mediante esa unión.

Tal era la época en que Manuel T. Podestá asomó, se presentó y triunfó, en la arena de las letras nacionales.

—Tenía una gran base para ser escritor y novelista: era médico, y había codeádose con la humanidad que sufre y

con la humanidad que goza. Es decir, dominaba la teoría y se hallaba en plena práctica. Podía disecar, diagnosticar, determinar como Zola; podía sentir, embriagarse con el sentimiento nacido de la observación, como Daudet.

En efecto, nacido en Buenos Aires en 1853, y cursados con éxito los estudios preparatorios, lo vemos, muy joven aun, dedicarse con amor á la medicina, y á los veinte años metido en pleno purgatorio humano como jefe de clínica quirúrgica en el antiguo Hospital de Hombres. El artista, el escritor, se formaba bebiendo en la fuente, no en los libros, respirando realidad, no adornos y encajes retóricos.

"Los servicios sanitarios—nos cuenta él mismo, hablando de una época algo más cercana aun,—no andaban en aquel entonces muy ajustados que digamos al sentido común. Imagínese que bajo el mismo techo se asistían los enfermos de viruela y los atacados de afecciones comunes que no cabían en el Hospital de Hombres, lleno de enfermos, pululante de microbios, saturado de miserias. Tenía entonces el pomposo título de médico subdirector de *todos* los hospitales muncipales... de los que no existían sino uno y medio, pues el de San Roque estaba á la mitad no sé por que dificultades, falta de fondos, falta de voluntad... La revolución del 80 me desalojó del puesto. Mejor dicho: renuncié harto de muchas cosas que me ocasionaban una indigestión diaria y me hacían más mala sangre que la de todos los enfermos juntos."

Se ve el capital que en esta clase de vida reuniría un hombre estudioso, observador, científicamente preparado, y que á ello unía tendencias, sentimientos é intuiciones artísticas bien poco comunés. Se ve el desarrollo que, en tal campo de estudio y experimentación, ha podido y ha debido adquirir el espíritu de un psicólogo iniciado, cuya aspiración mayor debía ser la aplicación de sus principios.

—Si quieres *aprender* literatura—decía últimamente uno de nuestros escritores,—estúdiala en la ciencia, cualquiera que ella sea, hasta en las mismas matemáticas... No la busques en los libros literarios que no te enseñarán sino *una*, la ajena, nunca la *tuya* propia.

Este aforismo había sido aplicado y puesto en práctica por el Dr. Podestá.

Cuando apareció su obra *Irresponsable,* tuvo la satisfacción de oir afirmar que aquello no se parecía á nada, y que sin embargo era bueno.

El libro puede pecar por muchos conceptos, pero es una obra de observación original, es un documento humano y constituye la fotografía de una de nuestras épocas como fondo y—como figura principal,—de un tipo que, pareciendo de excepción, es sin embargo mucho más común en nuestra raza y en nuestro pueblo de lo que á primera vista se creería.

Es, no una novela en la vulgar acepción del nombre genérico, sino un estudio de estados de alma, la comprobación de una serie de actos psicológicos determinados por una causa fisiológica, y en que los elementos exteriores, ajenos en cierta manera al motor principal—la herencia,—se esfuman ó toman sólo caracteres generales, como los de una vista panorámica.

El hombre, el sujeto, el protagonista, incierto y sin rumbo, vacilante y sin carácter, es uno de tantos seres anónimos con quienes nos cruzamos todos los días, pero sin embargo interesantísimos por mil conceptos, desde que la individualidad humana tiene siempre lagunas de esas que, agrupándose, totalizándose en él, lo caracterizan descaracterizándolo de un modo absoluto. Tan anónimo es, que, comprendiéndolo así, el mismo autor no le ha dado nombre, sino apenas, como medio de señalarlo, el apodo de *El hombre de los imanes,* inspirado por una de las aventuras determinantes de su vida innocua de irresponsable y ciego.

A este lamentable andrajo de humanidad, el autor ha opuesto luego, en *Alma de Niña* (la otra obra que compone este volumen), una adorable figura boticeliana, arrancada también á la realidad, sin embargo. Adela, su protagonista, tiene por marco la vulgar vida diaria con todas sus trivialidades, y rodeada por ellas; su espíritu hecho de sentimientos, palpita como las alas trémulas de una mariposa, llenas de colores y de luces, que, encerrada en el vaso de cristal, á través de cuyas paredes puede ver el cielo, muere al fin de asfixia sin haber volado...

No es cierto que la ciencia ciegue las fuentes de la sensación elevada y noble: esto entra ya en el campo de la

perogrullada. La verdad es que el saber desdeña á veces las causas, admirando los efectos, y sometiéndose á su incontrastable poder. Entonces el espíritu se refina, el artífice deja de someterse al molde y... nace el artista, ó más bien abandona las ligaduras que lo sujetaban, y vive, y anda, y crea...

Es lo que ocurre con el Dr. Podestá, cuyas obras ofrecemos hoy de nuevo al público lector, seguros de su éxito.

¡Lástima que sus tareas científicas no le hayan dejado tiempo para seguir cultivando las letras con la soberbia libertad que supo conquistarse desde las primer plumada!

En cambio de esas obras, que no desesperamos de ver brotar más tarde como otras tantas flores, como otros tantos frutos, de su cerebro observador y creador, lo hemos visto sucesivamente actuando como médico interno del Hospital Italiano, jefe del servicio de enfermedades internas en el mismo, secretario, vocal y luego vicepresidente del Departamento de Higiene, y por último—único cargo que hoy conserva,—médico de sala del Hospital Nacional de Alienadas.

La obligación de ser sintéticos en estos prólogos, nos ha impuesto la sequedad de estas rápidas notas, que son, sin embargo—lo esperamos,—muy sugerentes para el estudioso, y entrañan un buen ejemplo.

---



# I.

¿Vendrá?...

Diez veces se había hecho esta misma pregunta y otras tantas la duda había mordido, con sus dientecillos de ratón, el corazón de Adela.

Estará estudiando para el examen... Esta explicación producía una tregua, un momento de calma, pero de nuevo la pregunta, empujada por la zozobra y un tanto de ansiedad angustiosa, invadía el corazón de la enamorada; entonces, nerviosa y rápida, se encaminaba á la puerta de calle, para espiar el momento de su llegada...

Miró á ambos lados de la estrecha calle; se empinó en el umbral, para distinguir mejor las personas que avanzaban á la distancia, y en un buen momento creyó encontrar semejanza entre aquel á quien esperaba y un joven que tenía su misma manera de andar... ¡Es él!... exclamó, sin poder reprimir la impresión, pero pronto se convenció del error, y una nube de tristeza rozó fugitiva su hermosa frente.

La tarde iba declinando: una tarde de verano, tibia, serena, llena de resplandor y de polvo de oro, esparcido en el ambiente.

Adela se había arrimado al quicio de la puerta y contemplaba desde allí con mirada vaga los varios matices del cielo, que formaban en el horizonte bandas caprichosas de iris, veladas por una gasa de puntitos brillantes, en la que parecían desmenuzarse los rayos del sol poniente.

Nunca había encontrado tan triste y abandonada la calle, y á medida que avanzaban las sombras, creía descubrir cosas nuevas y perspectivas nunca observadas. Algunas casas lejanas, que sobresalían de la línea, le parecían improvisadas en su sitio; la cúpula de la iglesia inmediata brillaba en un punto, como si hubiesen derramado azogue sobre los azulejos de que estaba cubierta.

En la cruz de hierro se habían dado cita las golondrinas, tijereteando con sus colas negras, en tanto que sus compañeras se lanzaban al espacio, describiendo curvas y círculos caprichosos, con las alas tendidas y las miradas fijas en los tejados, donde habían empezado á construir sus nidos.

Los pocos transeúntes que avanzaban, envueltos en los reflejos rojizos de los últimos rayos, proyectaban sombras de gigantes.

Una brisa suave, impregnada de olor á tierra mojada, acariciaba el semblante de Adela. Ella continuaba inmóvil, pensativa, mirando fijamente el punto brillante de la cúpula, como fascina-

da, en tanto que por su imaginación cruzaban dudas amargas y resonaban en sus oídos, con eco extraño, los múltiples ruidos de la calle.

Ya no vendrá, dijo de pronto, como contestando á sus propias preguntas, y haciendo un esfuerzo y arrojando una última mirada á todos los ámbitos de la calle, vió perderse también esa tarde una esperanza que había alimentado durante todo un día de conjeturas y zozobras...

En el patio se detuvo; un pequeño patio alegre, circundado por paredes blanqueadas, tapizadas de enredaderas olorosas, limpio, inundado de luz durante todo el día y ostentando en el centro un pequeño jardín, formado de macetas que Adela cuidaba con esmero; especialmente una planta de jazmines, cuyas flores estaban destinadas á Emilio, el estudiante que le había trastornado la cabeza.

Adela cuidaba la planta como á un niño mimado; todas las mañanas, apenas abría la puerta de su cuarto, dirigía una mirada á su jazmín, una especie de saludo á sus flores albas y fragantes; luego, se acercaba, aspiraba su perfume suave, mezclándolo con su aliento, y acariciaba sus hojas de verde sombrío, brillantes, lustrosas, acanaladas y húmedas por el rocío de la noche.

Examinaba con prolijidad el pequeño arbusto, para darse cuenta de sus progresos, y cuando encontraba una nueva hoja, una pequeña rama, con sus hojitas de verde más claro, experimentaba una alegría inmensa, algo como el trans-

porte de una madre que ve asomar un nuevo dientecito de su pequeño hijo.

Crecía su planta como el cariño que sentía por Emilio.

En verano, cuando los rayos del sol hacían languidecer sus hojas y teñían de amarillo los pétalos de las flores, Adela se apresuraba á formar un toldo para protegerlas, pero con tal esmero y con tanta coquetería infantil, que el atavío de la planta le hacía sonreir. Era una verdadera toilette de todas las mañanas, que le valía no pocas burlas de sus amigas, y especialmente de su vieja tía, al lado de la cual vivía.

En invierno la paseaba por todo el patio, buscando el calor y la luz, como á uno de esos enfermitos pobres y tullidos, que son arrastrados en cajones con ruedas, buscando en el ambiente tibio un tónico para sus carnes macilentas.

La planta era hija de Adela; ella le había dado vida con su aliento, con su cariño, con la prolijidad esmerada de sus cuidados; tenía una historia, una historia como la de esas huérfanas que caen bajo el amparo de manos piadosas, que las crian, las educan y las convierten, de niñas pobres y de escala humilde, en señoritas que pueden figurar entre las más distinguidas.

En los primeros tiempos de sus amores, Emilio le había llevado una tarde un hermoso jazmín, rescatado á vil precio del cesto de los vendedores ambulantes. Adela procuró hacerle vivir todo el tiempo que pudo, teniendo su tallo sumergido en el agua y cubriéndolo después

con una copa de vidrio. Cuando lo vió entristecerse, replegar sus pétalos amarillentos y marchitos, que fueron cayendo uno á uno, sintió ella también una mezcla de tristeza y desconsuelo; luego, una ráfaga de alegría repentina, al pensar que ese vástago diminuto podría germinar, echar raíces y convertirse en planta. Recogió cuidadosamente los restos de la flor que acababa de morir, los amortajó en un finísimo papel de seda, y en la página predilecta de su devocionario fueron á descansar piadosamente, acariciados por el recuerdo y por los besos que fingía dar á las estampas bendecidas.

Al tallo, todavía erguido y provisto de algunas hojas, lo sumergió dentro de una botella con bastante agua, y á ésta, colgándola de un clavo, la puso fuera del alcance de las manos profanas de su vieja tía.

Era curioso observar cómo Adela espiaba los menores cambios que se operaban dentro de la botella. Poco á poco se fué enturbiando el líquido; al principio tomó un color verdeclaro; luego, muy intenso; por último, apenas se distinguía al través del vidrio el pequeño vástago. Entretanto, preparaba Adela una maceta de barro cocido con la minuciosidad de detalle con que se prepara el alojamiento de una novia: la mejor tierra, la más negra, elegida casi grano por grano, tamizada después con precaución, regada y removida por algunos días, durante cuyo intervalo el pequeño vástago había empezado á cubrirse de una pelusa fina, compacta,

filamentosa, hasta que en un buen momento se convenció Adela de que el proceso de germinación estaba terminado.

Tomó la botella y con la precaución con que la clueca rompe el cascarón para que el polluelo salga ileso, así rompió Adela el vidrio de aquélla. Con golpecitos suaves al principio, como para tantear la resistencia; con choques más fuertes después, sirviéndose primero del canto de un cuchillo, reemplazado en seguida por una lima vieja que halló á mano, rodeada la operación de todos los miramientos requeridos, se llevó á cabo con el más completo éxito, salvo una pequeña herida que se hizo Adela, en un descuido, en la yema del pulgar izquierdo, y que hubiera pasado inadvertida si una gota de sangre roja, brillante como un globulillo de vidrio, no se hubiese depositado sobre una de las maceradas hojas del vástago, levantando en el espíritu supersticioso de Adela una sombra de contrariedad.

Instalada ya en su alojamiento, protegida del viento y de las lluvias por un invernáculo improvisado, creció la planta como una criatura mimada, pasando al poco tiempo de la maceta á un recipiente más amplio, preparado esta vez por Adela y por Emilio, mientras sus cabezas, inclinadas sobre la planta, rozaban sus cabellos, y sus manos, hundidas en la tierra húmeda, enfangadas, negras, se buscaban para entrelazarse y comprimirse en contracciones nerviosas, como una promesa de no abandonarse jamás.

Cuando Adela descubrió el primer botón, tuvo arrebatos de alegría de niño que posee el juguete que más deseaba. Daba saltos y palmadas á su alrededor, llamaba á la viejecita con voz emocionada, acariciaba la planta, abrazando sus ramas como hubiera abrazado la cabeza de Emilio, dando repetidos besos á cada una de sus hojas, en tanto que decía: ¡Ah mi plantita querida... mi queridita... mi hijita... cuánto te he cuidado!... Y luego, pensativa: La primera flor es para él; sí, para él... no... no es para él... es para la Virgen... Y con acento de ingenuidad y promesas de enamorada, corría hacia la puerta para ver si la casualidad hacía llegar á Emilio y podía comunicarle tan fausta nueva.

Una buena mañana despertó Adela con la seguridad de que su jazmín estaba en flor. Saltó de la cama precipitadamente, abrió los postigos de su habitación y miró hacia el patio. Aquello era una maravilla: una flor blanquísima, abierta como el seno de una virgen, se destacaba del fondo verde sombrío de las relucientes hojas; era gemela de la que le había traído Emilio; no, era su hija primogénita, la más bella, la más fragante, la que debía presentarle á la noche, como el símbolo de su cariño y de sus promesas..

Las flores que había producido esa planta, marcaban una por una las horas de su felicidad, que se llevaba Emilio en el ojal de su levita, como una prueba de su constancia.

Crecía cada vez más frondosa y fecunda;

hubo día en que se abrieron hasta diez flores á la vez, exhalando su perfumado aroma por todos los ámbitos del patio. Emilio y la Virgen tenían su reparto por igual. Adela había constituído escrupulosamente esa sociedad, y por ningún motivo hubiese permitido que otras personas poseyeran las flores de su planta predilecta. Cuando no había más que una, echaba la suerte; si ganaba la Virgen, Adela se quedaba mustia, tomaba con displicencia la flor y la colocaba en el vasito de cristal de su cómoda, dirigiendo á la imagen sagrada una mirada casi de reproche. ¡Cuánto hubiera deseado que la Virgen hiciese un milagro; que le dijese: Llévatela, entrégasela á él, yo estaré satisfecha, pero su virgen no era de las que hacían milagros por tan poca cosa y se quedaba con su carita rosada, fresca, de virgencita satisfecha, disfrutando del perfume de la flor.

En un día de gran lluvia y viento la planta estuvo á punto de zozobrar, como otras de sus compañeras; en cada sacudida, en cada estremecimiento, cuando veía que las ráfagas pasaban furiosas entre sus ramas echando al aire sus hojas, como un ladrón que abandona, huyendo, la presa robada; cuando la veía revolverse con desesperación, como si tuviese un ataque convulsivo, y quedar después chorreando agua, como un perro que sale del río y se sacude en la orilla, participaba ella también, detrás del vidrio, de las conmociones de su planta, y cuando al día siguiente la veía de nuevo más bella,

más reluciente, más fragante y con flores que se habían abierto durante la noche, más blancas, más frescas, más erguidas, prometía á la Virgen duplicar sus derechos en el contrato, con tal de que salvase á esa hija adoptiva de sus cuidados y de su cariño...

En las tardes que había esperado en vano á Emilio, las flores habían languidecido, se habían marchitado, y aun algunas se habían desprendido, para caer al pie, secas, enjutas, amarillentas, como si una vejez prematura las hubiese arrancado, enfermas y desfallecidas, del tallo que les daba savia y vida.

Esa vez también Adela las cortó con tristeza: eran tres; la última, la que había abierto en el día anterior, tenía el color del marfil viejo, se había inclinado ya hacia la tierra y empezaba su agonía de flor marchita.

¡Ah, ya no vendrá!... No sé qué pensar... se dijo Adela con desaliento. Seis días que no lo veo, que no me escribe... El corazón me anuncia algo muy triste... Y sin poder contenerse, con una emoción súbita, sintió un golpe de sangre en la cara, una impresión dolorosa en las sienes y algo como un vapor caliente que invadiera su cerebro... Sobre la flor amarillenta cayó una lágrima que fué absorbida inmediatamente; la vió desaparecer como si aquella flor la sepultara en su cáliz para compartir su dolor... Adela miró fijamente la planta; trémula y desfallecida, evocó todos los detalles de su historia de planta huérfana, como ella la llama-

ba, y recordando la mancha de sangre que dejara su dedo herido sobre una de las hojas, se estremeció, y algo como un presentimiento le infundió terror; le parecía descubrir en cada una de las hojas, como brotando del verde sombrío, una gota de sangre rutilante.

Dominada por esta alucinación, abandonó el patio y fué á caer de rodillas ante la imagen de la virgencita risueña, que parecía contemplarla con el aire y el engreimiento de una aldeana ataviada con sus ropas domingueras.

## II.

Adela no era una belleza.

El poeta no habría sacado gran partido del corte de sus labios, ni del color del iris de sus ojos expresivos, ni de sus cejas bien arqueadas y tupidas.

Si alguien hubiese dedicado versos á su hermosura, lo habría echado á broma, y probablemente se hubiera dicho para sus adentros que el vate era un embustero. Ella se contentaba con ser simplemente una buena muchacha, crédula, religiosa, enamorada, sorprendida por una pasión en la edad en que el corazón domina la cabeza y en que la ignorancia es una virtud para la mujer que no aspira más que á la felicidad del hogar.

Se destacaban en su tipo físico los rasgos peculiares de una mujer simpática y podía verse al través de su pupila la superficie tersa de una alma candorosa. En su fisonomía, de líneas suaves y correctas, dominaba un aire de bondad y de distinción que imponía una respetuosa deferencia, á pesar de su modesta posición social.

Cuando se le oía hablar, se encontraba en el timbre de su voz una vibración tan especial, una armonía tan dulce en la inflexión del tono con que se expresaba, que desde ese instante se la observaba con curiosidad y se la escuchaba con placer. Si había un poco de animación en sus palabras, la expresión de sus ojos, antes tranquila y reposada, proyectaba fulgores extraños, que se irradiaban en su fisonomía para levantar en cada músculo, en cada línea, contracciones armónicas, que transformaban repentinamente su rostro, dándole los atractivos de la belleza, como una concesión fugaz que hacía avivar más el deseo de completarla, como temerosos de perderla.

—Póngase linda, solía decirle Emilio cuando ella tenía su expresión habitual de seriedad y de bondadosa calma.

—¿Cómo?

—Pero muy fácilmente: queriéndolo.

—Luego, yo no soy linda siempre,—agregaba Adela sonriendo.

—Ya empieza á serlo; cuando sonríe, los labios toman otra expresión; no tienen el corte y la severidad de los labios fríos y descoloridos de una inglesa.

—¿Y basta con que sonría?

—En fin... ya es algo... y si á una sonrisa le agrega una mirada de esas que guarda para las grandes ocasiones,—exclamba Emilio riéndose,—su fisonomía cambia de aspecto.

Adela ensayaba entonces con ingenuidad de niña las sonrisas y las miradas que tanto complacían á Emilio... y efectivamente, la transformación era inmediata.

—Así... así,—repetía Emilio, batiendo las manos.—¡Qué linda está ahora!

Adela se sonrojaba, bajaba los párpados y devolvía á su semblante el tono de gravedad propia, añadiendo con tristeza: Sé que no soy linda, pero en cambio... Nueva ocasión para sonrojarse aún más, para levantar los párpados y dirigir á Emilio una de aquellas miradas intensas, escudriñadoras, desconfiadas, de esas que van en busca de otra igual que corresponda á la intensidad de la pasión que las provoca. Emilio comprendía toda la significación de estas miradas. Sabía muy bien que Adela, á pesar de todo su cariño, alimentaba en el fondo de su alma una duda amarga respecto del porvenir. El mismo, sin darse cuenta del por qué, tenía el presentimiento de que Adela sería desgraciada.—¿Por qué,—solía preguntarse muchas noches, cuando se retiraba de su lado,—he de abrigar dudas respecto de nuestra felicidad futura? ¿No la quiero acaso con intenso cariño? ¿No sería capaz de hacer cualquier sacrificio por ella? ¿No lo abandonaría todo por complacerla?

Y entonces ¿por qué cruzan por mi espíritu esas ráfagas de desconfianza respecto de mí mismo? Pronto concluiré mi carrera, tendré una posición independiente, tal vez holgada, y podré corresponder mejor al cariño de Adela, cumpliendo mi promesa.

Adela, por su parte, quedábase pensativa, contrariada.—¿Acaso no he sido demasiado expansiva con Emilio, no he sabido interesarle con mi conversación, no he podido atraerlo tanto cuanto deseara?—Estas y otras preguntas se levantaban como sombras inquietantes en su espíritu.—Pero yo no puedo hacer lo que hacen las demás; yo no puedo tutearlo, no puedo permitir que me tome las manos á cada instante, ni concederle que me bese como á un niño cuando se aproxima á mí conmovido y con la voz temblorosa.

Estas mismas reflexiones, esta defensa contra su propia debilidad, aumentaban aún más su inquietud y la hacían pensar en que tal vez no era así como debía conducirse; en que Emilio acabaría por encontrarla demasiado fría, excesivamente reservada, y en que, al fin, concederle que le comprimiera las manos y le besara las mejillas, en nada podía comprometerla.—Mañana voy á tutearlo apenas entre,—exclamaba de pronto;—voy á decirle todo lo que he pensado de él y de mí, los escrúpulos que he tenido... ¡Ah, si me engañara! Al fin es un estudiante, lleno de aspiraciones y de promesas; poco conoce el mundo y la sociedad... mañana tal vez encuen-

tre otra mujer que le ofrezca mayores halagos, más brillantes atractivos, una posición encumbrada... ¿y entonces?... ¡Ah, no es posible!—exclamaba Adela con los ojos humedecidos;—no podrá olvidarme, no, no querrá engañar á una pobre muchacha como yo... sería capaz de morirme si esto sucediera... Volvíase en ese instante hacia su vieja tía, que dormitaba en su sillón; le daba un abrazo fuerte, cariñoso, besándola en la frente, á cuyas demostraciones correspondía la vieja señora con un: ¡Jesús, niña, te has vuelto loca... tienes unas cosas... si me has dado un susto!

—No te enojes, viejita, no te enojes; tanto, tanto te quiero y soy tan feliz, que necesito quererte más para que comprendas que no soy ingrata... ¡Si supieras lo que me ha dicho Emilio esta noche! Él también te quiere mucho. Cuando nos casemos,—añadía Adela, riéndose con la ingenuidad que le era propia,—tendremos una casa mejor, más grande, más linda, con balcones á la calle, para sentarnos á tomar el fresco en el verano: sala, antesala, luego su cuarto de estudio, mi costurero, nuestro aposento... ¡Oh, qué lindo será todo eso! Ríete, tía, ríete; ¿Por qué estás tan seria? ¿estas cosas no te halagan?... tú también tendrás tu salita, tu pieza bien amueblada, con estufa... porque tú sufres ya mucho los rigores del frío, ¿no es cierto, mi viejita?—Y Adela volvía á abrazar á la anciana señora, que la miraba con cierta mezcla de curiosidad y de tristeza.—Pero ¿qué tie-

nes?... estás callada, tía, no me contestas, no participas de mi alegría?

—Sueños de niña... la felicidad no está en todo eso,—replicó la viejecita con tono sentencioso.

—La felicidad, la felicidad,—exclamó Adela, como pronunciando una frase cuyo significado le fuera desconocido—la felicidad... ¿Acaso no soy feliz? ¿No soy feliz, tía?—insistió la niña con tono melancólico.

—Pero, niña, ¿te has vuelto loca?...

—Sí, tía, estoy loca, loca de alegría, de placer, de... yo no sé lo que me pasa... ¡ah!... ves... ahora me da gana de llorar... qué tonta soy... si ya estoy llorando—exclamó Adela como enfadada consigo misma, mientras enjugaba dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas sonrosadas por la excitación.

La viejecita continuaba en su actitud reservada, dibujando apenas una sonrisa en sus labios descoloridos.

—Tía, ¿tú no has estado enamorada nunca?—exclamó de pronto Adela, como para leer en el fondo del corazón de la señora, que miraba con tanta frialdad la expansión de sus sentimientos.

—¿Yo?... ¡Jamás! niña.

—No te creo; algún amorcillo habrás tenido allá en tus buenos tiempos... no te creo—repitió Adela, acariciaudo la cabeza de la anciana como si fuese un niño.—¿Nunca, nunca has tenido amores?

—Pero, Adela, esta noche estás insufrible con esas explosiones; ¿qué te pasa? ¿qué te ha

dicho ese enamorado que tanto trastorna tu cabeza?

—¿Qué me ha dicho?... pues me ha dicho que tu serás la madrina de casamiento,—añadió Adela, riéndose de nuevo; y sin dar tiempo á que su tía le contestara, se sentó al piano y lanzó al aire las notas más bellas de su repertorio

## III.

La salita de Adela era un nido de chucherías: una salita azul, alegre, con dos ventanas que daban á la calle, cubiertas con cortinillas de tul blanco.

En medio de ellas estaba el piano, sobre el cual había colocado una colección de pequeños objetos de arte, regalos de Emilio casi todos. Monaditas de poco valor, pero dispuestas con tanto gusto y adornadas con tanta gracia, que engañaban perfectamente la vista, desempeñando un papel superior á sus méritos.

Adela solía decir á veces con cierto engreimiento cómico y como para provocar las muecas desdeñosas de la vieja tía:

—Esos *bibelots* son la última moda.

—¿Qué has dicho, niña?

—¿Tía, usted no sabe lo que son *bibelots*?—preguntaba Adela riéndose y pronunciando la palabra con un dejo parisiense.

La vieja señora hacía un gesto desdeñoso por las figuritas clasificadas en lengua extranjera y se abanicaba con aparente indiferencia, pero en el fondo atufada por la ignorancia que su sobrina ponía en relieve.

Adela corría á abrazarla con transportes efusivos, en tanto que le decía:

—No se enoje, mi viejita... ya sé que no le gusta que llame las cosas con nombres extraños... ya no lo volveré á decir... en cambio diremos: figuritas, hombrecitos barrigones, floreritos de *terra cotta*... no, no, floreritos de... no, esto no, tía, *terra cotta* es muy fácil... tierra cocida.

—¿Pero, niña, me crees tan ignorante?

—No, no... tía, si ya sé que usted no es ignorante.

—No creas, Adela, no creas; estás en un error, con tus *bibelotes* y con tus *terras cottas* y... ¿qué más?... te digo que estás en un error... esos mamarrachos de vidrio, de barro cocido, esas figuritas, algunas hasta indecentes, como esa que representa á una francesita loca en traje de baño, no se permitían en mi tiempo, no. En cambio, señorita, sepa usted que en nuestra sala había buenos jarrones de la India, lindos floreros de porcelana con paisajes primorosos, hermosísimas, muy hermosísimas urnas de cristal, cubriendo flores artificiales que hoy ya no se ven, pájaros embalsamados de colores preciosos... ¡Vaya unos gustos los de hoy!... *bibelotes, bibelotes*... ¡indecencias!... Vamos, niña,

no seas majadera,—agregó la anciana señora, haciendo un movimiento de impaciencia y cambiando de postura en el sillón en que estaba arrellenada.

Adela reía estrepitosamente, y para calmar el despecho de la viejita, tomó la *baigneuse* que estaba colocada sobre el piano, la acarició como á un gatito, y luego, poniéndola de frente ante los ojos de la enfadada tía, exclamó:

—¿Pero dime si esta *baigneuse*... no, he dicho mal... si esta *madamita*, con su cuerpecito arqueado y sus formas tan esbeltas, no es un modelo de gracia y de belleza?

—¡Sal de aquí con esa desvergonzada!... mucho me extraña, debo decírtelo muy seriamente, que ese despreocupado de Emilio te haga semejantes regalos y que tú... en fin, déjame en paz con tus... ¿cómo has dicho?

—*Bibelots*, tía...

—Bueno, bueno, lo que sea... basta ya de *bibelots*.

—¿Pero si son obras de arte, tía?

—¡Obras de arte!... mostrar lo que las buenas costumbres mandan que se oculte... ¡Jesús, niña, de veras que te desconozco!... Adela cambió de actitud, comprendiendo que su tía podía irritarse; colocó con precaución la figurita en el sitio que tenía destinado, y acercándose lentamente á la viejita, la miró con dulzura, con expresión tierna, tendiéndole la mano, y le dijo:

—Bueno, mamita, hagamos las paces; ya no te haré estas travesuras... si era todo de broma.

Sonrió la viejita, viendo que Adela parecía haber tomado á lo serio el reproche, y como si nada hubiese pasado, le preguntó de improviso:

—¿Quién predica en San Telmo esta noche?

—¿Para la función de San José?

—¡Dios mío, Adela, ya no sabes ni el día de los santos! ¡Si para la fiesta de San José faltan dos meses!... ¡Qué vergüenza!—exclamó la viejita, comprimiéndose las sienes con las palmas extendidas... Si yo te digo la verdad... tu cabeza anda mal; es claro, es claro...

Adela se ruborizó un tanto... Era cierto, se había olvidado un poco de los santos y hubiera levantado un conflicto en su conciencia el reproche de la anciana, si en su partida de oraciones no hubiese tenido un gran déficit en favor de la Virgen, de su virgen protectora,—déficit egoísta, como el de todos aquellos que hacen ofrendas al cielo para recabar beneficios en la tierra.

La viejita se quedó mirándola con sorna, como diciendo: ¿ves? con esta me pagas la de los *bibelots;* pero, al mismo tiempo, no quería prolongar la tortura de Adela, de manera que cambió rápidamente el giro de sus pensamientos y afectando un interés mezclado de cariño, le preguntó:

—¿Cuándo se recibe de doctor Emilio?

Adela se estremeció involuntariamente, sin saber por qué; le sonaba mal oir que á Emilio le llamasen doctor. Para su felicidad, para su

completa felicidad, le hubiera bastado que Emilio fuera así sencillamente, Emilio, sin títulos y sin ruido. Un vago presentimiento nublaba su felicidad; le parecía que el título la distanciaba de su cariño, abriendo una brecha en su vanidad, y que ella, modesta, buena, cariñosa y apasionada, no llenaría las aspiraciones de su novio una vez que fuese todo un doctor de campanillas.

Eran quimeras de su imaginación, que desvanecía prontamente la viejita, á la cual confiaba, como á una amiga cariñosa, todas sus intimidades, todas sus zozobras, todos sus anhelos.

Largas horas pasaba en la salita azul, sentada al lado de su tía, complaciente y buena, procurando que la conversación girase al rededor del tema predilecto: el cariño inmenso que tenía por Emilio, la pasión que ella había sabido inspirarle, á punto de que todos los momentos de que podía disponer eran para ella, para ella sola, que absorbía completamente el tiempo del joven enamorado, sin perjuicio muchas veces de descuidar sus tareas de estudiante.

Escuchábala la viejecita, vestida de negro, con su carita de mujer inteligente y desengañada de la vida, mirándola á veces de hito en hito, por encima de la armadura metálica de sus anteojos, alarmada por la vehemencia con que se expresaba Adela respecto de su felicidad.

Con las manos puestas sobre las faldas, dos manos pequeñas, largas, enjutas, mostrando los

nudos salientes de las articulaciones de las falanges, cubiertas por una piel reluciente, formando pequeños pliegues salpicados de manchitas obscuras como lentejas; dos manos frías, un tanto temblorosas, y que se agitaban con movimientos rápidos cuando la viejita quería dar más acción á la actitud que asumía para disminuir los entusiasmos de la niña.

—¡Cómo me gusta verte así!—exclamaba entonces Adela, levantándose del sillón antiguo, de respaldo cóncavo, tapizado de damasco, encuadrado en un marco de jacarandá, el gran lujo de la sala.—Así me agrada verte, mamita, un poco enojada, y, riéndose del enfado de la señora, acababa de dirigirle una de esas preguntas á boca de jarro que tanto la exasperaban.

—¡Ah! ¡eres una atolondrada, déjame de tus amoríos y de tus perspectivas para el porvenir!

—¡Pero, mamita!...

—¡Pero, Adela!... Siéntate y conversa con seriedad, háblame cuanto quieras de Emilio, de ti, de sus promesas, de su inteligencia...

—Es un talento—exclamó Adela interrumpiéndola.

—Ves, niña, vuelves á las exageraciones; está bien, será un talento, pero un talento que se está formando y que tiene mucho que andar y que hacer para que se le crea así. ¡Ah, para los enamorados todo es superlativo! Mañana dirás que es un Adonis—agregó la viejita en tono de burla.

—¡Y lo es!—replicó Adela.

—Te compadezco, Adela; eres una niña ingenua, que todo lo ves color de rosa, que tomas las hebras doradas que penetran por las rendijas en día de sol para anudar con ellas todas las promesas de Emilio... ¿Ves cuán frágil es una de esas hebras?... Pues así son frágiles los vínculos de los enamorados.

—No, no, mamita, no hables así; no quiero, no quiero—exclamó Adela, juntando las manos en actitud de súplica.—¡Ah pesimista, agregó en tono de reproche, es que tú jamás has estado enamorada!

—¡Yo!—exclamó la viejita, abriendo los ojos con azoramiento y levantándose con rapidez del sillón.

Al verla así, Adela se sobresaltó; miró fijamente á su tía y creyendo haberla ofendido en su exaltación, se precipitó sobre ella y la abrazó de nuevo, diciéndole al mismo tiempo:—perdóname mamita, perdóname, soy una perversa; ¡ah! no creía ofenderte.

La viejita había vuelto al sillón como una inconsciente; miraba á su sobrina sin proferir una palabra; había recibido sus caricias y sus protestas sin atinar á corresponderlas; se sentía oprimida, como si una mano fría le estrujara el corazón.

—No es nada, no es nada, hija mía—se apresuró á decir después de un intervalo de silencio;—he sentido aquí dentro algo como un hielo, —agregó la viejita señalando la región del corazón, pero ya ha pasado, ya ha pasado...

- El hecho es que Adela se quedó pensativa y preocupada, viendo la actitud de su tía, y que, sin darse cuenta ella misma de la causa, permaneció también callada, sentada en un sillón frente al de la anciana.

Así estuvieron las dos un largo rato, entregada cada una á sus pensamientos íntimos; la viejita anudando en su memoria los acontecimientos de su juventud, reproducidos en Adela con los mismos entusiasmos, los mismos arranques, los mismos ensueños de felicidad, borrados por el tiempo, por los desengaños, por las amarguras de una existencia contrariada, vencida al fin por los años, como una planta desgajada y ya sin tierra donde adherir sus raíces.

El destino había sido cruel para con ella: sus amores se habían derrumbado en plena juventud y había tenido que caminar sobre ruinas cuando sentía aún dentro de sí toda la savia para alimentar una pasión. Había tenido fe, esperando resignada que el ideal se presentara de nuevo con formas seductoras, pero ya su sensibilidad se había transformado y las ilusiones, que antes daban impulso á sus sentimientos, encontraban ahora resistencias incomprensibles, puesto que ella misma se preguntaba alarmada: ¿por qué soy indiferente á estos halagos que antes tenían para mí tanto atractivo?

Era que el desengaño le había arrebatado á esa edad gemela de la juventud, la primera, la más ardiente, la que se vive en un día y se desvanece en un soplo; se había encontrado, al

día siguiente de una noche de insomnio y de lágrimas, con el espíritu sereno y resignado de una persona que ha sufrido una gran desgracia y que se prepara á luchar con las adversidades del porvenir. Estos recuerdos se agolpaban á la imaginación de la anciana y le traían, como retoños de vida, su propia imagen de otros tiempos: bella, alegre, elegante, festejada y después... después la senda escabrosa de la mujer sola, sin familia y sin más afección que Adela, que había criado desde muy niña, á quien idolatraba y por la cual sentía una ternura infinita, un verdadero cariño de madre. Ella sólo pedía á Dios que la hiciese vivir hasta el momento en que pudiese ver realizados los anhelos de la niña, contemplarla feliz, unida al hombre de su predilección, y en seguida... no quería nada más... su salita azul, para pasar largas horas leyendo su libro de oraciones. La felicidad de Adela era la suya propia, que venía después de tantos años á marcarle el final de la jornada. Y ella la pretendía doble; la suya, la que le pertenecía, á la que creía tener derecho como criatura buena, y la de su querida niña, que tanto la merecía y que tanto había hecho para conquistarla.

Levantaba desde lo más íntimo de su ternura de madre adoptiva un sentimiento delicadísimo, que hubiera podido traslucirse en la expresión con que contemplaba á Adela, y estaba á punto de derramar lágrimas, cuando la interrupción brusca de su sobrina la desvió de sus pensamientos.

—¿Qué estás meditando, mamita?

—Estaba rezando—exclamó la viejita sin atinar otra contestación.

—¿Rezando?

—Sí... las viejas rezamos calladas... ¿tú no lo sabías?

Adela se sonrió y contempló á su vez á la anciana, diciendo para sus adentros: ¿cómo habrá sido la juventud de esta viejita? ¡no ha amado nunca!

## IV.

Era una mañana espléndida.

Adela había abierto de par en par las ventanas y la salita se había inundado de luz; de esa luz que penetra en la casa casi con ruido; que parece llevar ondas de alegría y de vida, para transmitirlas á las personas y á los objetos que encuentra; que corre, se esparce, se quiebra, penetra por las rendijas y recorre todos los rincones, como un amigo alborozado que vuelve de viaje; que estrecha la mano á uno, va en busca de otro para abrazarlo, acaricia á los niños, lo escudriña todo y se siente feliz al encontrar rostros sonrientes y manos cariñosas que lo estrechan.

Adela participaba de esas impresiones; le pareció que esa mañana, tan linda, tan radiante,

que la había envuelto de improviso en un manto de luz, era para ella, y había esperado con la emoción tierna del amigo que se abrieran las ventanas para arrojarse de golpe dentro de la casa y animar con sus matices todos los objetos.

La salita estaba como engalanada: brillaban los muebles como si fueran nuevos. El damasco de los dos grandes sillones y del sofá, que ocupaban uno de los costados, exhibía los arabescos de sus flores de seda; los pequeños prismas de cristal que colgaban de la araña del centro, se transmitían los colores del iris, que se quebraban en sus facetas, pareciendo que tuviesen movimientos de regocijo y que se chocaran con sus aristas, como si los rayos de luz que filtraban por ellas quisieran entrelazarse para reproducirse con más brillo en el espejo que estaba encima del sofá.

Los mismos retratos antiguos que adornaban sus paredes, estaban animados, de mejor color, casi con vida; en el de una viejita, que daba frente á las ventanas, resaltaba el colorete de las mejillas, como si estuviese abochornada por la exhibición matinal á que la exponía Adela.

Estaba realmente muy linda la salita azul, adornada con pequeñas consolas, cargadas de jarrones, de estatuitas, de bomboneras, que Adela conservaba con religioso cuidado; algunas de ellas con llavecitas doradas, de las cuales pendía una tarjeta con un ojal atravesado por una cinta de raso blanco: las dedicatorias más tier-

nas de Emilio,—fechas, recuerdos, palabras,—que Adela guardaba en la memoria, como el recuerdo de sus horas más felices.

Algunas sillitas doradas que ella misma había tapizado, procurando reproducir en los dibujos sus flores predilectas; pilas de papeles de música sobre el taburete del piano y sobre las sillas; en el atril, el álbum que le había regalado Emilio, con sus iniciales formadas por dos letras doradas, entrelazadas por una quimera con grandes ojos, formados por el relieve que hacía el marroquín punzó; media docena de fotografías de Emilio, en todas las posturas, encuadradas en marquitos de felpa que Adela había confeccionado, adornándolas con flores de relieve y figuritas de mujeres japonesas con sus ojitos de ratón y las cejas arqueadas en abanico; ¡todo ese conjunto, modesto pero alegre, bien dispuesto, presentado al primer golpe de vista como una persona de distinción que recibe en traje de mañana, viviendo de los cuidados de Adela, como los objetos de un museo, y luego ella misma, que lo animaba todo con su presencia, con su graciosa ingenuidad!

Todas las mañanas hacía la misma operación: abría las ventanas de par en par; daba vuelta con un movimiento rápido á las varillas de las persianas, hasta ponerlas horizontales; tiraba después de la cuerdita que las sujetaba, haciéndolas correr rápidamente y produciendo un ruido especial que sobresaltaba á no pocos transeúntes de los que pasaban distraídos; y por

último, un gran tirón de la cuerda y las varillas verdes subían unas en pos de otras, como acróbatas, hasta quedar plegadas en lo alto como las hojas de un libro.

Algunas veces, la viejita solía correr alarmada hacia la sala, exclamando:

—¡Pero, niña, qué dirá la gente!... ¡creerán que lo haces por travesura!... ¿no te das cuenta del ruido que produces con tus persianas?... en el barrio ya te conocen por la alborotadora matinal... acabarán por burlarse de ti... ¿y qué dirán esas niñas de enfrente?

—Esas niñas de enfrente no oyen... no ve que son sordas, tía—replicó Adela rápidamente, mientras hacía girar su cuerpo hacia el lado donde estaba la viejita.

Adela sostenía con esfuerzo la cuerda de las persianas y tenía los brazos levantados y rígidos; se había escurrido la tela finísima de la manga hasta el codo; su cuerpo flexible se arqueaba en una curva esbelta, levantando su seno á la altura de la barba; de pronto, hizo girar su cabeza hacia el hombro izquierdo y, cuando notó que la viejita estaba más distraída, soltó de golpe la cuerda. Aquello fué un derrumbe estrepitoso de varillas, como si todas las ataduras de la persiana se hubiesen desgarrado. La viejita dió un salto hacia atrás, atemorizada, á tiempo que gritaba:

—¡Adela!... ¡Dios mío, esta muchacha está de enchalecarla!

—Esto es para las sordas—exclamó Adela,

riéndose á carcajadas y arrojándose de espaldas sobre el sofá.

—No hay remedio... estás loca... loquísima—exclamó la viejita,—y se retiró rápidamente de la sala.

En ese instante, Emilio, que acababa de entrar sin hacer ruido, apareció en el umbral de la puerta que daba al patio.

Adela no había notado su presencia y continuaba riéndose del susto de su tía... Es una maldad, es una maldad... realmente, estoy loca... y al decir esto, vió á Emilio, que la contemplaba con la sonrisa en los labios, en tanto que se sacaba el sombrero para saludarla.

—¡Emilio!—exclamó, cubriendo rápidamente la desnudez de sus brazos y ocultando su cara casi en las faldas para dejar al descubierto la nuca poblada de finísimas hebras de cabello en desorden.

—¡Ah! te he pillado, te he pillado... ¿En qué travesuras andas tan de mañana?... Quien la ve, quien la ve á la señorita Adela, tan seria, tan reservada, y que, cuando cree estar sola, alborota todo el barrio con sus ruidos... ¡Qué gracioso! Y al decir esto, Emilio se adelantó para tomarle las manos.

Adela había descubierto su semblante, en el cual se destacaban dos chapas de rubor; la expresión de su mirada tenía el azoramiento que se observa en los niños cuando se les sorprende tomando una golosina que les está prohibida; no sabía qué contestar á las palabras de Emilio y se limitó á decirle:

—¿Tú no has oído, no?

—¿Qué?

—El ruido de la persiana.

—¡Ah!... ¿Eras tú?

—Sí, yo que... se me cayó la cuerda de las manos... pesan tanto las varillas, y dicho esto, sintió que dos nuevas chapas de rubor invadían sus mejillas.

—¡Qué dirán en el barrio!—exclamó Emilio, tomando una actitud cómica;—una niña como tú entretenida en jugar con la persiana...

—¡Ah, no seas malo, tú también quieres torturarme!... ¡No, no seas malo! Y levantándose bruscamente, cerró las manos de Emilio entre las suyas... Tú también eres como mamita...

Esta vez era Emilio el que se reía con estrépito, viendo la candorosa zozobra de Adela.

—¿Y?

—¡Ah, los jazmines! Hay cinco hermosísimos. Ya verás — exclamó Adela, y salió precipitadamente de la sala.

—Pobrecita—dijo Emilio para sí, apenas hubo salido.—¡Es tan buena!

Tenía entonces Emilio veinticuatro años; iba á terminar sus estudios para la carrera de médico y se preparaba á la lucha con un caudal bien nutrido de conocimientos y una sed de fortuna y de renombre que no conseguía aplacar ni con sus triunfos universitarios, ni con las manifestaciones continuas de Adela de que era un talento y de que figuraría el primero entre sus colegas.

Surgir de golpe, llamando la atención al día siguiente de haberse recibido, era su ideal, su fantasía continua.

Su carácter no le permitía detenerse á medir seriamente los inconvenientes de una carrera tan erizada de contrariedades. Con esas consideraciones iría muy despacio y acabaría por hacerse pesimista.

Su imaginación y sus cálculos le planteaban el problema de otra manera, halagando su vanidad y su deseo de figurar en primera línea.

—Estoy harto de la vida de estudiante—exclamaba á veces en el silencio de su habitación.—Esta pobreza que me rodea, ya me abruma; no le encuentro el lado poético tan cantado en todos los tonos. Vivir como un hongo en un cuartucho triste, húmedo, en el segundo patio de una casa cualquiera de poco precio; de ella al hospital, á presenciar miserias, á tocar inmundicias, á compadecer dolores... ¡Bah! siempre la misma cosa, la misma visita, el mismo médico, los mismos enfermos, las mismas religiosas, que se mueven como máquinas, espiando las almas para encaminarlas al cielo... Al fin seré médico—exclamaba después,—y ya verán cómo sabré sacar partido de esta profesión, que ha dado ya su más estrecho abrazo al curanderismo... ¡Oh! yo también tendré mis sonrisas preparadas para lisonjear á los clientes, mis preguntas de ocasión para atraerme á las viejas y unas miradas, agregaba entonándose, para seducir á las niñas!... Así exclamaba, tomando aires de per-

sonaje y se paseaba gravemente por su habitación.

Sí, ahí está el secreto. ¿Acaso los clientes tienen noticia de si yo poseo poca ó mucha ciencia?... Esto lo dirán los diarios, el noticiero amigo, elogiando mi conducta caritativa y mi acierto asombroso para... resucitar muertos, agregó riéndose.

¡Oh! ellos me verán proceder con tino, naturalmente, con paciencia, con una buena voluntad infatigable; luego, dos ó tres sentencias bien estudiadas para los casos ocurrentes... y adelante...

Entrar en la sociedad por las puertas doradas, abiertas de par en par, y aquí me tienes, como quien dice en la mitad del camino de la celebridad, murmuraba restregándose las manos; tomaba en seguida su sombrero y se salía á la calle, á evaporar el humo de ambición y de positivismo que se había acumulado en su cerebro como en una caldera de vapor.

No le faltaba audacia para hacerlo; los rasgos de su fisonomía, perfectamente acentuados, revelaban desde el primer momento á un individuo que iría lejos y que sabría elegir sin mucho escrúpulo y sin vacilar los medios de alcanzar sus propósitos.

Alto, musculoso, flexible y amanerado en sus movimientos, correcto y fingido en su lenguaje, calmoso para decir y paciente para escuchar, mezcla de reserva y engreimiento, disimulados por una sonrisa amable que corría de una co-

misura á otra de sus labios, sombreados por un bigote negro, fino, reluciente; grandes ojos vivos, de expresión intensa, falsos y desconfiados cuando no estaba seguro del terreno en que pisaba.

Linda cabeza, con su frente ancha, despejada hacia las sienes.

Había concluído su carrera; sólo le faltaba el examen de tesis, examen que le preocupaba más que ningún otro, pues cifraba el comienzo de sus triunfos en una tesis que levantara su nombre por la novedad del tema y por el aplauso que mereciese.

Esa mañana había estado cavilando precisamente sobre este punto, y como todos los que pasó en revista, no le satisfacieron, creyó conveniente tomarse una tregua, y, más temprano que de costumbre, se encaminó á la casa de Adela.

Preocupado todavía con este tópico, se arrellenó en un sillón, cabalgando la pierna derecha sobre la izquierda; había inclinado su cabeza hacia atrás, y mientras aspiraba el humo de un cigarrillo, contemplaba al través de las rendijas que dejaban las varillas de las persianas, la casa que estaba en la acera opuesta y frente á frente á la de Adela.

Una casa baja, de construcción rutinera, pero lujosa. Desde la puerta de calle se veía la serie de patios y el pequeño jardín del fondo; á la derecha, estaban las habitaciones en hilera simétrica.

Emilio soñaba con una casa con puerta cochera; una casa suya, que él pudiese recorrer de largo á largo, cerrando las puertas con estrépito, dando órdenes en voz alta é imperiosa.

—¡Ah! ¡cuándo tendré yo una casa así!—decía entre dientes y cerrando los ojos con languidez. Entregado estaba á estos sueños de positivismo y de grandeza, cuando se sintió inundado por una onda de perfume suavísimo; hizo una aspiración profunda, é inclinando más la cabeza hacia atrás, abrió los ojos para contemplar á Adela que, de pie detrás del respaldo del sillón, había acercado á su semblante el ramo de jazmines; sonreía y en sus ojos de niña enamorada relampagueaba todo un poema de afec tos tiernos y de esperanzas prometidas.

Emilio la vió así, le pareció realmente bella, y en un arranque de pasión hizo un movimiento brusco, arqueando su cuerpo en el sillón, y, antes de que ella tuviese tiempo de retirar sus manos, ya estaban comprimidas por las de Emilio, que había extendido rápidamente sus brazos por encima del respaldo.

Adela tuvo que ceder é inclinar su cuerpo hacia adelante, hasta tocar casi la frente de Emilio, que la atraía suavemente, en tanto que comprimía siempre más sus manos con contracciones nerviosas.

—Déjame—dijo Adela con voz débil y conmovida;—déjame, me haces daño, Emilio, y ya rozaba con su frente la del joven, que la contemplaba con una mirada que Adela no pudo resistir.

—¿Me quieres?—dijo Emilio con voz temblorosa.—Mírame. ¿Tienes miedo de mí, Adela?

—No... suéltame... me haces sufrir...

—Acércate, Adela, acércate—decía Emilio, sintiendo el roce caliente del aliento de Adela, mezclado al perfume de los jazmines que lo embriagaban.

—¡Emilio!—contestó la niña con voz apenas perceptible y entrecortada por una inspiración profunda que hizo levantar la curva de su seno,—¡suéltame!

Emilio se incorporó todavía en el sillón y dejándole libres las manos, pasó las suyas rápidamente por su cabeza, atrayéndola aún más hacia sí; sus rostros se unieron confundiéndose, y los labios de Adela, enrojecidos y secos, como los de los niños con fiebre, se encontraron con los de Emilio; aquello no fué un beso, fué una vibración intensa, profunda, sostenida, como un deseo insaciable.

Adela se sintió desfallecer; no podía resistir á la conmoción voluptuosa que agitaba todo su cuerpo; temblaba como si la hubiera invadido un calofrío; su cabeza se perdía en vértigos de apasionada languidez; toda la sangre corría hacia su cerebro, como un vapor caliente; palpitábale el corazón con violencia,—palpitaciones que sentía resonar en sus oídos como un eco amigo,—como si desde el fondo del pecho le dijera: aquí estoy, no tiembles. Emilio no podía soltarla; sus manos se habían hundido en los cabellos de Adela, acariciándolos con sus dedos temblorosos.

—Suéltame, suéltame Emilio—decía Adela, desfallecida cada vez más.—Después se calló... Recibía las caricias de Emilio y aspiraba su aliento acre que casi la quemaba... Cerró los ojos y se olvidó de todo. Una sensación de aniquilamiento, de dulce postración, la hizo abandonarse con todo su cuerpo sobre la frente del joven... Cesaron para ella los ruidos de la calle, el temor de verse comprometida por una mirada imprudente, el miedo de que su tía pudiera entrar, todo había desaparecido... Emilio continuaba acariciándola con más calor y repetíale con más vehemencia:

—¿Me quieres, Adela, me quieres?—En uno de esos instantes Adela ya no pudo resistir...

—Te quiero, sí;—y rodeando á su vez con sus manos finas y nerviosas la cara de Emilio, la comprimía contra la suya mientras que, frenética, apasionada, casi fuera de sí, le repetía:

¿Y tú?... ¿y tú... ¿no me abandonarás nunca?... ¡nunca! ¡ah! tengo miedo... tengo miedo, Emilio—agregaba con acento cada vez más conmovido.—¡Oh, preferiría morirme!

—¡Nunca, nunca, Adela!—exclamó Emilio con acento entrecortado, y abandonando su linda cabeza, se puso de pie en frente de ella; sus brazos se abrieron para recibirla; trémula y convulsa se dejó caer sobre su pecho, entrelazándole los brazos al cuello, en tanto que él, comprimiendo su talle flexible con la diestra, apartaba de su frente las hebras de sus cabellos en desorden

para imprimirle sus besos más ardientes. ¡Nunca, Adela, no tiembles, mírame, no soy capaz de engañarte!

Adela levantó los ojos y pudo leer en la expresión de los de Emilio la confirmación de sus promesas; ocultó entonces su cara contra el pecho de Emilio, y sin poder dominarse, rompió á llorar con sollozos entrecortados...

—¡Nunca!... ¡nunca! — exclamaba interrumpiendo el llanto—¡oh sí, seremos felices!

Los jazmines deshojados se hallaban esparcidos por el suelo, difundiendo su perfume suave; penetraba por las rendijas de las persianas un vaho tibio; habían cesado por un momento los ruidos de la calle; sólo se oían los rumores lejanos y confusos, el repique de una campana que llamaba á la misa y las notas bien acompasadas de un piano.

—Con que gusto tocan—dijo Emilio, poniendo el oído atento.—¿Son las niñas de enfrente, no?... Mis simpatías—agregó sonriendo irónicamente.

—¡Pobrecitas!

—¿Por qué?

—Son tan feas.

—¡Ah, pero muy ricas!

## V

Eran efectivamente muy ricas las vecinas que tocaban el piano, y Emilio lo había dicho en un tono tal, que, sin saber por qué, Adela se había sentido humillada.

Esa misma mañana, después que él se hubo retirado, Adela se quedó largo rato pensativa, repitiendo mentalmente la frase: ¡muy ricas! En cambio, Emilio sabía muy bien que su única riqueza consistía en la módica pensión que el gobierno pasaba á la viejita; muerta ésta, no le quedaría recurso alguno con que atender á su subsistencia.

Jamás se había preocupado de estas cosas; la materialidad de la vida no entraba en sus cálculos ni perturbaba sus sueños de felicidad. Ella no aspiraba á mucho: continuar viviendo al lado de su viejita y que Emilio concluyese su carrera para unirse á él y consagrar así su existencia á cuidar á la anciana, que la había amparado como una madre cariñosa, y á Emilio, en quien tenía una fe profunda y un cariño que la hubiera llevado á cualquier acto de abnegación y de sacrificio.

¿Para qué quería entonces riqueza? ¿Era indispensable tener mucho dinero para realizar aspiraciones tan modestas? Eso vendría des-

pués. Cuando Emilio se recibiese de médico, tendría una clientela numerosa, que les daría para llevar una vida más holgada y con más ostentación. Emilio tiene mucho talento, será un médico distinguido—decía Adela para sí—y le sobrarán las oportunidades para hacer fortuna. Pero estas reflexiones, que entraban po primera vez en el mundo de sus sueños, como pequeñas manchas que se iban agrandando cada vez más, habían concluído por llevar á su espíritu un poco de zozobra.

Sintió como una dolorosa impresión de terror al pensar en que pudiese morir la viejita antes de que ella estuviera unida á Emilio.

Pero aquello no era posible; ella, tan fuerte, tan andariega, nunca se había quejado de enferdad alguna; sus antepasados habían muerto todos octogenarios y era presumible que ella no haría excepción á la regla. Sin embargo, Adela se propuso, desde ese momento, dedicarse con más empeño al cuidado de la señora; insensiblemente, sin contrariarla, sin dárselo á sospechar, la obligaría á que cambiase de método de vida; aquello de ir á la primera misa en las mañanas de invierno frías y lluviosas, no le sería ya permitido. ¿Cómo no había notado antes estos desarreglos, que podrían tener consecuencias tan funestas? ¡Cuántas veces la viejita, ya de regreso de sus ejercicios religiosos, había penetrado en el dormitorio de Adela para despertarla, poniendo sobre su frente la yema de sus dedos fríos y rígidos como palitos,

en tanto que le ofrecía un vaso de leche espumosa y humeante! He sido una aturdida y una ingrata—se dijo para sí Adela—y de hoy en adelante he de esforzarme por cambiar los papeles; soy yo la que debo ir al dormitorio de mamita, á sorprenderla en el sueño, á despertarla cariñosamente, con un beso en la frente, y á ofrecerle el vaso de leche tibia y espumosa.

Desde mañana—se dijo—pongo en práctica este deber, que he descuidado hasta ahora.

¡Pobrecita!... de noche, cuando la lluvia de invierno azota los vidrios y el viento gime por entre las rendijas como un perro que aúlla y los truenos parece que nos tiran con furia un pedazo de cielo sobre el techo, ella se levanta, temblorosa, friolenta, para acercarse á mi cama á inspirarme coraje.

Adela recordó que, durante esas noches, la viejita había pasado horas enteras al lado de su cama rezando, teniendo en sus manos una palma bendita, en tanto que ella, asustada como un niño, se envolvía la cabeza con las sábanas y se tapaba los oídos para no oir el estrépito de la tormenta.

¡Cuántos años hacía que la anciana continuaba prodigando á Adela todos estos cuidados, todas estas atenciones delicadas, todas estas exageraciones de cariño! ¡Ah! ella se había acostumbrado mal, había crecido engreída y mimosa, olvidándose de que ya no era una chiquilla para permitir que velase su sueño en las noches de lluvia y de truenos y la despertaran por la mañana con un desayuno tan apetitoso.

¡Y los prodigios que realizaba la viejita con su modesta pensión!

Recordaba cómo una mañana, cuando había ido á la sala como de costumbre, se había encontrado entre las dos ventanas con un piano nuevo, de formato moderno, brillando la madera imitación de ébano y con unas voces que casi la habían enloquecido de placer. La noche antes, todavía había chapaleado con sus dedos sobre las teclas desdentadas y amarillentas de su viejo piano de mesa, rebelde y cansado como un animal derrengado por el trabajo.

Tan habituada estaba Adela á estas sorpresas, que había concluído por considerarlas la cosa más natural del mundo. Después del piano, los vestidos de corte elegante, para que pudiese lucirlos en los días de fiesta y para que no desmereciese al lado de las señoritas de mejor posición; las alhajas, elegidas con un gusto re finado, y que, á pesar de su poco valor, podían completar la toilette de la niña más exigente. ¡Ah! y en el día de su cumpleaños, todos los ahorros que guardaba la viejita, los convertía siempre en algún objeto que recibía Adela en medio de transportes infantiles de satisfacción y alegría.

El día de Año Nuevo era siempre de grandes acontecimientos: con el tacto especial y la manera tan delicada como procedía la anciana señora, Adela tenía dinero de sobra para obsequiarla á su vez. Á cierta hora del día esperaban las dos sus respectivos regalos: Adela envolvía

el obsequio en papel de seda, atado con cintas blancas; se encaminaba al cuartito de la tía, con aire serio, afectando ser simplemente mensajera de los felices augurios; se acercaba á la anciana, sosteniendo con mano un tanto trémula por la emoción, el envoltorio, y decía á la viejita: esto le mandan á usted; no sé quién será, porque no trae tarjeta; pero, en fin, es un regalito de Año Nuevo, y en medio de una explosión de alegría y de caricias recíprocas, desenvolvían ambas el paquete, y la sorpresa, las ponderaciones, el agradecimiento tierno de la anciana, conmovían á Adela.

—¿Le agrada, mamita?.... ¿Es de su gusto?

—¡Precioso, Adela!... ¡Qué buen gusto!

—¡Un devocionario con letras grandes, con viñetas de santos, cromos de colores brillantes!... ¡Muy lindo! ¡muy lindo!

—Bueno, dile á la persona que lo manda, que quedo muy agradecida á una atención tan delicada y que... Toma, toma, Adela, toma, aquí tienes tu regalo de Año Nuevo, concluía la viejita sin poder contener ya su satisfacción. ¿Te agrada?... ¿es de tu gusto?

—¡Un anillo con chispas de brillantes!.... ¡Ah! y con rubíes... una monada, mamita... una verdadera joya.

Volvían á abrazarse y á prodigarse besos cariñosos, y por la tarde salían de paseo; Adela elegantísima, con su traje nuevo, y la viejita como siempre: su vestido negro sencillo, perfumado con benjuí, las dos con su aire distin-

guido y la placidez de personas á quienes sonríe la felicidad.

Todo esto lo recordaba ahora Adela como si fuera nuevo para ella, y á medida que su imaginación iba anudando estos recuerdos en su memoria, la conducta de la anciana iba adquiriendo formas tan bellas y rasgos tan acentuados, que ya Adela no podía resistir al deseo de correr adonde estaba la viejita para decirle cuán inmenso era su cariño, su gratitud y pedirle perdón por haber olvidado por tanto tiempo el cumplimiento de esto que ella conceptuaba ahora como un deber sagrado.

¡Pero si esa viejita es una santa—exclamó de pronto—una verdadera santa!

Recordó con ese motivo las limosnas frecuentes que le había visto entregar á muchos desvalidos que llamaban á su puerta... entre ellos, á una mujer infeliz, harapienta, joven aun y madre de tres hijos, uno de ellos loquito, que hablaba dando aullidos y haciendo gesticulaciones, que se rompía las ropas y se mordía los dedos con rabia, cuando no se le permitía destrozar los trapos de sus vestidos.

¡Ah! si yo perdiese á mi viejita—exclamaba con acento desesperado.

Y Adela se complacía en torturar su espíritu entregada á estas cavilaciones sombrías; pero en los momentos de mayor desconsuelo y cuando ya le parecía encontrarse frente á frente á la realidad, desamparada y pobre, venía la reacción con explosiones de alegría, con seguridades

consoladoras... ¡Qué tonta soy!—se decía de pronto;—todo esto por una frase de Emilio, lanzada así, sin intención.

Convino entonces en que era demasiado susceptible, en que no debía dar abrigo en sus sentimientos á una duda tan mortificante, en que todo aquello era exceso de susceptibilidad, y en que, si las niñas de enfrente eran tan ricas, como había dicho Emilio, ella también lo sería alguna vez y entonces, ¡oh! entonces, la viejita viviría en la casa como una niñita mimada; ella la cuidaría como se proponía hacerlo desde luego, con todas aquellas atenciones más delicadas, rodeándola de comodidades y del confort tan necesario á sus años; hasta carruaje propio tendría su pobre mamita para ir á misa en las mañanas de invierno y para ir á Palermo á gozar en las horas de sol de los días de otoño.

—¡Oh, qué felicidad, qué felicidad!—exclamaba Adela;—cuánto gozaré en prodigarle todas estas cosas y cómo vivirá contenta, cómo se encontrará bien.

Iré á buscar yo misma á todos sus pobres del barrio para que ella pueda socorrerlos... ¡Ah, la madre del loquito, no estará ya expuesta á morirse de hambre y de frío!

¡Rica! ¡rica!—exclamaba Adela, batiendo las palmas como un niño.

En ese instante oyó un ruido, algo como un mueble que se cae, y la voz de la anciana que llamaba con palabras entrecortadas... Iba ella á salir precipitadamente de la habitación para acu-

dir en su auxilio, cuando se encontró de frente con la viejita, que le decía alarmada: Adela, hija mía, fíjate en mis ojos... no sé qué tengo... casi no veo... ¿qué será, Dios mío?... ¿qué será?

## VI.

¡Seis días sin tener noticias de Emilio!

Y la esperanza de verle llegar de un momento á otro mantenía en el espíritu de Adela una excitación continua. Al principio eran las cavilaciones, las conjeturas, las suposiciones que más pudieran justificar la ausencia, pero después, no se satisfacía con las razones que ella misma procuraba encontrar para calmar la ansiedad y la zozobra que la habían invadido.

Cambiaba el giro de sus pensamientos á cada instante, y de pronto, se decía á sí misma llena de confianza: pero si soy una tonta creyendo algo malo; no viene porque tiene que estudiar, que escribir la tesis, que preparar el examen. Sin embargo, estas reflexiones duraban un minuto, pasaban por su cerebro como una ráfaga, y entonces, casi con las lágrimas en los ojos, corría á la sala, á mirar por las rendijas de la persiana, en tanto que el corazón le anunciaba algo que se resistía á creer y á aceptar como una consecuencia del abandono en que la había

dejado. No, no puede ser—exclamaba;—no es capaz de una mala acción... ¡él!... no... pero si la última vez que vino estaba sonriente, alegre, cariñoso; si me tendió la mano como siempre... no, no puede ser. ¡Ah! algo le ha sucedido, y sin darse otras explicaciones, escribía con mano trémula una carta llena de quejas, de reconvenciones, de súplicas, y, para que fuese más tierna, le hablaba de la enfermedad de la viejita, de que debía examinarle los ojos, de la planta que estaba llena de jazmines; y en cada renglón, una súplica, una promesa, una pregunta. Las cartas tenían el mismo éxito... Nada... ni una línea, ni un recuerdo. Emilio no estaba en su casa, no se tenían noticias suyas.

Cien veces en el día llamaba á la sirviente—una mulatilla despejada y traviesa que había criado la viejita—para preguntarle:

—¿Á quién entregaste la carta?

—Á una señora, niña.

—¿Dónde estaba la señora?

—La señora salió de la sala cuando yo llamé con las manos en el zaguán.

—¿Y qué te dijo la señora?

—Yo no le entendí bien, niña, porque la señora es extranjera.

—Pero, torpe, no me has dicho hace un momento, que te contestó que el señor Emilio no iba á la casa hace muchos días.

—Sí, niña.

—¿Y entonces?

—Ah, pero la señora no sabía donde estaba el niño Emilio.

—¿Y las otras cartas?

—Ah, las otras cartas me dijo que las había guardado.

—¿Pero quién las había guardado?

—Ya no me acuerdo, niña.

—Vete, eres una inservible.

—Así concluían siempre las escenas, sin que Adela advirtiera que, dado el estado de excitación en que se encontraba y el tono en que hacía las preguntas, la mulatilla acababa por confundirse, asustarse y mentir de una manera inconsciente.

—Esto no puede durar—exclamaba Adela;—yo necesito saber algo, tener algún indicio del motivo que ocasiona estas ausencias... Es una crueldad de su parte, una verdadera crueldad... ¿Qué le habré hecho yo?... Estará resentido tal vez; tal vez involuntariamente lo habré contrariado... ¡Ah! de todas maneras, castigarme así, no, no puede ser.

Y al decir esto, una explosión de llanto inundaba de lágrimas sus mejillas pálidas y un tanto demacradas.

—Le pediré perdón—exclamaba, enjugándose las últimas lágrimas.—Se habrá ofendido... ¿de qué?... pero si nada le he dicho que pudiese herirle... ¿tal vez mamita?... ¿alguna imprudencia?... no, tampoco, si ella, pobrecita, es tan fina y tan discreta; si lo trata con tan cariñosa deferencia... ¿estará enfermo?... ¿de guardia en el hospital?

Sucedíanse unas á otras las preguntas, las conjeturas, las sospechas; luego una tregua pasajera, un momento de calma aparente y después el mismo desaliento, la misma inquietud, los mismos reproches, desvanecidos en un minuto, para dar lugar á otros, vinculados con la visita de Emilio.

Adela procuraba evocar y reconstruir en su memoria los detalles de esa entrevista, pidiendo auxilio á su imaginación para poner mejor de relieve la actitud, las palabras, los gestos y hasta las miradas de Emilio. Recordaba muy bien los pormenores más insignificantes y en ninguno de ellos, encontraba ese algo que buscaba en vano para justificar una conducta tan inexplicable.

Se acercaba entonces á la anciana para someter á su juicio severo y recto el problema que ella misma no alcanzaba á resolver, pero la viejita, que también se encontraba alarmada y que sabía disimular con aparente calma el estado de su ánimo, no atinaba sino á contestar con palabras cariñosas que no ejercían sobre el espíritu de Adela sino un efecto pasajero. Era lo de siempre: no te aflijas, niña; no te preocupes; ya verás cómo Emilio se aparece en cualquier momento más amoroso que nunca por la ausencia; ahórrate esas lágrimas y ese disgusto que acabará por enfermarte; no veo yo un motivo fundado para tanta zozobra; sería una conducta inexplicable, un retiro en esa forma, y luego ¿por qué?... ¿Le has dado tú algún motivo para ello?

—¡No, mamita; no, qué motivos voy á darle!—exclamó Adela, prorrumpiendo en sollozos.

—Cálmate, niña, cálmate; Emilio es un caballero cumplido y no querrá observar una conducta tan indigna con una niña como tú.

Adela levantaba la cabeza, miraba á su tía con los ojos velados aún por las lágrimas, y sin poder contestar se retiraba para ocultar de nuevo los sollozos.

—¡Pobrecita!—exclamaba la anciana;—mucho me temo que ese Emilio, con todo su aire de caballero y con su porte de personaje, concluya por engañarla.

Y la anciana pensaba tristemente en los años de su juventud, en la fe que había depositado ella también en la palabra de sus galanteadores, en los desengaños que había sufrido y en las lágrimas que había derramado. Adela era la reproducción de su propia vida; venía á humedecer con sus lágrimas las pocas cenizas que había dejado el tiempo, renovando dolores que ella creía extinguidos. Estaba en el final de su existencia, pobre, achacosa, y sin fuerzas para apuntalar ese árbol de juventud que había crecido á su lado lleno de savia y de vida, no podía prestarle su apoyo; pronto se moriría y Adela se quedaría sola en el mundo, pobre también, con sus ilusiones muertas, y sin que ella pudiese legarle su experiencia, que había recorrido etapa por etapa, como en un calvario interminable.

Adela no podía comprender nada de cuanto

había sufrido y ella no quería decírselo, por no aumentar el dolor de esa criatura, que lo creía todo, que lo veía todo de color azul y que al primer desengaño quería ya morirse.

¡Oh! resistirá como yo—decía la viejita;—esos dolores no matan; se complacen, como animales dañinos, en destruir una por una las ilusiones, como si nos arrancasen el nervio más sensible; pero, al fin, nos resignamos. Esto es al principio—decía para sí la viejita;—yo también creí que iba á morirme, también creí que mis lágrimas no se agotarían nunca y que no habría mayor dolor!... ¡Ah! qué lejos estaba de la realidad... Han brillado después muchos días serenos y tranquilos, he encontrado la paz y el consuelo para curar esas heridas, y hoy, Dios mío, bendigo tu divina providencia por haber confortado con tus dones á esta pobre criatura, que espera por momentos la hora de la partida.

Así se expresaba la anciana conmovida en lo más íntimo por el dolor de Adela, y sin quererlo, casi inconscientemente, mezclaba á su compasión por la niña ese egoísmo de la vejez, que encuentra pequeños todos los dolores y llevaderos todos los sufrimientos.

Adela, por su parte, se encerraba en la salita, espiando con ansiedad el momento en que oyera las pisadas de Emilio por la acera, para salir corriendo á recibirlo.

¡Cuántas veces se había engañado! ¡cuántas se había levantado rápidamente del sofá, dicien-

do casi á gritos: ¡es él!... ¡ahí viene!... El ruido de las pisadas se extinguía y nuevamente se dejaba caer con desaliento en el sitio que ocupaba.

Varias veces había contemplado la planta de jazmines; le parecía que ellos también participaban de su zozobra. Algunos estaban tumbados en sus tallos, cual si, sensibles al dolor, quisieran ocultarse entre las hojas de verde sombrío, para no aumentar su desesperación.

En toda la casa empezaba á notarse el abandono de Adela; parecía que el día antes hubiesen sacado de ella algún muerto, tal era el desorden en los muebles, en las ropas y en los mismos objetos que Emilio le había regalado. Es que Adela los había acariciado, besado, derramado lágrimas sobre cada uno de ellos, como esperando un consuelo para mitigar su dolorosa situación.

Hizo promesas á la Virgen, imponiéndose peregrinaciones y penitencias, pero pasaban las horas y los días y no recibía del cielo auxilio alguno. Hubo momentos en que su desesperación no tuvo límite, y entonces, era la anciana la que acudía á conformarla con sus palabras impregnadas de acentos cariñosos. Sí, sí—contestaba Adela á las insinuaciones de la viejita;—me resignaré, pero sus ojos se inundaban de lágrimas.

Sus amigas habían acudido á visitarla con más frecuencia; las que habían mirado con un poquito de envidia la felicidad de Adela, eran

las más asiduas, las que, demostrándole mayor interés, gozaban sin embargo con su desdicha.

Adela comprendía perfectamente la malignidad que envolvían las frases con que fingían interesarse por ella; entonces reaccionando á impulsos de su altivez y de su amor propio, fingía ella también estar alegre, mostrándose indiferente á las insinuaciones que le dirigían. No era cierto que Emilio la hubiese abandonado; alguna amiga envidiosa había propagado la noticia para dañarla.

¡Pero si anoche ha estado aquí hasta las doce!—exclamaba Adela, afectando sorprenderse de que creyeran que habían roto sus relaciones.

Estas y otras manifestaciones dejaban perplejas á las visitas de mala fe, á las que iban á indagar, á estudiar los estragos que se notaban ya en su semblante y también á consolarse un tanto de no haber tenido jamás un novio ni aun para hacer un poco de ruido con el rompimiento.

Pero no era posible ocultarlo. En el círculo de las relaciones de Adela no se hablaba de otra cosa, con esta particularidad: Emilio empezaba á tomar ya en la imaginación de muchas los perfiles de un héroe, de un seductor irresistible. Las menos escrupulosas se miraban, sonreían con malicia y concluían por decirse al oído cosas tan afrentosas para Adela, que, de haberlas sospechado, habría caído muerta de vergüenza.

En medio de esta crisis de dolor, secaba de

pronto sus lágrimas; alisaba con ambas manos sus cabellos, aplicándolos contra las sienes; mirábase al espejo para observar los estragos que habían hecho en su fisonomía el insomnio y el llanto, y resuelta, tranquila, casi sonriente, cual si una nueva actitud respondiese á un pensamiento íntimo, á una convicción basada sobre el hecho mismo, se sentaba delante del bastidor sobre el cual había estirado prolijamente el raso color oro viejo para bordar en él las iniciales de Emilio, entrelazadas con un manojo de flores. Era el obsequio que le destinaba para el día de su recepción: una hermosa papelera dorada, en cuyo frontis se veía un óvalo cubierto por un vidrio, debajo del cual debía figurar la labor de Adela.

Inclinó su frente sobre la tela, levantó el papel de seda que la cubría y contempló por un instante el dibujo. Las iniciales estaban terminadas; sólo faltaban las flores para completar el trabajo, pues apenas había concluído una hoja de un verde brillante, aterciopelado, naciendo de un tallo trabajado con hilo de oro. Sacó de un canastillo las hebras de seda multicolor, separó las que debía emplear y con mano segura empezó á hacer correr las agujas, produciendo un ruidito suave al atravesar de parte á parte la superficie de la tela resistente. Pero su imaginación no se subyugaba á aquella tarea y desde el primer momento comprendió que no podría continuar; se le ofuscaba la vista, confundía los colores y por intervalos no tenía ante

sus ojos más que una chapa bruñida, tersa, de la cual se borraban lentamente las letras, apareciendo después más grandes, de relieve, como desprendidas de las finísimas ataduras con que estaban amarradas.

Mi cabeza se extravía—exclamó, comprimiéndose la frente con ambas manos... Se levantó y se fué una vez más á implorar el auxilio de su Virgen protectora.

Ningún corazón elevó jamás una plegaria tan sentida; no era la oración rutinera, aprendida de memoria y repetida con inconsciencia; era el grito de una alma dolorida que presentía el derrumbe de su felicidad y que se encontraba impotente para evitarlo.

## VII.

Habían transcurrido los días cada vez más tristes y abrumadores para Adela.

Ya no lloraba; su alma desolada flotaba aún entre la esperanza y los recuerdos, en medio de una calma que aumentaba la zozobra de la anciana. Resignarse así no es posible, se decía ésta; yo sé lo que son estos dolores, yo sé lo que son las noches en las que huye el sueño, para traernos en cambio todas las imágenes de los días felices, como un tormento más en medio de la desgracia. Adela debe sufrir horrible-

mente y no quiere demostrarlo; ese dolor mudo, reconcentrado, que se aumenta en el corazón como un veneno de efecto lento, acabará por enfermarla. Ayer hasta la he visto sonreir y se ha entretenido en conversar conmigo de cosas alegres. ¡Ah! conozco yo también esa faz del sufrimiento; en vano queremos engañarnos á nosotros mismos; el mal está dentro como un gusano que ha hecho del corazón su crisálida; su obra continúa en silencio; poco á poco taladra, horada, y cuando creemos que todo ha concluído, que nuestra resignación es suficiente, que nuestro dolor se ha extinguido, y recogemos los despojos de nuestras alegrías pasadas, de nuestras horas de felicidad, para formar con ellos una existencia tranquila, sentimos que todavía existe alguna fibra que no ha muerto, un punto doloroso que no podemos comprimir sin provocar una nueva crisis que exalta nuestros sentimientos y renueva nuestros dolores. La curación es lenta y penosa. Muchas, ¡pobrecitas! no resisten al tratamiento que les impone el tiempo, nunca más lento que para el dolor, y en medio de esa crisis, en el primer choque, con el primer desengaño, cuando ven desvanecerse ese mundo ideal que habían elaborado día á día con colores tan lindos, con puntos tan brillantes, se creen perdidas, se abandonan, desfallecen, y una noche interminable de ensueños horribles trastorna su cerebro. ¡Ah! yo lo recuerdo muy bien,—agregaba la viejita con acento amargo.—¡Pobre Adela! Es dura la ley, es cruel el rigor con que nos tratan.

pero no es de ellos toda la culpa; debemos quejarnos de nosotras mismas, de nuestra sensibilidad, de nuestro apasionamiento casi enfermizo. Somos como los niños que ven el caballo de cartón reluciente, nuevo, en su actitud briosa y airada. Al principio, la novedad, el deseo de poseerlo, las caricias, las reyertas y el egoísmo para defenderlo de las manos de otros niños; por último, un buen día, nacen la curiosidad y el deseo de verlo por dentro, hastiados de encontrarlo siempre igual, siempre en su misma actitud, y el caballo de cartón abierto enseña su pasta interior rugosa, fea, sucia, mientras el niño llora y se desespera porque su caballito, tan lindo, tan brioso, que parecía vivo, es un conjunto informe de pedazos que se arrojan á un rincón.

¡Ah! si nosotros pudiéramos verlo por dentro antes de seducirnos con la esbeltez y las gracias exteriores!... Cuando llega el desengaño, ya no hay remedio... Muchas quieren conservar los pedazos unidos, disimular las quebraduras... es inútil... al rincón, al rincón con ellos,—exclamaba la viejita exaltándose...—Hay que buscar otro para no tener esas curiosidades peligrosas y no recoger en cambio los pedazos de cartón negruzcos y rugosos. Feliz de aquella que no siente esta curiosidad—agregó la viejita concluyendo su monólogo pesimista.

Adela penetraba en ese instante, trayendo en sus manos un periódico cuyas columnas recorría distraída y casi sin leerlas.

La viejita le dirigió una mirada escudriñán-

dola, procurando distinguir en las facciones y en el gesto de Adela las huellas de nuevas lágrimas, pero su visión, ya muy debilitada, no le permitía darse cuenta de estas cosas; veía el semblante de la niña como al través de una niebla; le parecía que estaba muy pálida y que sus ojos se hubiesen agrandado... ¡Ah! mi enfermedad progresa—pensó para sí...—¡Oh! la vejez nos transforma por fuera como la pasta del caballito de cartón—agregó con una sonrisa amarga, mientras se restregaba las manos, afectando su alegría habitual.

Adela se había instalado en un sillón de esterilla, enfrente de la anciana, aparentando leer las noticias del día, pero en realidad siguiendo el giro de su imaginación, que la transportaba al mundo de sus recuerdos y de sus dichas pasadas.

Ambas guardaban silencio. La anciana no se atrevía á interrumpirla, esperando que ella misma diese el tema para conversar, y entre tanto, hacía esfuerzos para distinguir su semblante cada vez que Adela, por una interrupción cualquiera, daba vuelta á la cabeza hacia la ventana que miraba al patio. En uno de esos movimientos quedaron sus facciones iluminadas por completo.

¡Ah! también hoy ha llorado mucho—se dijo con sentimiento...—¡Cuánto sufrirá esta pobre criatura!

Adela había inclinado de nuevo su frente sobre el diario; la anciana estaba inmóvil, con los labios entreabiertos, las manos entrelazadas y

el cuerpo inclinado hacia adelante, en actitud de prepararse á escuchar la lectura y repitiendo mentalmente la frase con que sintetizaba el estado de Adela. ¡Pobre criatura!... ¡Pobre criatura!...

Habían cambiado apenas algunas palabras cuando de pronto Adela se levantó como herida en el corazón, y de pie, rígida, estrujando con los dedos crispados el diario que estaba leyendo, lanzó un grito ronco al principio, como si su laringe se hubiese perforado; un gemido prolongado después, y luego cayó como fulminada á los pies de la anciana.

¡Adela!... ¡Adela!... ¡niña!... ¡se muere!... ¡pobre de mí!—exclamó la viejita en el colmo de la desesperación y del terror, mientras hacía esfuerzos inauditos para levantarla.—¡Adela!... ¡Adela!... ¡Dios mío!—dijo, y juntando las manos en ademán de súplica, se sintió desfallecer.

¡Ah! no puedo más... es mucho sufrir—agregó, é inclinando su cuerpo sobre el de la niña, procuró levantar su cabeza, rodeándola con sus manos temblorosas; sostúvola así un instante, mientras cubría su frente de besos y de lágrimas, en tanto que la llamaba con voz conmovida, prodigándole las frases más tiernas.

Adela no daba señales de vida; apenas se oía el ruido suave de su respiración, la viejita redoblaba sus llamamientos afectuosos y no se atrevía á abandonarla, temerosa de que pudiese hacer algún movimiento peligroso; felizmente, había acudido la mulatilla sirvienta, que estaba de pie,

inmovil, como alelada por la impresion que le causara aquel cuadro; advirtió la anciana su presencia y en el instante exclamó: ¡Ah! eres tú... ayúdame, ayúdame...

—Sí, señora... sí, niña...—decía la mulatilla, pero no atinaba á moverse de su sitio.

—Ven aquí... ven... trae una almohada... agua de colonia... pero ligero... Adela... ¡Ah! pobre Adela... se muere... ¡Dios mío!...

La viejita comprimía contra su seno la cabeza de Adela; cuando la negrilla hubo colocado la almohada, la deslizó suavemente sobre el brazo izquierdo, apoyando la palma extendida de la diestra sobre la sien izquierda de su querida niña; sin poder evitar las pequeñas sacudidas y temerosa de que sufriese un choque violento, inclinó aún más el cuerpo, casi hasta apoyar su propia cara contra la de la niña; sostúvola así un instante, como si presintiera que al abandonarla fuese á exhalar el último suspiro, pero sus fuerzas se habían agotado y tuvo que dejarla.

Adela había caído de espaldas, rígida como una muerta, con los brazos extendidos á lo largo del cuerpo, cerrando fuertemente los puños. La viejecita permanecía arrodillada á su lado, procurando hacerle aspirar el vinagre de que había impregnado su pañuelo en tanto que llegaba el médico, en busca del cual había enviado con apresuramiento á la negrilla.

En una de esas aplicaciones hizo Adela una inspiración profunda, acompañada de una sacu-

dida brusca, que hizo estremecer todo su cuerpo; la viejita lanzó un grito de júbilo y empezó á llamarla de nuevo por su nombre, besándola en la frente repetidas veces. Una segunda inspiración, más violenta que la primera, acompañada esta vez de gemidos y sollozos, conmovió aún más á la pobre anciana. ¡Adela!... ¡Adela... ¡Ah! si ese malvado la viera en el estado en que se encuentra, tal vez sintiera un poco de remordimiento!—exclamó la viejita, y observando que Adela respiraba con dificultad, produciendo en cada inspiración un estertor ronco, pensó con desesperación en que podía asfixiarse. Inclinóse entonces sobre el cuerpo de la niña y con movimientos rápidos, tanto cuanto lo permitía el temblor de sus manos, empezó á desabrocharle el vestido. Palpando aquí, desgarrando allá, haciendo saltar un botón, rompiendo con agitación creciente y de un tirón brusco las ataduras más resistentes, dejó libre por fin el pecho, tan oprimido por las ropas.

En el apresuramiento había desgarrado en distintos puntos la batista de la camisa, sin preocuparse de la desnudez de la niña, puesta más de manifiesto por un movimiento brusco de ésta. Al verla así, arrancóse la anciana una gasa negra con que habitualmente se cubría el cuello y veló con ella el seno blanquísimo de Adela, sin sospechar que hacía resaltar más la belleza de esos senos, que parecían dormidos bajo la finísima tela que los cubría.

El médico declaró aquello un ataque nervioso

sin importáncia: histerismo, anemia, la enfermedad de las niñas débiles y susceptibles. Ejercicio, señora, mucho ejercicio, tónicos, paseos al campo y buena alimentación. Escribió después unos cuantos garabatos en un papel y se retiró muy satisfecho de su diagnóstico y del tratamiento que había prescripto. Al despedirse de la anciana, volvió á insistir con tono sentencioso sobre las indicaciones que había aconsejado, y cuando estuvo en la calle, entre fastidiado y convencido, se dijo para sí:

—¡Bah! la misma historia de siempre: leen novelas de la mañana á la noche y luego languidecen porque nadie se las roba ó porque no llega el ideal que se han forjado en forma de galán irresistible. Así se educa hoy á las mujeres. Apostaría á que ésta—exclamó, aludiendo á Adela,—es una literata. ¡Hierro y duchas en vez de poesía y romanticismo!

Y muy satisfecho de sus aforismos y de la manera prosaica con que clasificaba las afecciones nerviosas, siguió su camino perfectamente penetrado de que su tratamiento era el más eficaz para curar todas las dolencias del cuerpo y del alma tratándose de mujeres histéricas.

Una crisis de llanto disipó el ataque que había postrado á Adela. La viejecita, que no la había abandonado un instante, estaba sentada al lado de su cama, comprimiendo una de sus manos, mientras decía entre dientes:

¡Malvado!... ¡malvado!... ¡Así se muera esta pobrecita!...

Varias noches pasó sin poder conciliar el sueño, dormitaba apenas algunos minutos, para despertar en seguida sobresaltada y trémula. Por su cerebro debilitado por la aflicción y el cansancio, cruzaban imágenes pavorosas. La figura de Emilio se le presentaba transformada en un monstruo de ojos de fuego; sonriendo con una risa sardónica y de burla, se había apoderado de Adela, á la cual comprimía con sus brazos robustos. La tenía aprisionada, sin que ella pudiera desasirse; en vano luchaba, daba gritos, imploraba auxilio, con los ojos arrasados de lágrimas; el monstruo no se conmovía; seguía abrazado de su cuerpo, como la yedra que se enrosca al tronco; besábala repetidas veces en la frente, en las mejillas, en los labios, dejando en cada beso una mancha rojiza, como si de ellos brotara sangre; ella se esforzaba siempre más por desprenderse de sus brazos, que comprimían su cintura como garras; el monstruo reía con satisfacción, con muecas de sátiro voluptuoso, dilatando las ventanas de la nariz, como para exhalar un vaho de lujuria, y sus besos, sus caricias, eran cada vez más impetuosos é irritantes. Por fin, Adela perdió el conocimiento; su cuerpo se dobló como un arco; cayó su cabellera á la espalda como un penacho desgreñado; su frente pálida y tersa estaba salpicada con las manchas rojizas donde el sátiro había impreso sus labios; pálida, desencajada, moribunda, exhalaba de sus labios una espuma sanguinolenta, y su garganta, su bella garganta de

niña, tenía el color azulado de la carne machucada; sus ropas desgarradas habían dejado su seno al descubierto, ese seno que la anciana había velado con la gasa negra, estaba ahora allí á merced de todas las profanaciones con que Emilio saciaba sus apetitos infames. Seguíalo estrujando rabioso, con su mano garfia, dejando en él la impresión de sus dedos y de las uñas con las que había abierto grietas sangrientas en su piel suave y blanquísima. En una de ellas, aplicó sus labios como un vampiro; la viejita vió horrorizada cómo el seno de la niña se hinchaba, se ponía turgente, rubicundo, violáceo, y la vió á ella misma levantar su cuerpo, oyó sus ayes, sus lamentos, sus gritos de dolor, de desesperación, de voluptuosidad, y vió sus brazos que se levantaban rápidos, nerviosos, que se extendían buscando el cuello de Emilio y que ella también lo abrazaba, lo comprimía, lo estrujaba y clavaba con rabia sus manos en sus cabellos, asiéndose de ellos hasta arrancarlos. ¡Te quiero, te quiero!—le gritaba Adela con voz ronca;—¡mátame, arráncame el corazón, pero no me abandones! El monstruo reía con satisfacción diabólica y la arrastraba en una carrera vertiginosa... De pronto percibió el abismo en que iban á caer; la viejita los vió precipitarse y dió un grito:

—¡Adela!—exclamó con todas sus fuerzas y se levantó de la silla, agarrándose la cabeza con sus manos crispadas, sintiendo que el corazón golpeaba contra el pecho con palpitaciones vio-

lentas, temblorosa, con los ojos extraviados, crizado el cabello y con gruesas gotas de sudor que bañaban su frente.

Adela había despertado, abriendo sus grandes ojos, que resaltaban con más brillo por la palidez intensa de su semblante. Hizo girar lentamente su cabeza hacia el lado donde estaba la anciana, trémula aun por la impresión penosa que acababa de experimentar, y le dirigió una mirada impregnada de dulce languidez, en tanto que apartaba de su frente las hebras de cabello que se habían escurrido durante el sueño.

—¿Qué tienes, mamita?... ¿qué te ha pasado?

—Nada, hija mía... nada... un sueño horrible... figúrate... que soñaba contigo... ¡ah!... no... mañana te contaré... era una pesadilla... ¡Ah!... malvado... malvado!...

## VIII.

La convalecencia de Adela fué larga y penosa. Había sufrido una conmoción intensa y sus fuerzas debilitadas se resentían cada vez más de la postración moral en que se hallaba sumergida. Una nueva lucha empezaba ahora para su espíritu; debía imponerse de golpe el convencimiento de una realidad amarga y dolorosa: Emilio la había abandonado, y con él, todo ese mundo de ilusiones y de esperanzas que se había

forjado en los días risueños, cuando, alegre y feliz, saltaba al cuello de su anciana tía, en medio de los transportes infantiles con que entreveía una nueva existencia, impregnada de toda la dicha á que creía ingenuamente tener derecho.

El golpe había sido rudo; no estaba ella preparada para soportarlo. Después de tantas promesas y efusiones tiernas, había despertado como si una mano torpe la arrastrara de los cabellos.

Se resistía á creer que el corazón humano fuera capaz de cubrirse de galas tan seductoras para despojarse de ellas sin esfuerzo y exhibirse de improviso en su desnudez pequeña y egoísta. Ella había vinculado tanto sus afectos á las promesas de Emilio; vivía confiada en su palabra como un niño; tenían sus miradas el brillo de una pasión intensa; había en sus acentos un eco de verdad tan sincera; le había repetido tantas veces que ella era su felicidad, su porvenir, su existencia dividida en dos; le había hablado con tanto apasionamiento aquella mañana en que ella lo sorprendió recostado en el sillón, entregado á sus sueños de gloria y de fortuna; habiendo sido tan tiernos y tan puros los transportes de su cariño; le había jurado entonces que nunca la abandonaría; se lo había dicho con el alma asomada á las pupilas... ¿Cómo no creerle? Ella le había dado todo lo que puede ofrecer una niña buena, apasionada, que entrega su cariño, su cariño inmenso, su fe, esa fe ciega de la mujer enamorada, que lo idealiza

todo, que vive de las palabras, de las miradas, del aliento del hombre en que cifra su felicidad. ¡Emilio le había repetido tantas veces que sin ella no comprendía la dicha, la alegría, el porvenir; que era su luz, su estímulo diario y constante para luchar en la existencia, para vencer las dificultades, para triunfar, pronunciando su nombre, para enardecer su entusiasmo cuando las contrariedades lo abatían!... ¡Cuántas veces le había repetido estas cosas, contemplándola con los ojos humedecidos, comprimiendo sus manos con transportes que ella creía sinceros!

¡Cuántas veces ella misma, conmovida, indecisa, le había hablado de sus dudas, de sus temores, de sus lágrimas, que la felicidad misma arrancaba de sus ojos!

Él, cada vez más apasionado, siempre más tierno y cariñoso, había protestado de esas dudas, de esas lágrimas y de esos temores.

Se le representaba ahora en todas las aptitudes, en todos los momentos que había estado junto á ella, siempre enamorado, inteligente, alegre, comunicativo.

Reconstruía en su memoria todos los recuerdos, desde el primer día que lo había conocido: la mirada que le dirigió al pasar, la expresión de su fisonomía, que no había podido olvidar desde ese instante, la curiosidad y el interés que le había despertado, hasta la última vez que estuvo en su casa, afectuoso como de costumbre y con su despedida habitual.

En la salita azul encontraba un mundo de

impresiones dolorosas; en cada mueble existía algo que lo recordaba; le bastaba mirar los sillones para verlo sentado con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, los brazos entrelazados sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada en el respaldo, como si estuviera dormitando.

Oía el murmullo de sus palabras, dichas en voz baja, pero que su oído habituado percibía por completo; veía las sonrisas que se dibujaban en sus labios, la animación que daba á sus pupilas, el lenguaje mudo pero expresivo con que le hablaba su fisonomía; todo lo tenía presente, toda esa página de sus días felices se le presentaba á cada instante, á pesar de los esfuerzos que ella hacía para olvidarla, para borrarla de su memoria.

¡Ah! si viera cuánto sufro, cuánto daño me ha hecho, tal vez un remordimiento punzaría su corazón y le hiciera volver sobre sus pasos—exclamaba Adela, mientras corrían las lágrimas por sus mejillas pálidas y enjutas.

Recorría á pasos lentos toda la casa, desde la salita azul hasta la habitación de la anciana, en la que se reunían muchas noches de invierno cuando la viejita se recogía temprano.

Sentados frente á frente de la mesita que adornaba el centro, á la luz tenue de la lámpara, cubierta por una pantalla, en el ambiente tibio de esa pequeña habitación, Emilio le leía sus composiciones poéticas, sus ensayos literarios, en los cuales siempre había una alusión delica-

da para ella. Muchas de esas estrofas, se habían grabado en su memoria y podía repetirlas; sobre algunas había hecho composiciones musicales para darle una grata sorpresa. Una de estas composiciones era dedicada exclusivamente á ella. Emilio había compendiado en esos versos toda la ternura, todo el apasionamiento, toda la nobleza de una alma que es capaz de sentir las emociones más dulces y los sentimientos más delicados.

Y de la habitación de la anciana á la salita azul, en una tarde de verano, apacible, impregnada de brisas olorosas que venían del patio saturadas con el aroma de los jazmines; solos los dos, sentados en el sofá, alegres, comunicativos, riéndose como dos niños traviesos, buscando pretextos para enfadarse por un minuto y reconciliarse en un segundo, con una mirada, con una sonrisa, con una reminiscencia cualquiera. ¡Ah! y las lecturas de *María;* aquellas páginas que habían recorrido también juntos, penetrándose del sentimiento y de la dulzura encantadora que palpita en esos parajes siempre frescos, siempre melancólicos y tiernos. Sus lágrimas habían caído sobre el libro para unirse en una sola cuando la pasión de Efraín arranca de su alma desolada, gemidos de dolor sobre las reliquias de la que ya no existe. ¡Cómo habían comprendido ellos ese idilio y con cuánto sentimiento habían acompañado ese dolor! ¡Cuántas veces, ella misma, temerosa de su porvenir, le había dicho á Emilio: yo también tengo pre-

sentimientos y no sé por qué se me figura que los presentimientos tienen su explicación, su razón de ser y su fundamento en cada vibración extraña que agita nuestra alma.

—Romántica—le contestaba Emilio,—¿quieres convertirte en heroína de novela?

Adela inclinaba los párpados y sentía que el rubor coloraba sus mejillas. Emilio la abrumaba con sus risas y sus burlas, concluyendo por decirle, cual si recitara el final de un capítulo de romance: Adela, la joven modesta y buena, la que debía casarse con Emilio, desengañada de la vida, tomó el velo en las capuchinas; él, que era un perverso, se casó con una de las niñas feas, las que, á pesar de ser sordas, sabían tocar muy bien el piano.

—Y eran muy ricas—agregaba Adela, comprendiendo que iba derecha á herir su amor propio.

Adela no podía alejar estos recuerdos; hubiera sido lo mismo que pedirle que viviera, después de haberle arrancado el corazón. Esos recuerdos eran parte de su vida; se habían alimentado en su cerebro con las fantasías de su imaginación; habían crecido y se habían desarrollado dentro de su ser, nutriéndose de su alma, de sus nervios, de su savia; eran ella misma, tenían que seguir viviendo, y ahora resurgían para torturarla, para caer diariamente, como la gota de agua sobre la piedra con que pretendía sofocar los gritos que le hacía exhalar su carne desgarrada por el sufrimiento.

—¡Mentía!—exclamó Adela, casi desfallecida,—

y mentía á una criatura que creía en su palabra como en la palabra de Dios...

La anciana asistía en silencio á estas escenas, dándose perfecta cuenta del estado de ánimo de la niña, pero ella, con su tacto especial, esquivaba cualquier ocasión que pudiese despertar una reminiscencia del pasado.

Limitábase á hacer menos triste la situación de Adela fingiendo una calma que estaba lejos de sentir, comprendiendo muy bien ese dolor y hallándose impotente para mitigarlo. El tiempo —decía con amargura,—podrá cicatrizar esa herida, abierta en la plenitud de la existencia. ¡Ah! yo no asistiré á la curación de esa alma, porque mis fuerzas languidecen día á día; pero Adela sabrá hacerse fuerte en la adversidad y llegará, si no á ser feliz, por lo menos, á encontrar soportable la vida en el cumplimiento del deber. Luchará; yo también lo he hecho y he llegado, después de muchas fatigas y de muchos desengaños, al final de la jornada; yo también estaba sola, y sin embargo, he triunfado; el pasado está tan lejos de mí, que me parece haber vivido en otro mundo y bajo otra existencia.

Quedábase un instante pensativa y luego, moviendo su cabeza, cubierta de mechones blancos, decía con tristeza: ¡ese Emilio es un ser innoble; es de los que creen que engañar á una mujer no es una acción mala!

## IX.

La viejita había guardado cuidadosamente el diario que leía Adela el día que le sobrevino el ataque pensando, con sobrado fundamento, que sus páginas encerrarían el misterio de una conmoción tan violenta.

No estaba equivocada. En la primera columna de noticias aparecía el nombre de Emilio con su título de doctor en medicina, rodeado de elogios por la tesis que había presentado y por el brillo con que había defendido la última prueba. Agregaba el diario, que había instalado un consultorio, en el que atendería especialmente las enfermedades de señoras, y, como punto final, el anuncio de que pronto iba á contraer matrimonio con una señorita de lo más distinguido de nuestra sociedad.

La viejita se había impuesto con dificultad y con zozobra de la noticia que venía á revelarle toda la verdad de lo ocurrido.

Cuando hubo terminado la lectura, dejó caer el diario, que tenía extendido sobre las faldas; se secó los anteojos, que estaban humedecidos por las lágrimas, y haciendo una contracción con la comisura derecha de sus labios, exclamó: está bien, se casa, es ya médico; la niña que había halagado su amor propio y apasionado su

alma de estudiante, no satisface sus aspiraciones de médico; ¡ah! pero no es justo que se despida así de nosotras que lo hemos querido tanto, que lo hemos amado como á un hijo, como á un hermano, que hemos alentado su carrera con nuestras palabras, que salían de lo más íntimo de nuestro corazón. El estudiante encontraba holgado y distinguido este hogar humilde, el médico necesita buscar el ruido, el oropel, la atmósfera perfumada y los halagos de la sociedad; el estudiante nos tendía la mano con efusión y con cariño, el médico nos da la espalda.

¡Ingrato!... ¡yo iré á despedirme de ti por mí y por Adela!... quiero hacerte quedar bien, —agregó con una sonrisa irónica. Un hombre educado, un médico, un caballero que va á figurar entre lo principal de nuestra sociedad, que va á casarse con una niña de lo más distinguido, debe conocer muy bien todas las reglas que impone la buena sociedad, la moral... ¡oh! la moral no figura para nada en estos casos, en tanto que pueda ocultarse con la apariencia de una conducta irreprochable.

La anciana se expresaba así, herida en lo más íntimo. Formó desde ese instante la firme resolución de visitar á Emilio, sin mucha esperanza de obtener que se conmoviera por Adela, pues era demasiado altiva para humillarse y se sentía demasiado noble para colocarse en una situación tan inferior.

No es el caso de suplicar, pensó para sí, pues, si Emilio se hubiera dejado invadir por ese

egoísmo que hiela aún las pasiones más ardientes, Adela sería para él la misma y dentro de sus aspiraciones cabría perfectamente su hogar feliz, engrandecido por el trabajo, por los esfuerzos de dos almas que luchan unidas. ¡Ah, Emilio, Emilio!—exclamó la viejita levantando su brazo y pronunciando estas palabras con tono casi profético—te emplazo para entonces... tú no eres capaz de sentir el dolor y el remordimiento, pero tal vez la felicidad te niegue en cambio sus halagos...

Cumplió la anciana la promesa que se había hecho.

Una mañana de invierno, nublada, triste, con un cielo cubierto de nubes espesas, arrastradas por el viento como grandes montones de lana sucia, resolvió la viejita dirigirse á la casa de Emilio. Mucho había reflexionado antes de decidirse, pero, al fin, su resolución estaba tomada, y aunque no abrigaba esperanza alguna de éxito, no quería permitir tampoco que Adela fuese abandonada así, sin miramientos, y que la maledicencia se ensañara con ella, desde que sus únicas armas de defensa eran la resignación y el sufrimiento.

Tempranito, fingiendo una promesa hecha á la Virgen, argumentando con respuestas sutiles á las protestas de Adela por que abandonaba la cama á esa hora, en una mañana tan fría, salió la anciana en dirección á la iglesia.

Mientras caminaba con paso rápido, arrimada á las paredes de los edificios, cubierta la cabeza y

parte de la cara con un chal negro, iba repitiendo mentalmente todo cuanto había pensado decir á Emilio. Llevaba perfectamente trazado su plan de ataque y de defensa y estaba dispuesta á no salir de la casa sin una satisfacción plena y amplia por la conducta que había observado.

¡Cómo se sorprenderá de verme á esta hora! ¡Ah! es que estos hombres sólo temen á los que saben esgrimir armas, y en un buen momento les toman de la solapa para decirles: caballerito, su comportamiento no es el de un hombre de bien. Entonces vienen las excusas, los arreglos, las reparaciones y toda la serie de embrollas que emplean para salir del paso; pero cuando se trata de una niña como Adela, la acción no es mala, porque no temen encontrar una mano fuerte que les pida cuenta de su proceder. Es una iujusticia, una injusticia, pensaba la anciana, acelerando aún más el paso para huir de la lluvia menuda que había empezado á caer.

Próxima ya á la casa de Emilio, sintió que las fuerzas la abandonaban un tanto; el cansancio, la emoción, el temor, ese cúmulo de impresiones que la contrariaban desde hacía tanto tiempo, habían debilitado su energía á punto de que hubo un instante, en que pensó volverse y renunciar á su empresa.

No me falta valor, se dijo, pero las fuerzas no me ayudan; al fin, ¿qué puede hacer una pobre mujer anciana enfrente de un hombre que tiene su partido hecho y que sabrá encon-

trar una contestación para cada una de las insinuaciones y de las protestas que yo le dirija?... No, no debo retroceder... y al decir esto, la imagen de Adela, extenuada por el desengaño y por las lágrimas, se presentaba ante sus ojos como implorando un auxilio que sólo ella podía prestarle.

Llegó al fin á la puerta de la casa de Emilio, á ambos lados de la cual se ostentaban las chapas de bronce bruñido que la anciana contempló con desdeñosa tristeza. Miró el número, ya que le era difícil descifrar el nombre inscripto en las placas metálicas, y viendo que correspondía, comprimió con mano trémula el timbre eléctrico.

En el zaguán tuvo que apoyarse para no caer. Su respiración se había acelerado de una manera angustiosa; palpitábale el corazón, como si quisiera decirle: huyamos de aquí; temblaba como un pájaro asustado, y en ese momento, hubiera deseado que Emilio no estuviese en su casa para salir precipitadamente, ir á la iglesia más próxima, refugiarse en el rincón más sombrío y llorar, llorar con desahogo, como no lo había podido hacer después de tantos años.

Pero no era posible; había acudido el sirviente y sin dirigirle la palabra, la había invitado á pasar adelante, en la convicción de que era una cliente que requería los consejos del médico.

Dejóse caer en la primera silla; pidió al sirviente, con acento entrecortado por la emoción que aun la dominaba, un vaso de agua, y esperó resuelta y resignada la llegada de Emilio.

Si en ese momento hubiese entrado, ella no habría podido articular una palabra; se le pegaba la lengua al paladar, dando chasquidos; sentía las fauces secas y doloridas, como si tuviera fiebre; temblábanle los labios con contracciones convulsivas y cuanto mayores eran los esfuerzos que hacía para dominarse, más aumentaba el estado de agitación que la había invadido.

Voy á inspirarle lástima, pensó con desesperación, y ante esta idea toda su altivez se ofendía, todo su orgullo de mujer virtuosa y buena levantó en su espíritu arranques de valor. No, no triunfará, exclamó con voz alta, sin poderse contener.

Más tranquila ya, empezó á dirigir sus miradas de curiosidad y sorpresa por todos los ámbitos de la sala destinada á la espera de la consulta.

El lujo que la rodeaba era un nuevo enigma para la anciana; luego Emilio no era pobre, como tantas veces lo había dicho, y en esto también mentía... Pero este hombre está familiarizado con el embuste, como una mujerzuela, pensó la anciana, y aumentando su curiosidad, se levantó para ver de cerca las cosas que la rodeaban.

Un rico juego de muebles adornaba el espacioso recinto: sillas de marroquín estampado sujeto á la madera por grandes clavos con cabezas doradas en forma de pequeños conos; sillones de respaldo alto, cómodos, confortables, bien dispuestos, simétricos; una mesa de estilo

antiguo en el centro sobre la cual descansaba una urna de cristal que cubría un cráneo colocado sobre un sustentáculo de bronce, un cráneo blanquísimo, con los huesos separados de su engranaje y sujetos por hilos metálicos apenas perceptibles, una verdadera pieza anatómica artísticamente preparada; parecía un cráneo que hubiese estado á punto de estallar y que una resistencia invisible lo hubiese contenido.

Contempló la anciana un largo rato, con los anteojos pegados al fanal de vidrio; aquellos huesos casi en el aire, suspendidos unos de otros como por atracción, le hacían parecer muy horrible la fría realidad de la muerte.

Las paredes estaban adornadas con cuadros cuyo mérito no pudo apreciar; sólo distinguía las aristas doradas y los relieves de los marcos; lo demás eran para ella manchas confusas de diversos colores. Luego, una serie de pequeños muebles de lujo, de fantasía, y nada que recordara á Adela, pensó con tristeza; ¡Adela, que tantos regalos le había hecho para adornar su estudio cuando se recibiera!

Emilio tardaba en presentarse; ¿la había espiado tal vez por alguna rendija? ¿estaría oculto detrás de la pesada cortina que cubría la puerta que daba acceso á la pieza de consultorio? ¿se negaría á recibirla y la haría despedir fríamente por el portero? Conjeturaba de esta manera la anciana, cuando de pronto oyó el ruido de la puerta, que se abría con estrépito que la hizo estremecer, y al mismo tiempo, una

explosión de risa bulliciosa y grosera, que llegó á su oído como una afrenta.

Sintió una impresión penosa, una especie de calofrío que recorrió todo su cuerpo; iba ya á levantarse, y esta vez con la resolución súbita de abandonar la casa, cuando vió aparecer una mujer, vestida con lujo, que separaba las cortinas para salir.

No podía distinguirla bien, porque había arrollado la cortina á la mitad del cuerpo, cubierto por un abrigo de terciopelo, adornado por pieles color ceniza.

Dábale la espalda, y mientras agitaba con la izquierda un largo guante amarillo, enjuto como un andrajo, separaba con la derecha los pliegues de la cortina, inclinándose al interior de la habitación para continuar en secreto la conversación íntima que sostenía. Dió vuelta de pronto, como desprendiéndose de alguien que la sujetara por adentro y levantando el brazo izquierdo, hizo un movimiento rápido al interior, produciendo un chasquido característico con el guante, que chocaba como un latigazo contra el cuerpo de una persona; cerróse bruscamente la puerta y en vano forcejeó con el pestillo un instante y dió varios golpecitos con el puño enguantado; la puerta no se abrió y entonces pudo ver la anciana á la persona que tenía por delante.

Una joven alta, esbelta, con grandes ojos negros rasgados, de cutis pálido, labios gruesos con comisuras arqueadas en una mueca maliciosa; cubría su cabeza un sombrero de anchas

alas, adornado con plumas de color de las pieles, debajo del cual, se destacaba, sombreado y con más realce, el óvalo de su linda cara. Había en su porte el movimiento audaz de una mujer que provoca, que incita, que ostenta el seno levantado y opulento como una tentación.

Avanzó en esta actitud, haciendo sonar sus pisadas y chocando los muslos contra el vestido demasiado estrecho. Al llegar casi enfrente del sitio en que se hallaba la anciana, arqueó su cuerpo hacia atrás y girando rápidamente el brazo derecho hacia la cintura, recogió en un grueso pliegue la tela de su vestido, arrollándola á su cuerpo para dibujar mejor sus caderas formadas por las correctas curvas de la elipse.

Miró á la anciana con ojos de sorpresa, y como si su presencia le inspirara una ocurrencia feliz, volvióse de nuevo hacia la puerta, la abrió rápidamente, introduciendo la cabeza por entre los pliegues de la cortina, mientras oyó la viejita que decía:

Emilio, doctor...

Luego un palabreo confuso, y por último, una nueva explosión de risa. Apartóse después vivamente de la puerta, esta vez como si de adentro le hubiesen dirigido una amenaza, y recogiendo de nuevo los pliegues de su vestido, avanzó con los párpados inclinados y una expresión hipócrita marcada en su fisonomía. Al pasar al lado de la anciana, le dirigió una mirada, en la que iba envuelto un relampagueo de mofa, y desapareció cerrando tras de sí la puerta con

violencia y dejando el ambiente de la sala saturado con el perfume penetrante de las esencias de que estaban impregnadas sus ropas.

—¡Desgraciada!—exclamó la viejita,—eres muy digna de él.

Poco después, apareció el sirviente, hízole una inclinación de cabeza y separando la cortina con una mano, mientras abría la puerta con la otra, le dijo con tono ceremonioso: puede usted pasar, señora.

Al levantarse, la anciana casi cayó de rodillas; presa nuevamente de una emoción súbita, se sintió desfallecer, pero esta vez, pudo reaccionar bruscamente; ya estaba allí, enfrente de Emilio, y esta sola impresión la absorbió por completo.

—¡Usted aquí!—exclamó éste al verla, y frunciendo el ceño, se puso intensamente pálido.

—Usted lo extraña tanto,—replicó vivamente la anciana y sin que él le indicara un asiento, se dejó caer en el extremo de un sofá que estaba á la derecha.

Hubo un momento de silencio; Emilio, profundamente contrariado por la presencia de la anciana, no había podido ocultar la emoción; no estaba preparado para sorpresa tal, á esa hora y en condiciones tan desventajosas; parecía un delincuente delante del juez, y aunque la anciana no podía sacar partido de todos los detalles de esta escena, pues la escasez de vista no se lo permitía, pudo darse perfecta cuenta, por la actitud de abatimiento y por el tono de sus palabras, de que en el primer asalto había dado en el blanco.

—¿Y bien, señora?—exclamó de pronto Emilio, cruzándose de brazos delante de la anciana, en actitud provocativa.

—Es usted el que me lo pregunta,—replicó ésta;—perfectamente, voy á satisfacer su deseo; escúcheme usted, Emilio... perdón, he querido decir doctor...

Emilio hizo una mueca de desdén y conservando la misma actitud, esperó impasible el ataque.

—¿Qué le hemos hecho á usted para que nos trate de la manera como ha procedido?

Emilio no supo qué contestar; en el primer momento, tuvo la intención de tomar á la viejita de un brazo y enseñarle la puerta de salida; pero un sentimiento de compasión, un poco de remordimiento y la cobardía, que siempre deprime la conciencia de los culpables, lo detuvo.

—Nunca las he tratado á ustedes mal; por lo menos, creo haber procedido en casa de usted muy correctamente.

—¿Muy correctamente, Emilio? ¿No tiene usted nada que reprocharse?—exclamó la viejita mirándolo fijamente.

Emilio guardó silencio un instante, como si hiciese una consulta íntima, y luego contestó:

—Nada, absolutamente nada, señora.

—Tal vez usted no sienta las impresiones que debiera experimentar; en fin, esto no es cuestión de sensibilidad más ó menos delicada...

Emilio se mordió los labios y dirigió á la viejita una mirada de ira... esta vieja ha venido á

mí casa á insultarme, pensó para sus adentros; como no se me concluya la paciencia, iremos bien.

—Vea, Emilio; yo no me he impuesto el inmenso sacrificio de venir á esta casa para decirle á usted que Adela sufre horriblemente y que no se han agotado todavía sus lágrimas; yo no he venido á suplicarle que tenga compasión de esa niña, que en su candorosa ingenuidad había hecho de usted un padre, un hermano, un Dios; yo no he venido,—exclamó de pronto con exaltación,—para decirle que su existencia dependía tal vez de usted; todo eso usted lo sabe y ha podido comprenderlo. Si usted nada sentía por ella, no debió fomentar una pasión en la cual cifraba ella toda su felicidad; pero, si no he venido para recordarle sus deberes...

—¡Señora!—exclamó Emilio interrumpiéndola,—¡mis deberes no me los enseñará usted!

—Está bien; tiene usted razón; usted es un caballero y debe conocerlos; pero, como médico, debe conocer también el corazón humano y saber que una niña como Adela no puede ser engañada impunemente; que su educación, su sensibilidad, su moral, no le permiten conformarse con una conducta como la que usted ha observado sin resentirse profundamente. ¿Cómo clasifica usted al hombre que sin razón, sin fundamento, falta á su palabra?

—De esta manera,—exclamó Emilio, levantándose y abriendo de par en par la puerta;—retírese usted, señora; puede usted aplicar sus lecciones de moral á quien las necesite más.

La viejita se levantó, pálida y trémula:

—Voy á retirarme, pero antes debo decir á usted que, si alguna vez le concedí la mano de Adela, es porque ignoraba lo que usted podría ser; ahora he venido para decirle que Adela se casa y que queda usted perfectamente desvinculado del compromiso que había contraído con ella; Adela se casa... y espero podrá ser feliz.

—¿Se casa?—exclamó Emilio con azoramiento.

La viejita sonrió y mirándolo fijamente, exclamó:

—¿Cree usted que no tiene el derecho de hacerlo?

Emilio experimentó en ese momento una impresión extraña. El egoísmo dominaba todavía sus sentimientos; sentía una complacencia brutal, pensando que Adela lo amaría aún, que sufriría por él y que tal vez estos mismos sufrimientos comprometerían su existencia; pero, cuando vió que Adela podría olvidarlo, casándose, y que tal vez fuera muy feliz, se consideró humillado y encontró que sus sentimientos dominados por el cálculo y por la vanidad de una posición social encumbrada, le habían traicionado. Recorrió rápidamente el pasado, no encontrando en él la más ligera sombra; sus amores de estudiante estaban vinculados á la época más feliz de su existencia; Adela era una niña pura, candorosa, ingenua, que lo había amado con frenesí; él le habia correspondido, y su corazón, embriagado ahora con amores más ruidosos, la había olvi dado.

Su pasión por Adela no se había extinguido, según él mismo llegó á comprenderlo, pero andaba de por medio el peor consejero: el egoísmo, que interponía una valla entre sus sentimientos, tan tiernos y vehementes en otra época, y sus aspiraciones de ahora, que lo habían conducido por otros rumbos, seduciéndolo esa tendencia malsana que lo impulsaba á conquistar una posición social con un golpe de estado, como él decía.

Ya era tarde para retroceder.

Estaba encerrado en un círculo de hierro. Adela se casaba, feliz, olvidada de él, despechada tal vez por su abandono; pero, en fin, ya no se moriría apasionada y llorosa como una heroína de romance. Era humano su proceder, lo encontraba justificado, y sin embargo, el hecho de pensar que pronto pertenecería Adela á otro le inspiraba un sentimiento extraño, como si tuviera celos del que no podía ser su rival.

Él se había comprometido con una niña de familia distinguida, rica, inteligente, que lo dominaba como á un niño. ¿Estaba enamorado ahora? No lo sabía ni se había preocupado de averiguarlo. Casándose sabría á qué atenerse. Se abandonaba un poco al acaso y llenaba de esta manera el programa de sus cálculos. ¡Ah! pero Adela volvía á ocupar el sitio de que en vano había pretendido desalojarla y hasta comprendió, en la fugacidad de un minuto, que la voluntad no domina al corazón cuando la pasión lo gobierna.

Hasta entonces había procurado olvidarla en el aturdimiento de su nueva vida, pero la viejita que tenía por delante como un remordimiento, como una protesta, altiva como la dama más encumbrada, desdeñosa casi hasta el desprecio, valiente y enérgica en medio de su debilidad, renovaba en su espíritu todo un pasado que creía extinguido.

Adela, en la salita azul, rodeada de las mil chucherías con que le había obsequiado, sonriente, confiada, con su aire modesto y distinguido, avanzaba hasta él, en una de aquellas tardes de verano en que el aire tibio, que penetraba del patio, lo acariciaba como un aliento perfumado, ofreciéndole su ramillete de jazmines como el símbolo predilecto de sus amores, tan puro, tan fragante, tan fresco como la inocencia de la niña.

Esta visión pasó en un abrir y cerrar de ojos por su imaginación; Adela le pareció entonces más linda, más seductora, más angelical, más digna de ser adorada, mientras él, en medio de su vanidad y de su ambición, sintió la soledad, el vacío, y arrepentido, irritado consigo mismo, estuvo á punto de arrojarse sobre la anciana, besar sus manos, implorarle perdón y decirle: ¡vamos, vamos corriendo á casa de Adela; la quiero, soy el mismo de antes, no la olvidaré jamás, ella me perdonará! ¡Ah! pero era tarde, había contraído otros deberes, ya no se pertenecía. Ese mismo lujo que ostentaba no era suyo... ¡había vendido su felicidad, su por-

venir y la felicidad de una pobre criatura, de la cual era ahora indigno!

La viejita observaba la actitud de Emilio; habíanse quedado en pie, silenciosos: él, con la vista fija en el suelo, mustio, contrariado; ella, sorprendida de su silencio y de su actitud.

—¡Se casa Adela!—exclamó Emilio, después de tan larga pausa.

—Sí, Emilio, y sólo espera para hacerlo una palabra de usted,—dijo tímidamente la anciana, vislumbrando una esperanza.

—Una palabra mía, una palabra mía,—añadió este con voz alterada.

—Sí, una palabra de usted, para romper el compromiso que usted había contraído con ella.

—¡Ah! el compromiso que había contraído con ella, repitió como inconscientemente: es cierto, yo le había pedido á usted que me hiciera el honor de concederme su mano.

—¡Emilio!—exclamó la viejita, sorprendida de la entonación sinceramente respetuosa con que había pronunciado estas palabras y sintiendo que su corazón latía con golpes precipitados. ¡Dios mío! ¡Dios mío!—pensó la anciana—has iluminado el corazón de este hombre; ¡oh! ¡si pudiese llevarle á Adela esta noticia!... y sin lograr contenerse, se acercó á Emilio y le tomó con ambas manos una de las suyas, á tiempo que le decía;

—¡Ah, Emilio, sea generoso, usted todavía está enamorado de Adela, sálvela, no deje morir á esa pobre criatura, que tanto, tanto lo quiere!

Emilio estaba profundamente contrariado. Cruzaban por su cerebro las ideas como si al nacer quisieran dejar huellas dolorosas de su paso. Jamás había experimentado una contrariedad tan íntima ni sus cálculos habían sufrido nunca una derrota más desastrosa para sus sentimientos. ¡Ah! él tenía la culpa, sólo él; después de custodiar su tesoro como el avaro, lo había perdido sin esperanza de recuperarlo. Egoísta, egoísta,—se dijo, sintiendo dentro de su pecho una tempestad que lo abrumaba. Miró enternecido á la anciana y le pareció más noble en su actitud digna y humilde. Esa pobre viejita, achacosa, débil, á la cual acababa de despedir de su casa como á una pordiosera, le había querido como una segunda madre; á él le había bastado un minuto para olvidar esa afección desinteresada y recompensarla con un ultraje.

Comprimía todavía la anciana su mano, repitiéndole casi llorosa la súplica que le hiciera por Adela; pero él no atinaba á contestar, movía simplemente la cabeza y cerraba los ojos, como para ahuyentar la visión de sus recuerdos, que se presentaba tenaz ante sus miradas.

—No puedo, no es posible,—dijo por último, con acento inseguro;—ha venido usted tarde, pero créame, señora, ha venido usted á despertar en mis sentimientos lo que yo creía extinguido, á poner dudas sobre mis propios afectos y á enseñarme el camino que he debido seguir. ¡Ah! la más pura, la más buena de las criaturas, dejará en mí un eterno remordimiento...

¡Ah! ¡si usted supiera cuánto me ha hecho sufrir en un minuto! Si Adela leyese en el fondo de mi alma, podría ver cuánto la he querido y cuánto la quiero aún, pero ella debe despreciarme y tiene razón para hacerlo; yo mismo, señora, me siento indigno de ella. ¡Ah! no me guarde usted rencor por mi conducta; yo también sufro mucho,—volvió á repetir Emilio.

—No, Emilio, no,—replicó la anciana—no abrigamos esos sentimientos hacia usted; hablo por mí y por Adela; eso sería innoble. Nada quiero para mí, no soy yo la que habla en estos momentos, es Adela, ¡Adela, á quien he querido salvar. Adela, á quien pronto dejaré sola en el mundo, sin más amparo que Dios, Adela, que se muere, Emilio!—y la anciana rompió á llorar con sollozos que en vano procuraba sofocar comprimiéndose la boca con el pañuelo.

—Luego su casamiento...—preguntó Emilio con ansiedad.

—No, no se casa,—exclamó la viejita;—yo se lo he dicho á usted despechada; contrariada por su actitud, porque yo había llegado hasta aborrecerlo á usted, Emilio... Perdóneme ¡hijo mío! ¡hijo mío!...—exclamó la viejita sollozando con más fuerza... perdóneme,—dijo y se arrojó al cuello de Emilio como una criatura desesperada que busca un refugio ante el peligro... Perdóneme,—repetía la anciana y sus lágrimas humedecían el pecho de Emilio, el que, sin poderse contener él mismo, comprimió las sienes de la anciana con sus manos temblorosas é imprimió

en su frente fría un beso cariñoso, cual hubiese podido hacerlo con su propia madre.

La anciana no pudo contener una exclamación de júbilo.

—¡Emilio, Emilio!—repetía fuera de sí,—¿puedo creer en lo que usted me manifiesta así, de una manera tan elocuente, tan afectuosa? ¡Ah! perdóneme; yo he venido á su casa bajo otras impresiones; yo lo creía á usted malo; no, me he engañado; usted es un noble corazón... ¡Adela, Adela, estás salvada, hija mía!... permítame que vaya corriendo á comunicarle esta noticia que le devolverá la salud, la alegría. ¡Ah, Emilio! yo, como una segunda madre de usted, lo bendigo con toda mi alma.

Emilio no contestaba; con los brazos cruzados sobre el pecho, la vista fija en el suelo y una sonrisa amarga en los labios, escuchaba todos aquellos acentos de júbilo, esas explosiones de cariño, de alegría, de gratitud, pareciéndole una crueldad destruirlas; sufría en silencio las consecuencias de su extravío y no atinaba á salir de la situación en que sus propias declaraciones lo habían colocado y contra la cual no se sentía con suficiente valor para protestar después de las manifestaciones de la anciana.

Esta, seguía en su entusiasmo pintándole su nueva situación, la reconciliación con Adela... ¡Pobre Adela! Sería menester prepararla, advertirla; recibiría una impresión demasiado violenta... ¡Oh, mi pobrecita!... si no sé cómo empezaré por decirle que usted la quiere siem-

pre, que usted no la engañaba, que todo fué una niñería, que usted volverá á verla...

—Eso no es posible, señora,—murmuró Emilio, interrumpiéndola.

—¡No es posible!—exclamó la anciana, abriendo los ojos como azorada.—¡No es posible!—volvió á repetir, cual si todo aquello fuese una ilusión de sus sentidos.

—No, señora; cálmese usted y escúcheme... usted me ha hecho sufrir un tormento atroz...

—¡Yo, yo! perdóneme Emilio, le juro...

—No señora, tenga calma, le hablo con la más profunda sinceridad y deseo que usted se penetre de mi desesperación y que crea en ella, como ha creído en mi arrepentimiento y en mi declaración hacia Adela; créame, señora, ahora soy yo quien se lo jura á ust»d; mi voluntad no me pertenece, no puedo volver al lado de Adela, porque estoy en vísperas de casarme,—dijo Emilio como con esfuerzo y casi abochornado de hacer esa declaración.

—¿Usted?

—Sí, estoy en vísperas de contraer matrimonio, y son tantos y tales los vínculos que he contraído, que no puedo romperlos... tendría que huir, que esconderme, que...

—¡Dios mío!—exclamó la anciana;—¿y los vínculos que había contraído usted con Adela?

—Señora, no me haga usted nuevos reproches; no me torture más; sea generosa,—dijo, tomando entre las suyas una de las manos frías y descarnadas de la viejita... En fin, agregó en

un arranque de desesperación:—déjeme usted pensarlo, quiero meditar, estar solo... solo con mis pensamientos íntimos, que sacuden mi cerebro como si fuesen á desgarrarlo... luego, mañana, cualquier día, le avisaré á usted mi resolución y entre tanto, que Adela lo ignore tòdo, que no sepa que usted ha venido, que me ha visto; se lo pido como un favor, como un ruego que parte de lo más íntimo de mi alma.

La anciana se retiró contrariada; las últimas declaraciones de Emilio envolvían, sin embargo, una esperanza alentadora y una duda: ¿triunfaría la vanidad?

Cuando Emilio quedó solo, sentóse delante de su escritorio, apoyado el codo sobre el borde del mueble, y comprimiendo su frente con la mano extendida.

Largo rato permaneció en esa actitud, cuando se levantó, sacó del bolsillo una cartera de cuero de Rusia, con sus iniciales de oro primorosamente cinceladas; extrajo de ella un pequeño retrato, y acercándose á la ventana para iluminarlo mejor, lo estuvo contemplando fijamente. Después de un instante, lo arrojó bruscamente sobre el escritorio y empezó á pasearse por la habitación con los brazos á la espalda.

—Adela era la ilusión, la felicidad y el porvenir—dijo deteniéndose.—¿Y tú?—agregó, dirigiendo una nueva mirada al retrato que había arrojado sobre el escritorio.

## X.

Después de aquella entrevista con Emilio, en la que la anciana vislumbrara una esperanza para Adela, había pasado los días en la mayor zozobra. A cada instante creía ver la figura de Emilio cruzar el patio con esa despreocupación y ese aire de engreimiento que le era peculiar. Ella preparaba entonces su mejor sonrisa y restregaba la palma de la mano por su falda de merino para alargársela más suave y más caliente; las manos de los viejos tienen algo de la frialdad de los muertos—decía la viejita;—pero el enamorado no apareció... Ni una carta, ni un anunció, ni un indicio cualquiera que confirmase sus promesas.

No es posible, pensó al principio, que Emilio me haya engañado; su desesperación era sincera, su arrepentimiento venía de lo íntimo... no, no me ha engañado, pero ¡ay! le falta carácter para resolver sin vacilar este problema difícil que decidirá de su porvenir.

Transcurrió así el tiempo y la anciana vió alejarse hasta perderse el anhelado acontecimiento; ya no volverá, se dijo, y desde entonces, cuando la evidencia de que aquel rompimiento era ya inevitable, llevó á su espíritu la convicción de que Adela nada tenía que esperar,

tuvo el presentimiento de su próximo fin, amargado por la idea del abandono en que quedaría su pobre niña. Lloró como una alma desolada que ve por todas partes el abismo y que, después de tantos años de luchas y contrariedades, deja tras de sí otra existencia, como una proyección de su propia vida, entregándole por única herencia, sus dolores, sus lágrimas, su experiencia durísima y la soledad de su hogar, en el cual consumiría su savia y sus mejores días, como una flor marchitada al nacer, por el desengaño y el egoísmo.

Abatida, sin aliento ya para reaccionar, sintió como nunca el peso abrumador de la vejez. Su única aspiración, por la que había vivido y luchado sin tregua, acababa de desvanecerse y con ella toda la energía de que hiciera gala en otros tiempos.

En algunos momentos, cuando la desesperación le arrebataba hasta las horas de descanso, sentía una impresión tal de aniquilamiento y de desgano de la vida, que la misma muerte se le presentaba como un bien supremo para concluir con su existencia atribulada.

Dormirse para siempre, decía, no sufrir ya más esta serie interminable de pequeños tormentos, extinguirse en el eterno sueño, es también una felicidad, una compensación miserable, pero al fin una compensación, la única á que puede aspirar una criatura infeliz, que ha recorrido con fe el sendero de la vida, esperando encontrar, después de la arena árida. la hierba

húmeda y fragante donde reposar de la fatigosa jornada.

Una visión siniestra se presentaba ante sus ojos: se veía ella misma, amortajada, dentro de un féretro de poco precio, vestida de negro, con un pañuelo blanco, doblado como una venda, pasado por debajo de la barba y asegurado con un nudo en la parte media del cráneo, con los ojos cerrados, la boca entreabierta, paralizada en el último aliento, pintada en sus facciones la placidez del reposo eterno. Los brazos cruzados sobre el pecho, sus manos huesosas, color de cera, con los dedos entrelazados, comprimiendo su pequeño crucifijo; rígida, atrofiada, como si su estatura hubiese disminuído, expuesta en el centro de la salita azul, sobre un modesto catafalco, cubierto de paño negro orillado con un galón de oro medio deshilachado. Los hachones, como centinelas con penachos de fuego, proyectando sobre ella sombras tenues y rayos amarillentos, desprendidos de una llama que oscila apenas. Por todas partes el silencio, la quietud, interrumpida de cuando en cuando por el cuchicheo de las amigas, de las curiosas, de las que van en punta de pie á contemplar las facciones de la muerta; por alguien que llora en un rincón, sofocando sus sollozos; por el murmullo de un rezo y por el ruido de un terrón de cera que se desprende de los hachones, como una lágrima grotesca, congelada y endurecida al caer. ¡Ah! y Adela, que entra de golpe, llevándose por delante los muebles,

abriéndose paso por entre los concurrentes que tratan de sujetarla; que llora, grita, implora, forcejea por desasirse; pálida, desgreñada, con las ropas desprendidas, los ojos hinchados por las lágrimas, la llama con desesperación, mientras reclamándola á la vida con acentos tan conmovedores con explosiones tan intensas de cariño y de dolor, que le hacían comprender cuánta sería la desolación de esa pobre niña el día que ella sucumbiera.

No, Dios mío, ese eterno bienestar es una ingratitud y es la imaginación la que me transporta á él; deseo vivir, aunque tenga que multiplicar mis sufrimientos, vivir para ella, para ella sola, para mi pobre Adela... ¡Ah! ¿para qué querría yo esta existencia si no fuese para amparar á esta criatura desgraciada?

Pero las fuerzas no le ayudaban ya, iba extenuándose día á día, y por más que Adela se esforzara en conjurar por todos los medios á su alcance el peligro que rodeaba la existencia de la anciana, harto comprendía que su tarea era estéril. Asistía día á día al derrumbe de esa existencia, que se extinguía lentamente, sin quejarse, sin demostrar su sufrimiento.

Cuando le preguntaba cariñosamente si se sentía mal, la viejita sonreía, contestaba negativamente y dirigía á su vez la misma pregunta á Adela.

Esta se esforzaba por aparecer mejor de lo que se encontraba, y, aunque las huellas de sus sufrimientos no podía suprimirlas con el es-

fuerzo de su voluntad, ponía el mayor empeño en ocultar á la anciana las lágrimas que había derramado. Alarmada ya por la postración que la había obligado á guardar cama casi diariamente, Adela quiso intentar el último recurso. Tomó el hilo de su vida pasada, haciendo en la casa todo el ruido posible, fingiendo preocuparse de su persona, de sus trajes, de sus muebles; se sentó al piano como en otros tiempos y los acordes de las piezas predilectas de la viejita llegaban hasta su oído entorpecido por la debilidad; largas horas pasaba á su lado, procurando hacer recaer la conversación sobre temas alegres, riéndose de sus travesuras de niña, recordando el estrépito que promovía con las persianas, la irritación que había experimentado la viejita el día que le dió bromas sobre los *bibelots*, llegando, en su entusiasmo por reanimar el espíritu y las fuerzas de la anciana, hasta decirle que Emilio era un embustero, un presuntuoso, que se había figurado que una niña como ella le serviría para pasar el tiempo en sus horas de ocio, que ya lo había olvidado por completo, y, más que eso, que se consideraba muy feliz en no haberse vinculado para siempre á un hombre de esas condiciones morales. Todo esto lo repetía Adela maquinalmente, pero sin poder ocultar la emoción que experimentaba, sin poder remediar el temblor de su voz y la palidez que cubría su semblante.

En más de una ocasión, después que había procurado engañar á la anciana, desviándola de

sus pensamientos tristes, se levantaba como herida en el corazón, corría á la salita y, arrojándose sobre el sofá, ocultaba su rostro para sofocar los gritos de desesperación y los sollozos que ahogaban su garganta.

—Se engaña á sí misma y procura engañarme—decía la anciana, moviendo la cabeza con desaliento.—¡Ah! yo sé muy bien que todo esto es fingido; ¡pobre Adela! teme también ella que mis días estén contados.

## XI.

Una mañana, cuando Adela fué al dormitorio de la anciana, para ofrecerle el desayuno que tomaba habitualmente, la encontró muerta.

No se había quejado, no había pedido auxilio durante la noche. Adela se había despedido de ella como de costumbre, sin sospechar el funesto desenlace; no le había manifestado la viejita que se sintiera mala; por el contrario, le había hablado de sus proyectos para cuando se mejorase y del deseo que tenía de mudar de casa y de barrio. Aquella vivienda, testigo tantos años de sus días felices, parecía reclamarle ahora esas alegrías, que habían huído para no volver. Adela le había agradecido con demostraciones efusivas aquella resolución, pues estaba conforme con sus deseos y con la necesidad

cada vez más imperiosa de olvidar, de borrar de su memoria y de su imaginación todas aquellas imágenes que surgían de la materialidad de las cosas que la rodeaban y que tanto influían en sus sentimientos y en sus recuerdos.

—Nos iremos lejos—le había dicho la viejita con acento cariñoso,—lejos del bullicio de la ciudad; buscaremos una casita con jardín, bañada por el sol, y allí, con la quietud y el silencio, nos olvidaremos de todo. ¡Ah! tú no sabes —agregó,—cuánto bien hacen al espíritu el aire puro, el sol tibio, el perfume de las plantas y ese alejamiento de la gente... ¡Es tan mala esta gente!...

Quedóse pensativa, recostada hacia la orilla de la cama, apoyando el codo sobre la almohada y sosteniendo con su mano blanca y temblorosa el borde de su mandíbula descarnada. Parecía que un mundo de recuerdos tristes hubiesen acudido á su memoria; suspiró profundamente y, tendiendo una mano á Adela, le dijo casi con tono de súplica: acuéstate, mañana hablaremos de nuestros proyectos y pronto los realizaremos.

El tono de las últimas palabras había conmovido á Adela; experimentó en ese momento un deseo vehemente de abrazar á la viejita y de cubrirla de besos cariñosos; ¡ah! es que Adela no había podido aún desahogar todo su dolor; sentía dentro del pecho algo como un círculo de hierro que comprimiera su corazón y sus

pulmones; necesitaba llorar, pero llorar con desesperación, sobre el pecho de una persona amiga, diciéndole todos sus sufrimientos para encontrar un consuelo, un alivio que la anciana no podía proporcionarle.

Cuando se convenció de que la anciana estaba muerta, su dolor no tuvo límites; se arrojó sobre el lecho con los brazos abiertos; la tomó después como á un niño á quien se levanta de la cuna, la comprimió contra el seno, inundando de lágrimas y cubriendo de besos su rostro frío. Llamábala con acentos desgarradores, repitiendo á cada instante: ¡ah! ahora puedo decirte cuánto he sufrido, ahora puedo arrojar fuera de mi corazón este mar de lágrimas que he ido acumulando día á día por temor de entristecerte, ahora puedo decirte que Emilio vive todavía en mi alma como el primer día, que su sombra me persigue á todas partes, que en todas partes me sonríe, me habla, me llama, me tiende su mano... ¡Ah mamita¡... ¡cuánto, cuánto he sufrido por ocultarte mi dolor! ¡Cuánto sufriré ahora que tú ya no existes, que no te veré más, que no oiré tu palabra que caía sobre mi corazón como un bálsamo, que ya no tendré tus consejos y el aliento de tu fuerza de voluntad para olvidar, para resignarme, para no morirme, y nuevos besos y nuevos abrazos, en tanto que un torrente de lágrimas corría de sus ojos. ¡Ah! pero tú sabías que no lo había olvidado, tú comprendías que yo hacía esfuerzos para engañarte, alma noble y generosa;

jamás una queja salió de tus labios, nunca un reproche vino á contrariarme.

Adela cayó de rodillas, sollozando y teniendo entre sus manos las de la viejita, una mano con los dedos flexionados, como si al despedirse de la vida hubiese creído encontrar la suya para comprimirla, hasta que la acercó á sus labios para besarla como una reliquia.

Cuando se levantó, estuvo largo rato contemplando el cadáver. Las facciones de la anciana no se habían alterado; por el contrario, habíale dado la muerte una expresión de calma y de dulzura que la hacía parecer más bien una persona dormida. De su bella frente se habían borrado las arrugas, haciendo más pura la curva suave que terminaba en los arcos prominentes de las órbitas. Estaban los párpados caídos y humedecidos en sus bordes, como si la última lágrima hubiese sido detenida por la muerte; sus mejillas enjutas, relucientes, con ese brillo semejante al del marfil, no tenían ya los pliegues que en cada contracción levantaba la comisura de sus labios y daban tanta animación y una expresión tan vivaz á su fisonomía inteligente.

Adela estuvo contemplándola con una mirada de piedad infinita; lloraba ahora en silencio y cada uno de estos detalles se iba grabando en su cerebro, como para favorecer mejor la evocación de su imagen cuando ya descansara en el sepulcro.

Inclinóse después para besarla una vez más

en la frente, arregló su cabello canoso, alisándolo contra las sienes, cruzó sobre el pecho sus brazos ya rígidos, y entre sus manos, entrelazadas con esfuerzo, colocó un pequeño crucifijo.

—¡Adiós! pobre mamita, ¡adiós!—exclamó después, comprendiendo todo el peso de su inmensa desgracia, y con una congoja indecible agregó:

—¡Sola!... ¡sola!...

Y cruzando la habitación con los ojos enrojecidos é hinchados por el llanto, se dirigió con paso incierto al pequeño jardín del patio, para recoger todas las flores que se habían abierto durante la noche y adornar con ellas el lecho de la muerta.

## XII.

Ningún dolor comparable al de Adela después que murió la anciana. En el momento de sacar el modesto féretro de caoba, encima del cual había colocado piadosamente una corona de violetas artificiales, sujeta á las manijas de ambos lados por una ancha cinta de raso negro, Adela, que contemplaba la escena desde su habitación, al través de uno de los vidrios que empañaba con su aliento, no pudo reprimir sus sollozos ni las exclamaciones de eterna despedida, tra-

duciendo con frases desgarradoras las explosiones de su intenso duelo.

Cuando lo vió aparecer por la puerta de la salita azul, balanceándose como una cuna, mientras las personas que lo conducían se achicaban, se retorcían, se ponían de lado para facilitar la salida por la estrecha puerta, le pareció que aquellos hombres, algunos de los cuales ella creía ya muertos, viejos, encorvados, vestidos de negro, caminando lentamente, con las piernas rígidas, unidas, le arrebataban á su viejita, se la llevaban con la despreocupación y la indiferencia con que se cambia de sitio á un mueble y, sin poder dominarse, con los ojos llorosos, el cabello en desorden, dejando enredado en el respaldo de un sillón su pañuelo de lana á cuadros blancos y negros que llevaba á la espalda, corrió precipitadamente, rechazando con violencia brazos y manos que salían de entre las sombras como apariciones, para sujetarla, para contenerla. Desasiéndose de unos, empujando á otros, sin oir razones, sin atender consuelos, desesperada, fuera de sí, dando gritos que hacían retroceder á las personas que le salían al paso, llegó así á la salita azul, mientras los últimos acompañantes, cabizbajos, alisando la copa del sombrero, invitándose para ir en el mismo carruaje, le formaban una barrera, negra, movediza, dejando detrás de ellos, como un despojo, el catafalco levantado en el medio de la sala, cubierto por el paño de terciopelo negro, descolorido, raído, salpicado por la cera derre-

tida como escrecencias de lepra, arrollado en el suelo en uno de los cantos, pisoteado, roto como un trapo viejo, y los hachones, medio consumidos, con crestas blancas, rugosas, pegadas á lo largo, apagados en ese momento y exhalando todavía espirales de humo acre por la pavesa negra, torcida como un pico de ave de rapiña, carbonizada, con un punto brillante como una luciérnaga, que aparece y se esconde, que aumenta el relampagueo fosforescente de su luz, que la agranda, la cubre con sus alas, hasta que al fin, desaparece en una crepitación de agonía.

Adela vió todo esto al través de sus lágrimas y de la semiobscuridad de la salita. La tensión nerviosa que la había excitado y sostenido, la abandonó de golpe. Cayó entonces de rodillas, apoyando su frente contra el borde del catafalco y con los brazos estirados sobre el terciopelo, haciendo esfuerzos por sostenerse, por apoyarse sobre esa superficie suave, lisa, untuosa, que se escurría de sus manos formando pliegues como la piel de un animal. Oyó en seguida el ruido del carro fúnebre, que empezaba á rodar pesadamente sobre el empedrado, y el choque casi unísono de las portezuelas que se cerraban de golpe, enviándole un eco de despedida, inarticulado, lúgubre, mezclado al vocerío, al murmullo de la calle, al ruido de las persianas con que los curiosos movían sus varillas para espiar, penetrar con sus miradas en el interior de la salita é imponerse, con esa inconsciencia del

vulgo que obedece á las exigencias de los sentidos, de lo que pasa en el interior de una vivienda de donde han sacado á un muerto, lo que ha de servir de tema de conversación á más de uno, que lleva bien apuntado en la memoria el número de carruajes y el de coronas, la clase del fúnebre y el valor del féretro.

Continuaba ella sollozando y sintiendo desgarramientos íntimos, como si la vida se fuera desprendiendo poco á poco de su ser. ¿Es cierto que te has ido? decía de pronto. ¿Es cierto que ya no te veré más?... ¡Pobre mamita!... Era su alma la que hablaba, era su vida entera que protestaba de la desgracia, ante el misterio de lo desconocido, de lo impenetrable, y continuaba así, llamando á su viejita con todas las expresiones más tiernas de su cariño y de su dolor.

Debilitada, enferma, quiso levantarse y no pudo; se le doblaron las rodillas, como si sus articulaciones se hubiesen dislocado; se sentía oprimida, asfixiada, en aquel ambiente saturado con las emanaciones de los sahumerios de benjuí, el olor á cera derretida, el humo casi pegajoso, las pavesas de los hachones que seguían ardiendo á intervalos y despidiendo olor á trapo grasiento quemado, el desinfectante que se había derramado sobre el catafalco y las flores secas, marchitas que se habían esparcido por el suelo. Procuraba no respirar aquel aire viciado, denso, que penetraba á sus pulmones con esfuerzos, como un velo que se le quedase adherido á las fauces.

Dejóse caer, arrastrando el paño negro que vino á cubrir la mitad de su cuerpo como una mortaja, y allí, en el suelo, en la actitud que tomaba cuando iba á la iglesia, empezó una oración, interrumpida cien veces por los recuerdos de la anciana, cuyo nombre unía al de Dios, ya que ella había sido por tantos años su providencia.

Agrupadas á su alrededor estaban las amigas, formando una mancha negra, de entre la cual salían cabezas, gestos, miradas, actitudes de sombra, suspiros, súplicas y un murmullo de palabras como un deletreo.

Sentadas en el sofá, conversaban en voz baja dos señoras viejas, enjutas, con aspecto de personas pobres, vestidas de negro y abanicándose con movimientos suaves, como si quisieran llevar el compás con lo que hacían con la cabeza.

Dos viejecitas antiguas, insensibles, perseguidas por la desgracia y los achaques. Eran gemelas; no se habían casado por no separarse; tenía una de ellas la preocupación de que iban á enterrarla viva, y por esto eran las primeras en presentarse, cuando moría alguna persona de su relación, para estudiar detenidamente los signos de la muerte.

Al ver entrar á Adela y oir sus exclamaciones de dolor, se miraron, deteniendo los vaivenes del abanico, é hicieron un pito con los labios llevando después en una contracción una comisura en dirección á la oreja del mismo

lado, como queriendo significar que aquella desgracia habría sido para ellas un átomo comparada con la inmensidad de sus desdichas.

## XIII.

Con la muerte de la anciana había llegado para Adela el momento más difícil. Sentía como si la viejita se hubiese llevado al sepulcro una parte de su existencia, tales eran el enervamiento y el desconsuelo que dominaban en su espíritu.

Era una verdadera prueba para sus sentimientos y para su condición de niña huérfana. No le arredraba tanto tener que luchar con la escasez de medios, con las privaciones, con la miseria tal vez, como la falta de un amparo moral, que ahora le reclamaba con más energía la pasión que aun alimentaba por Emilio.

Su imaginación, como la de todas las personas impresionables y delicadas, se había aliado con sus recuerdos para torturarla. Borrábase de su memoria el tiempo transcurrido y se le figuraba siempre que Emilio debía acudir afectuoso y conmovido á imponerse de su desgracia, á darle el pésame, y que esto sería motivo para que le pidiera él perdón de su conducta pasada, mientras ella, conmovida, más enamorada que nunca, le tendería su mano para que la retuviese como en otro tiempo entre las suysa.

Continuaba alimentando esta ilusión como una necesidad, como un consuelo, como la esperanza que cruza por la mente del viajero perdido en la maleza cuando, atraído por el miraje, toma aliento, se yergue, se echa en cara su desesperación y su cobardía y corre, camina, sin sentir la fatiga, sin experimentar el hambre, hasta que la realidad lo postra, desfallece y muere.

No comprendía aún cómo Emilio hubiese podido olvidarla después de tantas promesas y protestas de cariño. Es que ella, en su ingenuidad de niña, juzgaba de su conducta por sí misma, por sus propias impresiones, por la vehemencia con que le había entregado su corazón, con ese desprendimiento de las almas confiadas.

Por momentos protestaba de este abandono como de una injusticia, y la esperanza, nuevamente alimentada por la duda, le hacía olvidar que enfrente de ella estaba la realidad fría, implacable, ante la cual debía someterse. Rehusaba aceptarla, como rehusa el enfermo que le amputen un brazo, con esa resistencia instintiva, que no obedece á la razón, sino á la sensibilidad, al temor, al horror mismo que inspira la carne que es menester cortar en colgajos para salvar la vida.

Su alma estaba empeñada en esta lucha; prefería morir antes que desprenderse de esas ilusiones, que se adherían á ella como la carne dolorida y enferma que se aferra á los tejidos sanos en un último esfuerzo por conservarse.

La materialidad de las cosas no la había preocupado hasta entonces, pero hubo de conformarse con su nueva existencia recogiendo como el náufrago los últimos restos de su barco para improvisar un hogar en la playa desierta.

Abandonó un día su casita, cual si fuera al destierro, y cuando contempló en la calle los muebles de su salita azul, amontonados, en desorden sobre un carro alto, cuadrado, y oyó los crujidos de la madera y el desgarramiento del damasco que en un descuido se abrió como una herida, experimentó ella también un desgarramiento íntimo, ella, que los había cuidado tanto y que encontraba en cada uno tantas reminiscencias del pasado.

Su salita azul estaba ahora en la calle como abochornada; miraba ella los muebles y le parecía que en medio de aquella confusión de sillas, espejos, sofás, mesitas, en presencia de esa desnudez de las cosas materiales, trataran de esconderse, de empujarse, buscando en los rincones más ocultos del carro un refugio contra las miradas de los curiosos, de la gente de la calle, que había formado un grupo para presenciar el desfile de la mudanza. Adela contemplaba sus muebles, puestos allí en exhibición, y se le figuraba que todo el mundo iba á imponerse de su desgracia y que todos los que fijaban en ellos su atención penetraban en la intensidad de su dolor.

Hubiera deseado que su nueva vivienda estuviese inmediata, para sacarlos de noche, con

cuidado, de á uno, é instalarlos con el decoro que parecían reclamarle. Ahora, puestos así sobre un carro: los sofás con las fundas arremangadas para mostrar sus remiendos y sus resortes como vísceras de acero, las mesas tumbadas como armazones desvencijados dentro de los cuales estaban sujetos los cuadros, comprimidos por almohadas sin funda, enrojecidas de vergüenza, blanduzcas y flexibles como la gordura falsa de los hidrópicos. y luego las sillas, amarradas de á dos como presidiarios, y las consolas livianas, brillantes, con sus forros de felpa y sus flecos, que hacía ondear el viento; prendidas de ella, como en compañía más selecta, las pequeñas repisas, el banquito donde la viejita apoyaba su pie calzado con botines de paño, haciendo ver en el centro una mancha blanca como una cabeza calva; por último, el esqueleto de la araña, con una envoltura de diarios viejos atados con hilo, como el cuerpo de una momia; todo ese conjunto puesto en desorden, al azar, llenando los claros del carro, mezclado, confundido, como la gente en las manifestaciones, codeado, manoseado, tratado torpemente por las manos groseras y sucias de los peones, que dejaban impresos sus dedos con manchas grasientas en los respaldos y su aliento en los espejos, en los cuales se miraban mientras reían y se insultaban, increpándose el desgaste de una silla, la rotura de una cornisa, el crujido de algo que estaba como bajo un montón de ruinas, cediendo al peso del derrumbe.

Adela veía todo aquello y los colores se le subían á la cara; se le oprimía el corazón; veinte veces estuvo para dar un grito, cuando veía un mueble á punto de caer de las manos de aquellos torpes que lo conducían, y veinte veces se contuvo, por temor de sus insolencias y de que se vengaran haciendo un destrozo intencional.

Su casita, en la que había vivido como en un santuario, era arrastrada á la calle, mezclada al fango, deshecha en pedazos, amontonada en un carro, escudriñada, insultada, tratada como en un saqueo. Cuando arrojaron á uno de los carros el último mueble y empezaron á desfilar ante sus ojos, haciendo más violentos los choques y los crujidos, y vió todos aquellos muebles, que no parecían los mismos, se estremeció ante los movimientos bruscos de los vehículos, que parecían querer volcar en la calle el contenido, que llevaban amarrados con cuerdas y pedazos de frazadas viejas. Ella, que miraba por las rendijas de la persiana, no pudo contener ya sus lágrimas, y cuando vió el último carro, que pasó rozando el cordón de la vereda, como dando tropezones, tuvo que apoyarse contra el quicio de la ventana para no caer... En el sillón de esterilla, el asiento predilecto de su viejita, iba arrellenado uno de los peones, fumando su pipa de yeso y leyendo un retazo de diario que había arrancado del envoltorio de la araña.

Contempló después con tristeza aquellas paredes desnudas, con el papel desgarrado en al-

gunos puntos y los agujeros de los clavos como órbitas huecas; tuvo miedo; recorrió rápidamente aquellas habitaciones desiertas, apenas iluminadas por la escasa luz de una tarde fría y nublada; volvió á la salita azul, y, disponiendo con la imaginación los muebles en sus respectivos sitios, iba á darse vuelta, para enviar una mirada de despedida al interior de esa vivienda que ya no volvería á ver, pero el estrépito de una puerta que se cerró con violencia, sacudida por una ráfaga de viento, produjo un eco siniestro; sintió ella entonces una impresión súbita de terror, y echando sobre su semblante el tupido crespón de duelo que caía desde su cabeza á la espalda, salió precipitadamente á la calle. Su planta de jazmín estaba aún en la vereda esperando el turno; uno de los peones cuidaba de ella; cuando Adela vió que aquel hombre pasaba las manos por las hojas aterciopeladas, sintió que se crispaban sus nervios, como si ella misma sintiera en sus mejillas el roce de esa mano callosa y dedos mochos. Apresuró el paso, y al llegar á la esquina, vió que por la acera opuesta aparecía un hombre conduciendo un gran ramo de flores; dió vuelta instintivamente, para contemplarlo, mientras á pocos pasos de ése, venía otro, llevando abrazado y con esfuerzo un magnífico bronce representando el grupo de Boucher. Al llegar á las casas de las feas, se detuvieron, miraron el número de la puerta, para cerciorarse de que era la seña indicada, y penetraron en seguida.

Al proseguir su camino, oyo Adela una voz de mujer que decía á su espalda: esta noche se casa una de las niñas.

Ella se estremeció involuntariamente y la frase de Emilio resonó en su oído... ¡son tan ricas! Repitió mentalmente el dicho y apresuró aún más su marcha, temerosa de que la sorprendiera la noche en la calle, á ella, que jamás había salido sola y á esa hora.

## XIV.

Una reacción favorable se había operado lentamente en el ánimo de Adela. Las distracciones del trabajo, las obligaciones que ella misma se había impuesto, por la necesidad de atender decorosamente á su nueva posición, habían influído de una manera benéfica en su organismo moral, á punto de que la conformidad con que contemplaba ahora el pasado, la sorprendía á ella misma y la hacía pensar seriamente en que tal vez había exagerado un poco sus dolores, por el hábito de renovarlos diariamente, con esa complacencia que se encuentra en el dolor mismo cuando él nos proporciona el recuerdo de las dichas que lo precedieron y á las que está vinculado como el gusano á la planta, que da flores fragantes pero que un buen día muere, porque ha carcomido sus raíces.

Había ponderado ella la situación y se había resuelto á afrontarla como un nuevo sacrificio que el tiempo y la resignación irían aminorando hasta devolverle, si no sus alegrías, por lo menos para continuar con más ardor en la lucha;—muy poco exigía en compensación de lo que ella había sufrido y de la incertidumbre en que estaba siempre respecto del porvenir.

Dividía su tiempo entre las tareas que se había impuesto y sus recuerdos. La viejita estaba siempre ante sus miradas como una evocación que se presentara á cada instante á inspirarle confianza y aliento, ella rezaba todas las noches pero, más que una plegaria, eran monólogos, que sostenía en el silencio de su vivienda, haciéndose la ilusión de que el alma de la anciana la acompañaba en esos momentos y le agradecía sus recuerdos piadosos, como le agradecía en otro tiempo las atenciones que le había prodigado durante su enfermedad.

No había oído hablar ya de Emilio y se consideraba feliz en conservar su recuerdo como una reliquia que se guarda escondida en el seno y que se saca de vez en cuando para imprimirle un beso con respetuosa devoción.

Se levantaba en su espíritu ese recuerdo como el de una persona muerta, y hubiera deseado, ya que el destino había dispuesto que él la abandonara, no oir jamás su nombre ni tener noticias de la posición que ocupara. Si había llevado su felicidad, su porvenir, un pedazo de su alma; ella le había reclamado con lágrimas ar-

dientes estos bienes; el silencio había contestado por él; ahora nada tenía que esperar ya. Vivir y vivir honradamente, aferrada á la prosa de una existencia monótona, sin impresiones, sin alegrías; recorrer á paso lento la misma senda que había recorrido la anciana, pero más desgraciada que ella, pues no tenía un solo vínculo que atrajera sus afectos.

Cuando las ráfagas heladas de melancolía y de abatimiento pasaban sobre su corazón, deprimiendo su espíritu con una tristeza invencible, redoblaba entonces sus esfuerzos para ahuyentarla, abandonaba su humilde vivienda, recorría las calles al acaso, con paso precipitado, esquivando las gentes, dando tropiezos, hasta que el cansancio la hacía detener. En muchas ocasiones se paraba de golpe, alarmada por la distancia recorrida—había caminado como una inconsciente—y por lo general penetraba en la iglesia más próxima, elegía el paraje más apartado, en el fondo de alguna capilla envuelta en el misterio de las sombras, rodeada de la quietud y del silencio, aspirando el aire impregnado con ese olor suave á incienso, como si fuera una exhalación de los santos, que parecían animarse en sus actitudes místicas. Elevaba allí su plegaria, enviaba al cielo sus peticiones, ese favor tantas veces reclamado por las almas que sufren, y satisfecha, tranquila, como si todos los santos de la iglesia hubieran prometido interesarse por sus súplicas, abandonaba el sagrado recinto para volver con paso lento á su vivienda.

Era allí objeto de las mayores atenciones de parte de una familia con la cual compartía su pan diario. Tenía para ésta tantos atractivos y eran tantas las simpatías que había despertado, que á fuerza de quererla habían concluído todos por rodear su nombre de una aureola de respeto, de admiración y de cariño, que en los menores detalles procuraban demostrárselo. La situación de Adela, la bondad de su carácter, tierno y angelical como el de una criatura, el sello de sufrimiento que se destacaba de su fisonomía de niña resignada, había interesado á todos y, sin quererlo y á pesar de su retraimiento y de sus reservas, era ella la dueña de la casa, la que disponía de todo, la que fallaba sin apelación en todas las disidencias, aun en las más íntimas. Formaba parte de la familia, se la disputaban, los niños corrían á abrazarla y se sentían orgullosos cuando habían merecido sus caricias; todos hubieran deseado que Adela estuviese siempre allí y hasta pensaban con disgusto y con afectuosa zozobra en el día que pudiera abandonarlos.

—Esta niña debe sufrir mucho,—decía una de las señoras á una amiga íntima, á la cual la habían presentado.

—¡Cómo se le conoce en la expresión de los ojos!

—¿Ha visto qué manera de mirar?

—Es una languidez de persona enferma.

—¡Y qué aspecto tan distinguido!

—¡Ah! si es de muy buena familia.

—¡Pobrecita!

—¿Está de luto por los padres, no?

—No, por una tía.

—¿Dicen que estaba de novia?

—Nosotros no hemos podido saberlo, pero debe ser así.

—¿Ella nunca conversa de eso?

—No, jamás; algunas veces la hemos oído llorar, pero no nos atrevemos...

—Es natural... no... podría tomar á mal que ustedes trataran de indagar.

— con razón; ella es tan buena, tan cariñosa... le aseguro á usted que es una santa esta niña.

—Si basta mirarla... lo está diciendo...

Estos y otros diálogos mantenían las señoras de la casa con las visitas, atraídas también ellas por la curiosidad, por las ponderaciones y por el misterio que rodeaba á Adela. Contemplábanla como á una criatura excepcional y en su presencia casi se sentían conmovidas, cual si conocieran toda la historia de sus amores y de sus lágrimas.

Ella había notado toda esa atmósfera de simpatía y de curiosidad que despertaba, sonreía y, sin preocuparse de ello, continuaba su existencia, entregada con fe al trabajo que podía proporcionarle el escaso caudal de sus conocimientos y de sus habilidades de niña bien educada. Por este lado se consideraba feliz, tan feliz, que hubiera deseado que su viejita hubiese podido verla desplegando una actividad de la que no se hubiera creído capaz.

Hasta había conquistado fama para confeccionar vestidos con corte tan elegante y una gracia tan especial, que hubieran podido hacer competencia á los que salían de las mejores casas.

Aceptaba esta tarea con la reserva propia de las señoras que han ocupado una posición social holgada y que se ven obligadas por los reveses de la suerte á tomar una aguja, aguja que pesa en sus manos delicadas como el martillo del obrero, que ha visto perder su fortuna y que á la vez tiene que machacar el hierro sobre el yunque.

Un día le fué encomendada la confección de un traje de novia.

Lleváronle las ricas telas y los azahares, tan blancos, tan artísticamente hechos, que tentaban á aspirar su perfume, cual si fuesen recién cortados de la planta.

Adela desplegó conmovida aquellas telas y en el primer momento se sintió como impulsada á rehusar la tarea. ¡Cuántas veces había soñado ella con su traje de novia! ¡Cuántos recuerdos iba á despertar en su memoria la confección de ese vestido!

Crujía el raso bajo la presión de sus dedos, brillando como una chapa de plata; lo había extendido sobre su mesa de labor, desparramando los azahares y los retazos de tul, y ella de pie, pálida, indecisa, contrariada por su debilidad, miraba todo aquello como si esas telas y esas flores hubiesen entrado en su vivienda á desterrar las sombras de tristeza que la cubrían,

á llevar la alegría y el ruido, formando contraste con su vestido negro de riguroso luto.

—¿Quién será su dueña?—pensó.—¿Será feliz?... ¡Cómo me agradaría conocerla!

Examinó detenidamente el corte de las distintas piezas y pudo juzgar del cuerpo y de la estatura. Es bajita, se dijo, pero debe ser muy linda, agregó, y, como si una simpatía secreta la vinculase á la desconocida, experimentó el deseo de emprender su obra con más empeño y entusiasmo de los que había sentido al principio.

—¡Pobre niña!—exclamó—si ella supiera que su traje de novia me ha causado tanta emoción y que casi lo he salpicado con mis lágrimas, creería que es un signo de mal augurio y tendría una contrariedad en su noche de bodas... que sea feliz... ya sola debo llorar en silencio y ocultar mis lágrimas... Y tomando con precaución las telas las dispuso en la forma más adecuada para dar comienzo á su labor.

Trabajó sin descanso hasta altas horas de la noche, y dos días después aquellos pedazos de formas extrañas estaban perfectamente unidos y sólo faltaban los azahares para que el traje estuviese terminado. Cuando lo contempló, pasando las palmas suaves de sus manos delicadas sobre la superficie reluciente del raso para arreglar mejor los pliegues de la falda, tuvo un pensamiento que la hizo sonreir con tristeza. Casi tiene mi propio cuerpo; ¿si yo me lo probara? Desechó este pensamiento, y doblando el

vestido cuidadosamente, empezó á elegir los ramilletes de azahares para fijar mejor su distribución.

Oyó en ese momento que un carruaje se detenía á la puerta y poco después el ruido de pasos precipitados y el choque de las manos enguantadas de alguien que llamaba desde el patio. Levantó las cortinillas de tul que cubrían los vidrios de la puerta de su habitación, que comunicaba con esta parte de la casa, y quedó mirando sin atreverse á abrir. Una niña de porte distinguido, vestida con lujo y en actitud de esperar con impaciencia, le hizo una ligera inclinación de cabeza.

Bajó Adela la cortinilla, y presintiendo que la desconocida fuera la dueña del traje, abrió la puerta y se adelantó á recibirla.

—¿La señorita Adela?

Adela hizo también una inclinación de cabeza, pero con un aire á su vez tan distinguido, que la niña fijó desde ese momento su atención en ella. Muy simpática, pensó, y luego:

—¿Usted tenía encomendado un vestido de novia?

—Está terminado, señorita; sólo faltan los azahares,—contestó Adela con las mejillas encendidas; puede usted pasar.

La niña entró sin miramientos en la vivienda; Adela penetró en seguida y le ofreció, para que se sentara, uno de aquellos sillones, forrados de damasco, que adornaron en otro tiempo la salita azul.

La desconocida estaba ahora como confundida de la actitud que había asumido. Aquella vivienda, el aspecto de Adela, su aire de niña distinguida, casi tan joven como ella, la suavidad de sus maneras, la modestia de su traje, la corrección con que se expresaba aún en los detalles más insignificantes, llamaron su atención. Había en toda su persona un conjunto de rasgos tan especiales, que despertaron aún más la simpatía con que la había atraído desde el principio.

—Es extraño,—pensó;—esta habitación es una mezcla de lujo, de pobreza, de ostentación y de modestia; es algo muy original; luego, esta niña, que se me figura haber conocido antes; casi no desdeñaría en ser su amiga.

Y mientras Adela desplegaba ante sus ojos el valioso traje que había confeccionado con tanto empeño, su dueña se sentía más atraída por todo aquello que la rodeaba, con la curiosidad propia de una persona que recibe impresiones que no creía encontrar.

—Muy lindo, muy lindo,—repetía;—sí, es de mi agrado,—y contemplaba en tanto el piano de formato moderno y de buena fábrica, la pila de papeles de música y luego algunos cuadros que adornaban las paredes; entre ellos, los retratos de los padres de Adela, que se destacaban allí como para inspirar respeto por su actitud severa y circunspecta.

En el fondo, la camita de bronce, adornada como una cuna; enfrente de ella, un mueblecito

de *toilette*,—una verdadera joya de ebanistería, adornado con ese bagaje de botes y frasquitos de cristal, que no contienen nada pero que encierran el secreto de ciertas bellezas de impresión,—un regalo de la viejita en el día de su cumpleaños.

Con miradas rápidas, abarcando todo con ese primer golpe de vista que poseen las personas acostumbradas á otro medio social y á la monotonía de las viviendas de lujo, casi todas iguales por la disposición y el estilo de los muebles, la niña se había penetrado de que allí se encerraba un misterio y de que la señorita que tenía por delante no estaba lejos de encontrarse á su nivel, por más que su posición humilde las separara. Y no pudiendo resistir más la curiosidad que la impulsaba, hizo una mueca graciosa, á tiempo que le decía á Adela:

—Perdone usted, señorita, pero veo aquí tantas cosas que me llaman la atención, que, si usted no lo tomara á mal, satisfaría el deseo de mirarlas de cerca.

Adela se limitó á contestar con una inclinación de cabeza y una sonrisa que quería decir: todo está á su disposición. Y como si no esperase otra cosa, empezó la niña á recorrer todos los ámbitos de la habitación.

Deteníase ante un cuadro, lo miraba largo rato y daba luego su parecer, como persona inteligente acostumbrada á emitir esos juicios. Levantaba de su sitio una de las tantas chucherías que conservaba Adela,—una figurita de por-

celana, un pequeño bronce,—lo tomaba delicadamente, comprimiéndolo con las yemas sonrosadas de sus dedos, poníalo frente á la luz, le daba vuelta, y haciendo una mueca graciosa, se dirigía á Adela con cierto candor para decirle:

—Este *bibelot* es precioso. Dejaba el *bibelot* y se apoderaba de la *baigneuse*. ¡Ah! qué graciosa, qué graciosa; si está hablando en esta actitud tan natural. Contemplábalo todo y volvía á colocar cada objeto en su sitio, acompañándolo de caricias, de miradas, de sonrisas, entreteniéndose en darle su posición primitiva, arqueando su cuerpo flexible hacia atrás para estudiar mejor el efecto.

—¡Muy lindas! ¡muy preciosas!—decía, mientras se colocaba apresuradamente los guantes. Luego, una pregunta sobre el valor, la procedencia de esos mismos objetos; en seguida, otra sobre azahares, sobre un pliegue del vestido, y así, con cierta mezcla de aturdimiento y de desenfado, con un poco de superioridad y de engreimiento, del que difícilmente se despojan aquellos que tratan con personas que consideran inferiores en la jerarquía social, la niña lo vió todo, moviéndose con ruido de un lado para otro, imponiéndose de los detalles con la curiosidad de un niño que va al teatro por primera vez. Después de la revista de la habitación, se apoderó de Adela, á la cual empezó á asaltar con preguntas sobre su condición, sobre su pasado, sobre su manera de vivir, experimentando sorpresa, compasión y un vivo deseo de averi-

guar cada vez más, de saberlo todo, como una amiga íntima que vuelve de un viaje de muchos años.

Adela contestaba las preguntas con reserva, con evasivas, sintiéndose por momentos casi molestada por la visita, y, como para distraerla un tanto de su interés por ella, se permitió á su vez una pregunta:

¿Se casa usted pronto, señorita?

—Sí, mañana,—contestó ella casi maquinalmente, y luego agregó:—¿Usted toca el piano, no?... ¡Ah! tiene usted un piano muy rico... ¿Quiere usted permitirme?... Y sin esperar el permiso sentóse en el taburete, levantó con estrépito la cubierta y pasó rápidamente por el teclado sus dedos de muñeca, comprimidos y embotados por el guante.—¡Muy lindas voces, muy lindas!—Rápida y nerviosa se arrancó los guantes y empezó á tocar un trozo de Lucía. ¡Divino!—pero es menester afinarlo,—exclamó, dando él último golpe con las yemas de los dedos sobre las teclas, que se hundían como si por encima de ellas se escaparan las notas gemidoras.

Adela experimentaba una serie de impresiones, que no alcanzaba á definir; sentía deseos de llorar, de reir, de abrazar á esa criatura alegre, ingenua, que había entrado en su casa como un pájaro alborotado, huido de la jaula, que no encuentra sitio donde posarse; que había olvidado su vestido para ocuparse del piano, que hablaba de su casamiento casi con indiferencia,

como si fuera el acto más vulgar de su vida, y la comparaba con ella, envidiando su despreocupación y la manera tan extraña de sentir esas impresiones que para ella lo habían constituído todo.

—¿Usted no toca el piano ahora, señorita?—volvió á preguntarle, haciendo girar el taburete para colocarse frente á frente de Adela.—Usted debe tocar muy bien,—agregó,—á juzgar por las piezas que veo acumuladas,—y, sin dar tiempo á que Adela le contestara, giró nuevamente el cuerpo sobre el asiento y empezó á hojear los papeles de música, deteniéndose en la lectura de unos y arrojando otros con desdén... *Barbero de Sevilla*... no me gusta... *Carmen*... *Aída*... Recorría rápidamente esta última partitura, tarareando algunos trozos, mientras llevaba el compás con su pie diminuto é imprimía á su cabeza movimientos rítmicos, interrumpidos con flexiones rápidas hacia adelante y gritos de impaciencia cuando equivocaba una nota.

*¡Hugonotes!*—exclamó de pronto, hojeando otra pila de papeles—¡sublime! ¿Y esto? ¿y esto?... dijo mientras levantaba en alto un hallazgo inesperado—un papel de música manuscrita... ¿Es música de usted?... Sí, es de usted,—exclamó mientras leía con atención y sorpresa.—*Adela*, dice la pieza; ¡ah! y con letra; y sin esperar á que Adela confirmase la sospecha, extendió el papel sobre el pequeño atril y con la facilidad de ejecución con que lo haría un

maestro, hizo vibrar las bellas notas de la partitura que efectivamente había escrito Adela sobre el motivo de una composición poética que le había dedicado Emilio.

—¡Muy lindo!... ¡lleno de gusto!—exclamaba á cada instante, mientras imprimía á su cuerpo movimientos suaves como una ondulación y apoyaba con fuerza su pie contra el pedal... ¡Ah! y los versos me vienen como de perlas... qué composición tan sentida... ¿quién es el autor?—preguntó, haciendo en los bajos una octava que vibró con un sonido ronco.

—¡Ah! pero usted está llorando...—dijo al ver que dos lágrimas corrían por las mejillas de Adela, que estaba de pie, apoyada sobre el respaldo de una silla.—¿Yo la he hecho llorar? —repitió la niña contrariada.—¿Tal vez esa composición le trae á usted recuerdos penosos?... Perdóneme, he sido imprudente, pero mi carácter es así... Mamá siempre me lo reprocha y me dice que soy una niña aturdida.

—No, no es nada, — se apresuró á contestar Adela, secando rápidamente las lágrimas y haciendo esfuerzo para sonreir;—es que usted toca con mucho sentimiento... y me ha impresionado... ¡Ha pasado tanto tiempo sin que se hiciera música en esta casa!

—¡Ah! es muy linda esa pieza... muy sentimental... ¿quiere usted tener la bondad de prestármela por un día?... voy á sacar una copia... qué gracioso,—agregó,—esta noche se la toco á mi novio... es una improvisación, ¿no le parece?... y él que es medio poeta.

—¿Es poeta su novio?—preguntó tímidamente Adela,—pronunciando la última palabra con cierto temblor nervioso.

—Sí, poeta y médico,—contestó la niña.—¡Ah! no me agrada que sea médico... la esposa de un médico debe ser una mártir...

Cuando Adela supo que el novio de la niña era médico, el corazón le dió un salto; sintió que su semblante se enfriaba, como si le faltara la sangre, y comprendió que debía haberse puesta muy pálida, pues la niña la miró con extrañeza, diciéndole:

—¿Qué le pasa á usted?... Está usted tan pálida...

—Nada, señorita... No se alarme usted; es un vahido,—dijo llevándose la mano á la frente... Es mi enfermedad habitual... Pero se disipa pronto y, como para confirmar cuanto acababa de decir, sonrió con dulzura y se dirigió al piano para arrollar la pieza de música que tanto había interesado á la novia.

—Pero usted debe conocer al doctor Emilio...

La niña no pudo proseguir, quedó como si la lengua se le hubiese pegado al paladar, con la boca entreabierta y una expresión de azoramiento y de temor en la mirada, al oir el grito penetrante y extraño que había lanzado Adela.

Tuvo miedo y se arrepintió de haberse detenido tanto en la habitación de esa persona, que le era completamente desconocida.

—Mamá tiene razón—pensó; soy una aturdi-

da.—Es que allí era todo tan raro, tan original, empezando por la dueña de casa, con su porte de señorita distinguida, que sin quererlo se había dejado llevar por sus impresiones y por la espontaneidad de su carácter franco y bullicioso.

—Esta infeliz debe estar muy enferma,—se dijo,—mientras permanecía en su sitio como una estática, sin atreverse á avanzar ni á despedirse... Su primera impresión fué huir, pero le parecía una conducta mala retirarse así, sin consideración alguna por Adela, quien, después de lanzar un ¡ay! tan intenso, tan profundamente conmovedor, se había inclinado sobre el piano, cubriéndose la cara con las palmas extendidas.

—Señorita,—se atrevió á decir después de un instante,—usted sufre mucho; ¿qué le ha pasado? ¿está usted enferma? ¿quiere que le pida á Emilio que la vea?—agregó ingenuamente.

—No, no,—exclamó Adela con exaltación creciente; no, no, por Dios...—y se dirigió hacia ella con los ojos inundados de lágrimas; le tomó las manos y se las comprimió con contracciones nerviosas;—no, gracias; es usted muy buena... discúlpeme, le he hecho pasar un momento desagradable... perdóneme.

—¡Pobrecita!—exclamó sobresaltada y enternecida la niña;—yo no sé por qué sin haberla conocido á usted antes, me ha interesado usted tanto,—agregaba correspondiendo á las manifestaciones afectuosas de Adela.—¡Ah! usted debe sufrir mucho... el dolor es para mí un espec-

táculo siempre nuevo y más en una niña de la edad de usted... ¡he sido yo tan feliz siempre!... ¡oh! si yo pudiese ayudarla... si usted quisiera... tengo yo tantas amigas que podrían interesarse por usted...

Adela se sintió como humillada ante el generoso ofrecimiento de la niña, pero dábase cuenta de la ingenuidad con que hablaba y del propósito sincero que la movía; tomóle de nuevo una mano y fijó en sus ojos una mirada impregnada de reconocimiento, á tiempo que le decía: —gracias, gracias, es usted muy buena, usted no me conoce... tiene usted un corazón muy sensible... ¡gracias, señorita! no hablemos más de eso, yo soy muy impresionable... estoy enferma, pero mis males no tienen remedio,—agregó Adela con desaliento.

—Bueno, yo quiero que usted esté alegre; esos males no sientan bien á nuestra edad... mire—exclamó de pronto —se me ocurre un proyecto... mañana á la noche me caso, en la iglesia... yo quiero casarme en la iglesia, en el altar mayor, todo iluminado, adornado con flores, con música... ¡ah! es tan linda la música del órgano; qué preciosos son esos sonidos roncos que resuenan en la bóveda ¿no la conmueven á usted?... yo no me consideraría casada—dijo después de una ligera pausa,—si no lo hiciera con todas las ceremonias religiosas, porque eso del registro civil — agregó con una mueca desdeñosa, —yo no lo entiendo; eso está bueno para los hombres. Si mi novio no consintiese en acompañarme á la iglesia, yo rompería el compromiso.

—¡Ah! si supiera usted cómo me he reído cuando fuimos á la oficina del registro civil; viera la cara que puse cuando el empleado nos tomó los dichos; si eso no es una ceremonia; es como vender una casa ó comprar un negocio; y cuando yo le dije esto á Emilio, se puso serio y me contestó que yo estaba sugestionada por el cura y qué sé yo que tantas cosas... ¡Ah! y que desde este momento yo era su mujer, que tendría que obedecerle, en fin, como si realmente él fuera ya mi marido.

—¿Sabe usted lo que hice?—agregó, sin reparar en el aspecto de Adela, que había tomado un aire sombrío y á quien le temblaban los músculos de la cara en una convulsión rápida y apenas perceptible—me saqué el anillo y con tono formal se lo presenté, diciéndole al mismo tiempo: señor doctor, hasta que este anillo no esté bendecido, puede usted hacer de cuenta que no me conoce.

—¡Ah! qué mirada me dirigió,—exclamó riéndose.—Bueno, y ahora vamos á mi proyecto,—agregó, plantándose delante de Adela con los brazos levantados á la altura del seno y las manos entrelazadas,—yo quiero que usted asista á la ceremonia de la iglesia, quiero que usted me vea lucir el traje de novia; ya verá cómo la voy á hacer quedar bien y cómo la van á felicitar mis amigas... ¿irá usted?... ¿me lo promete?...—exclamó, mirándola fijamente, como esperando una respuesta.

—¡Yo!—contestó Adela con una expresión de

terror y de angustia que infundió miedo á la niña.—No, no es posible... no es posible—murmuró después, con un tono de voz que parecía un gemido.

—Pero qué criatura tan original,—pensó la niña...—debe estar muy enferma.... desde que he venido á esta casa lo estoy notando... ¡qué ojos! ¡qué miradas! ¡qué color de semblante! y ¡cómo se ha desfigurado!... ¡Ah! pues, aunque ella no quiera, le voy á rogar á Emilio que mañana la vea, que la asista... ¡pobrecita! es una lástima que esta infeliz vaya á morirse por falta de cuidados.—Y, oprimida por la impresión penosa que le había causado Adela, resolvió retirarse. Al hacerlo, pidióle disculpa por haber absorbido su tiempo, y con el propósito de halagar su vanidad, volvió á examinar el lujoso vestido, ahora con más detenimiento, prodigándole un mundo de elogios y haciéndose el propósito de recompensar generosamente su tarea.

Al subir al carruaje, recordó que había olvidado sobre el piano la composición que tanto le interesara; reflexionó un momento, indecisa, deteniendo la portezuela... ¡No!—se dijo después, obedeciendo á una resolución súbita, y la cerró violentamente.

Cuando arrancaron los caballos, hizo á Adela, que la había acompañado hasta la puerta, una inclinación de cabeza, seguida de una sonrisa afectuosa, y se retiró bruscamente al fondo del coche. Es que el semblante de Adela, visto así de frente, en plena luz, la había conmovido.

—Parece una muerta,—exclamó;—¡pobrecita!

## XV.

Adela había quedado en el zaguán, sin atreverse á dar un paso; tenía rumores en los oídos, como golpes de platillo, que corrían con vibraciones penosas hasta su cerebro.

Estaba aturdida, mareada, sentía hundimiento de abismo y le pareció que las paredes del estrecho recinto avanzaban hasta encontrarse para comprimirla y aplastarla. Aquello era horrible; miró hacia la calle, con intención de huir, y la calle estaba obscura, como si empezara á anochecer; la casa de enfrente había desaparecido, la buscó con una mirada ávida de luz y de horizontes, y nada pudo distinguir; estiró entonces sus brazos, inquieta y trémula, pero sus manos se encontraron con el vacío, su cerebro estaba congestionado, dolorido, sentía como una expansión dentro del cráneo y golpes de martillo en las sienes.

Pálida, estremecida por sacudidas nerviosas que la hacían contraer involuntariamente los músculos de la cara, dejando sus labios entreabiertos, secos por ráfagas de vapor caliente que le subían desde el pecho; sin fuerzas ya para sostenerse, buscó un punto de apoyo, dejándose caer como un cuerpo inerte contra la pared. Chocó su cabeza. produciendo un ruido

seco de cántaro que se rompe, y ya iba á rodar por tierra, cuando estiró sus brazos en cruz, y clavando las uñas con desesperación, pudo sostenerse con balanceos y oscilaciones de ebrio. Con la violencia del golpe saltaron costras de revoque que se desmenuzaron sobre su cabeza.

Sosteníase en esta actitud violenta cuando sus ojos empezaron á percibir la luz, una luz de crepúsculo, triste, casi sin matices; escurrióse entonces poco á poco, tanteando como una ciega y rasguñando siempre la pared, en la desesperación de no encontrar un punto más accesible de donde asirse. Así pudo llegar hasta la extremidad del zaguán. Allí tenía que descender el umbral de mármol y girar hacia la derecha para penetrar en su vivienda.

Ese pequeño trecho fué toda una excursión: vacilando, retrocediendo, avanzando de golpe con resoluciones y horripilamientos de paralítico que ha perdido su bastón, con las manos crispadas, los dedos doloridos y desgarrados en las yemas por el frote, por las asperezas, pudo llegar en un último esfuerzo hasta su habitación, y sin orientarse, distinguiendo vagamente los muebles que habían cambiado de color y de posición, una silla que estaba á poca distancia de la puerta le pareció un hombrecito giboso, vuelto de espaldas, y su propia imagen, que se reproducía en el espejo de un armario, tenía el tono y los contornos de las sombras que proyecta la linterna mágica. En medio de esta confusión, de este caos de impresiones, de ideas,

de alucinaciones, creyó que se había enloquecido y quiso gritar, pero le faltó la voz. De pronto, sillas, armarios, espejos, perspectivas, contornos, colores, todo había desaparecido; la noche era obscura, densa, siniestra, con firmamento de estrellas grandes, movedizas, de mil colores; sintió una sensación de bienestar, de aniquilamiento, como si le hubiesen cortado una vena y fuese perdiendo poco á poco la sangre, y por último, la inconsciencia, el tumbo de un cuerpo que cae y el silencio interrumpido por la respiración estertorosa de un agonizante.

.............................................................

Cuando volvió en sí, lo primero que se presentó ante sus miradas, fué el traje de la novia, blanco, reluciente, extendido sobre su cama como si estuviese en actitud de esperar á su dueña para salir á la calle, envolviéndose á su cuerpo con pliegues suaves, y acompañándola en su alegría con el rumor de sus crujidos. Sobre la delantera de la falda estaban amontonados los azahares, cual si, animados de vida, se hubiesen entrelazado, agrupándose temblando con los estremecimientos de los nidos cuando pasa una ave de rapiña.

Adela había caído en el vértigo casi enfrente de la cama; cuando quiso levantarse, le pareció que su cuerpo había adquirido un peso enorme; hizo un esfuerzo y apenas pudo incorporarse, apoyándose sobre el codo derecho. Sintió entonces un quebrantamiento tan intenso, un deseo tan imperioso de descanso, que, si no la hu-

biese atormentado un fuerte dolor que experimentaba en el cráneo, en el punto que había chocado contra la pared, se hubiera dejado caer nuevamente sobre el pavimento.

En esa actitud, deslizó su mano hacia el punto doloroso, y al comprimir suavemente su cabello, sintió que estaba mojado; retiró la mano con viveza, y al mirar la palma, vió que estaba manchada con sangre; se estremeció, y el recuerdo de aquella herida que se hiciera en el dedo, cuando daba la libertad y la vida al vástago prisionero de su planta de jazmín, vino á su memoria como la fecha del primer dolor. ¡Ah! también era aquella una mancha de sangre, exclamó; pero entonces era un punto, una gota rutilante, como un rubí salido del engarce. Ahora, dijo pensativa... y volvió á mirar la palma... y sus ojos distinguieron una mariposa de fuego, que ponía en relieve sus alas abiertas y simétricas. ¡Ah!—agregó, suspirando,—antes eras dorada! Cuántas he visto pasar ante mis ojos persiguiendo, enloquecidas, las ilusiones que me había forjado.

## XVI.

Sentada en un sillón, entregada á sus pensamientos íntimos, veía correr las horas con el abandono y el estupor de un convaleciente que deja por primera vez el lecho, después de una larga enfermedad.

¡Cuánto daño me ha hecho sufrir esa criatura que ha penetrado á esta vivienda como por asalto, trayendo á mi memoria lo que yo deseaba olvidar! Y al decir esto, recordaba su sorpresa, su curiosidad, su aturdimiento y el interés que se había tomado por ella.

Jamás sospecharía que cada palabra, cada reminiscencia, cada gesto, cada vibración que arrancaba del piano cuando ejecutaba su composición, eran otras tantas heridas que abría en su carne fatigada y doliente, otros tantos gemidos que debía comprimir dentro del pecho, por temor de descubrirse ante esa niña, que había caído allí á batir sus alas de felicidad.

Después de esa entrevista todo había cambiado para Adela; su existencia era un esfuerzo, un sacrificio superior á su aliento, á su resignación, á su conformidad. ¿Para qué quería vivir? El destino la había despojado de todo; cada día le reclamaba algo: hoy una afección, mañana un sentimiento, después un recuerdo,

¡se le presentaba á cada instante como un acreedor implacable, exhibiéndole las cuentas de su pasado y con exigencias de usurero, sin lástima, sin piedad, sin espera, pedía y pedía siempre; primero, sus días felices, sus mañanas de enamorada, el sueño de sus noches apacibles; todo se lo había llevado sin conmoverse por sus lágrimas, sin escuchar sus súplicas, y cuando ella creía encontrar una tregua, un momento de calma, volvía á presentarse, más exigente, más cruel, para escudriñarlo todo y llevarse los últimos despojos que había ocultado recelosa dentro de su alma para salvarlos de su voracidad. Pero él había penetrado hasta allí, olfateando la presa, guiado por la codicia; había descubierto el último ahorro, y de un golpe, en un desgarramiento brusco, había metido la mano para arrancarle ese jirón de felicidad que era su propia vida.

El traje de novia estaba siempre allí como un centinela de vista, que no la abandonaría hasta el día siguiente: la espiaba, la seguía, se enredaba á sus ropas, la tironeaba, se había apoderado de su vivienda, la llenaba con su larga cola, la agitaba con el crujido de sus pliegues, ocupaba su imaginación, se pintaba en su retina; cerraba los ojos y lo veía amplio, extendido, como una sábana reluciente que la invitaba á envolverse en ella para sentir el frote de su superficie suave, acariciadora. Había inundado de luz todo aquel recinto, una luz blanca, como un reflejo de nieve, que se dilataba, se

difundía, se levantaba como una onda, cubría los muebles y la envolvía á ella misma, que se destacaba con más vigor, con su traje negro, del fondo de aquel cuadro.

Se detenía á mirarlo, fascinada por esta ilusión, ella, que lo había confeccionado con tanto gusto, y se le figuraba que en esa tela tan fina, tan brillante, sobre la que había pasado la yema de sus dedos como por la mejilla de un niño, había también impreso sus dedos, sus anhelos, ocultándolos en sus pliegues, en las blondas, en los grupos de azahares, como una esperanza, como un presentimiento de enamorada, de la misma manera que había guardado en la hojas de su devocionario, los pétalos marchitos de aquel jazmín que le llevara Emilio.

Había acariciado los azahares, les había hablado, les había hecho promesas, encargos íntimos, confidencias candorosas; les había contado la historia de sus amores y hasta los secretos de su alma los había revelado delante de ellos, mientras los unía, los enderezaba, formaba grupos, de entre los cuales había separado uno, para esconderlo dentro del seno, como signo de buen augurio, al lado de la medallita de su virgen protectora.

Ese vestido era también algo suyo, algo que había visto en sus ensueños de niña apasionada; así, lo había trabajado con el gusto exquisito con que el artista prepara el lienzo, empasta los colores, esboza los contornos y se muestra satisfecho, cuando surge del fondo azul de un cielo

purísimo, una nube blanca que parece desprenderse del lienzo, para cruzar con rapidez el espacio.

¡Y llegó un momento en que el vestido se impuso á sus miradas, como una seducción, como algo que tuviese vida, que la atrajera, que le hablase el lenguaje de los crujidos, de sus pliegues, y en la exaltación de sus recuerdos, de sus ensueños, de su apasionamiento, experimentó un deseo irresistible de poseerlo, de apropiárselo, de ceñirlo á su cuerpo! Lo miraba y sentía estremecimiento y espasmos que la impulsaban á arrojarse sobre él, como si tuviese el temor de que huyese, de que se lo llevaran, de que lo robasen. Estaba en un estado de ansiedad y de agitación que no podía dominar. Dentro del seno, se movía, la rasguñaba con sus hojitas de verdeclaro el azahar que había escondido; en cada movimiento de su respiración acelerada sentía un frote como una caricia y estremecimiento de larva que busca la luz.

—¡Es mío!—exclamó de pronto con acento vibrante.—¡Es mío!—Y dirigiéndose al sitio en que estaba extendido, lo estrujó con mano nerviosa, se abrazó de él, comprimiéndolo contra el pecho y arrastrando su larga cola, hasta que cayó en un sillón con el traje envuelto á su cuerpo.

En ese momento cruzó ante sus ojos la visión de Emilio, dando el brazo á su prometida; salían de la iglesia: él, erguido, satisfecho, elegante, casi altanero, como un conquistador que

lleva sus trofeos para exhibirlos ante la muchedumbre asombrada; ella, hermosa, radiante de felicidad, con miradas que acarician y sonrisas que empujan un beso al borde de los labios, como la espuma que desborda de la copa. Luego, lo mejor de la sociedad, lo más selecto, formando un grupo compacto, de entre el cual se destacan señoras y niñas lujosamente vestidas, adornadas con piedras preciosas, luciendo sus gargantas redondeadas, sus brazos desnudos, exhibiendo algunas el seno levantado, fresco, con una ondulación suave, como un vaivén de agua mansa. Una serie de caras lindas, risueñas, mostrando sus dientes blanquísimos, hablando de la novia, de Emilio, de la feliz pareja; un murmullo suave de voces, de risas comprimidas; un roce de sedas, de rasos, de tules; después, la confusión, el apresuramiento, los saludos cariñosos, las despedidas con los ojos, con el abanico; las puertas de la iglesia, abiertas de par en par para dar salida á esta concurrencia distinguida, que parece llevar prendido de sus ropas perfumadas el ambiente impregnado de incienso, que se levantó en el altar mayor como una nube tenue, al través de la cual se divisan infinidad de lucecitas brillantes, en forma de estrellas, y los santos, que parecen ascender en la nube para despedirse ellos también de los novios.

Ya están lejos, con las manos entrelazadas, acurrucados en el fondo de un carruaje que corre como huyendo, para detenerse de pronto

ante la vivienda suntuosa, donde esperan á la pareja feliz las flores, las caricias, las felicitaciones, los abrazos, los mil obsequios, los cumplimientos lisonjeros y los acordes de una música que parece burlarse de los acordes roncos del órgano, con carcajadas de notas, que vibran como si saltaran alegres por encima de aquellas cabezas, cubiertas de flores, de piedras preciosas, de hebras doradas, salpicando de alegría, de animación, de bullicio, aquella fiesta; haciendo ellas mismas danzas caprichosas con los rayos de luz, sobre las guirnaldas de flores, animando sus matices, esparciendo sus perfumes, ahuyentando el crepúsculo y el eco de las pisadas de los desposados, que se buscan, se atraen, se toman de las manos y huyen seguidos por las notas que los acompañan, los despiden y les envían la última vibración de sus ecos para escoltarlos.

Adela asistía á la fiesta desde su pobre vivienda, replegada sobre sí misma, extenuada por el cansancio, por las impresiones que la abstraían en un mundo nuevo, sin ilusiones, sin luz, sin horizontes; no tenía ahora ni el consuelo del llanto; en sus ojos, hundidos en las órbitas como en un nicho, no brillaban ya las lágrimas.

Continuaba abrazada del vestido con una idea fija que la atormentaba, la perseguía; una idea que se había levantado de pronto, como la ampolla de una quemadura, que despotizaba su cerebro, lo invadía todo, se introducía en sus

sinuosidades, en sus pliegues, en sus cavidades, para impedir que otras pudieran ahuyentarla. Adela hacía esfuerzos para substraerse á esta persecución, á la tenacidad con que se había apoderado de su pensamiento, esto, que no se atrevía ni á pronunciar por temor de que la impulsase á realizarlo.

Alejábase por un momento y se sentía como aliviada de un gran peso, pero la tregua era pasajera, y de nuevo la idea fija, despojada ahora de sus colores sombríos, la atraía como una tentación.

Estaba próxima al abismo: oía el rumor de sus ecos misteriosos, la caida de las aguas, el estrépito de sus derrumbes; comprendía que allí estaba el peligro, pero la curiosidad, el deseo de contemplarlo, la atraía. Luchaba, retrocedía, cerraba los ojos para no ver aquellas fauces de antro; no quería escuchar aquellos rumores, pero su voluntad no gobernaba ya en su cerebro, en el que despotizaban sus sentimientos y sus impresiones. Sorprendióla la noche en esta actitud, y á medida que avanzaban las sombras, penetrando en su vivienda como con cautela, ella se sentía mejor. Había levantado su cabeza recostándola contra el respaldo del sillón; sus ojos estaban fijos en un punto luminoso, que oscilaba como un fuego fatuo en un ángulo del cielo raso; lo veía moverse, agrandarse, hacerse por momentos más brillante y desaparecer de pronto, para reaparecer en seguida, como una faja luminosa que se perdía á

su vez, absorbida por las sombras. Viene de la calle, dijo, y recordó con ese motivo que una noche, en su salita azul, sentada en la ventana, al lado de Emilio, haciendo mover las varillas de la persiana, entretenidos con las sombras caprichosas que penetraban por las rendijas, él la acariciaba una mano, ella había desprendido de su seno un espléndido jazmín, húmedo aun por los besos que le había prodigado, y fingía rehusarse á entregárselo, para avivar en él el deseo de poseerlo y obtener como recompensa, la promesa de que al día siguiente iría más temprano.

Todo lo había olvidado, todo, agregó haciendo una inspiración prolongada y cerró lentamente los párpados, cual si quisiera, de este modo, alejar sus recuerdos. ¡Eran tantos los que rebosaban en su alma!

Durmióse al fin, rendida, enferma, asustada de sus propios pensamientos.

Había reclinado su cabeza sobre el hombro derecho, presentando la mitad de la fisonomía levemente iluminada por los reflejos tenues que entraban de la calle. Esa media cara, inmóvil, sin expresión, sin vida, destacábase de las sombras con bordes caprichosos, como un fragmento de modelo arrojado al azar por el artista. De pronto sus labios se abrían en una contracción que hacía levantar su mejilla, arrojando sombras alrededor de los párpados, y no se veía de ellos sino la mitad, dos pedazos de labios, hinchados, enfermos, que dejaban escapar

palabras incoherentes, frases truncas, y que no alcanzaban á dibujar una sonrisa. El nombre de Emilio se adivinaba en los golpes que daban el uno contra el otro, como si al pronunciarlo quisiera comprimirlo con un beso.

Pocas horas permaneció así; la agitación que la dominaba era cada vez más violenta.

—¡Emilio!—gritó de pronto, y se irguió rápidamente, pero sus ojos no pudieron distinguir sino un montón de sombras, que se levantaban á su alrededor como fantasmas; hundió en ellas su mirada de niño que despierta en medio de las tinieblas y se le figuró que se unían, se agrandaban, venían hasta ella en medio del silencio de la noche, tomando formas humanas; experimentó entonces una impresión de terror que la obligó á huir, pero al dar los primeros pasos, se sintió detener de golpe por el vestido de la novia, que se había envuelto á su cuerpo; en el colmo de la desesperación, perseguida aún por las imágenes de sus sueños, con las manos crispadas y una angustia mortal dentro del pecho, hizo un supremo esfuerzo, quiso librarse de aquel vestido, que la rodeaba, la oprimía, y lo tironeó, lo estrujó, intentó desgarrarlo, pero sus dedos se doblaban, tenían calambres y espasmos que le quitaban las fuerzas, y el vestido se envolvía cada vez más, en cada uno de sus esfuerzos, arrollándose como si tuviese también la desesperación del abandono.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó Adela, dejándose caer sobre el sillón, en medio de una

explosión de llanto; ya no puedo sufrir más, he hecho cuanto he podido para soportar resignada este suplicio, pero ahora es superior á mis fuerzas, á mi resignación.

Y aquella idea fija, que había pasado por su cerebro como una visión siniestra, volvía ahora á presentarse como la única solución á su dolor, como un bien que se aparecía rodeado de atractivos, de misterio y de olvido.

—¡Ah! Emilio—exclamó después de un momento de calma,—he guardado tu cariño, como las flores que he regado con mis lágrimas; te he querido como si en mi cerebro se alojaran tus sentimientos y tus ideas y ellas me obligaran á sentir y á pensar por ti y en ti; estaba triste cuando tú lo estabas, sonreía cuando tus labios lo querían; tu felicidad, tu porvenir, tus triunfos, tus anhelos, eran los míos; tu imagen se había grabado en el fondo de mi pupila para no apartarme de ti jamás, te veía á cada instante, hasta en mis sueños eras tú el que venía en punta de pie para mirarme dormida, y en el sueño también te sonreía; te habías apoderado de mi existencia, era tuya mi alma, exclamó dando un grito de agonía; mi vida también es tuya, tú la has despojado de todo, es tuya,—repitió,—es tuya, y, levantándose bruscamente, corrió hacia la puerta, arrastrando ahora el traje de novia que parecía una faja luminosa proyectada por su cuerpo en medio de aquellas sombras.

Su planta de jazmín se destacaba de entre

el grupo de macetas como un complot de hojas que esperasen su salida para atraerla con sus recuerdos.

Miróla un instante, moviendo levemente su cabeza, levantó después sus ojos al cielo y vió cuatro estrellas que parecían esperarla; eran las nuestras, dijo con tristeza, y reclinando su cabeza dolorida contra el quicio de la puerta, trajo á la memoria el recuerdo de aquellas noches en que las contemplaba desde el patio de la casita. Emilio se las había señalado, apuntando al cielo con el índice extendido mientras le decía: todas las noches te enviaré un saludo desde mi cuarto mirando á esas estrellas... ¿y tú?...

Adela las veía ahora más rutilantes y parecía que le enviaran una queja por haberlas olvidado.

Largo rato permaneció así, encontraba alivio aspirando el aire frío de la noche y bañando su frente con el rocío, en tanto que sus labios murmuraban algo como una plegaria, en la que iban envueltos los nombres de Emilio y de su pobre viejita.

.................................................

Pocos momentos después estaba en pie junto á su mesa de labor. La lámpara que ardía en el centro proyectaba un círculo de luz. Adela había extendido su mano derecha, tocando casi con el dorso el borde de la pantalla,—una mano pequeña, blanca, de dedos afilados; en el anular conservaba un anillo de compromiso, un arquito de oro, que apenas comprimía su dedo enflaquecido.

Adela lo hizo girar repetidas veces, lo deslizó hasta la yema, se detuvo, volvió á imprimirle movimiento alrededor del dedo y por último lo sacó. Comprimido ahora entre el índice y el pulgar izquierdo, lo acercó después á la lámpara y estuvo como absorbida, contemplando un punto brillante que enviaba irradiaciones desde el centro de la curva; volvió á colocarlo en el dedo, y acercando el dorso de la mano á sus labios, le imprimió un beso prolongado, después otro, y otro, y, contemplándolo de nuevo con la mano más aproximada al foco de luz, lo sacó lentamente del dedo otra vez, tomó uno de los azahares, y estirando con precaución el hilo metálico finísimo que estaba arrollado en espiral sobre el pequeño tallo, lo envolvió alrededor del anillo, uniendo así los símbolos de su felicidad perdida.

—No debo conservarlo,—dijo lentamente y en tanto que lo depositaba delante de la imagen de aquella virgencita risueña que no había escuchado sus plegarias.

Recogió uno á uno los azahares que estaban diseminados por el suelo, los colocó sobre el mármol de su tocador, quitó á la lámpara la pantalla de papel rosado que amortiguaba la luz, y colocándola sobre el lado opuesto del mueble, sentóse enfrente del espejo, con su semblante iluminado por el foco de luz que se irradiaba con intensidad.

Al verse reproducida en el espejo, se impresionó.—¡Ah! he envejecido en un día,—exclamó,

distinguiendo con dolorosa sorpresa una infinidad de puntos blancos que estaban como adheridos á sus cabellos: era la cal que se había desmenuzado sobre su cabeza cuando chocó contra la pared del zaguán.

—¡Pobre mamita! si me vieras así, ¡cuántas lágrimas habrías derramado en silencio, fingiendo rezar, como tú decías para engañarme!

Al evocar este recuerdo, sintió ella misma que sus ojos se cubrían de golpe con un velo que nublaba su vista y que, al fijarla en los objetos, tenían irradiaciones extrañas, como si los rayos desprendidos del foco de luz se hubiesen detenido sobre ellos para quebrarse en mil colores.

Restregóse los ojos con ambas manos, pasando después la derecha sobre su frente, para apartar las hebras de cabello que caían en desorden; en seguida, empezó á tejer con los azahares una corona de novia.

Desempeñaba esta tarea con tanta calma, con tanta atención; disponía las hojas y las flores con tal coquetería, que, al verla así, cualquiera se hubiese imaginado que era realmente una novia, que preparaba su corona, para colocarla sobre su frente, con los primeros rayos del alba.

Cuando hubo anudado el último azahar, tomó la corona y la colocó sobre su cabeza; al sentir el roce de las flores contra sus cabellos, se estremeció, miróse en el espejo y pudo ver que su semblante demacrado tenía la palidez de un muerto. Retiróse la corona de su cabeza y se

levantó, tranquila, resuelta, como en los tiempos en que habitaba su casita; acercóse á su cama, dejó por un momento la corona, y alisando después, con las palmas extendidas, la tela de la almohada, la colocó sobre ella con la precaución y la delicadeza con que se deja reposar la cabecita de un niño dormido.

Detúvose un instante pensativa, miró después un pequeño reloj, que llevaba en el seno, sujeto por un cordoncillo negro. Eran las tres y un cuarto; un silencio de casa abandonada reinaba en todas partes; penetraba, por una rendija de la ventana que daba á la calle, una ráfaga de viento frío, y detrás de ella, el eco confuso de los rumores lejanos, esos rumores de la noche, que se interrumpen de pronto por el estrépito de una puerta que se cierra, por el ladrido de un perro, por un grito indefinible, la vibración de los vidrios por el paso de un carruaje, las pisadas que resuenan, un lamento anónimo y algo quo cae y que no se adivina.

Adela se detuvo á escuchar, sobresaltada; había oído pronunciar su nombre por dos veces; la segunda como un eco que viniera desde muy lejos; volvió á escuchar con más atención, pero el eco no se repitió; abandonó entonces la vivienda, y deslizándose como una sombra, atravesó el patio, andando de puntillas, arrimada después contra la pared, estudiando las pisadas, deteniéndose al menor rumor, avanzando en seguida hasta un pequeño pasadizo. Llegó de esta manera á confundirse con las sombras,

dejando tras de sí un rumor de suspiros y de roces, volviendo á aparecer al poco rato.

Arqueando su cuerpo hacia adelante, descansando de trecho en trecho, para tomar aliento, en tanto colocaba con precaución un brasero en el suelo, volviendo á empezar su marcha, casi arrastrándose, llegó á su habitación jadeante, extenuada, dirigiendo miradas recelosas hacia el patio, é hizo una inspiración profunda, mientras dejaba cerca de su tocador el brasero, dentro del cual había apilado varios trozos de carbón.

Nadie había advertido en la casa la excursión de Adela; ella se había alarmado, sin embargo, pues llegó claramente á su oído el llanto de un niño, esperó un instante; el llanto continuaba con más violencia, asomóse entonces y vió que se destacaba de entre la obscuridad una arista de luz que correspondía á la ventana que daba frente á su hibitación; poco á poco, el llanto se fué calmando, percibiendo ella el rumor del vaivén de la cuna que lo columpiaba. Este llanto y el recuerdo del niño, á quien tantas veces había acariciado, mientras él se entretenía en tirarle del cabello que caía sobre su frente, la enternecieron; esperó un instante más, con una mezcla de ansiedad y de temor, y poco después el ruido de la cuna y el llanto habían cesado por completo, y con ellos, desapareció la arista de luz, que se desvaneció rápidamente, volvió á aparecer más intensa y se extinguió por último, para dejar de nuevo la casa envuelta en el silencio y en las sombras.

## XVII

Ardía el carbón con crepitaciones que hacían saltar chispas incandescentes fuera del brasero. Adela lo había trasladado cerca de su cama y contemplaba de pie, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo, el espectáculo que había presenciado tantas veces y que jamás había llamado su atención. Miraba ahora aquellos carbones, que eran invadidos por el fuego, con la calma aparente y la despreocupación de un entretenimiento infantil. Veía avanzar sobre la superficie negra pequeñas llamas azuladas, que se encogían, se agrandaban, alargándose en punta, se torcían en espiral, como viborillas escapadas de una cueva iluminada con resplandores rojizos, para huir del fuego que las perseguía. Trepaban por los pequeños terrones, se insinuaban en sus grietas, aparecían por una rajadura, culebreaban por entre las brasas y desaparecían como si se hubiesen refugiado en un antro. Detrás de estas, otras amarillentas, rojizas; luego, una crepitación, un estallido, una mole diminuta, que se desprendía desde el trozo más alto, se partía en dos, dejando ver una parte de su superficie invadida por el fuego; como una inflamación de un tejido humano, que avanza, lo hincha, le cambia el color y lo des-

truye. Al principio, aquella hoguera presentaba el aspecto de una gruta, con sus cristalizaciones rojizas, brillantes, las aristas de sus paredes calcinadas por las cuales corrían como fuegos fatuos exhalaciones de luz, amarillentas, verdosas, y espirales de humo negro, denso, que ascendían, se escapaban por las quebraduras del techo y se difundían en el ambiente de la habitación.

Adela continuaba de pie, como inconsciente, con los ojos fijos en aquella hornalla, que ella misma había encendido y que ahora se agrandaba, tomando las proporciones de un incendio que la atraía y la fascinaba.

Aquel fuego, que transformaba los terrones negros en masas rojizas, relucientes, circundadas de una atmósfera diáfana, como un cristal; que ardía con explosiones de vida; que se retorcía con choques y derrumbes; que avanzaba, se unía con brazos de llamas, respiraba con ruido de regocijo; que esparcía el olor de sus entrañas abiertas y arrojaba sus cenizas, formando pequeñas montañas, con sus pendientes, sus abismos, sus quebradas, sus cráteres; que inundaba de luz, de colores, de matices, de sombras caprichosas; que se reflejaba en sus muebles, en sus ropas, en su carne, cual si quisiera transmitir á todo su propia vida de destrucción y de espasmos, — lo veía agrandarse, desbordar del brasero, correr como lava, llegar hasta ella, envolverla en sus fulgores, en su cenizas suaves, tibias; respiraba sus emanaciones, que trai-

cionan, adormecen y se llevan la vida en la inconsciencia del vértigo.

Todo lo veía rojizo, como si el incendio se hubiese propagado á todas partes; la rodeaba, la atraía, le cerraba el paso; quiso retroceder, gritar, pedir auxilio, y no pudo; su boca estaba seca, árida; su lengua se movía como si fuese de cuero carbonizado; le parecía que toda la ceniza del brasero penetraba en sus fauces; para obstruirlas, para asfixiarla; hizo entonces esfuerzos desesperados para correr, para huir, pero no pudo; en su cerebro había penetrado el calor que lo dilataba, le hacía girar, le confundía las ideas y le borraba los recuerdos; pudo llegar hasta una cómoda, tiró rápidamente del cajón, para buscar el retrato de su viejita; á la cual quería contemplar por última vez, pero en el cajón sintió también un calor quemante y sus ropas eran de llamas que se revolvían con contorsiones que la aterrorizaron.

Respiraba aire caliente, humo, cenizas, exhalaciones acres que la irritaban, la enloquecían y multiplicaban las alucinaciones de delirio.

Tuvo que apoyarse con las dos manos en el respaldo del sillón; sobre él estaba el vestido de novia; ella lo miró abriendo enormemente sus ojos inyectados; ya no era el traje; allí estaba ahora la niña, la esposa de Emilio, sonriente, satisfecha, envuelta en los pliegues del raso, con las mejillas sonrosadas, una mirada voluptuosa, que se escapaba como una burla de sus ojos aterciopelados, y la frente, de la que

habían desaparecido los azahares para dejar una corona de besos ardientes, apasionados; la vió así y se precipitó sobre la visión, con los brazos extendidos, las manos crispadas, gritando: ¡es mío!... ¡es mío!... y rasgando sus ropas, arrancándose los jirones de su traje de merino, tironeando con frenesí, irritada por la resistencia, complaciéndose en el crujido de la tela, que caía en colgajos se despojó de sus ropas, desnudó sus hombros de niña, que colorearon con pudores de cielo los resplandores del brasero; medio desnuda, desatinada, delirante, se arrojó sobre el traje de novia, gritando siempre, llorando ahora, con lágrimas que se secaban en los párpados, riendo después, con sonrisas que huían de sus labios, mientras sus manos crispadas, trémulas, tanteaban el raso, lo rasguñaban, arrancaban las blondas, desprendían las costuras, y así, con esfuerzo, con desgarramientos de tela, como una persona que se viste huyendo, pudo Adela colocar sobre su cuerpo el traje que había arrebatado á su rival. ¡Vamos!... ¡vamos!... decía con voz enronquecida, y sus ojos miraban y no veían, y sus piernas empezaban á doblarse, y su cabeza le pesaba, como si fuera de plomo; sentía en sus sienes la impresión de dos manos vigorosas que la comprimían, un zumbido de colmena penetraba en sus oídos, aumentaba el vértigo y se sentía desfallecer en un adormecimiento que la arrastraba al vacío; su respiración se había hecho difícil, penosa; latíale el corazón como

enloquecido dentro del pecho; luego, con golpes más débiles, con contracciones de agonía, sintió que las fuerzas le faltaban, que desfallecía, que iba á caer, pero la alucinación la transportaba y pudo llegar hasta su cama; una vez allí, sus manos empezaron á buscar con desesperación, con movimientos desordenados, como el ciego que quiere hallar la moneda perdida, y, cuando sus dedos tocaron la almohada, ¡aquí está!... ¡aquí está!... exclamó arrebatando la corona de azahares... Iba á colocarla sobre su cabeza cuando cayó de espaldas contra el pavimento, sin proferir una palabra, sin exhalar un quejido.

---

# IRRESPONSABLE



# SAQUE USTED OTRA BOLILLA

(RECUERDOS DE LA UNIVERSIDAD)

Cursábamos el quinto año de preparatorios en la Universidad. Estábamos en la época de examen, y las bandadas de estudiantes que acudían en esos días á los claustros, eran numerosas é indisciplinadas.

Los que ya habían pasado por la dura prueba, se presentaban radiantes, contentos, bullangueros, y sin más mira que la de matar el tiempo molestando á los profesores, ayudando á algún compañero con los soplos, robando con el más refinado disimulo una bolilla de la urna, para ajustarla á la que el interesado había estudiado, ó promoviendo todos los desórdenes posibles, para hacerse acreedores á las amenazas de Lársen ó á las efectivas del cancerbero Gazzolo, que los arrastraba al encierro como á corderos empacados que les tironean del pescuezo.

Eran entonces los buenos tiempos de la vida estudiantil, que echamos muy de menos los que cargamos el sambenito de una profesión y los

que han pasado de la Universidad al comercio sin satisfacer sus aptitudes ó su codicia.

La puerta de la Universidad era entonces un hormiguero; un entrar y salir incesante de alumnos: grandes, chicos, bien y mal vestidos, pero todos alegres, decidores, impávidos, con su programa apretado como el filo de un facón.

Se hacían corrillos, se armaban disputas, se entablaban discusiones serias, se convenían partidas de billar en el famoso café de Las Naciones, se complotaban rabonas y excursiones á la Boca, haciendo inventario de los bolsillos, se inventaban travesuras de todo género, y por último, se buscaba siempre una víctima en el transeúnte distraído que acertaba á caer en desgracia ante la mirada fiscalizadora de los que hacían la guardia de la puerta para molestar al prójimo.

Si la víctima se resignaba á los motes impertinentes, á las zancadillas ó los proyectiles que se le arrojaban con hondas de goma, santo y bueno, todo concluía bien; cuando mucho, algunos aplausos y una silbatina; pero, si el elegido era altanero y quería vengar el ultraje, la rechifla tomaba proporciones muy serias, y el desgraciado que osaba indignarse se veía envuelto en el enjambre de muchachos que se lo repartían como cosa propia para hacerle arrepentirse de su cólera temeraria.

En el interior, la marea subía en proporciones colosales. En el largo claustro con su techo blanqueado y agrietado por la humedad y los

años, resonaban mil voces confusas, risas, protestas, reclamaciones, aplausos, vivas, pequeñas ovaciones tributadas á los examinadores ó al examinando que había obtenido una clasificación de sobresaliente.

Un momento de silencio, de calma transitoria, de respeto, era impuesto por la figura venerable del rector que aparecía por la puerta de la secretaría echando una mirada benévola, curiosa, por encima de aquellas cabezas juveniles, una mirada vaga, que abarcaba todos los ámbitos y que traducía mal el ceño forzado que quería imprimir el doctor Gutiérrez á su fisonomía simpática.

La aparición duraba un segundo; el rector se retiraba á su gabinete á completar una estrofa rebelde ó á marcar con lápiz de color un manuscrito histórico, y la nota de la bulla, del vaivén, del tole-tole, empezaba á recorrer en crescendo la escala del desorden.

Recuerdo siempre la impresión que me produjo la entrada en la Universidad en un día de examen. Salí de mi casa con calofríos, y como quien va á tomar una posición por asalto, empecé á meditar mi plan de ataque: al llegar á la puerta, me faltaron las fuerzas, se me iba el coraje como la sangre en una hemorragia, hice una tentativa atrevida, enérgica, tomé una resolución suprema; me presenté indefenso, esperando ver mi sombrero abollado, volando por las bóvedas del claustro, y mis espaldas sometidas al repique de mil puños frenéticos, pero no tuve

tiempo de escurrirme: un grupo de alumnos de segundo año de latín salía triunfante del examen y en ese mismo instante invadía la puerta y la acera; me encontré envuelto en el torbellino de abrazos, de apretones de manos, de los cuales me tocaron algunos efusivos que retribuí tímidamente, sin saber á quién ni por qué, hasta que pude desprenderme del grupo para colocarme en la vereda opuesta.

Las felicitaciones, los pésames, las imprecaciones, estaban en su apogeo en los corrillos que se habían formado en la plazoleta del mercado, especie de foro donde los estudiantes hacían sus conciliábulos.

Algunos atravesaron, pasaron por mi lado, y entre ellos dos de semblante triste, alterado por el disgusto, por el despecho y la vergüenza; se advertía en el acto que el examen había sido funesto y que toda la culpa y la responsabilidad eran de los maestros.

Se consolaban recíprocamente, execrando al texto, y especialmente á Gigena, que había tenido la mala inspiración de preguntarles veinte renglones de sintaxis.

A diez pasos de mí, uno de ellos, más nervioso y exaltado, tomó el texto de la materia, lo abrió en dos, como una res descuartizada, y acompañando el acto con una interjección callejera, lo tiró al fango.

Me acerqué lentamente á reconocer las hojas esparcidas por el suelo, y vi una fila de versos latinos dispuestos en columna cerrada, nutrida,

mal impresos, borroneados, anotados con lápiz; hojas estrujadas por una mano nerviosa é injuriadas por dos manchas del índice y del meñique, plantados con violencia, y que parecían decir, como en el canto XXV del *Infierno: Togli, Dio, ch'a te le squadro.*

Eran los *Temas*, aquellos temas latinos que autorizaban todas las protestas, todas las violencias y hasta el ultraje de arrastrarlos por el lodo...

Yo me sentí oprimido, desconcertado, indeciso, y con el miedo de que mi memoria me traicionase, empecé á repasar rápidamente, como un conjuro, el *mascula sunt maribus*, etc., tomando las primeras palabras de los cuadritos de los géneros, hasta llegar á uno muy sabido, que se le tenía como de mojón para medir desde allí quince ó veinte renglones... *Us maribus junges*, dije con toda la fuerza de mis pulmones: los géneros estaban intactos en mi memoria, como mariposas clavadas con alfileres sobre un corcho. Mi pesadilla era Fedro, uno de cuyos trozos había traducido y ordenado la noche anterior entre una cabeceada de sueño y un sorbo de café; la traducción, el orden y la fábula se habían evaporado.

Unos pilluelos que pasaban, recogieron piadosamente el libro maltratado, se lo repartieron equitativamente y fueron con toda tranquilidad á sentarse en la esquina, con la esperanza de descifrar los jeroglíficos de su contenido.

¡Qué envidia les tuve en ese instante!... ¡No tenían que rendir examen de latín!...

Era menester entrar, no había mas remedio que someterse á las horcas caudinas y recibir aquel bautismo de neófito, para ingresar en la masonería estudiantil... Aproveché un momento de calma y me lancé como un perseguido al interior del claustro.

Ni una cara amiga, ni una mirada alentadora; el egoísmo estudiantil fomentado por el miedo.

No se oía más que el ruido de las urnas y de las cajas, que hacían sonar las bolillas, y las voces imperativas de los examinadores, que hacían sus preguntas como jueces que rastrean la confesión de un delincuente.

A cada instante oía la biografía de los catedráticos pintada á grandes rasgos en tono subido, se trataba del enemigo y la benevolencia estaba demás.

—¡Qué suerte si te examina Larsen!... En medio de todo, es bueno, no es rencoroso; al contrario, á los barulleros les hace pasar para evitarse el fastidio de lidiar con ellos... Estas y otras noticias se daban los compañeros para ahuyentar el miedo.

—¡Ah! si me examinara á mí... pensaba yo para mis adentros, y sin conocerlo, sin haberlo visto nunca, le cobré cariño, cariño que le conservo y que le guardamos todos los que hemos sido sus discípulos y su pesadilla...

Un observador habría tenido tela para hacer cuadros espléndidos de ese conjunto de cabezas, de fisonomías, de gestos, de actitudes: en ese desfile de caras alegres, serias, preocupadas,

audaces, inquietas, graves, con la grotesca gravedad infantil de los doce años. Allí se hablaba de Cicerón, de Ovidio, de Horacio y de toda la falange clásica con la misma llaneza que emplea un académico.

El examen estaba preparado á la buena de Dios; cada uno llevaba en su memoria las preguntas y respuestas hilvanadas con una hebra frágil: el orden, los pretéritos, los nominativos, las oraciones de relativo, estaban acomodados en las circunvoluciones cerebrales como en un estuche. ¿Para qué servía todo aquello? ¿por qué nos hacían estudiar así? Nadie lo sabía; era menester aprenderlo, repetirlo, ordenarlo y... doctores tiene la santa madre iglesia...

Recuerdo que estudiando el tercer año de latín, nos hicieron traducir, copiar, estudiar y aprender de memoria, con orden y todo, una tragedia en tres actos, en prosa, en la que figuraban personajes antipáticos, y hasta, si no recuerdo mal, una mujer de mala vida cuya conducta escandalosa nos daba mucho que pensar. Menos mal cuando se trataba de Medea, de la Eneida, de las fábulas y de las Catilinarias; en estas últimas me reprobaron.

Esta confesión me honra, aunque parezca una paradoja. Cuando, después de muchos años, leí el precioso libro de Rovani sobre la juventud de Julio César y me encontré con un Catilina tan distinto del que en otra época me enseñaron á execrar, ¡cómo lamenté que la suerte le hubiese sido adversa! Con él cometieron la injusticia

de lanzarlo á la posteridad como un ser á quien se debe tomar con pinzas: y conmigo la de reprobarme por no hacer confesión pública de sus maldades.

Sus fechorías, que yo ocultaba piadosamente en mi ignorancia de estudiante, me valieron un aplazado, que me hacía languidecer y mirar el mes de Marzo como el ancla de salvación.

Yo debí mi desgracia á las pillerías de Catilina, reales ó inventadas; otros, tuvieron que llorar sobre la correspondencia de Ciceron con su hija Tulia, aunque el gran orador le hablase de preparar los baños de Tusculano.

Cuando el señor Gigena decía con voz meliflua y que á pesar del tono no inspiraba confianza: Niño: los nominativos. ¿Eh!... ¿los nominativos?... hubiéramos preferido que se nos dijera: Niño, párese usted de cabeza sobre un cuchillo...

El pobre Álvarez, bondadoso y suave, entornando sus párpados y comprimiéndose el vientre con sus manecitas cortas, gordas y relucientes, era el paño de lágrimas; á él iban todas las quejas, todos los zumbidos, todas las protestas, todas las lamentaciones, todas las reclamaciones de injusticias reales ó imaginarias y á todos contestaba con la misma mansedumbre: Preséntese usted en Marzo...

Llegó el día de examen de quinto año; los alumnos de este curso tenían ya otro aspecto, muy graves, circunspectos. Algunos, que habían tomado á pecho las lecciones de filosofía, apa-

rentaban cierto desdén académico por los de años inferiores; se habían leído al padre Balmes, magullaban los argumentos de san Anselmo y de san Agustín sobre la existencia de Dios, como quien rompe nueces con los dientes, y la misma metafísica con sus embolismos, sus interminables é insulsas discusiones sobre el espacio y el tiempo, revestía á sus ojos las formas colosales de un gigante, y mientras algunos hacían corrillos para hablar de sus novias—que lo eran generalmente las muchachuelas del barrio—otros se preguntaban gravemente las bolillas del programa para hacer gimnasia de la memoria. Los filósofos, que se habían dejado crecer el cabello y lo usaban alborotado como si la filosofía y los peines fueran enemigos irreconciliables; que escribían versos llenos de desaliento, y para quienes la vida era á los veinte años una carga abrumadora, la mujer una serpiente de cascabel y los hombres un almácigo de egoístas, seguían paseándose por los claustros, buscando los rincones solitarios, donde las arañas, más filósofos que ellos, tejían sus primorosas telas en la obscuridad, en el silencio y sin recompensa.

Protestaban de la química, esa ciencia que se encerraba en las retortas y en los matraces, que no admitía más discusión que la de la teoría atómica, que acababa de asestar un golpe de muerte á la de los equivalentes. La ciencia de las probetas, con sus precipitados de color de iris, no les merecía el más mínimo respeto. ¿Qué eran Chevreul, Liebig, Lavoisier, Gay-

Lussac y Wurst, al lado de Bacón, de Condillac, de Descartes y de la falange de menor cuantía encabezada por Balmes y terminada en una cola que hacía flamear á Geruzes como una laucha atada á un hilo?

Amaban las paradojas, los problemas absurdos, los silogismos como juguetes de sexta ballesta, las cuestiones revestidas pomposamente con títulos de textos apolillados, como el ejemplar del hombre trascendental, que se balanceaba en un programa de segundo año de filosofía nebulosa; la enseñanza superficial, frívola, de acceso fácil, que no fatigaba la inteligencia, que daba rienda suelta á la charla y á la oratoria de los que tenían la circunvolución de Broca un poco desarrollada. En cambio, la química, la física, las ciencias naturales, eran cosas imposibles.

Y allí adentro, en ese gabinete forrado de armarios de pino pintados de punzó, imitando un cedro que no figura en ninguna flora, con vidrieras desaseadas, impregnadas de polvo y de humedad, con las pilas de retortas, de embudos, de hornillos, de bolas de Liebig y otros objetos de arsenal químico, que les hacía estremecer: las exhalaciones de amoníaco, de ácido sulfúrico, las chispas que saltaban de los hornillos incandescentes, el oxígeno que se escapaba por un matraz mal lacrado y el pizarrón negro, tieso, puesto como una pantalla delante del banco donde se hacían los experimentos, les ocultaba una trastienda donde el sabio doctor Arata hacía

sus primeras armas con los alambiques, los reactivos y el análisis químico.

Era curioso ver á uno de nuestros filósofos parado junto á la pizarra, sin argumentos que discutir, sin réplica que arrojar á la arena del adversario, y en cambio, con la fisonomía severa ó impaciente del malogrado doctor Perón, que le decía secamente: Escriba usted el ácido nítrico y el ácido yodrídrico. Los filósofos se quedaban tiesos, temblorosos con la tiza en la mano, sin poder trazar esos jeroglíficos diabólicos; miraban alternativamente al catedrático y á la pizarra, y por último, al techo abovedado del aula, con una expresión de resignación desdeñosa que parecía parodiar aquello de «perdónale, Señor, que no sabe lo que hace».

Con que fruición habrían visto caer la pizarra en pedazos, si hubiesen tenido las trompetas milagrosas que derribaron los muros de Jericó, para proclamar allí el juicio final de la química, emprendiendo el saqueo y el pillaje de los armarios.

Cómo gozaban cuando en un experimento reventaban las burbujas de Liebig ó un matraz se hacía añicos en un descuido; aquella ciencia positiva, de estudio, de experimentación, era una tortura para esos espíritus elegidos, que guardaban la pureza de sus ideales como las vestales en el templo.

¡Ah! el hombre trascendental, la existencia de Dios, la conciencia, el espacio, el tiempo, en fin, el tira y afloja de los argumentos, que se tira-

ban á la cara como puñados de tierra, para ofuscarse...

Y no les faltaba levadura á esos cerebros; todo era culpa de la mala y pésima dirección, tan hueca, tan absurda, tan árida como el estudio de los temas, de los latines, con toda su secuela de pretéritos, de nominativos, de órdenes y desórdenes, estudiados de memoria.

Nuestros maestros hacían lo que humanamente les era posible: ellos comprendían el estudio de esa manera; ajustaban la enseñanza á su criterio, formado en el ambiente de la época. No les hagamos un reproche; al fin y al cabo, algunos jirones de Ovidio y de Cicerón nos hacen dragonear de entendidos cuando encontramos citas latinas que procuramos ordenar, haciendo cadena del sujeto, del verbo y del complemento de la oración, olfateados con el instinto fonético que nos imprimió la costumbre de andar á la caza del orden como animales de presa...

Volvamos al examen, y aquí aparece nuestro protagonista, nuestro héroe, el estudiante de más coraje que hayamos conocido, el que supo afrontar el peligro de un examen con la impavidez de un griego ante los persas, con la calma de Catilina ante el senado romano: un colmo portentoso de audacia, de sangre fría, de indiferencia, una figura que no se borró nunca de nuestra memoria, una fisonomía que nos bastó ver de nuevo, después de muchos años, para recordarla intacta, un judío errante de la Universidad, un paria, que anda todavía en busca

de carrera, de fortuna, y que la suerte traidora y parcial no ha tocado con su dedo mágico.

Habíamos formado un corrillo en el piso alto, en el claustro que daba acceso al salón de grados, á la clase de química y á la de ciencias físiconaturales; de tiempo en tiempo, salía del aula un examinando, colorado, jadeante, haciendo girar su sombrero entre sus manos temblorosas, y la ovación improvisada, ruidosa, cordial, daba la enhorabuena al que había salido triunfante. Era el examen de física, examen serio, de prueba, de verdadera prueba y en el que cada estudiante era escudriñado en sus antecedentes, su aplicación, sus faltas de asistencia y el número de barullos y desórdenes que había promovido.

Los examinadores tomaban aspecto grave, imponente, y para nosotros, cierta satisfacción mal encubierta de perseguirnos, de despotizarnos y hacernos caer en el error, como Mefistófeles que anda á la busca de almas para perder.

Si el examinando no contestaba inmediatamente una pregunta y el profesor procuraba encaminarlo, pase, aquello era de buen augurio y merecía nuestra aprobación íntima y nuestra simpatía; si el profesor se quedaba callado, gozando, á nuestro entender, con las tribulaciones del compañero, veíamos entonces una intención siniestra y malvada que nos servía para cargarle la medida de nuestro odio en la rechifla de salida.

De pronto, y causando general sorpresa y cu

riosidad, asoma por la pesada escalera de mármol que remataba en el vestíbulo del claustro, la sombra de nuestro desconocido colega.

El murmullo, la conversación, el bullicio confuso y desalentador para un extraño que caía allí como un aerolito, cesó por encanto: un silencio solemne, salpicado por cuchicheos y preguntas *sotto voce,* hizo detener en el umbral al extraño personaje.

Era un alumno de quinto año que iba á rendir su examen; nadie lo conocía, jamás había frecuentado la clase, y sólo supimos que aquel era su objeto al afrontar tan peligroso percance, cuando él mismo, con una timidez de doncella, nos preguntó sin dirigirse directamente á ninguno: ¿Hoy hay examen de física? Sí, señor, le contestó uno, y nuestro hombre, sin decir palabra, se introdujo sin miramientos y por equivocación en el salón de grados, cuya puerta estaba inmediata á la escalera.

Detrás de él entramos todos; la curiosidad y la figura misteriosa del estudiante-aerolito nos habían arrastrado.

Tenía la traza de un héroe de Murger sin tener la distinción del talento y la chispa de la audacia inteligente.

Alto, muy alto, flaco, con la flacura del hambre, con una cara puntiaguda, demacrada, amarillenta, con esa piel lisa, estirada, como si algún maleficio le hubiese hecho perder la movilidad que da la expresión fisonómica. Los ojos negros, tristes, pensativos, que vagaban en dos

órbitas demasiado grandes, ahuecadas como las de un muerto; frente alta, fugitiva, con arrugas prematuras y más acentuado que en el resto de la cara el color de pergamino viejo; una cabellera alisada con la palma de la mano mojada.

La expresión del miedo y de la desconfianza, trazada en líneas resaltantes, hacía *pendant* con el azoramiento que se dibujaba en la comisura de sus labios entreabiertos y en los relampagueos fugitivos de sus ojos de demente. Una hilera de pelos desiguales, finos, erizados, circundaban esa cara envejecida á los veinte años, revelados por un bozo que parecía tiznado con un corcho.

El inmenso salón de grados, medio desmantelado y grotesco, parecía sumergirlo en el vacío. Había tomado asiento en uno de los escaños laterales y de allí miraba para todas partes como si quisiese grabar en su memoria el recuerdo de los muebles antiguos y de los cuadros que adornaban las paredes.

Alguien le observó que allí se daba examen de derecho y que en la sala contigua podría dar el suyo de física; nuestro enigmático colega se levantó, echó una última mirada al damasco anticuado que cubría el estrado de los catedráticos, volvió los ojos al cuadro del doctor Sáenz, que pareció seguirlo con una mirada compasiva, y abandonó la sala...

El pobre iba mal vestido; con un levitón largo, arrugado, calumniado por algunas manchas rebeldes, lustroso en los codos y deshilachado en el ruedo amplio y mal cortado.

Hacía sonar sus pisadas, como si en vez de zapatos tuviera un fuelle en cada pie, y comprimía nerviosamente en sus manos garfias un programa rotoso y borroneado.

Al poco rato de ingresar en el recinto de examen, suena un nombre desconocido para todos, y de pronto, como movido por un pinchazo, y cuando buscábamos con la mirada al dueño de tal apellido, el individuo estaba ya erguido, tembloroso, transfigurado y hacía girar la manija de la urna para sacar su bolilla. Á la segunda vuelta, salta una: el número 13, fatídico, estaba grabado con tinta negra de relieve en la pequeña esfera de madera. Mala estrella, pensamos, y efectivamente, el desgraciado empezó á revolver su programa, á acomodarse en el asiento, á fingir un poco de tos, y por último dijo con voz apagada: No la sé. ¿Eh? saque otra, le dice el malogrado doctor Bortolazzi, con su acento francachón y bondadoso: vuelta á la urna y otra bolilla, saltarina como un grillo, cae en el platillo de madera: número tantos. Número... un suspiro suave y un aire de resignación cristiana que le habría envidiado un martir acompañan á otro: No la sé, señor. Hombre, saque otra, vaya, saque otra le dice de nuevo el catedrático, inspirándole un poco de coraje para disimular por su cuenta la vergüenza del rechazo. Salta la tercera bolilla, más retozona que las dos primeras, y el desdichado abre desmesuradamente los ojos, deja caer los brazos como dos ahorcados y balbucia de nuevo su estribillo: No la sé.

—¿Y qué sabe usted?—le pregunta el catedrático en el colmo de la impaciencia.

—Yo sé los imanes.

—¿Los imanes? Bien, diga usted los imanes.

—Los imanes, empieza el afligido examinando... los imanes... señor... no los sé...

Desapareció como una sombra sorprendida por un rayo de luz que la borra de improviso; y se deslizó por la escalera, haciendo sonar sus canillas largas y descarnadas y los fuelles de sus zapatos agujereados.

Lo tengo por delante, con sus puertas desvencijadas, leprosas de mugre y de pintura descascarada; sus paredes haciendo vientre, próximas á estallar por falta de equilibrio y por el cansancio de tantos años de absorber humedad, miasmas y raíces de palán palán, que forcejeaban como ganzúas por abrirse camino á través de las grietas.

Ese recinto fúnebre, desolado, aislado del resto del vetusto edificio del hospital, estaba encuadrado en la cumbre del barranco de la calle de San Juan y más dispuesto á darse un tumbo al primer soplo del sudeste, que á quedarse en su sitio para servir de morada transitoria á los muertos de la clase de anatomía.

Apenas franqueada una puerta, tembleque como un ebrio, se presentaba la faz desconsoladora de lo que se llamaba anfiteatro: una pieza rectangular, húmeda, pintarrajeada de amarillo sucio, con un cielo raso de lona blanqueada, con

grandes manchones de agua filtrada por la lluvia, y haciendo esfuerzos por no desclavarse sino lo necesario para dejar ver el techo negro, apolillado, morada silenciosa de insectos de todo género.

Pavimentada con chapas de mármol, puestas de mala gana; siempre cubiertas de manchas de sangre negruzca y pegajosa de trecho en trecho.

Dos aberturas laterales, cubiertas con un enrejado de alambre roto y tironeado por los alumnos traviesos y los curiosos que solían acudir á recrearse con el espectáculo de un cadáver abierto.

El mobiliario hacía *pendant* al conjunto; lo completaba. Tarimas escalonadas, mal dispuestas y muy propias para tullir á cualquier cristiano que tuviese la resignación de estarse sentado durante la lección en esos escaños duros, fríos é incómodos.

En el centro, una mesa de mármol, sostenida por pilares de argamasa y ladrillo, como las que sirven en las sacristías; en el fondo, dos armarios desquiciados, sobre cuyo techo se ostentaba, á guisa de letrero, una pomposa inscripción latina, con letras grandes, negras, fúnebres y que cada uno traducía á su antojo, valiéndose de los restos de nominativos y pretéritos que le habían quedado en la memoria.

En los días de invierno el viento era insoportable; las ráfagas heladas del río que penetraban zumbando por las rendijas, hacían tiritar

á los alumnos que rodeaban la mesa con la avidez de ver en el cadáver el trayecto de una arteria dura, rígida como cordón y rellenada de cera y cardenillo.

Algunos castañeteaban los dientes mientras se restregaban las manos coloradas y entumecidas; otros marcaban el paso como soldados que han hecho alto.

El profesor, de pie á la cabecera de la mesa, con su bisturí á guisa de punzón, trazaba sobre el cadáver el trayecto, la posición, las relaciones de los órganos puestos al descubierto, en tanto que el alumno de turno leía en un mal traducido texto la lección designada.

En el patio, mejor dicho, en el amplio resumidero que rodeaba la sala y debajo de un cobertizo sostenido por una viga vieja, se arrojaban los despojos inservibles; aquel pedazo, cubierto por el alero medio derrumbado, era una sucursal del anfiteatro. Sobre una tarima forrada de cinc, se disecaba en verano y de un tirante transversal se colgaban las piezas anatómicas que querían conservarse.

En el ángulo que formaban las paredes del cobertizo, un fogón primitivo, con una caldera de tres pies, para cocinar á los muertos.

Era un espectáculo poco simpático el ver aquellos despojos humanos pendientes de un clavo y sujetos con piolas: piernas que les faltaba la piel y cuyos músculos color vinagre subido tomaban matices negruzcos en distintos puntos, dejando ver en otros una faja brillante.

nacarada, tiesa, un tendón estirado, que había sido bien raspado con el bisturí para rastrear la inserción del músculo. Algunas veces pendía de la viga una mano descarnada, seca, medio momificada por el frío, en cuyo dorso serpenteaban nervios, venas, arterias y un manojo de tendones que se irradiaban hasta la extremidad de los dedos, cuyas uñas de color plomizo parecían haber crecido por la falta de tejidos blandos que las rodeasen. Estas piezas, al parecer abandonadas allí, servían á los alumnos para los repasos; generalmente eran escamoteadas por los más rezagados, que no querían darse el trabajo de prepararlas ni de soportar las incomodidades de estudiar al aire libre.

Ya era la mano perfectamente disecada; otras, una pierna, los pulmones enjutos, sin aire, colgando como dos jirones de trapo y adheridos á la tráquea que servía de piola; el corazón, el noble músculo, lleno de cera, hinchado, repleto, sin la apariencia y la forma poética que le asigna el misticismo: un corazón anónimo, colgado de un clavo.

Sobre la mesa, trozos en preparación, á medio disecar; la parte que tocaba á cada uno en el reparto del cadáver que había servido para la clase.

Una cabeza desprendida del tronco, arrojada allí como al acaso, y que hubiera podido servir de modelo al artista, con los matices, las líneas, la expresión, ese conjunto de medias tintas en gradación sucesiva, desde el pálido cera al escarlata

Algunos, con los párpados entreabiertos, dejando ver los los ojos apagados, sin brillo y cubiertos por ese líquido glutinoso que les hace perder completamente toda expresión.

En esa continua revista de restos humanos solíamos encontrar algunos muy bellos: figuras varoniles, de rasgos acentuados; individuos que habían muerto á consecuencia de traumatismos y en los que el padecimiento no había tenido tiempo de imprimir su huella.

Una de esas cabezas, con su cabellera intacta, negra, lacia, cayendo sobre la frente pálida, marmórea, dejando ver dos cejas espesas, bien modeladas en arco sobre una nariz afilada, recta, y encuadrada la cara por una barba tupida, larga, enmarañada, salpicada de sangre, conservaba esa fisonomía inmóvil, esa expresión doliente de los últimos instantes, y su pupila dilatada parecía tener avidez de luz en las misteriosas tinieblas de la muerte. Era una linda cabeza para transportarla al lienzo y figurar la leyenda bíblica de Salomé, comprimiéndola con crueldad inconsciente, con su mano fría, nerviosa, en un plato de bronce cincelado.

¡Qué exuberancia de material para esbozar telas de impresión! Pero en aquella época no había tiempo para pensar en las bellezas de las piezas anatómicas ni en las leyendas bíblicas; teníamos por delante un programa de anatomía, largo, difícil, enojoso por sus detalles y por el tecnicismo grotesco que debíamos aprender de memoria, y todos nos afanábamos por

sacar del escalpelo y del libro el mejor provecho posible.

El frío, la intemperie, los días húmedos, la incomodidad del local, los miasmas, los malos olores que despedían las piezas en descomposición, la curiosidad siempre creciente de escudriñar todos los rincones del cuerpo humano, nos hacían olvidar la poesía con que la imaginación quería revestir aquel antro, donde, á pesar de todo, se estudiaba mucho y se aprendía bastante.

Teníamos un catedrático ilustrado, paciente, bondadoso, entusiasta por la materia, que había desterrado el sistema de las lecturas monótonas al lado del cadáver; nos trataba como á buenos amigos y nos inspiraba al mismo tiempo que amor al estudio, esa emulación que hacía sobresalir á las inteligencias bien preparadas.

Él mismo había hecho allí su carrera; en ese mismo anfiteatro había pasado las mismas penurias y afrontado los mismos peligros, y de ese hospital ruinoso, antigua morada de frailes mendicantes, salió el doctor Pirovano con fama hecha de cirujano habilísimo.

Nos enseñó anatomía con los escasos elementos de que entonces podía disponer, y el atractivo de sus lecciones nos hacía pasar por todo con la alegría de estudiantes y la despreocupación de los veinte años.

Los días en que no había cadáver para disecar, estábamos descontentos, de mal humor, y

cuando pasaba mucho tiempo sin que se abrieran las puertas derrengadas de la sala mortuoria, empezábamos á recorrer las salas de enfermos, para espiar á la víctima que debía caer en nuestras garras.

¡Ni un tísico! solían decir los más desalmados con el desaliento del que tiene hambre y no encuentra en su cajón revuelto ni un mendrugo.

Los tísicos eran los muertos apetecidos por su flacura, que permitía estudiar los distintos órganos sin necesidad de una disección laboriosa.

Repentinamente, la tarima de los muertos soportaba tres y más desgraciados que estaban allí estirados, rígidos, descalzos, pobremente vestidos, con la cara vuelta al poniente, alineados uno al lado del otro, formando muchas veces un contraste lúgubre.

En esa antecámara del anfiteatro se amortajaban los infelices parias que habían sucumbido en el hospital; en la pieza contigua se hacían las autopsias.

Muchas veces, al entrar allí distraídos, nos encontrábamos de improviso con ciertas caras y ciertas expresiones cadavéricas que, sin quererlo, nos hacían apresurar la salida.

Eran dos cuartujos de techo bajo, sombríos, húmedos, con esa humedad pegajosa y molesta de las piezas que han estado cerradas mucho tiempo; amenazaban ruina; una ventana alta daba vista al patio donde habían crecido libre-

mente las cicutas regadas con las aguas servidas del anfiteatro.

Las hojas de la ventana continuamente abierta, soportaban caritativamente el muro del techo que amenazaba desplomarse.

La primera vez que penetramos en ese recinto lóbrego y frío como un sepulcro abandonado, retrocedimos instintivamente; el espectáculo era poco alentador, y si no nos hubiese llevado el amor al estudio, seguramente no habríamos vuelto.

Era menester, por otra parte, ocultar esas impresiones de aprendiz so pena de oir las pullas de compañeros más avezados y con sistema nervioso y estómago mejor dispuestos...

Á cierta altura de nuestros estudios, teníamos necesidad de cadáveres de mujeres que era menester solicitar del hospital respectivo.

Las beatas de aquel establecimiento oponían generalmente una resistencia ridícula para entregarlos, y cuando lo hacían de buena gana, nos enviaban los cadáveres más inservibles.

Generalmente nos remitían viejecitas atrofiadas por los años y la consunción ó cadáveres en estado de putrefacción tal que hacía imposible el estudio.

Cierto día, sin embargo, y después de muchas instancias, hicieron una generosa excepción á la regla.

Una mañana entramos en el anfiteatro en circunstancias que el guardián se restregaba las manos con aire satisfecho.

Era un famoso ebrio consuetudinario; andaba siempre tambaleando y gruñendo por una futileza cualquiera, el alcoholismo crónico que lo había degradado hasta hacerle perder sus facciones de figura humana, no le impedía manoscar todo aquello como si se tratara de la cosa más sencilla.

Hablaba de los muertos, de los restos humanos, como hubiera podido hacerlo de las hachuras de un matadero.

El vicio había embotado su inteligencia, arruinado su sensibilidad y pervertido tan por completo sus gustos, que el alcohol que se empleaba para macerar las piezas anatómicas, y no pocas veces el que ya había servido, pasaba de las cubetas del anfiteatro al estómago del guardían con una facilidad asombrosa.

Esa mañana estaba menos ebrio que de costumbre; los compañeros traviesos no le habían hecho rabiar amenazándole con destriparlo cuando muriese; su fisonomía reflejaba cierta satisfacción, como si todo el alcohol de las cubetas circulase por sus venas; sonreía con una sonrisa babosa, dando á sus labios amoratados y carnudos un pliegue oblicuo, como si quisiera sonreirse sólo por mitad; sus ojos de lobo marino hacían guiñadas, pestañeando como las lámparas de aceite próximas á extinguirse; el colorete de sus mejillas flácidas, caídas, había subido de tono: esa mañana estaba más idiota que ebrio.

Era un hombre como de cincuenta años, pero

revelaba tener más; la vida de anfiteatro y las continuas libaciones de líquidos espirituosos lo habían embrutecido; su estado normal era la ebriedad; cuando no estaba ebrio era insoportable.

La satisfacción de esa mañana provenía de que las beatas del hospital de Mujeres habían mandado un cadáver en buenas condiciones para la disección.

Don Pancho, este era su nombre de anfiteatro, quien sabe si el de pila, había sacado el cadáver del humilde féretro de pino y lo había tendido sobre la mesa de mármol.

Mientras él seguía paseándose y hablando entre dientes con monosílabos ininteligibles, nos acercamos á observar á la muerta.

Era una joven de formas bellísimas; la morvidez exuberante de sus contornos se conservaba perfectamente; se veía al primer golpe que la enfermedad había sido de corta duración y que su organización robusta y fuerte había sucumbido á un choque violento.

Completamente desnuda, con la cabeza reclinada sobre el hombro izquierdo, los brazos caídos y en flexión hacia atrás, contribuían á levantar más su seno marmóreo y amplio. Sus cabellos negros, lacios, abundantes, servían de almohada á su bella cabeza; tenía los ojos cerrados y velados por largas pestañas, relucientes, unidas en una espesa franja que hacía más dulce la sombra que proyectaban sobre su semblante color de cera.

Una cara que debió ser muy bella y que la muerte no había alterado; sus labios pequeños, con comisuras afiladas, estaban entreabiertos, dejando ver una dentadura compacta, blanca y diminuta; la barba, redondeada como una bola de marfil, tenía en el centro una depresión, como hecha con el dedo; largas hebras de cabello estaban pegadas á sus sienes y corrían á lo largo de sus mejillas para perderse en el dorso.

Todos los atractivos de la mujer hermosa habían sido paralizados por el frío de la muerte. La rigidez cadavérica, la corrección de sus formas contorneadas y esbeltas, la blancura mate de su cutis terso y suave, le daban el aspecto de una estatua caída de su pedestal, pobre pedestal de fango, tal vez, en el que se había hundido para satisfacer las exigencias de la carne, quo despotiza á la que se ata con cadenas á su frágil carro de triunfo.

Sus manos finas, pequeñas, delicadas, con dedos afilados, parecían haberse crispado en un esfuerzo supremo por asirse del hilo de la vida que sus ojos de moribunda veían próximo á romperse.

Sus pies de niña, diminutos, arqueados, completaban la belleza del conjunto haciendo más visible la distinción de la muerta.

No podía saberse quien era. No había en esas cuatro tablas de pino que la encerraban ninguna inscripción; en la tapa, una cruz sencilla, blanca, hecha con dos palmos de cinta clavada en los cuatro extremos. Eso era todo.

Sus ropas estaban en un rincón: un vestido viejo, herencia de alguna otra desgraciada, y una camisa de hospital. Esos pobres trapos habían servido para amortajarla.

¡Cuántas reflexiones se agolpaban á nuestra imaginación al pensar en las condiciones de ese cadáver que teníamos por delante!

Era para nosotros simplemente una muerta para la clase de anatomía que iba á ser abierta, cortada, dividida y repartida entre los alumnos, muchos de los cuales se disputarían la mejor presa. La belleza de esa mujer nos hacía entrever una historia, borrascosa, triste; una historia que se puede escribir en una página, porque la historia de todas estas desgraciadas se parece. Y si no la tenía, sentíamos necesidad de inventarla, sentíamos necesidad de hacerla revivir, hacerla mirar con el fuego de sus ojos apagados, hacerla sonreir con esos labios voluptuosos, hacerla caminar, para ver mover sus flancos flexibles; animarla, darle vida, hacer latir su corazón; llevar la sangre, el color de sus tejidos, hacer levantar como una ola de voluptuosidad ese seno amplio, macizo, marmóreo;— convertirla en lo que era, devolverla á la vida, al calor, á la luz y cubrir la desnudez de su cuerpo con las telas finas, suaves, que más de una vez lo habrían rodeado.

Si nuestros compañeros supieran, pensábamos, que mientras ellos están en la sala, curando enfermos y aprendiendo á hacer vendajes y aplicar apósitos, nosotros estamos aquí hacien-

do poesía de brocha gorda, sin más testigos que la cara embrutecida y las miradas hoscas de don Pancho, ¡cómo se reirían, qué excelente oportunidad para dar rienda suelta á sus bromas!

Un alumno de medicina, un estudiante de anatomía, que convierte los muertos pobres, vulgares, con el vientre ya medio verdoso por la putrefacción, en estatuas caídas ó en Fantinas desgraciadas, las cabezas de ciertos muertos en imágenes del Bautista, hubiera sido una novedad impagable y se habría tenido tema para colgarle un sambenito y mortificarlo durante un mes.

¡Poesía con las muertas del hospital!... Una infeliz cualquiera, medio achinada, que había caído en el hospital, como una de tantas, á ocultar sus vergüenzas y sus faltas, y á la que una *peritonitis* embarcó para la eternidad, es claro, en un cajón de pino sin chapas, sin galones plateados, sin coronas de violetas de trapo teñido, —más benéfica á la tierra por la restitución generosa que hacía de su cuerpo, rico en materiales de combustión.

Allí concluía el ideal, la poesía, y empezaba la realidad desnuda, fría, brutal como la cara de don Pancho.

Su vida habría sido como la de todas: un día en la opulencia despilfarrada, conquistada en la especulación de la carne puesta en pública subasta, y los demás, en el vaivén de la miseria, de la degradación, hasta bajar la pendiente rá-

pida que las lleva á morir desconocidas, cansadas, en la cama de un asilo.

Don Pancho seguía paseándose, haciendo sonar el manojo de llaves que llevaba atadas de una piola llena de sangre: de vez en cuando dirigía sus miradas torcidas hacia el cadáver, y meneando la cabeza, parecía significar que aquello era nuevo, nunca visto, y que tal vez una buena propina por el hallazgo le facilitaría el medio de concluir el día entregado á sus mejores libaciones.

Llegó la hora de clase; el profesor no se dió ni por entendido de la belleza, de la frescura, de la morbidez del cadáver.

Empezó su lección con la seriedad que le era habitual, y los compañeros, algunos de los cuales habían fijado más la atención sobre la muerta, no podían menos de decir: ¡qué bonita habrá sido esta muchacha! ¿de qué habrá muerto? —parece que no ha sufrido mucho, pues está bien conservada—se conoce que no ha tenido familia, y otras observaciones *sotto voce* que en nada distraían al catedrático que iba disecando pacientemente los órganos que debíamos estudiar.

Los alumnos se habían agrupado estrechándose alrededor de la mesa para escuchar mejor la lección y poder apreciar más de cerca la conformación anatómica y la disposición, de las vísceras que se ponían al descubierto.

Era un momento de distracción, y cuando ya no veíamos en la muerta la heroína de un idilio, ni una desgraciada que hubiese pasado por esa serie de aventuras en los vaivenes de la suerte, sino un buen cadáver para la clase de anatomía, nos llamó la atención un personaje exótico, cuya cabeza sobresalía por encima de las demás, y que había entrado en puntas de pie, evitando todo rumor para estar á sus anchas contemplando por entre los grupos la disección de la muerta.

La cara de ese individuo no nos era desconocida; á pesar de su flacura, de sus ojeras y de la expresión de dolor, de piedad, que se dibujaba claramente en sus facciones, se aclaró en nuestra memoria la imagen de este individuo. Era el mismo que en años atrás había hecho una entrada tan original y desgraciada á la clase de física, para dar su examen sobre los imanes.

¿Qué hacía allí? fué la primera y la más natural de las preguntas. Era quizá un curioso, uno de los tantos que solían olfatear el anfiteatro para descomponerse é ir á contar en seguida al círculo de sus amigos los horrores que habían presenciado con una valentía de héroes.

Ir al anfiteatro un día de clase, cuando se abren los cadáveres y se extraen las vísceras arrolladas á la muñeca, ó se hunde la mano en la cavidad abdominal, entre la sangre negra, coagulada, para ir á desprender un riñon ó cualquier otro órgano; presenciar ese espectáculo,

verlo de cerca, aspirar esos malos olores, tocar con la punta del dedo una parte cualquiera del muerto, era para los profanos una proeza que bien equivalía á la que referían otros, de haber pasado á media noche por el cementerio sin pestañar, ó hacer apuestas de penetrar en él sin el más mínimo temor de los muertos—es claro, ¡qué les van hacer los infelices! Referir estas aventuras acentuando los colores, agrandando el cuadro recargado por la impresionabilidad ó la exageración de cada uno, era adquirir fama de despreocupado, de hombre hecho, y tal vez muchos de ellos se han sentido espeluznados cuando en el silencio de la noche han leído un libro de Edgard Poe sin más compañero que el silencio y el tic-tac del reloj.

Nuestro personaje no había ido allí seguramente ni á entretenerse, ni con la despreocupación del estudiante vago que se mete en todas partes por cohonestar su haraganería.

Su cara decía mucho y los movimientos que hacía de vez en cuando, significaban perfectamente que la escena que tenía por delante no le era indiferente.

Su permanencia allí fué de pocos momentos; en puntas de pie, callado, cabizbajo, con las manos cruzadas sobre los faldones de su levitón descolorido, se dirigió al patio, donde empezó á pasearse despacio y meneando lentamente la cabeza.

En un rincón estaba el cajón de pino y las ropas de la muerta; sospechándolo, se paró de-

lante de esos humildes despojos y desde lejos pudimos contemplarlo sacando su pañuelo para enjugar sus lágrimas.

Sin saber por qué, nos inspiró compasión. Á pesar de su figura ridícula, de su conjunto pobre, desairado, nos dimos cuenta de que ese hombre desconocido venía siguiendo el rastro del cadáver que estaba sobre la mesa de mármol.

Y ese sentimiento de compasión que experimentábamos, se exaltaba más en nuestro espíritu al pensar que, si se encontraba allí ese individuo á la terminación de la clase, no le faltarían pullas, indirectas y hasta diabluras más pesadas con que podrían asaltarlo los compañeros.

Salimos del anfiteatro movidos por ese sentimiento, por el temor de verlo comprometido en una broma estudiantil y por la curiosidad que sentíamos de averiguar algo sobre tan extraño individuo, á quien ya en dos ocasiones habíamos visto de una manera tan singular.

Sin vacilar, nos acercamos, y con el aire de dueños de casa, le preguntamos sin ambages si buscaba á alguno de los alumnos.

Nos miró con cierta desconfianza, y como abochornado de que se supiera el motivo que lo llevaba á aquel recinto, nos dijo:—He sabido que esa muerta, en vez de ser conducida al cementerio, fué traída aquí para el estudio, y como me interesaba por esos restos, he venido á cerciorarme...

—¿Luego, usted la conocía; era acaso algo de usted?

—Era todo,—nos replicó con acento impetuoso,—y siguió mirando con ojos idiotizados el cajón de pino y los vestidos amontonados sobre el lado del patio.

Teníamos un hilo de la historia y no queríamos soltarlo tan fácilmente: un retazo de novela viviente por delante, una especie de libro trunco cuyos capítulos empezaban con el examen de física, con la rechifla de los alumnos, el encono de los catedráticos y la huida del *hombre de los imanes,* como le llamábamos cada vez que nos acordábamos del examen,—y una escena patética, conmovedora, un pequeño drama en el anfiteatro, sin que los demás lo sospecharan.

—¿Y qué harán con los restos del cadáver? —nos preguntó de pronto.

—Los restos van al cementerio en el mismo cajón en que han venido, solos ó acompañados de otros.

Pareció disgustarle la respuesta, pues se quedó un largo rato pensativo; no quisimos decirle lo peor, es decir, que á veces no volvían al cajón ni al cementerio, pues los estudiantes los utilizaban para hacer sus preparaciones y generalmente eran preferidos los de mujer para extraer los huesos de la pelvis y los del cráneo.

Hizo entonces ademán de retirarse y efectivamente empezó á marchar hacia la puerta. Nosotros, que no lo perdíamos de vista, y menos desde el instante en que se nos ocurrió que pudiera tratarse de un individuo medio alocado, nos pusimos al lado de él y seguimos acompa-

ñándolo hasta el primer patio, donde tenían su habitación los practicantes.

En el anfiteatro nadie había notado esta aparición misteriosa.

## EN EL HOSPITAL

El hospital de hombres era una especie de ciudad de enfermos. Tenía sus callejones anchos, espaciosos, rodeados de filas de corpulentas acacias, que proyectaban grandes manchones de sombra sobre los cuartujos de los practicantes; una serie de patios como plazas, algunos con dibujos y laberintos de jardín, otros incultos, abandonados, donde crecía á su antojo la hierba, que era segada de vez en cuando por uno de los locos, que tenía el triple oficio de jardinero, peón de cocina y mandadero.

Era un resto arruinado de la época colonial, un antiguo convento de padres Belermitas que sostenían con limosnas aquel recinto de caridad y en donde se refugiaban enfermos y convalecientes para compartir con los santos varones los beneficios espirituales y corporales de la casa.

La gran puerta de entrada, maciza, claveteada, con el corte señorial de una morada suntuo-

sa; en seguida, el vestíbulo amplio, sombrío, pintarrajeado con figurones que no decían nada y que, sin las inscripciones emblemáticas que tenían al pie, habrían pasado inadvertidos; una serie de puertecitas de convento á ambos lados, y después, las salas de los enfermos, formando grandes cuadras unidas por uno de sus cantos.

Respiraba por todos los ámbitos un ambiente antiguo, rancio: los sillones de baqueta labrada groseramente, los escritorios de la oficina del ecónomo, el gran péndulo que se ostentaba como una obra de arte y un recuerdo histórico de la época de la Reconquista, que se cuidaba como un objeto precioso en la sala de administración; era un reloj de mesa, con pie de alabastro y mármol negro, en el que se había fijado una chapa de oro que llevaba grabada una dedicatoria de los oficiales ingleses heridos y prisioneros, y á quienes los padres Belermitas habían asistido, prodigándoles todo género de atenciones; un dístico latino completaba el pensamiento de gratitud de nuestros enemigos de entonces.

Describir en detalle el resto del hospital, sería hacer la historia de las miserias y de los dolores que se encerraban en sus cuatro paredes. Aquello era pobre, desaseado, antihigiénico, inculto.

De noche, era imponente, lúgubre, pavoroso: los grandes patios que servían de salas á los enfermos, estaban envueltos en sombras siniestras y la escasa luz de algunos mecheros de gas,

les daba un aspecto fantástico; los locos vagaban por los canteros del jardín, moviéndose lentamente, cabizbajos, hablando solos ó dando gritos como aullidos de un animal extraño; hubieran hecho retroceder al más despreocupado.

En los meses de invierno, nublados, tristes, aquella soledad, aquel silencio, tenían algo de cementerio. Los árboles desnudos, mostrando el esqueleto de sus ramas secas, heladas; uno que otro enfermo que se atrevía á cruzar rápidamente aquel descampado y las hermanas de caridad con sus gorras blancas, como gaviotas con las alas abiertas, que atravesaban el jardín para ir á rezar á su capilla, la monotonía de los toques de la campana de llamada y los repiques descompasados de las de la torre de San Telmo, la aparición de algún practicante malhumorado y tiritando de frío, que estaba de guardia y acudía al llamamiento; esta repetición sucesiva de las mismas cosas, de los mismos toques, del mismo ambiente, de los mismos dolores; los heridos, los moribundos, las mismas impresiones, los mismos padecimientos, las mismas quejas, todo aquel conjunto triste, abrumador para un espíritu débil y reflexivo, acababa por engendrar la nostalgia y nos hacía desear la libertad, la calle, las horas fuera del hospital, como á los internos de los colegios que cuentan día por día y minuto por minuto la época de salida.

Había, sin embargo, cierta vanidad oculta en ser practicante interno, en vivir al lado de los

enfermos, en estar á la mano con todos los sufrimientos y con todas las lacras, y por esto se veía en las puertas de las habitaciones el nombre de cada practicante, esculpido pacientemente, como un anticipo de gloria, en ese monumento en ruina, del que hoy no quedan sino los escombros.

.................................................

Habíamos instalado al hombre de los imanes en nuestra habitación; receloso y turbado miraba de arriba abajo las paredes, los rincones, las vigas del techo, contemplando el arreglo de la vivienda, tal vez con sorpresa de verla tan desmantelada y sombría.

Tiritaba de frío y había doblado sus largas piernas para esconder debajo de la silla sus botines agujereados; con las manos cruzadas sobre las rodillas, sostenía su sombrero de copa, medio abollado y deslustrado por el uso.

Nuestro prurito era hacerle hablar, hacernos contar en detalle todos los antecedentes de la muerta; preveíamos algo de romancesco en la vida de ese personaje que se nos presentaba con la faz simpática de una pobreza heroica: la comparación y el tipo están buenos para entonces, para nuestro cerebro impregnado en aquella época de las lamentaciones elegíacas que nos inspiraban los libros de literatura sentimental que estaban en boga.

Ahora, lo miraríamos con la indiferencia del que entra en un gabinete de vistas y á través de lentes ordinarios ve la desolación y la ruina pin-

tarrajeadas en bastidores de papel; el egoísmo que levantan los desengaños pone una barrera á la sensibilidad.

Se había acomodado en un sillón, dando más soltura á su cuerpo rígido como una tacuara; y después de un momento de silencio y cuando ya se hubo familiarizado con nosotros por las atenciones que le prodigamos, nos dijo así de improviso:

—Esa muchacha no era mala, tenía muy buen corazón, pero sus pasiones la dominaban completamente; era una voluntad débil para resistir á las tendencias ardientes de su organismo; yo he luchado con ella lo que nadie podría creer, pero ni los ruegos, ni las amonestaciones, ni las amenazas, han podido desviarla de su camino torcido.

Había nacido para enfangarse, y lo ha conseguido, lo ha conseguido plenamente; reconocía el bien, sabía diferenciarlo del mal, tenía conciencia plena de sus actos, de sus afecciones; raciocinaba como un filósofo, sabía que le causarían gran daño sus caprichos, pero su voluntad era impotente para resistir, nada ha podido detenerla.

Cuando se veía subyugada, asediada por mis cariños, por mis consejos, por mis sacrificios; cuando comprendía que me había arruinado, que había tirado á la calle mi carrera, mi porvenir, mi nombre tal vez, en el fondo de su alma me agradecía todos estos sacrificios y los beneficios que podían reportarle, pero se me

escapaba, huía, pasaba los días fuera de mi casa y volvía después, abatida, enfermiza, desgreñada, con el fango hasta los ojos.

Yo quería abandonarla, echarla brutalmente de mi casa, tirarle á la cara su ingratitud, su corrupción, en fin, hacerla crujir entre mis manos como un armazón que se destroza, pero cuando me asaltaban esas ideas horribles, me creía loco, y yo mismo huía de mi habitación para rozarme con las gentes, distraerme con el ruido y ahuyentar los malos pensamientos que me asaltaban.

¿Cómo podía yo sostener un cariño indigno, fomentar una pasión entre un ser bueno como yo y una mujer pervertida, depravada y que se complacía en jugar con mis sentimientos, con mis palabras afectuosas, con mis demostraciones de un amor inmenso, inquebrantable?

Me dominaba, me dominaba como á un perro fiel, con sus miradas, con las sobras de sus caricias, con sus promesas de corrección y con el cansancio que solía retenerla á mi lado una semana, un mes, hasta que, ya repuesta, sonriente, más hermosa que antes, más provocativa, más sensual y más serpiente que mujer, se escurría de mis manos.

Era la fatalidad que la empujaba por la pendiente: hay seres que no pueden contenerse, que no pueden dominarse; una fuerza irresistible los lanza adelante y van en derechura al delito; inconscientes, ciegos, irresponsables tal vez de sus actos, hijos de esa perturbación transitoria y frecuente que embarga su mente.

Así era esa infeliz que están destrozando en el anfiteatro.

Cámbiele el nombre, invierta el sexo, substituya una pasión por otra, colóquela en un ambiente propicio, y tendrá esa larga serie de seres anómalos, originales, depravados, delincuentes y desgraciados.

Esa mujer ha tenido sus facetas brillantes, no era todo lodo; tenía sus arranques buenos, sus días de arrepentimiento, de lágrimas, sus súplicas de perdón y sus propósitos de enmienda, esos sentimientos hacía el bien, esas tendencias fugaces de reparación, esos momentos lúcidos en los que veía por delante el abismo cada vez más ahondado que ella misma cavaba á sus pies. Solía estremecerse y volvía hacia mí con los brazos tendidos, con los ojos azorados y llorosos, con las facciones alteradas por el miedo, y entonces me pedía protección, jurándome que no volvería á las andadas, que haría una vida ejemplar. Últimamente, ya no le creí; estaba muy acostumbrado á oírla en esos arranques, que en el fondo eran sinceros y partían de la convicción profunda de que debía cambiar de rumbo, pero que se desvanecían cuando cesaba la exaltación del momento.

Esa mujer joven, toda nervios, podía haber sido artista; se apasionaba por todo lo bello, lo grande, lo heroico; había conseguido instruirla, le hacía leer los pasajes más conmovedores de los pocos libros que tengo en mi biblioteca, levantaba en su alma sentimientos puros de reli-

giosidad hasta el misticismo; me hice poeta para tocar la cuerda sensible de su corazón de niña; le hice entrever un mundo de bellezas en la paz del hogar, en la tranquilidad de la familia; todo en vano: ni la religión, ni el arte, ni la felicidad tenían para ella atractivos duraderos; estos sentimientos pasaban por su corazón y por su cerebro como ráfagas, sin dejar huella y sin modificar en nada la pasta maldita de que estaba hecha.

Era adorable en esos momentos de reflexiva mansedumbre y cuando anhelaba volver sobre sus pasos para recuperar el tiempo perdido y emplear la fuerza de voluntad de que disponía en escuchar la voz de la razón.

Pero cuando la dominaba la pasión y ella se entregaba dócil al demonio del mal, era detestable, ebria, vulgar, ladrona, impúdica, provocativa; hubiera llegado hasta manchar sus manos con sangre si la fatalidad hubiese puesto en frente de ella un rival ó un ser cualquiera que odiase.

¡Qué cúmulo de pasiones bastardas se amontonaban como nubes siniestras en ese horizonte brillante un minuto antes! Era como si le diese el mal: me desconocía, me insultaba, me reprochaba mi pobreza, mi carrera abandonada, mi negligencia para el trabajo, la humildad de sus ropas, la estrechez de nuestros medios de vida, la existencia retraída que llevaba, y, como un animal dañino que se complace en destrozarlo todo, así destrozaba una por una las ilusiones

que me había hecho concebir. Era implacable, ingrata, malvada, su ser se transformaba: erguida, pálida, desencajada, centelleando los ojos, con los puños crispados y acercándolos con movimientos nerviosos á mi rostro, me arrojaba á la cara todas las infamias que profería su lengua de demente. Luego, huía rápidamente, y durante una temporada; sabía que iba á envilecerse, á prostituírse, á cubrirse de raso, de joyas que desgarraba y pisoteaba cuando volvía en sí de ese rapto de aberración.

Consulté á varios médicos. Uno de ellos amigo de la infancia, que me tenía cariño sincero y que más de una vez me había tironeado, increpándome la negligencia con que miraba mi posición, no tuvo más respuesta que la de su afecto: es loca, histérica y corrompida, échala de tu casa y que siga su camino de perdición; tus esfuerzos son palos dados en el agua. Me trató duramente, y cuando me oyó expresar en términos bondadosos para sus veleidades y miserias, me miró azorado, con lástima, y tal vez con desprecio. ¡Qué dirán las gentes!—agregó y me dió la espalda. Yo me encogí de hombros y quedamos á mano.

Había abandonado por ella mi familia, mis amigos, mi carrera, todo, todo lo había sacrificado. Era un soñador; solo, desamparado, no tenía otro ser con quien vincularme: ya no me llamaba hacia esa mujer el atractivo sensual, no sentía la irritación embrutecedora de la carne; no, esa alma extraña, enferma, original, desgra-

ciada, me tenía constantemente en jaque. Era natural que fuese mala, perversa, degradada; ¡cómo podía ser de otra manera, si su organismo estaba conformado así; pero yo debía salvarme: quería abandonarla y hacer un esfuerzo para volver á la superficie social, de donde había desaparecido; mi resolución venía tarde; ya no tenía aliento; caído en el fondo, pasaba obscuro, desconocido, feliz con este incógnito que me deja arrastrar tranquilamente una existencia que ya me repugna.

No sé hacer nada, no puedo ocuparme en nada: soy un hombre inútil. Una vez recogí mis libros y mis programas de estudio, intenté dar un examen, fuí á la Universidad regularmente preparado, pero aquel recinto, lleno de juventud, de alegría, de bullicio, de savia y de porvenir, se volvía hacia mí protestando; me rechazaba como á un ingrato, como á un hijo pródigo que vuelve al hogar con hambre pero no contrito. Todo lo encontré extraño, las caras de los compañeros me parecían más satisfechas, más alegres más desdeñosas para mi incuria, para mi pobreza; hice esfuerzos supremos por reaccionar; mi primera impresión fué huir como un criminal, estaba humillado, confundido; hice ánimo y penetré en la sala de examen; llegó mi turno, y con toda la estupidez de un idiota, no supe qué decir ni qué contestar; salí desesperado, enfermo abochornado; me parecía que todas las risas, que todos los rumores, que todas las pullas de los estudiantes, eran dirigidos

á mí. En la puerta encontré algunos compañeros que se sorprendieron de verme.

Quisieron detenerme, estrecharme la mano, preguntarme algo de mi vida, de mi ausencia, de mi estado miserable, que debió sorprenderlos; los esquivé con toda descortesía y enfilé la calle como un hombre perseguido por la justicia.

Y, sin embargo, no sentía remordimiento; no me creía culpable, tenía un objetivo elevado, me había impuesto una misión, quería redimir á esa mujer á costa de mi propio sacrificio, sentía por ella amor y rabia, me había propuesto luchar con la fatalidad que me la arrebataba, que la transformaba como una pasta dócil, pero al fin caí vencido; era un imposible, una fantasía superior á mis fuerzas: era enderezar una planta que crecía torcida.

Un día, cuando estaba más insoportable con sus agresiones, cuando ya había agotado todos mis esfuerzos, toda mi lógica persuasiva, toda mi ternura, que en los momentos buenos la conmovía hasta hacerle llorar, y cuando llegué á persuadirme de que todos mis esfuerzos eran inútiles y de que no harían más que agrandar la mancha que me había arrojado encima, la abandoné con la firme resolución de no verla más.

Mi cariño por ella no había menguado. ¡Oh, cuánto hubiera pagado por que fuese buena, afectuosa, y hubiese correspondido á mi sacrificio!

Hace de esto pocos meses. La he visto en diversas circunstancias, la he seguido, la he espiado, y he podido comprender que, si no se había corregido, había cambiado de manera de ser; pasó un mes sin que la viera y al leer una mañana en un diario la noticia de que se había suicidado una joven, tuve la sospecha de que fuera ella, por las señas, que coincidían perfectamente: su edad, su posición y algunos otros rasgos.

La suicida,—agregaba el diario,—ha sido llevada moribunda al hospital de Mujeres. Puse en práctica todas las diligencias posibles para verla, pero mi esfuerzo fué inútil: llegué tarde; muerta, su cadáver había sido transportado al hospital de hombres para servir á la clase de anatomía.

Mis presentimientos se realizaron; la infeliz se había suicidado, había cumplido su designio fatal, del que tantas veces la alejara mi mano que velaba sobre ella.

Muchas veces me he preguntado, qué son esos seres que, cual ella, cruzan la vida como inconscientes, que van á estrellarse contra el primer escollo, sin rumbo, sin concepto definido, sin saber á qué atenerse y sin poder deliberar lo que harán mañana; seres que dan todo lo bueno y todo lo malo con una prodigalidad vituperable, que tienden la mano al caído para socorrerlo, para ayudarle, para enjugar sus lágrimas, y con la misma mano generosa, noble, caritativa, borran los rasgos más simpáticos

para hacerse culpables, odiosos y muchas veces criminales.

En esos cerebros así conformados hay un germen del mal en estado latente, que alcanza á atenuar la influencia social y la educación; pero que, en definitiva, hace sus estragos cuando la ocasión es propicia: falta el sentido moral, falta el equilibrio, falta en el cerebro la cámara obscura donde se reflejan las imágenes reales que dan la medida de los actos, de las deliberaciones, con la conciencia plena de las impresiones recibidas: son los ciegos morales que tropiezan á cada instante.

.........................................

Después de esta larga relación, interrumpida de trecho en trecho por observaciones y recuerdos, el infeliz se levantó, nos tendió la mano y nos dijo:

—Mi misión está concluída; yo no he podido hacer más por ella; esa mujer ha salido del caos; no conocí á su familia; la recogí de la calle mezclada con barro; quise darle techo, abrigo, pan y un nombre, pero ella prefirió volver al fango de donde había salido.

Era su destino.

## EL ÚNICO HAMBRIENTO

La calle Florida tenía un aspecto brillante: el movimiento, el lujo, la ostentación de las cosas y de las gentes, el vaivén de los paseantes, de los desocupados, de los mirones.

Á lo largo de las aceras corrían las filas de mujeres hermosas, vestidas lujosamente, tal vez con lujo demasiado ruidoso para salpicarlo en las calles desaseadas; grupos de niñas bellísimas, alegres, frescas, bulliciosas, que conversaban fuerte, dirigiéndose saludos cariñosos de vereda á vereda, como podrían hacerlo en un salón; cortesías correspondidas bien ó mal á los *gomosos*, que hacen la moda de los saludos y de las piruetas; cuchicheos mezclados de risas y de indirectas picantes, miradas perdidas, apagadas, rescatadas con sonrisas significativas; la correspondencia en la calle de los que se entienden en la casa, en la hora de visita, y que no pueden decirse todo lo que quisieran por temor de los que ven y lo adivinan...

Corrillos de empleados que han pasado la piedra pómez y el cepillo áspero para borrar la huella de la tinta de sus dedos afilados, lustrosos, cuidados con esmero; tiesos, cepillados,

ajustados á la moda rigurosa, como una llave de precisión, con su *bouquet* en el ojal, sus bigotes doblados como cuernos y encerados con cosmético perfumado.

Grupos esparcidos en las esquinas, interceptando el paso, haciendo crónica de bailes, de teatros, hablando de la Patti, de Tamagno, de Stagno, de todas esas celebridades del arte, que seducen, que entusiasman con sus notas, y que tal vez se admirarán de encontrarse reunidas en este gran centro, habiendo oído decir por allá que todavía bailamos en camisa al lado del fogón.

La calle Florida presentaba el aspecto de un salón inmenso, al descubierto, al aire libre; todos los paseantes hablaban fuerte, sin reposo, sin afectación; nuevos grupos se incorporaban á los ya instalados, y como si alguna noticia extraña, inusitada, hubiese producido alarma, no se oía más que exclamaciones de sorpresa, de disgusto. Algunos se desprendían de la rueda y tomaban la calle por su cuenta, sin reparar en las señoras y en las niñas que habían venido desde media cuadra dando la última mano á un saludo especial y de circunstancias; otros atropellaban sin miramiento al primero que se le cruzaba al paso, y sin pedir disculpa ni darse por entendido de las protestas del contuso, seguían cabizbajos su camino.

La bulla, el movimiento, el cuchicheo, las risas, las exclamaciones de sorpresa, las despedidas estrepitosas, efusivas y de pésame, hacían coro al ruido de carros, carruajes y tranvías

que cruzaban en distintas direcciones la estrecha calle.

Aquello parecía un corso: larga fila de carruajes lujosos tirados por caballos de raza, algunos improvisados, salidos ayer del caos de la fortuna, arrastrando á sus felices dueños repantigados en sus asientos, como si toda la vida hubieran gozado de la bienaventuranza; otros revelando á los primeros su alcurnia, sus generaciones de carricoches y de antepasados retirados á la vida del campo con sus remiendos y achaques.

Las vidrieras de las casas de negocio ostentaban sus mejores objetos, como para aguzar la codicia de poseerlos y sublevar los bolsillos del transeúnte.

Había en un escaparate adornado como un altar, un puñado de brillantes sueltos, sin engarce, apiñados, transmitiéndose el brillo; piedras riquísimas, de gran valor, que parecían moverse, tiritando, como salidas de un baño. Al verlas así, movedizas por la refracción chispeante de los rayos de luz que se quebraban en sus facetas, se las creería animadas como pescadillos saltones. Un curioso que las contemplaba con avidez, decía *sotto voce:* da ganas de comerlas. Tal vez esos apetitos de Cleopatra aguzaban más su bolsillo que su estómago.

Largas cadenas de perlas, haciendo guirnaldas en sus estuches de peluche, deslustradas, modestas, adheridas, como clavadas á un zafiro de

gran tamaño, parecían desprendidas de un turbante y puestas allí para buscar el seno turgente que debía ostentarlas, como el pie de la cenicienta con el zapato de oro.

En seguida, la larga serie de joyas de bueno ó pésimo gusto, salpicadas de trecho en trecho por objetos de arte.

Más allá, los tejidos, los brocados, los muebles de gran valor, lo que cuesta un ojo de la cara y parece esperar con impaciencia que lo rescaten de la exhibición: estatuas, bustos, bronces, cerámica; el bazar continuo que todos conocemos, que hemos visto cien veces, y en el que buscamos instintivamente, al pasar, un objeto nuevo para recrear la vista.

Todo ese cúmulo de chucherías y de cosas inútiles, con su *cachet* aristocrático y la posición mágica con que están colocadas para herir mejor la retina y el bolsillo del paseante.

La concurrencia se había hecho inmensa: por momentos había que detenerse, porque se hacía difícil el tránsito; las conversaciones eran más animadas y por todas partes no se oía más que hablar del ruidoso descalabro de la Bolsa.

Era la noticia de última hora que había llegado á la calle Florida como el preludio de una catástrofe agigantada por el miedo ó por el arrepentimiento de los que habían expuesto su caudal, su crédito y tal vez su pan de cada día, en la ruleta disimulada.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En una esquina, se había formado un corrillo

democrático alrededor de dos criaturas pequeñas y harapientas que hacían gemir dos violines, sacando algunas notas de *Caramelo,* entre los sonidos desacordes de sus cuerdas, chillonas como un vidrio raspado con un clavo.

Dos pequeños inmigrantes, venidos de quién sabe donde, tal vez de vuelta de una jira por el mundo, en busca de fortuna y de las caricias que les niega su hogar errante.

Recibían en ese momento una ovación de aplausos y de centavos, que les arrojaban generosamente los que se deleitaban con la escena, generosidad correspondida con una canción popular que entonaban con voz aguda, y con acompañamiento de violín y de silbidos de los muchachos vendedores de diarios, que miraban á los artistas callejeros como colegas. La pequeña tiple podía contar á lo sumo nueve años, parecía una viejecita con su vestido largo, su delantal hasta el suelo, su pañuelo arrollado sobre el pecho y atado atrás sobre las caderas; flacucha, despeinada, de facciones acentuadas, ojos vivos, grandes, inteligentes, comprimía contra el pecho su violín como á una criatura que se acaricia para que no llore.

Su acompañante no tenía más edad que ella: un muchachito movedizo, despejado con cierto aire de audacia provocativa, dibujada en los rasgos de su fisonomía picaresca; bailaba dentro de su ropa más que holgada, y tan pronto hacía mover rápidamente el arco del violín, como atrapaba en el aire una moneda de cobre que

sin mirarla sepultaba en su bolsillo, conociendo por el tacto su valor.

Cuando vemos estas pobres criaturas, huérfanas de afectos y de enseñanza, rodando por las calles como pájaros sin nido, viviendo de sus propios recursos y obedeciendo tal vez á las amenazas y á la maldad de sus padres ó de sus dueños, y que llevan dibujada en el rostro la precocidad maliciosa de los que han aprendido lo malo en la materialidad brutal de las escenas que no han podido esquivar, recordamos esas crónicas que hielan el alma y en las que las víctimas han sido precisamente esos pobres parias, sacrificados á todas las crueldades y á todas las aberraciones del bajo fondo humano.

Su canto, sus alegrías, sus movimientos, su indiferencia, su edad, todo esto, muy propio para disimular la realidad, nos aleja, al contemplarlas, de reflexiones amargas sobre su situación y sobre su porvenir.

.............................................

Algunas vidrieras empezaban á iluminarse con los focos brillantes de las lamparillas eléctricas, que ponían de relieve la inferioridad de los mecheros de gas con su luz triste y amarillenta.

La tarde empezaba á despedirse perezosamente; la neblina avanzaba por las calles como una gran bocanada de aliento; el viento molesto, frío y húmedo, daba la señal de retirada.

En medio de aquel vocerío, de aquella bulla confusa y animada, de aquel vaivén de personas y de vehículos, vimos pasar rápidamente la fi-

gura escuálida de aquel personaje romancesco que encontráramos en la universidad y en el anfiteatro.

Caminaba á grandes trancos, haciendo balancear sus brazos como para no perder el equilibrio, parábase de trecho en trecho, echaba una mirada á una vidriera, se quedaba como absorto, con la vista fija en los objetos puestos en exhibición en alguna de ellas, sirviendo de estorbo inconsciente á los paseantes, que lo empujaban, lo codeaban, y hasta alguno, mal humorado por el encuentro, le dirigía pullas que él escuchaba con la indiferencia del que desafía el enojo ajeno contra su propio fastidio.

Visto así de atrás: alto, más flaco, con su pescuezo de cigüeña saliendo de su levitón desteñido como empujado por los omoplatos, grandes, chatos, dibujados sobre la tela como un *cliché*.

Cubría su cabeza un sombrero alto de felpa, espeluznado en distintos puntos, viejo, con las alas recortadas y ribeteadas con desgarbo; aquel sombrero, medio cubierto por una tela de merino, arrugada y cosida atrás con una hilera de cuentitas de vidrio, era suficiente para caracterizar el gusto, la despreocupación financiera del dueño.

Estaba de luto, tal vez en memoria piadosa de aquella desalmada que lo había hundido en la miseria, que lo había segregado de la sociedad y que le hacía caminar por las aceras como un escarabajo.

El infeliz tenía una cara desolada; le había crecido la barba y el cabello con el desaliño de la miséria y del abandono; las huellas de un gran padecimiento moral estaban impresas en sus miradas vagas, tristes, sin expresión; la escasez, el hambre tal vez, se pintaban en la flacura y en la palidez amarillenta de sus carnes.

Era un contraste ver aquel hombre joven, educado, con la preparación suficiente para labrarse con el trabajo una posición social, con el aspecto mal disimulado de un pobre vergonzante, en medio de aquel bullicio, de aquella feria continua del lujo, de la riqueza, de la distinción, empujado, desairado, mirado con desdén y menosprecio por los que pasaban á su lado, esquivado tal vez por los que fueron sus amigos y condiscípulos, y él, impasible, mal vestido, raído, con manchas en las ropas, mezcla de ridículo y de desprecio por las conveniencias sociales, indiferente, enfermo, caído en el marasmo del abandono, suicidándose poco á poco tal vez por la anemia de un cerebro que funciona con un solo objetivo, con una sola aspiración: no hacer nada, ser inútil, caer en el fango poco á poco como un palo roto que el mar tira á la playa en una arcada de espuma y de resaca.

Había perdido hasta su lado sentimental; ya no se sacrificaba por una pasión que le hacía olvidar todo, que se había apoderado de su juventud y de sus ilusiones; no tenía el mérito ni el heroísmo del que lucha con la miseria y del que prefiere el amor á la ciencia, al tra-

bajo; ya no tenía derecho á vivir como un buzo debajo de la capa social.

Había franqueado los umbrales de la edad seria y no podía impunemente salir á la calle á ostentar sus miserias y sus trapos sin sentirse culpable. La lucha del trabajo era tan noble y tan elevada como la que había gastado sus mejores fuerzas y su savia cuando abandonó la universidad para entregarse á los caprichos de una mujer.

Todo el mundo trabajaba, todo el mundo se enriquecía, por todas partes veía palpitar el progreso, el bienestar.

La ciudad se había transformado en diez años, Si durante ese tiempo hubiese estado ausente, al volver, habría abierto la boca hasta las fauces con el asombro del débil que ve un prodigio en cada adelanto.

¿Cuál había sido su vida? ¿Qué había hecho? Sus ropas y su aspecto lo decían claramente.

.................................................

Había tenido que cambiar de domicilio y de barrio varias veces; unas, porque los alquileres se le amontonaban como enemigos y lo esperaban á fin de mes con una garra de hierro; otras, porque le echaban abajo la casa para edificar.

Estaba en un continuo vértigo; un día de asombro, otro de disgusto, y así iba rodando, hasta que tuvo que abandonar el centro y arrinconarse en los suburbios. Allí mismo no le dejaron tranquilo, los huecos se llenaron, casas y palacios se habían improvisado en pocos me-

ses, y la soledad, el silencio, el bienestar que podía disfrutar, eran transitorios; los suburbios desaparecían, la ciudad iba avanzando alegre, elegante, con sus calles abiertas, adoquinadas y el ruido, el bullicio, de que era su mortal enemigo, le tocaba una nueva retirada.

Era un inservible; su cerebro empezaba á atrofiarse en la inacción, quiso volver á sus libros, la ciencia de su tiempo había envejecido; nuevos descubrimientos, nuevos adelantos, le ponían en el caso de renunciar á su empresa; la literatura, sus versos, sus versos mal rimados que figuraban en las gacetillas como intrusos, no le despertaban ya los entusiasmos que había acariciado en su imaginación de estudiante; el estro no se presentaba á calentar su imaginación y lo dejaba con los codos apoyados sobre la mesa, como un espiritista que no ve llegar su evocación. Su inteligencia se había derrumbado como se había derrumbado su organismo. Hojeó varias veces sus papeles y se encontró con una novela empezada: la leyó y la encontró estúpida; sus personajes era gentuza ó tipos triviales que sólo habrían servido para formar un romance de pacotilla sin ideales y sin objeto.

Recordó haber escrito un drama: uno de los protagonistas era un infeliz, á quien su mujer hacía *zancadillas;* él la quería de buena fe, como saben hacerse querer todas las mujeres de los dramas.

No estaba tan mal, se dijo para sí, el pasaje aquel en que muere fulana arrepentida y per-

donada; estaba regular, era conmovedor, una generosidad cicatera: perdonar porque se muere. En fin, buscó y rebuscó su manuscrito y sólo pudo encontrar algunos fragmentos en una mesa, donde los ratones habían hecho una especie de inclusa.

Su cerebro, debilitado por los ayunos y por las cavilaciones que lo torturaban continuamente, le hacía padecer de largos insomnios, en los que daba rienda suelta á formar castillos en el aire, propósitos de estudio, de trabajo, reflexiones é inculpaciones amargas sobre el tiempo perdido, programas fabulosos cuya realización le traería un mar de oro, en el que alguna vez podría hundir sus manos, acostumbradas á acariciar las sobras de centavos y papeles mugrientos, que solía ganar en trabajos mezquinos y que le producían apenas para saciar tres días á la semana un hambre guardada durante tantos años; era avaro sin tener nada, avaro por miseria, por escasez; á veces, hacía sonar los centavos en sus bolsillos para experimentar una impresión voluptuosa, naciente en su sistema nervioso de neurótico y de hambriento. Cuando soñaba con la riqueza, deseaba tener un colchón de oro donde revolcarse como un perro y gozar hasta el desmayo con el cosquilleo del metal precioso.

En esas largas noches de insomnio y de frío, se tendía sobre su cama en la actitud de un muerto; cruzaba sus largos brazos sobre el pecho, detenía su respiración ruidosa, abría desmesuradamente los ojos en las tinieblas y pro-

curaba percibir la forma de los objetos que tenía á su alrededor; á veces le parecía que todo aquello se movía lentamente y avanzaba hasta él con aire de reproche y de amenaza; figuras extrañas de hombres y de animales se dibujaban en las paredes, donde se había caído el revoque. Esos manchones negros, huecos, que tomaban en la penumbra de la vivienda las formas más caprichosas, los miraba fijamente y se pintaban después en su retina, en forma de cabezas monstruosas, que le daban calofríos como á un niño.

Otras veces hacía desfilar ante sus ojos la figura de sus amigos y condiscípulos; todos ellos habían adquirido una posición social con su trabajo, con su talento, con su aspiración. ¡Es tan fácil adquirirla!

Médicos, abogados, ingenieros, ministros, diputados, comerciantes, todos ellos estaban en la cúspide de una montaña que él miraba desde la llanura, como un pigmeo, y no se sentía ya con fuerzas suficientes para emprender el viaje en la huella escabrosa que otros habían salvado airosamente. Veía sin envidia, sin prevención, el bienestar en los demás; hasta los más inservibles habían ascendido; lo que les negara el talento se los concedió la fortuna; pero al fin, á fuerza de luchar, á fuerza de caer y levantarse, habían trepado.

Él estaba allí desfallecido, pobre, olvidado, sin rumbo, sin saber qué hacer, sin recursos. Estaba de más, y si alguna vez su desaliento

lo ponía en el colmo del abatimiento, no encontraba ni objeto á su existencia; pensaba en el suicidio, y aun este recurso supremo de los que creen haberlo perdido todo y buscan en el olvido un consuelo á su egoísmo, le parecía que le negaba sus derechos. ¿Qué grandes dolores había sufrido? ¿qué contrariedades intensas, de esas que laceran el alma en lo más íntimo y á fuerza de gravitar sobre los espíritus apocados acaban por hora‹ar la piedra como la gota de agua? No había constituído un hogar, no había perdido ninguno de eses seres queridos que al desaparecer desgarran las fibras más sensibles; no había sido padre; había vivido como un parásito, soñando constantemente y viendo pasar los días y los meses con la indiferencia del que á nada aspira ó del que aspira á cosas imposibles; no era digno del suicidio, y aunque tuviese valor para poner en práctica una resolución heroica, su conciencia se revelaba contra sus propósitos y lo volvía á la realidad de su impotencia.

Me moriré de hambre, solía exclamar en el silencio de la noche, interrumpiendo por un momento la ilación de sus ideas, pero este género de muerte le parecía largo, fastidioso y tal vez no consiguiese su objeto; se había acostumbrado, como los fakires, á los largos ayunos y tal vez podría pasarse mucho tiempo sin comer.

Pensaba en la política, en la política del día; sentía no haberse afiliado á un partido cual-

quiera; él consideraba eso como una masonería, en la que todos son hermanos para ayudarse; muchos de sus amigos debían todo lo que eran á sus vinculaciones políticas. Habían empezado su caudal en esa carrera, y á fuerza de tesón y de habilidad habían obtenido lo que él jamás se habría imaginado.

Cuando se acordaba de algunos, más pobres que él, y que comparaba á los ratones que le habían devorado su drama, y los veía muy ufanos, echando atrás la solapa y pasando á su lado con aire satisfecho, encontraba todavía una sonrisa en sus facciones desencajadas. Algunas veces eran exclamaciones de sorpresa, y, como si los tuviese por delante, levantaba en la obscuridad de la noche su brazo largo y flaco como una espada, para decir: tú, tú, en esa posición... y luego añadía: yo debo estar loco ó ser muy desgraciado.

En el fondo, debemos hacerle justicia, sin embargo; él no había alargado su mano para pedir, su espina dorsal estaba intacta, tiesa, rígida, y en su frente de pobre, de desgraciado, de paria, tenía un poco de altivez que no había enajenado.

Luego, miraba á la sociedad desde su cueva, sin las pretensiones de un Diógenes; él no exigía nada, no pedía nada, no era pesimista, miraba el conjunto y le parecía bueno, no tenía por qué quejarse ni hacer reproches, y su filosofía brotaba de su estómago; aspiraba á muy poco, no había podido seguir su carrera, no te-

nía preparación para producir algo que valiese la pena de ser hojeado, no acataba tampoco en su soberbia de pobre lo que otros lanzaban con petulancia á la circulación diaria como muestras de talento; levantaba luego sus puños, comprimiéndolos fuertemente, y se decía á sí de improviso: aun soy fuerte, puedo trabajar, puedo conseguir dinero y tener lo que otros han conseguido: una posición holgada; lo demás, vendrá á su turno. El problema se reducía para él á sacar una mano, á asirse de un dedo, á poner un pie, y luego daría el salto; seguramente acertaría en el golpe. Iba refinando su cálculo, sutilizando sus medios de acción, jugando una partida de ajedrez con los escasos elementos de que podía disponer.

Y así, cavilando, pensando y haciendo cálculos y signos cabalísticos en el aire, esperaba el sueño que calmase su sistema nervioso exaltado.

.............................................

Una mañana se despertó más temprano que de costumbre; abrió los ojos, y un signo marcado de disgusto y abatimiento se pintó en su fisonomía; estaba delante de la realidad, él, que durante cuatro ó cinco horas se había visto transportado por la fortuna en alas de una posición que sólo podía realizar en el sueño.

Sus trastos viejos, abandonados, parecían mofarse de su engañosa situación: miraba alternativamente á un armario abierto de par en par, como una casa saqueada, y un escritorio de

caoba, deschapado y polvoriento, que soportaba de mala gana una pila de libros, de diarios, de manuscritos entremezclados con mendrugos de pan y cortezas de frutas secas; luego, á las paredes, de donde habían emigrado algunos cuadros de regular mérito.

Quedaban los hilos colgados de clavos herrumbrados, por donde trepaban las arañas para escalar sus cuevas. Se levantó rápidamente y en un rasgo de desesperación le dió tentación de prender fuego á la casa; aquella miseria, aquel abandono, aquella mugre, lo ahogaban, ya no podía vivir en ese ambiente; su origen, sus antecedentes, el bienestar de que antes había disfrutado, le tironeaban el deseo de algo mejor.

En un movimiento brusco hizo rodar por el suelo una pila de libros; uno de ellos, desencuadernado, amarillento, con anotaciones garabateadas en las hojas, quedó abierto de par en par en el suelo, luciendo una curva como un vientre y en el que había un verdadero tatuage de líneas y trazados; ese librajo era su enemigo más implacable, el que había conseguido ultimar su carrera con un golpe de gracia, un libro de física, que, á fuerza de ser manoseado en un determinado capítulo — el libro lo hacía de por sí—bastaba tirarlo al suelo para que aquella página funesta que se ocupaba de los imanes, quedase en exhibición. Cuando se inclinó y se encontró con aquel capítulo ante sus ojos, toda su sangre anémica se le subió á los pómulos, se acordó de **la rechifla de la** universidad y de

la huída en el día de examen, y como si aquel libro fuera sensible á su enojo y á sus recuerdos, le dió un puntapié que le hizo rodar á un rincón, luego recogió piadosamente un código que le habían regalado cuando aun tuvo esperanza de seguir su carrera, lo abrió con curiosidad, leyó dos ó tres artículos y en seguida pensó que aquello se habría acomodado muy bien con sus ideas: habría sido un magistrado honrado, y modificó un poco sus pensamientos con respecto á la justicia, que había siempre considerado como un laberinto de embrollas.

Smiles había caído también sobre el enladrillado del pavimento: lo recogió, sacudió cuidadosamente el polvo de sus hojas y lo colocó de nuevo sobre el escritorio: muy bien escrito, dijo pausadamente, tiene mucha razón Smiles, los ejemplos que encierra son de un valor incomparable, pero es poco práctico para nosotros, para nuestra sociedad nueva y de carácter diverso de la que él nos pinta; jamás podré yo realizar los ideales y los prodigios que él nos hace ver; es preciso tener una colectividad y un individuo tallado en el molde de sus personajes; todo está muy bueno, el *carácter*, el *deber*, el *ahorro*, pero, ¡ah! la *ayuda propia*, y aquí se quedó meneando tristemente la cabeza. En ese momento se fijó que una hormiga luchaba con todas sus fuerzas por levantar del escritorio un pedazo de corteza de nuez, y que otra, cargada con igual materia, se arrastraba bamboleándose hasta el borde de la mesa para

llevar ufana su hallazgo. Esta lección, dada así de improviso, con toda elocuencia de un hecho tantas veces admirado y tomado como ejemplo de trabajo, de perseverancia, de paciencia, le hizo abochornar... Meneó de nuevo la cabeza y dijo con acento de reproche: Smiles tiene razón, soy un necio.

En el derrumbe de libros y folletos había caído también Zola; los mejores representantes de su ingenio original estaban en el suelo: *l'Assommoir* y *Nana,* comprados en un montepío de libros viejos, esparcían á su alrededor esa atmósfera acre y malsana que impregna el papel manoseado como el aliento de los ebrios que se tambaleaban en sus páginas.

Recogió á *Nana* y estuvo hojeándola pacientemente; deteníase de vez en cuando para exclamar: ¡oh! estupendo, qué estilo, qué belleza, qué naturalidad, qué filosofía amarga y positiva! Al llegar al último párrafo, pareció estremecerse, dejó caer el libro como si hubiese tocado la mano temblorosa y cubierta de pústulas de viruela de la infeliz Nana. Luego, dijo entre dientes: á Berlín, á Berlín, y haciendo un gesto añadió: quizá.

.................................................

Tomó en seguida *l'Assommoir* y se sentó, cruzando sus canillas, en un sillón medio derrengado que hacía los honores del mobiliario abigarrado de la vivienda.

Muchas veces se había deleitado leyendo esas páginas, conocía la historia de cada uno de sus

personajes, los había seguido en sus evoluciones y en las distintas fases de su vida, como si fueran antiguos camaradas; se había vinculado á su suerte por el parentesco de la miseria y de las ideas, tenía allí sus simpatías, sus rencores, sus enemigos, y tan pronto se sentía conmovido al leer la historia de Gervasia, buena, hacendosa, infatigable, como se indignaba por las brutalidades de su marido, que había caído del taller en la taberna y de la taberna en el hospital en las convulsiones estrepitosas del *delirium tremens.*

Odiaba á muerte á Lantier: ocioso, embustero, egoísta, con el refinamiento simulado de un animal felino que acecha pacientemente su presa; suave, reluciente, enmelado como una babosa, siempre sonriente, atento, lleno de chiste, haciéndose rogar con cierto aire de señor que le daba superioridad entre la turba de sus amigotes, y cierta preferencia mal disimulada entre las mujeres.

Lantier era su pesadilla: cuando leía *l'Assommoir* y aparecía el abominado personaje, solía doblar la hoja y exclamar: ¡eh! miserable, eres el más peligroso y el más malvado del gremio.

Cuando llegaba á la escena de la entrada de Gervasia en casa de la Larilleaux, para darle parte de su casamiento en esa noche de verano sofocante, mientras la hermana del que iba á ser su esposa estaba ayudando á su marido en ese taller estrecho, sombrío, caldeado por el hornillo, nada le parecía más desolador que esa

miseria cubierta por el polvo de oro que sacaba Larilleaux al limar el engranaje de las cadenas; mira á esos dos personajes trabajando como bestias, arremangados, sudorosos, despechugados, calentando una marmita de patatas al lado de un crisol, lanzando miradas de desconfianza á Gervasia y mirando al suelo por el temor de que se le adhiriese algún desperdicio; groseros, huraños, fastidiados, jadeantes en un rincón de un quinto piso, haciendo lo posible para que Gervasia se fuese lo más pronto para no interrumpir su tarea que les importaba algunos céntimos.

Esta es miseria de buena ley, esta es calamidad que aquí no se conoce, y cuando Gervasia, tímida y contrariada, abandonaba el tugurio de los que iban á ser sus cuñados y la veía en el bulevar, á donde la había seguido su imaginación, respiraba ampliamente, se pasaba su pañuelo por la frente como si él también hubiese estado encerrado al lado del hornillo, y exclamaba: ¡gracias á Dios!, no cuesta tanto aquí el pan nuestro de cada día.

El viejo Mouche se le presentaba como un perro sin dueño, cubierto de lanas sucias, enlodadas, que se arrastraba tanteando en la obscuridad con su mano larga, descarnada, venenosa, agitada por el temblor senil, á su cueva infecta debajo de la escalera. Este personaje, idiotizado por el alcohol y por el hambre, le producía calofríos... Para sus adentros solía decir: alguna vez seré así.

Se había detenido un par de horas en la lectura de este libro.

Su cabeza estaba llena de las escenas de *l'Assommoir:* toda una sociedad de obreros, de viciosos, de ebrios, desfilaba ante sus ojos: se había revuelto una capa social como un avispero:—su índole, sus tendencias, sus pasiones, sus vicios, estaban estrechamente eslabonados con sus recursos, todo era lógico; eran fautores naturales del capital que absorbe, del trabajo que despotiza, que gasta, que caldea al lado de la fragua, que agota que consume la carne humana, machacándola diariamente en el yunque, haciendo brotar de los poros la savia vigorosa como las chispas brillantes de un hierro incandescente.

La usina, devorando en sus grandes bocas, llenas de llamas, al obrero; el carbón infiltrándose en sus pulmones para destruir su trama delicada, y luego un salario escatimado y que apenas alcanza para cubrir las primeras necesidades.

La contribución de carne humana que se siente oprimida, sofocada, que se retuerce, que se agita y que estalla por último en las huelgas, en el alcoholismo y en la comuna.

Del taller al hogar, la taberna como estación intermediaria, como una tregua engañadora, el embrutecimiento gradual por el vicio, desde el licor inocente que habitúa el paladar, que lo estimula, hasta la *bala rasa* que se mezcla á la sangre, que se infiltra en los tejidos, que llega

al corazón para curtir sus válvulas, para estrechar sus orificios y romper su ritmo con las convulsiones angustiosas de una enfermedad incurable; el abotagamiento físico con las hinchazones, las hidropesías, trasluciéndose en la cara, en la expresión, en la mirada, burlando la engañosa insistencia de ocultar el vicio con la placidez de la sonrisa de una fisonomía de idiota.

Una enfermedad del corazón era para él una cosa horrible; había seguido paso á paso los estragos ocasionados por una dolencia de este género en uno de sus parientes, y recordaba perfectamente todo lo que había sufrido; lo veía en sus transformaciones sucesivas, y á medida que la enfermedad había hecho sus progresos, le parecía que aquel hombre se iba despojando de su cubierta exterior, de su fisonomía y de expresión, para quedar en el último período convertido en un organismo blanduzco, fofo, transparente, una especie de hombre de cera donde el dedo dejaba constantemente su huella al comprimirlo.

Había cerrado el libro y continuaba haciendo reflexiones sobre los diversos tópicos que había hojeado: esa larga fila de seres desgraciados, enfermos, enviciados, abatidos por el trabajo, por las necesidades, sin estímulo, sin aspiraciones, sin más compensacion que un día de fiesta, legítimo para tomar un desquite en el descanso.

Le pareció lúgubre, horrible, la existencia de esa gente sedienta de alcohol.

Y luego, el criterio de todos ellos ajustado á su condición miserable. Sus ideas, sus afecciones, su familia, todo remojado en el vino, en las bebidas espirituosas.

Su cerebro trastornado, desquiciado, perdiendo sus facultades de dirigir el equilibrio de la máquina humana; las observaciones del carácter, la postración moral, la locura, el delito, el caos de la neurosis, transmitiéndose á la generación para imprimirle el sello del origen insano.

Esas cabezas delirantes, y esos seres envilecidos, degradados, eran capaces de todas las monstruosidades, de todos los trastornos sociales.

El manicomio y la cárcel los tomaba bajo su amparo; enfermos criminales, inconscientes, caían allí como acorralados por la sociedad que quiere vivir bien, tranquila, holgada, sin codearse con el peligro y sin escuchar el dolor.

¡Ah! si tuviese talento—exclamó arrojando el libro sobre la mesa;—¡qué me importarían la fortuna, el bienestar, la opinión pública! todo sería pequeño á mi lado; cómo me levantaría por encima del nivel común; ¡qué pequeñas, qué frívolas serían para mí tantas cosas que hoy me preocupan: esa lucha, ese afán constante por aspirar á lo mejor, esas emulaciones que marean la masa social y hacen germinar tantas miserias por lo que cabe en el puño de un niño!

¡Qué bien me encontraría en un gabinete con

mis libros predilectos, dando rienda suelta á mis aspiraciones, á las tendencias de mi espíritu: qué feliz me despertaría, siendo útil á esta misma sociedad, que no me conoce, para la que paso inadvertido!

¡Ah! esta es la miseria de allá, que abre sus siete fauces con hambre insaciable, este es el pauperismo que clava su garra de buitre en el corazón de aquella sociedad secular!

Aquí, el único hambriento soy yo.

## TRANSFORMISMO

Después de aquella lectura, su espíritu había sufrido una especie de conmoción.

Era la primera vez que la verdad se destacaba de sus libros, surgiendo espontánea, y con formas perfectamente delineadas, para ir á grabarse en su cerebro.

No eran ya romances lo que hojeaba por entretenimiento y para emplear en algo las largas horas de ocio que constituían la mayor parte de sus días—romances que leía distraído, sin preocuparse de la intención del autor,—personajes que seguía maquinalmente en la lectura, y que, á poco andar, perdía de vista en los capítulos que salteaba, estimulado por el desenlace

Los personajes con quienes se había entretenido, tenían un relieve real; le parecían conocidos y hasta encontró semejanza entre alguno de los que él había tratado y la runfla de *l'Assommoir*.

Por momentos iba á completar el cuadro; no le hubiera faltado mucho para codearse con ellos y formar parte de la comitiva.

Cuando pensaba en esta circunstancia, en estos puntos de contacto, veía que era fácil suprimir ciertas angulosidades de *A* ó *B* para decir: —ese soy yo en cuerpo y alma. Él, que iba bajando las gradas carcomidas del desquicio, sin la esperanza de encontrar un punto de apoyo firme para el porvenir.

La idea de que la miseria lo condujese al vicio, á la degradación, á la inutilidad que gravita sobre la masa social como un estorbo, hacía sublevar en sus sentimientos un poco de dignidad y le hacía aventurar un propósito firme, inconmovible, de cambiar de situación.

Ideas nuevas, revestidas con colores halagadores, empezaron á trepar por las sinuosidades de su cerebro, ideas que ya no desechaba como utopías ó cosas imposibles de realizar; por el contrario, sentía el calor de la juventud y del entusiasmo extenderse por sus músculos, por su cabeza, por su sangre, cuya circulación empezaba á acelerarse. Temía volverse de nuevo poeta y que las frivolidades de su pensamiento lo ataran con sus redes sutiles y tentadoras.

Estaba persuadido de que le faltaba talento

para levantar su nombre en la esfera de la originalidad y de que, en vez de aplausos, cosecharía la indiferencia y las críticas amargas de los lobos de la literatura que esperan en la encrucijada alguna oveja inocente.

—Nada de poesía—exclamó de pronto, levantando su brazo como un estandarte de guerra... Nada de poesía... Homero, Dante, Shakespeare... me despido de ustedes... tal vez para siempre.

Estoy harto de Aquiles, de Héctor y de Casandra; en cambio, mis bolsillos están más escuálidos que el estómago del conde Ugolino, y la Beatriz que me ha tocado en lote, no merece ni los honores del infierno. Basta de Ofelias enloquecidas y de Hamlets meditabundos y filósofos; estamos en una época de positivismo y el corazón está en el bolsillo.

Pero no; aquí adentro hay algo que me vigila, que me observa y me hace reconciliar conmigo mismo cuando un mal pensamiento viene á enturbiar por un instante la calma de que disfruto; y al decir esto, se golpeaba con la mano abierta en medio del pecho, como si quisiera hacer un llamamiento á algún ser oculto dentro su cuerpo.

Se puede ser hombre de bien y hombre de fortuna, se puede alcanzar la cima sin dislocar el espinazo, se puede comprimir puñados de dinero sin que la mano quede embadurnada; no hay que tener miedo del que dirán por ser honesto... yo no necesito ese freno... aun puedo

ruborizarme... Por otra parte, no tengo nada... ni un centésimo, y al hablar así, dió vuelta á sus bolsillos, que parecían dos vientres destripados.

No valgo nada—dijo encogiéndose de hombros, —soy una nulidad: en arte, no distingo la recta de la curva; en finanzas... ¡bah! las finanzas se aprenden en un momento...

He manoseado unos cuantos libros que han hecho la gloria de sus autores, me he asimilado una media docena de ideas, he podido codearme con las producciones de esos genios que han pasado sobre millones de hombres, los he leído y releído, los sé de memoria, y ahora me pregunto: ¿qué me hago yo de todos esos conocimientos? ¿qué empleo doy á ese caudal de ideas cultivadas con tanto esmero en mi memoria y guardadas como un tesoro?

Dicen que el saber no estorba... ¡Bah! si yo no supiera tantas cosas, si no tuviera un bagaje de ilustración que me hace presumido, si fuera un individuo así, á la llana, un buen burgués cualquiera, tendría mi negocio, mis comodidades, sería propietario, habría llegado á ser concejal, tomaría parte en los negocios públicos, me pondría guantes los domingos, y muy señor mío que andaría luciendo mis carrillos y mi vientre... Sería concejal—volvió á repetir lentamente, y luego, riéndose con ironía, añadió: ¡qué disparate!

Esa vida, así material y fatigosa, no se ha hecho para mis músculos ni para mi cerebro; esa existencia prosaica, que nos despierta todas las

mañanas con un golpe de puño en el pecho, como un mazazo, y nos indica el camino del trabajo... No, no he nacido para eso.

Mi constitución y mi temperamento me han llevado por otros rumbos, he seguido á los poetas como una mujer enamorada, he gozado con sus versos, con sus bellezas, con sus sueños, he vinculado mi espíritu con el suyo, he llorado con sus lágrimas y batido palmas con sus triunfos.

Cuando he visto su vida aporreada por las gentes, la humanidad me ha parecido más vulgar y más egoísta, y sobre ese modelo he ido calcando mis ideas y mi criterio.

Después que un hombre rinde su savia, su tranquilidad y su genio, se da un puntapié á su nombre y á sus huesos... ¡Ah! la posteridad se presenta compungida, los va olfateando como un perro, los encuentra, los desentierra, los coloca bajo el amparo del mármol y del bronce y los cubre con su manto de gloria.

Y hablando así, con cierto encono y con la aspereza de lenguaje de un individuo superior que vé á sus pies los hombres y las cosas, se iba engolfando insensiblemente en la filosofía descarnada del pesimista que todo lo vé sombrío y próximo á zozobrar.

Accesible sólo á lo bueno, encontraba por todas partes las rugosidades de la vida real; la verdad le hacía daño, le producía la misma impresión del que, sin saberlo, acaricia el lomo de una víbora; soñador sempiterno con la fortuna,

esperando como los niños que la hada benéfica se le apareciese un buen día colmándole de dones.

Tenía épocas en que estaba arrinconado, huraño; si en esos momentos alguien lo hubiese arrojado á la calle en medio del bullicio y del movimiento, al contacto de los hombres y en el comercio de las ideas y de los hechos, habría disparado como un animal enamorado que no puede vivir fuera de su cueva.

En los instantes de exaltación maníaca solía exclamar: yo debí ser fraile; en ningún caso habría encontrado mejor ambiente para mi inercia.

¡Oh! si hubiese sido fraile, cuánto bien habría hecho á mis semejantes... Es imposible, me falta la fe y no concibo mayor sacrificio que estar mintiendo en obras y en hechos cuando no se cree en nada. ¡Qué ideal, qué bella misión sería la del sacerdote que ajustase sus actos al Evangelio!... pero, hasta allí ha llegado la ráfaga del positivismo que lo materializa todo, y por esto hemos levantado el pico, afanados en demoler el edificio vetusto que cuenta diez y nueve siglos de existencia: los cimientos están descubiertos, pero la piedra secular resiste al choque... los mercaderes han invadido otra vez el templo y las gentes se ríen de la excomunión y del fuego eterno.

La mejilla está harta de lodo y bofetadas y nadie presenta la otra para recibir el estigma afrentoso que le conquiste el reino de los cielos.

Los bienaventurados pobres de espíritu van á los manicomios; la gente tiene hambre y sed de vida holgada; Belcebú se ha llamado á sosiego, harto de perder almas y de achicharrar infelices en sus hornallas.

Venga el nuevo Mesías con el brazo nervudo, fuerte, la cara sudorosa cubierta de polvo y de carbón, el pecho cuadrado y velludo, y empuje con mano firme ese organismo de entrañas de fuego que va tragando distancias, dando alaridos de regocijo.

Esta es la lucha fructífera del siglo que va colmando de bienestar y de riqueza á las generaciones que surgen con otras ideas y con horizontes sin nubes.

El que espera que un rayo de sol le caliente el vientre, habrá perdido su tiempo; la golondrina habrá hecho ya su nido sobre el techo y se habrá buscado el alimento para sus pichones.

Estamos en la época de la neurosis: la enfermedad de los inútiles, de los débiles, de los pusilánimes, de los que tienen un muro chino delante de los ojos.

Después de esta declamación enfática, se quedó un rato pensativo. Luego añadió: el trabajo rudo, continuo, sin tregua, que lleve su contingente al seno de las sociedades para mejorar sus condiciones y ostentar con legítimo orgullo el terror levantado en la aridez del desierto... Pobres zánganos, no hacemos más que devorar la colmena hasta ver las tablas del barril que la encierra.

En esta sociedad nueva, cosmopolita, que lo va improvisando todo, que se desarrolla con rapidez vertiginosa y que no se preocupa de lo que el hombre es, si no de lo que vale, yo me he cerrado las puertas, aquí donde á nadie se niega la entrada; amplias y abiertas están de par en par, y entre todo el que quiera y tenga deseos de trabajar, venga de donde viniere; traiga ideas nuevas, traiga su contingente de buena voluntad, y aunque sus bolsillos estén como los míos, encontrará barro á mano y nadie se reirá de su nariz y de su joroba.

¡Oh! es bochornoso languidecer en la inacción y esperar que nos pongan el pan en la boca amasado y caliente.

Estoy metido en un callejón sin salida, y al decir esto, miraba sus ropas que empezaban á desprenderse de sus costuras como una montura vieja; echó una ojeada á su sombrero que estaba colocado como un maniquí sobre una percha; al mirarlo así, á la distancia, le parecía que se había conmovido y espeluznado más con su discurso; se veía él mismo debajo de su copa abollada y se tuvo lástima; ¡qué ridículo debo estar con este sombrero! ¡cómo se reirán de mí los que pasan! ¡bah! yo lo cambiaré por otro. Se fijó que tenía todavía el luto y que éste había tomado un color verde bronceado, se levantó rápidamente, tomó el sombrero indefenso y le arrancó el merino, diciendo: basta de duelos indignos y de romanticismo absurdo. Dirigió en seguida una mirada fiscalizadora á

todos los ámbitos de su vivienda: esa mañana le pareció más pobre, más desaseada; le parecía imposible que hubiese podido soportar tanto tiempo la presencia de esos muebles y de esas paredes; le dió repugnancia, fastidio, y sin preocuparse de lo que quedaba, tomó de nuevo su sombrero, y dejando puertas y ventanas abiertas, se lanzó fuera con una cara de demente.

En la calle, hizo la firme resolución de no volver á su casa. Estaba harto de vivir en la cueva y de aspirar constantemente el ambiente rancio de la miseria en un país donde todos hacían fortuna sin gran esfuerzo.

Era un gran culpable y sus propósitos de enmienda tal vez llegaran tarde.

Miraba el reverso de su situación y veía el buen camino, amplio, venturoso, para llegar á conquistar un puesto al lado de los demás.

.........................................

Era un día espléndido, de esos que elegía siempre para vagar y que los tenía gastados por docenas en echar cuentas de desocupado sin arribar á nada práctico; había adquirido un poco de buen humor; su cara enjuta, angulosa y macilenta, intentaba un esfuerzo para acomodar una sonrisa y saludar así á la naturaleza que reparte generosa el aroma de sus flores y empuja suavemente un rayo brillante al través de las rendijas.

Tendré mi pedazo de sol, tibio, que me acaricie la frente sin egoísmo y sin interés; tendré una pantalla verde que me dé sombra suave,

soñadora, y luego, mis pulmones, aguerridos contra los miasmas, tendrán oxígeno de sobra para dilatar ampliamente sus vesículas.

¡Qué agradable es todo esto!—pensó después para sí.

El sol, el aire, las flores, la sombra dulcísima de las plantas, todo le parecía encantador; poetizaba lo que tantas veces había mirado con indiferencia; sensaciones nuevas recorrían su cerebro como ondas eléctricas que van á despertar impresiones adormecidas de otros tiempos, y un bienestar desconocido confortaba su organismo derrumbado.

Á medida que iba avanzando por las calles se sentía fuerte, vigoroso, capaz de algo que significara un esfuerzo, y hablando entre dientes, gesticulando como un poseído, iba haciendo planes y cálculos de esos que tantas veces había apuntado en su imaginación y que se habian desvanecido como un palo dado en el agua.

Andando así, lentamente, tropezando, empujando distraído á los transeúntes, oyendo á sus espaldas algunos refunfuños y amenazas de los que eran agredidos inconscientemente por ese personaje curioso, llegó á desembocar en la plaza del Retiro; se detuvo un momento, indeciso, en la esquina; respiró fuertemente el aire embalsamado que venía del río, y como si no se atreviese á andar solo por aquel descampado, retrocedió algunos pasos. Le parecía que iba á sufrir el vértigo del vacío, estaba acostumbrado á pasar días y semanas encerrado en su vivien-

da estrecha, sombría, aplastada, bajo un techo que se tocaba estirando el brazo, y aquel aire fresco, aquel espacio cubierto de vegetación, aquel cielo azulado, diáfano, apenas surcado por pequeñas nubes que asomaban tímidamente para desvanecerse en seguida; la hora, el silencio, la luz radiante que iluminaba el paisaje, todo este conjunto indiferente para los que están acostumbrados á no detenerse á contemplarlo, era para él una novedad, un estímulo, un atractivo que le hacía cambiar insensiblemente de rumbo y que ahuyentaba de su espíritu las ideas sombrías que lo habían amarrado hasta entonces como un tronco hueco y carcomido.

.........................................

Había llegado lentamente hasta la plaza. Después de vagar algunos momentos alrededor del césped, después de haber hecho una excursión á la gruta y haber recorrido con una sonrisa desdeñosa sus laberintos de ladrillo revocado, fué á buscar un sitio solitario á la sombra de un paraíso corpulento que se había librado milagrosamente de la furia de devastación que había exterminado á sus compañeros.

Bajo la tupida copa de verdura se proyectaba una mancha suave de fresca sombra que invitaba al reposo: se sentó en un banco rústico, estiró sus largas piernas, echó para atrás su cuerpo delgado que crujió como un armazón de caña, y poniendo cuidadosamente sobre el césped su sombrero de felpa raída y verdosa, se entregó á un éxtasis inefable.

Largo rato permaneció así, con los ojos cerrados, la cabeza recostada sobre el tronco del árbol que le servía de respaldo, aspirando á sorbos las ráfagas de aire embalsamado que agitaban sus cabellos. Se sentía bien en aquel recinto, lejos del bullicio, arrullado por el murmullo de las hojas y por el zumbido de los insectos que se disputaban una gota de esencia en el cáliz de las flores.

Los nervios empezaban á calmarse y su corazón de anémico, que latía fatigado y tumultuoso, fué regularizando su ritmo para derramar con las ondas de sangre más rica la placidez bienhechora á su cerebro de neurótico.

Muchos minutos pasó en este éxtasis, acariciando sus sueños, sus promesas, y un porvenir que se le había presentado hasta entonces como un borrón de tinta en las faldas de una virgen.

Sus sueños iban tomando formas cada vez más caprichosas y halagadoras; se veía transportado á un bienestar envidiable por un camino accesible, fácil, un enjambre de manos amigas procuraban tomar las suyas, sus antiguos compañeros estaban allí, ricos, encumbrados, felices; ya no lo miraban de reojo, ni con desprecio; tenía hogar, familia, fortuna: estaba transformado.

Por nada de este mundo habría abierto los ojos; era tan feliz en esos momentos, que ponía todo su empeño en prolongar esta dicha que tan pocas veces había disfrutado.

Cuando despertó, el sol estaba ardiente; serían aproximadamente las doce; algunas mariposas doradas cruzaban delante de sus ojos, haciendo círculos voluptuosos y perdiéndose en los pequeños bosquecillos del césped; el ambiente estaba saturado del perfume de las flores, y su cuerpo enervado lo retenía en su asiento á pesar de su voluntad de alejarse de allí.

A lo lejos empezó á divisar una caravana de hombres, mujeres y niños, que parecían acudir á alguna feria.

Era una larga fila de inmigrantes que cruzaban la plaza marchando detrás de sus equipajes que ellos mismos ayudaban á transportar.

Jóvenes en su mayor parte, fuertes, vigorosos, con esa robustez peculiar de los hijos de las montañas.

Vestían sus mejores trajes: los hombres sus chaquetillas lustrosas, con botones de metal, colgadas del hombro derecho, y dejando ver su camisa blanca, amplia, de hilo crudo, sujeta al cuello con un pañuelo de seda multicolor; sombrero de fieltro, en cuya cinta habían colocado algunos una pluma; el brazo izquierdo desnudo, musculoso, férreo; caras plácidas, de hombres sanos, contentos, sanguíneos; hablaban fuerte en su dialecto especial, echando tal vez sus cuentas sobre la probabilidad de una próxima fortuna.

Algunos llevaban en sus brazos criaturas rollizas, rubias, con la plasticidad exuberante de la buena pasta con que estaban amasados; otros

iban encorvados, cargando sobre sus espaldas cuadradas sus baúles y sus valijas, jadeantes, colorados, dejando caer gruesas gotas de sudor sobre la arena caliente y brillante del suelo. Las mujeres, con sus trajes de aldeanas de colores vivos, con sus caderas anchas, redondeadas, sobre las que apoyaban negligentemente su mano.

De facciones correctas, y algunas hasta hermosas, con sus colores de manzana madura, sus grandes ojos negros, vivos y de mirar curioso; dentadura fuerte, blanca, compacta, y un seno elevado, turgente, capaz de alimentar tres chicuelos hambrientos; cubría su cabeza un pañuelo de lanilla de fondo gris con flores estampadas, atado adelante con un nudo abierto: una simple vuelta para que los dos extremos de sus puntas simétricas caigan con igual armonía sobre los hombros; la garganta descubierta, blanca, ostentando vueltas de cadenas de gruesas cuentas de oro, en cuyo centro colgaban amuletos de coral ó la imagen venerada de la *madona* de su aldea.

Iban caminando lentamente detrás del carro de sus equipajes: un gran carro, en el que se había apiñado una pirámide de baúles, de valijas, de cestas nuevas, en cuyos escalones iban sentados alguno de los inmigrantes, en mangas de camisa, con el pecho descubierto, quemado por el sol, y á la sombra de grandes paraguas verdes y colorados para proteger á los niños que estaban allí prendidos al pecho de las

madres recostadas cómodamente contra las valijas.

Era una especie de marcha triunfal á las doce del día bajo los rayos del sol ardiente; parecía una ovación á este pedazo de la América, cuya fama corre hasta golpear las puertas de las aldeas más remotas, en busca de brazos vigorosos con la insignia de la mies y del arado.

¡Cuántos se acordarían de sus hogares y de su cielo, á quienes habían saludado por última vez al doblar el camino de sus queridas montañas, enviando una despedida cariñosa al campanario de su aldea que parecía asomarse empinado desde el fondo del valle para decirles una vez más: aquí los espero... ¡hasta la vuelta!

.............................................

Nuestro hombre estaba absorto. Contemplaba ese espectáculo tantas veces reproducido en nuestras calles, y sin saber por qué, experimentaba un sentimiento de tristeza... Era una nueva humillación para su estado.

Esas pobres gentes que desfilaban ante sus ojos, contentas, fuertes, despreocupadas; que venían á una tierra extraña con la promesa halagadora de un bienestar que en la suya no habían conseguido; que habían abandonado su aldea, su hogar, sus afecciones; que habían reunido todos sus pobres haberes para venir á la América; que los habían alojado á bordo como fardos, sufriendo todas las inclemencias de su pobreza, le daban envidia, le despertaban un sentimiento de admiración y de cariño y hubie-

se deseado ser fuerte como ellos para incorporarse á esa comitiva y lanzarse él también á las colonias á surcar la tierra con el arado.

Pero él era un señor; sabía muchas cosas, había estudiado, había aprendido lo que esos infelices ignoraban y no aprenderían nunca; la sociedad le pasaba un nudo al cuello del que no podía desasirse; él era hombre culto, vestía ropas raídas, es cierto, pero estaban blasonadas con el corte de la moda; en cambio, esas chaquetillas de pana y de estameña le parecían afrentosas para un hombre de su especie. Sin embargo, nunca halló más irónica esa civilización que todo lo ajusta á las formas y á las conveniencias, que lo convertía en un maniquí de sus propias pasiones y que no le dejaba dar un paso sin ponérsele por delante y decirle con aire de reproche: este es tu camino.

—No puedo ser como ellos,—dijo lentamente; —estoy vinculado para siempre á esta miseria que me abruma, y cuando ellos hayan adquirido fortuna, bienestar, y vuelvan por aquí, alegres, satisfechos regresando por el camino que han venido, holgados en sus trajes de paño y en su camisa de batista, con aire de señores, acompañados de sus hijos con el tipo varonil que yo he perdido, pasarán orgullosos, fuertes todavía, bendiciendo la hospitalidad recibida y dejando con tristeza el penacho de humo de su fábrica, zumbando en sus oídos la rueda del molino ó pintada en la retina la llanura inmensa cubierta de espigas y de verdura, para ir á

divisar de nuevo la cumbre de las montañas y á cumplir en romería la promesa á su *madona* protectora.

—Yo estaré allí,—dijo,—y extendió su brazo en dirección al cementerio.

## ¡SIN AMIGOS!

¡Un amigo!

Era para él un problema:—un amigo verdadero, leal, capaz de sentir en toda su noble expansión ese sentimiento delicado que vincula á los hombres, capaz de comprenderlo, de tolerarlo, de ayudarle con desinterés y de estrechar su mano sin egoísmo. El no creía que ese ser pudiese existir; por el contrario, veía siempre las medias tintas del interés personal, del cálculo, de las conveniencias, envolviendo lo que en el comercio de la vida social se llama pomposamente amistad.

Huía de sus condiscípulos, de sus relaciones; miraba con indiferencia á todos aquellos que en otro tiempo habían constituído el núcleo de sus afecciones y le bastaba el menor signo que pudiese dar lugar á una interpretación desfavorable, para borrar inmediatamente al sospechoso y no reemplazarlo nunca.

—¿Para qué me quieren?—se preguntaba alguna vez, coherente con sus ideas.—Si estuviese en una posición encumbrada, si pudiese dispensar favores, si mi nombre rodase como una bola de nieve por la cuesta de la montaña y mi influencia tuviese siempre un nivel alto, ya los tendría por docenas, solícitos, cariñosos, dispuestos á todo, adivinándome el gusto por agradarme. Podría contarlos, reunirlos, dividirlos en categorías, y luego, elegir aquellos más flexibles para darme el lujo de tener amigos, de verme acariciado, entretenido y aclamado por todas partes como un hombre de valer.

Parece que hoy se entiende así la amistad. Tal como soy ahora, sería locura pretender encontrar una alma piadosa que me hiciera el favor de ser mi amigo. ¿Qué podría ofrecerle?... ¡Mis miserias!

¡Ah! pero yo veo, desde mi rincón, á esos pobres cómicos de la amistad, prepararse, tomar posturas, arrodillarse, hacer gimnasia de saludos, de apretones de manos, de sonrisas, de sorpresas interesadas, de exclamaciones de júbilo, de dolor, de simpatía; conmoverse, irritarse, llorar con lágrimas de repuesto, con indignación que sale de la laringe cuando vociferan y juran que tienen el corazón dividido en terrones... ¡Bah! agregaba con ironía, ¡qué sacrificio mezquino y bajo se imponen esos desgraciados! Más les valiera mostrarse tales cuales son, sin hacer el esfuerzo de esos afeites que alguna vez acaban por olvidar para dejarse sorprender en

pleno público, accionando con entusiasmo, sin oir las burlas de los bastidores.

—Seres así,—decía para sus adentros y levantaba á la altura de sus ojos su mano izquierda haciendo una paralela estrecha con el índice y el pulgar.

Peor para ellos.

Se miraba luego con detención y agregaba: mi presencia, mi traje, mi aspecto, todo en mi está combinado para infundir recelo; si voy á golpear la puerta de alguno, me espiará por la rendija, el corazón le dará un salto y muy cortesmente me cerrará la entrada.

Tienen razón.

Iré probablemente á molestarlos ó sospecharán que voy en línea recta al bolsillo...

Después que han empezado á esquivarme, he aprendido á despreciarlos; no me perdonarán que mi altivez de pobre les toque tan de cerca.

Mientras hablaba, iba haciendo desfilar en su imaginación á todos los que en otra época compartieron sus alegrías, sus holguras y sus extravagancias; movía con lentitud la cabeza, como despidiéndolos.

De pronto se dió un golpe en la frente, exclamando: este, este, al menos, ha sido víctima expiatoria de mis arranques, y á pesar de todo siempre ha sido bueno y condescendiente.

Se refería á un condiscípulo con quien había vivido en la intimidad en sus mejores tiempos de estudiante; habían pasado juntos muchos años, compartiendo las horas agradables y los

días amargos, y con un cariño probado en la adversidad de los veinte años, se habían creído inseparables.

Su amigo había concluído su carrerra; era un corazón fuerte, que poco se preocupaba de las neurosis y de las lamentaciones de su compañero: contento, feliz, con la cabeza llena de aspiraciones, con el propósito firme de conquistar una posición, se entregó á los azares de su profesión y de la fortuna—en esta última, con éxito.

Hoy, estaba rico, en buena posición social, y tal vez su recuerdo se había borrado, si no de su memoria, por lo menos de su cariño.

¡Qué diferencia entre aquella época y ahora!

La amistad es un sentimiento que se modifica según el ambiente donde nace y las fuerzas que la sostienen;–á su amparo, yo no habría sucumbido.

¡Ah! él también... ha seguido la corriente de los demás: á medida que su posición se ha elevado, su amistad ha sufrido las oscilaciones de mi descenso; un día quedó estacionaria bajo cero y el calor de otros tiempos no tuvo fuerzas suficientes para hacerla subir!

.............................................

Muchos años habían trascurrido sin que se hubiesen encontrado, y sin embargo, desde el fondo de sus sentimientos, sentía trepar una raíz de simpatía que empezaba á retoñar. Tal vez se lamentaba injustamente, pues, cuando se encontraron en la calle, casi frente á frente, su

impulsión de esquivarlo fué vencida por un saludo cariñoso; su amigo había agitado la mano en un movimiento expresivo, acompañando el acto con una mirada de benévolo interés. Á esta demostración afectuosa había correspondido con una sonrisa amarga y una inclinación de cabeza fría y displicente.

Tenía la convicción de que era egoísta y de que no debió abandonarlo así. Él, en su lugar, lo habría buscado para atraerlo, para aconsejarlo como un padre cariñoso, para sostenerlo con su apoyo moral, como á un enfermo á quien se recomienda la observancia prolija y minuciosa de un método cualquiera.

En los días turbios cargaba la paleta de colores chillones, para esbozar la figura de su amigo, acabando siempre por encogerse de hombros y decir para sus adentros: es otra planta que se ha secado en este corazón que mata con exuberancia de vida la mezquina semilla.

Su amigo había nacido pobre, sus padres no pudieron costearle los elementos de que él pudo disponer á manos llenas para emprender con brios la lucha por la vida.

La escasez y las privaciones le eran desconocidas; en cambio, su condiscípulo se había puesto de frente á la fortuna, para arrebatarle sus promesas, y aun en las largas estaciones que hacía en su habitación, cuando se encontraba sitiado por falta de ropa y otros elementos indispensables para atender á sus más apremian-

tes exigencias, jamás se le oyó una queja. En los meses de invierno, cuando la lluvia penetraba como por un arnero en la pobre vivienda que á duras penas podía costearse, lo veía alegre, bromista, estudioso, haciendo castillos encantados para el porvenir y con humor de reirse un poco, á través de su rendija, de los hombres y de las cosas.

En esa misma época, él nadaba en la abundancia, tenía la llave de oro de la felicidad, y sin embargo, miraba con secreta envidia la indiferencia con que su amigo se avenía á su condición humilde.

—Hay tiempo para todo—le decía, poniendo un semblante alegre y burlón;—la fortuna vendrá, vendrá sola; el mejor sistema es despreciarla para que no se crea indispensable; primero está mi novia que ella—añadía riéndose, y tomando de entre los libros un ramillete de violetas marchitas, aspiraba un resto de fragancia, que había quedado como adherida, y le decía: ¿ves estas flores?... pues no las cambiaría por un puesto de ministro.

—¡Qué temperamento envidiable!—solía decirse para sus adentros,—¡qué fuerza de voluntad probada diariamente en el yunque de la pobreza!... ¡qué resignación para vencer los obstáculos!

Lo que para él era una montaña, para su amigo era un terrón despreciable que salvaba airosamente.

Cuando los primeros síntomas de su desfalle-

cimiento y de su neurosis empezaron á asaltarlo y en la intimidad le hizo las primeras revelaciones, éste, que lo escuchaba con aparente interés, concluía por reirse y muchas veces por exasperarlo, ridiculizando sus manías.

.............................................

Una noche, su amigo se había acostado más temprano que de costumbre; el frío y los exámenes le hacían tiritar; era la última prueba de preparatorios y había corrido la voz, en el gremio estudiantil, de que los profesores iban á presentarse inexorables: los *reprobados* y *aplazados* caerían por centenares sin inspirar lástima.

El miedo había ganado terreno, y por la noche no se encontraba en los paseos y en las reuniones ni un estudiante para remedio.

Éste leía en voz alta un tratado de filosofía y se engolfaba en las cuestiones de la metafísica como en un laberinto sin salida.

Interrumpía por momentos la lectura, doblaba el libro, dejando el pulgar entre sus páginas; recostaba su cabeza sobre la almohada y empezaba á cavilar sobre el espacio, el tiempo, el infinito, etc., y á medida que sus transportes filosóficos lo hundían en las nebulosidades de esa metafísica erizada de espinas, como un abrojo, iba poblando el techo de su cuarto con un kaleidoscopio de mundos y de ideales, hasta constituir el cosmos que conciben los cerebros estudiantiles.

Absorbido en estas abstracciones que concluían

por hacerle saltar de la metafísica á su novia, por esa asociación de ideas que se anuda con un pretexto, con una reminiscencia, con un recuerdo cualquiera, que pasa por el campo de la memoria como una vibración eléctrica, no había oído el ruido de pisadas inseguras y lentas que chapaleaban el agua del patio.

Nada había oído en medio de esa confusión de rumores, de gritos, de aullidos, de vibraciones que parecen venir en tropel, persiguiendo al viento que empuja puertas y ventanas y se escapa por entre las rendijas para perderse en las tinieblas de la noche.

De pronto, oyó sin embargo su nombre, pronunciado claramente; después... el silencio interrumpido por la lluvia que caía lentamente desde el techo, como entretenida con el tac-tac de su música cadenciosa. Permaneció otro rato con el oído tendido hacia la puerta, y como el llamamiento no se repitiese, pensó que sería ilusión de sus sentidos, y sacando el dedo de las páginas que comprimía, volvió á abrir el texto para continuar su interrumpida lectura; pero no había aún terminado el quinto renglón, cuando oyó de nuevo su nombre... Esta vez no podía equivocarse; era la voz de su amigo, que lo llamaba y forcejeaba la puerta para entrar.

Dió un salto de la cama, hizo rodar una silla que llevó por delante y de un tirón abrió la puerta: una ráfaga de viento que había estado mugiendo por la rendija, como implorando protección, entró con furia en el cuarto; detrás de ella, su amigo, completamente mojado.

¡Su amigo!

Á esas horas, empapado, enclenque, tambaleando y balbuciendo palabras ininteligibles. El lo miró con sorpresa y con una mezcla de reproche y curiosidad empezó á preguntarle el motivo de aquella visita inusitada.

—Es tarde—le dijo éste,—es tarde, bien lo sé— y dejó oir en seguida una risotada de idiota á tiempo que inclinaba su cabeza para un lado, como si el cuello estuviese cansado de sostenerla... es tarde, he venido á verte porque no daré ya examen, he abandonado mi carrera... ya sabes por qué... he disipado también todo lo que tenía y ahora no sé que haré...

Su compañero lo escudriñaba de arriba abajo como quien procura reconocer á una persona que se ha visto alguna vez, y no acertaba á explicarse aquella transformación.

Mientras, él se había sentado sobre el borde de la cama, cubriéndose apenas con una manta provinciana, y contemplaba á su amigo con extrañeza y con zozobra.

¡Qué transformación repentina! Hacía apenas algunos meses que no lo veía y casi no lo habría reconocido; parecía que la naturaleza lo hubiera despojado en un buen momento de su organismo exterior, como cuidadosa de sus criaturas, para ponerle uno gastado é inservible: su cara, que en otros tiempos tenía la placidez tranquila de sus líneas bien acentuadas, era ahora una cara de convaleciente; la piel, que sobraba. caía sin elasticidad, arrastrando los

labios entreabiertos; los ojos, que parecían pequeños para las órbitas ahuecadas y sombrías, la barba crecida, desaliñada, la expresión de todo su conjunto de líneas y de rasgos que se iban borrando ó modificando, daba á su fisonomía cierto aire de idiotismo y de abandono que hizo estremecer á su amigo.

Lo miraba con lástima mientras él hablaba entre dientes con voz temblorosa... de vez en cuando, alzaba los ojos sin brillo, miraba fijamente un objeto cualquiera... luego, reía, con esa risa sarcástica y convulsa de los ebrios.

—Como su padre...—se dijo para sí, recordando una escena de familia que había presenciado una vez.—Alzando luego la voz—le dijo:—¿quieres que te acompañe á tu casa?

Mi casa, mi casa... no tengo casa desde esta noche... y dirigiéndole reproches inmerecidos y tomando todas las cosas al revés, como se dice vulgarmente, abandonó la habitación tambaleando siempre, y llegando por gradación desde el reproche al insulto, del insulto á la amenaza...

Vulgar, grosero, insolente, con esa insolencia mujeril que desarma el brazo, y que, lejos de inspirar indignación, nos mueve á la piedad ó al desprecio...

Su amigo lo vió salir, sin atinar á seguirlo; estaba abstraído en reflexiones dolorosas, y nada se le ocurrió para socorrerlo... Oyó sus pisadas que se perdían en el patio obscuro y resbaladizo y los ladridos del perro que no se aventuraba á salir de su casucha para afrontar el frío de la noche.

Cuando se levantó, para cerrar la puerta, miró hacia afuera: la lluvia había cesado. Algunas estrellas brillaban en el cielo azul, verdoso, manchado con nubes blancas como espuma de jabón, que corrían arrastradas por las ráfagas del pampero.

.........................................

Fué aquella la última entrevista, el último amigo que borró de sus sentimientos con la complacencia vanidosa que le sugería su orgullo.

Fué también una lección severa que había puesto á contribución su carácter, su dignidad, sus sentimientos y que lo había humillado hasta el fango: Ni el perro me ha hecho caso—se dijo al día siguiente, cuando pudo salir del sonambulismo alcohólico.

Su organismo era una mesa revuelta, en el que estaba confundido lo bueno con lo malo de una manera deplorable; quiso poner orden á aquel desquicio, pero sólo lo consiguió en parte. En donde quería asegurar una hebra fuerte y estable, se le rompía el canavá y tenía que dejar á un lado un sentimiento, un recuerdo, una afección, un deber, un impulso generoso, y su trabajo de reconstrucción, sus propósitos, quedaban truncos... Iba caminando por una senda accesible, suave, fácil; de pronto, un abismo, un escollo, un vacío... y empezaban aquí los desfallecimientos y las quejas. Como consecuencia de esto, el abandono, el hundimiento... la fatalidad, que le hacía flotar sin rumbo como una escoria.

Saltó bruscamente la valla que lo retenía en un medio social distinguido y en el que se había empezado á formar; se encontró libre, libre como un individuo venido de otras regiones, sin parientes, sin amigos, sin afecciones, sin deberes, sin aspiraciones; su objetivo era substraerse á todo, y si hubiese sido posible imitar en la vida real á los personajes de Verne, habría elegido el centro de la tierra para ir á plantar en las soledades del abismo su estandarte de guerra contra la humanidad, que pesaba sobre su cerebro para aplastarlo.

Con estas ideas y con estos propósitos, y el encadenamiento lógico de los hechos que lo precipitaban en la nada, iba poco á poco despojándose de todo lo que podía pertenecerle, de todo lo que podía constituir un atractivo para vivir; iba arrojando al vacío y á manos llenas su caudal, como un náufrago que arroja al mar hasta su comida por temor de que el peso haga hundir la barca.

Llegado á estos extremos, su desesperación tenía que pesar sobre su ánimo para hacerle tomar una resolución que lo salvase del abismo que lo atraía con sus fauces insondables.

Volvió con su memoria al pasado, en el que pudo encontrar días felices, como perlas en el Océano, y en cambio, una cadena de trastornos, de amarguras, de sacudidas, y una larga serie de vacíos, que iba llenando con su miseria, con su indolencia, con sus reproches, con su imprevisión.

Recordó la noche que había golpeado á la puerta de su único amigo y no pudo sentir el rubor en su rostro, porque ya su sangre estaba cansada de servir á sus nervios enfermos; le vino á la memoria, agrandada por el reproche y por la humillación, la primer caída; había estado ebrio y había insultado con torpeza inconsciente al que había tenido siempre palabras de cariño y de estímulo para su postración injustificada, y aquí se pasó la mano con cierta mezcla de vanidad y de satisfacción por haber podido vencer las tendencias que lo arrastraban al vicio con esa seducción misteriosa que tantas veces lo había acechado.

—¡Ebrio—decía,—nunca! Pesaría sobre mi nombre y sobre mis huesos esa huella funesta que debía ser una triste herencia para mi porvenir... He podido hasta ahora aplastar su cabeza... pero ¿en adelante?... ¡quizá!

## ANTAÑO

Apretó temblando el timbre eléctrico de la puerta de calle de la suntuosa casa donde vivía su condiscípulo; la campanilla hizo oir sus sonidos cortos, repetidos, saltones, y un sirviente, desgarbado y obtuso, que lo miró de arriba á

abajo, como Minos delante de las almas, estaba á punto de echarlo sin miramientos, cuando vió con sorpresa que el personaje mal entrazado que tenía por delante, le alargaba una cartulina...

Aquello era inaudito: un sujeto vestido de una manera tan rara, tan pobre, tan original, con una cara de ayuno y con todo el aspecto de un pobre vergonzante, se permitía el lujo de hacerse anunciar de esa manera.

Tomó la cartulina, la miró sin saber leer, le pareció un tanto amarillenta y deteriorada, y azorado é indeciso, se quedó plantado delante del caballero rotoso, á tiempo que á su vez le devolvía la tarjeta (aquí pareció que era el sirviente quien se anunciaba).

Nuestro personaje lo miró con encono, comprendiendo todo lo que pasaba en el ánimo del criado, y sin darle tiempo para replicar, le gritó con aire de amenaza: ¡vaya y entregue á su patrón esta tarjeta!

El serviente estaba fascinado, nunca había presenciado una cosa igual; aquel atrevimiento tenía todos los ribetes de una insolencia y la mejor contestación hubiera sido un escobazo en el sombrero. En fin—se dijo para sí,—tal vez sea un personaje incognito, y no pocas veces debajo de una *mala capa se oculta un buen bebedor.* Luego, reflexionando que su actitud podría ocasionarle serios daños, si era delatado, cambió de táctica, y con toda la amabilidad del mundo le dijo: pase usted, señor, abriendo el cancel de par en par.

El hombre de los imanes se encontró en el vestíbulo, solo, con su sombrero y un perro de tierra romana que lo miraba desde su rincón con dos ojos de vidrio, como si se los hubieran arrancado á una foca para implantarlos en su cráneo chato de mastín.

Aquel vestíbulo, pavimentado de mosaico, con las paredes estucadas y pintadas de colores chillones, con la gran *portière* de cristales opacos al frente, daba ya la medida del lujo de la casa.

En los ángulos, jarrones de porcelana, relucientes, soberbios, con sus formas de tinaja india, sostenían como senos obesos una colección de hojas artificiales que imitaban perfectamente la flora de los trópicos. Una gran percha de nogal deslustrado, con un bonito espejo bisauté, le llamó particularmente su atención; iba á colgar allí su monumental sombrero, pero se dió cuenta bien pronto de que el *pendant* era ridículo, pues los que estaban colgados tenían el brillo flamante de las cosas nuevas, y el suyo... ¡oh!... ya conoce el lector la escuela de contratiempos, ó contrapelos diremos mejor, que lo habían envejecido.

Se conformó con mirarlo con lástima y ocultarlo piadosamente debajo de una silla de fantasía.

Algunos cuadros de pacotilla completaban el adorno.

.............................................

Á poco rato de estar allí, apareció de nuevo

el sirviente, pero ya con otro aspecto, tranquilo, casi sonriente, amanerado:—pase usted, señor —le dijo con tono melifluo, á tiempo que abría con estrépito la puerta del fondo.

Nuestro hombre se encontró de golpe en el salón principal, sin atreverse á dar un paso: un poco por la cortedad y la emoción, pero más por la dificultad de distinguir en la penumbra la multitud de muebles y objetos que tenía por delante.

Los horizontes habituales de su retina eran limitados, cercanos:—paredes revocadas con cal ó pintarrajeadas con cardenillo; los muebles, cachivaches de la peor especie; ahora, estaba en un salón, con humos aristocráticos, tapizado de papel dorado que le hacía percibir en las paredes, de trecho en trecho, rayas brillantes, como las que hacen los niños en la obscuridad con los fósforos humedecidos. Á medida que procuraba ajustar su visión á la media luz de la sala, aspiraba de á poquito, como olfateando, el aire impregnado de emanaciones olorosas de los muebles, de las flores marchitadas en las macetas, de las pastillas consumidas y olvidadas en un rincón de la chimenea; esa mezcla de buen olor, de pieza cerrada, de tufo disfrazado, que espera pegado á una rendija para desahogarse en la calle.

El ambiente tibio, el silencio interrumpido por las vibraciones y los ruidos que venían de afuera, el confort de aquella sala, que parecía un negocio cerrado á la hora de la siesta; todo esto

infundía calma á su espíritu y apaciguaba los latidos de su corazón sobresaltado.

Hacía vagar sus miradas por todos los rincones, de los que veía surgir de pronto un objeto cualquiera, que había pasado inadvertido, y que al fijarlo con insistencia, para adivinar sus formas y su valor, se le iba perdiendo poco á poco en la ofuscación de su retina debilitada.

Por una rendija entraba un curioso rayo de luz, estirado como un tul finísimo; lo siguió con la mirada y lo vió morir al pie de una consola dorada, cargada de objetos que le parecían animados; se figuraba que se codeaban, que se avisaban unos á otros que un intruso había ido á turbar su tranquilidad.

Detrás de las pesadas cortinas de damasco, le pareció que hubiese personas escondidas que le estaban espiando, y que algunos se mofaban de él: oía ruidos y crujidos extraños, miraba fijamente hacia la puerta de comunicación interior, esperando ver aparecer de improviso la figura de su amigo; estudiaba posturas, acomodaba los pliegues de sus faldones, plegándolos en donde una mancha inveterada quería ostentarse con descaro; tosía y acomodaba la garganta; se preparaba en la mejor actitud para no causar mala impresión y para evitar, si realmente era espiado, que su situación fuera menos enojosa. Á medida que percibía más claramente los objetos, las escenas iban cambiando como cambiaban el color, la forma y la posición de los muebles que tenía por delante.

Impaciente, nervioso, abochornado por las impresiones que iba soportando, avanzó resueltamente hacia el costado más accesible del salón y abrió de par en par los postigos de una ventana.

Al dar vuelta, le pareció que estaba en otra casa.

La escena había cambiado totalmente, la luz había penetrado, como llevando á cada cosa un ropaje especial: los bronces, los brocados, las porcelanas, los tapices, las flores, estaban ahora como alegres, con sus colores vivos, resplandecientes.

Un gran espejo que reproducía á la distancia su figura, entremezclada con la turba de muebles, parecía mofarse de él, reflejando una imagen que tenía prestados, en ese momento, todos los matices de los jarrones, de las consolas y de las mil chucherías que lo rodeaban.

—¡Cuánta riqueza!—se dijo para sí;—con un puñado de miseria vive un pobre, y aquí hay para hacerle vivir un siglo.

Estaba deslumbrado en aquel bazar de muebles de valor, de bueno ó pésimo gusto, bien ó mal dispuestos, pero, al fin, haciendo su papel en el convencionalismo del lujo y de la moda.

Entregado á estas reflexiones, fué sorprendido de pronto por el sirviente, que traía una bandeja de plata con te, cigarros, licores y un número de un periódico del día.

El patrón le pedía disculpa por la demora,—dijo el sirviente, en cuya cara se veía que la

sorpresa de un visitante que merecía tantos agasajos, había aumentado de una manera visible.

Mi amigo podrá ser egoísta, orgulloso,—se dijo para sí,—pero eso no quita que sea muy bien educado, añadió mirando plácidamente la bandeja, como á una persona á quien se hace una confidencia.

Tomó en seguida, con mano trémula, acariciándola, la botella de cristal, transparente, brillante, llena de líquido dorado; derramó hasta el borde en una copita pequeña y la acercó con cierto desdén á sus labios, poco habituados ya á esas miniaturas.

Topacio líquido,—dijo á media voz, haciendo un chasquido con la lengua, y se arrellenó cómodamente en una butaca.

Continuaba inspeccionando desde su sitio todos los rincones: todo aquello estaba muy bien, era muy rico, de mucho valor, pero parecía como si no estuviese definitivamente instalado. Eran muebles y objetos que habían llegado de á uno, en distintas épocas; pertenecían á *distintas jerarquías* y estaban como agrupados en sociedad democrática.

Había lujo, pero no había gusto; mucho dinero convertido en butacas, en sofás, en bronces, en espejos, pero poco de artístico, de verdaderamente artístico, y que revelase la delicadeza de gusto de su dueño.

Amplias y pesadas cortinas, recogidas en distintos puntos, como el baldaquín de una cama,

muy altas y muy pesadas para las ventanas bajas, enrejadas y forradas de pino pintado, como la cámara de un buque.

Una serie de pequeños sofás dorados, jibosos, forrados de telas de gran valor, como para adornar el *boudoir* de una artista, ó de otra cosa, si el lector lo quiere.

Consolas doradas, como pequeños altares, cargando un mundo de chucherías, de bronces legítimos y de imitación, cajas de cristal, jarrones, pequeños retratos sobre atriles de ébano, —en el fondo, una estufa de mármol blanco con el indispensable reloj dorado sosteniendo en la cúspide de sus arabescos una muchachita de bronce en actitud de pescar; dos candelabros á los lados, compañeros inseparables del reloj, parados á igual distancia, como centinelas de vista.

Sillas de todas clases, algunas doradas, enclenques, delicadas, como señoritas raquíticas vestidas de baile; luego, una serie de asientos redondos, cuadrados, figurando unos enormes turbantes y otros, como almohadón, estirados con indiferencia en cualquier parte, afectando no tener la intención de servir para sentarse.

De trecho en trecho, columnas de *pelouche*, con alma de pino, rodeadas en espiral por hebras de hilo de oro, como víboras que se enroscan al tronco, soportaban bustos de cualquier personaje ilustre ó deidades mitológicas que no protestaran nunca del parecido.

Todo esto, completado por una alfombra que

parecía vista al través de una gran lente: de fondo blanco, con flores punzó, haciendo curvas caprichosas en las hojas entrelazadas; había estampadas rosas de más de medio metro: una hoja sola hubiera podido dar sombra á un regimiento.

Las paredes ostentaban algunos cuadros de familia pintados en actitud de retrato:—caras rígidas, severas, defectuosas algunas, con manos deformes por la corrección fatua y la actitud forzada que les había impreso el autor.

En medio de este lujo, de esta pacotilla, y al lado de algunos grabados, vistos tantas veces é indispensables en todos los salones, dos grandes oleogrofías colgadas respetuosamente á ambos lados de la estufa: dos caras sajonas destacándose de un fondo obscuro con sus colores suaves, lustrosos, y sus miradas adormecidas y lánguidas de enamoradas.

La gran portada en seguida, y la antesala, conservando, como un museo, el *demi-monde* de sillas, sofás, mesas de arrimo, los cuadros de antepasados, desconocidos y olvidados por dos generaciones, sirviendo para tapar claros y hacer simetría en el conjunto de antiguallas que pintaban la época de la primitiva opulencia.

La antesala de ciertas casas es el blasón de familia, es la pieza favorita, el cuarto de los recuerdos, de las evocaciones de otros tiempos mejores.

Una abuela sentada en un gran sofá, capaz de alojar cómodamente diez personas, con su

respaldo recto, tieso, enchapado de caoba, con dos rollos de almohadones en los cantos, es la imagen viva de tres cuartos de siglo con los ribetes del lujo macizo y severo de la época colonial. Forma parte integrante de los hábitos, de los gustos, de los recuerdos y del apego que tienen los viejos á las cosas de su tiempo.

Estos muebles rancios, desquiciados, con armazones fósiles de tablas y colchados, despiden para ellos un perfume, de juventud, de frescura, de reminiscencias, que alborota su memoria debilitada de aquellos buenos tiempos, que tanto echan de menos á cada paso, y así como los defienden cariñosamente del desgaste del tiempo, los defienden de las imputaciones calumniosas que arrojan sobre su anticuada vetustez las críticas y las miradas burlonas de los que alcanzaron la elegancia de una moda que parece preparada para enanos.

La antesala es el santuario de esos recuerdos que hacen estremecer á los jóvenes, pues las conversaciones giran alrededor de los cincuenta años, cuando las gentes eran más buenas y más sensatas, cuando la amistad era un sentimiento verdadero y cuando el egoísmo era una mala hierba que se extirpaba de raíz.

¡Qué diferencia, exclaman con énfasis de convicción y de desconsuelo las señoras que tocan por todas partes el positivismo de la época, con la sencillez, la moralidad, el respeto y las costumbres patriarcales de nuestros padres!

¡Qué cambio tan radical ha venido operándose

en esta sociedad, reducida ayer á *cuatro gatos* y hoy á un hervidero de gente de todas clases y de todos los países que se incorporan con su trabajo, con su inteligencia, con su sangre, á la corriente natural del país; que van engrosando las filas diariamente, hasta formar céntros de cientos y miles de almás cuya filiación es una mesa revuelta!

¿Cuál será la tendencia genial de las nuevas generaciones?

.............................................

Los que echan de menos esos buenos tiempos, echan de menos, más que todo, su juventud, esa juventud que se les escapa de las manos y que deja como recuerdo de su paso un pliegue de la piel ó un mechón blanco que van despoblando los años.

En el fondo, no es la materialidad de las cosas, pues hoy las hay iguales ó mejores, sino las hebras frágiles que se han ido rompiendo poco á poco.

Hoy un recuerdo, mañana un amigo, una afección, un sentimiento educado y alimentado por años y años, y que de pronto desaparece y no puede reemplazarse.

La alegría, el calor, la luz de los años juveniles; los entusiasmos fáciles, las impulsiones bulliciosas, que hacían revivir el organismo á cada paso; todo eso que pasa, que se debilita, que se extingue, que muere con anticipación, que se aleja como para esperarlos.

El tiempo mismo, ha cambiado para los vie-

jos: el que ellos conocieron, no tenía las transiciones malvadas que los exponen á cada paso á una pulmonía; sus crudezas eran más benignas y con un abrigo cualquiera podían desafiar la intemperie; hoy, el frío penetra por todos los poros; es que la máquina humana va poco á poco enfriando sus calderas.

En las noches, esas camas altas, solemnes como altares, cobijaban cariñosamente á la pareja enamorada, y el calor de la juventud se unía al del ambiente para dar á la temperatura de la alcoba una suavidad deliciosa de bienestar y de confort.

Hoy, el lecho es frío, duro, rebelde; está como cansado de cobijar gente; el ambiente no tiene alientos tibios y los huesos, entumecidos por el frío de los años, van sintiendo el roce de las tablas, como si estuviesen cercanos al féretro.

Por todas partes, el frío, la indiferencia, el egoísmo, la juventud desdeñosa: ¡no hay ya caras sonrientes para los viejos!

Cuando miran un rostro bello, juvenil, que en otro tiempo se comunicaba con el suyo por el brillo de sus miradas, tienen que guardar en lo más íntimo sus impresiones; el ridículo aletea en torno de sus cabezas y una mirada indiscreta, una expresión que á fuerza de ser urbana podría parecer galante, comprometería la rigidez de su posición y la seriedad de sus años.

La juventud, la belleza, los sentimientos tiernos no son más malos, ni más indiferentes, ni más egoístas que ayer,—es la vejez que les va

dando la espalda, que ha perdido sus derechos, que ha gozado ya ampliamente de esas primicias y que encuentra yerto el hogar donde antes chisporroteaba el tronco vigoroso que despedía su alegre llama; son los muebles viejos, usados, antiguos, fuera de lugar, que van disputando en vano su puesto á las butacas doradas, livianas, cubiertas de raso, con flores estampadas, vivas, frescas, con la frescura brillante de la rosa recién abierta que invita á aspirar su fragancia.

La mano crispada, amarilla, surcada por venas azules, hinchadas, sinuosas y como estirada por los tendones duros, tiesos, que hacen relieve debajo de la piel gastada, no puede ya impunemente acariciar la mejilla fresca, sonrosada ó el seno mórbido, turgente, sin experimentar el temblor senil que le hace tantear la carne como si hubiese perdido la sensibilidad.

El raso no puede crujir ya debajo de esos dedos que se van momificando, ni los labios caídos, flácidos, descoloridos, pueden pretender caricias voluptuosas que no podrían corresponder.

La mirada está apagada, con horizontes cercanos; se ofusca con el brillo, con las cosas nuevas, donde se refleja vivamente la luz; necesita los colores sombríos, las medias tintas, el negro, que va cubriéndolos poco á poco, como un anticipo de la tumba.

Es el punto de parada en la azarosa jornada de la lucha.

¡Y cómo desean prolongarla todos, á pesar de estar tambaleándose en su puesto de descanso!

.......................................

.......................................

Muere la abuela y las butacas antiguas y los sillones de respaldo floreado, los sofás hospitalarios y las consolas de caoba, empiezan á peregrinar en la casa en busca de un refugio... Una mañana hacen su entrada humilde en el cuarto de los trastos viejos, como un mendigo que golpea á las puertas de un asilo.

Los retratos quedan pegados á las paredes, con sus miradas frías, severas, como enconados de ver partir á los amigos de su tiempo...

## IRRESPONSABLE

Volvamos á nuestro personaje.

Una puerta que se abrió con estrépito, le hizo estremecer y dar un salto en su asiento; tenía en la mano la segunda copa de licor y estuvo á punto de derramarla.

No atinó á balbucir un cumplimiento ni se atrevió á tender la diestra á su amigo; sólo pudo articular una disculpa humilde:—*perdóname, si soy molesto.*

Su amigo, sin hacer caso de su protesta, se

limitó á tenderle la mano y apretar la suya con efusión, como buen camarada, como si el día antes se hubiesen visto en el claustro de la Universidad cuando concertaban un paseo.

Esta conducta sencilla, deferente, casi afectuosa, de hombre educado, le hizo cobrar ánimo y despertar, como movido por una vibración, un sentimiento de gratitud...

¡Qué bueno es! pensó; siempre el mismo, y suspirando fuertemente le dijo: me he acordado de ti, ahora que estoy en el último *trámite* de una existencia que ya no sé qué hacer de ella; me voy sobrando á mí mismo, quisiera reducirme á una cosa cualquiera, quisiera refundirme en otro ser, aunque fuese el más despreciable, ya que de la vida no me queda más que la animalidad. Intelectualmente no me preguntes lo que valgo ni lo que puedo ser, creo que se ha borrado en mi cerebro el sitio que ocupa esta facultad y que no me queda de ella sino un jirón de instinto que mueve todos mis actos.

Su amigo le interrumpió sonriendo, y dándole una palmada sobre el muslo derecho, le dijo: después de tantos años que has andado vagando como una sombra, sin encontrar tu centro de gravedad, todo tu caudal científico, toda tu fortuna, todo tu bagaje, es la metempsicosis... ¿De dónde sales con esas ideas?...

Si yo creyese en las doctrinas espiritistas, te supondría un ser de otro mundo que viene á escudriñar un poco las cosas de la tierra.

Nuestro hombre abrió los ojos como dos lin-

ternas, y mirando á su amigo con aire de tristeza, exclamó: tienes razón; no parezco un ser de este mundo, ni de estos tiempos... estoy envilecido y aburrido de mí mismo, me encuentro como si tuviere un grillete al pie, que me condenase al trabajo forzado de estar pensando siempre en cosas imposibles y que me alejase cada vez más del contacto de los hombres, de quienes no he recibido ningún daño y á quienes he mirado siempre como miran las hienas enjauladas á los que van á mortificarlas con la punta de su bastón.

Es una extraña manera de ser y de pensar la mía; pero no tengo yo la culpa... ¡Ah! si pudiese abrirme el cráneo,—añadió, agarrándose la cabeza con ambas manos,—y poner dentro un cerebro más igual al de los demás, indudablemente sería la persona que tú deseas, y en cambio de un bagaje absurdo y ridículo, habría traído á tu casa la buena nueva de mi felicidad; pero, ¿qué quieres?... genio y figura...

—Eres un niño, un niño mal dirigido, que ha dado los primeros pasos en falso sin más guía que el impulso de su tendencia genial y á la cual te entregaste en cuerpo y alma desde los primeros días sin ver más allá de tus ojos y de tu egoísmo.

—¡Egoísmo yo!—exclamó, poniéndose de pie, pálido y convulso,—¡egoísmo!... yo que he sido una especie de pelícano, capaz de hacerme pedazos por los demás.

—No te alarmes... esa manera de ser no te

engrandece ni te da méritos... ese sistema de prodigar todo tu saber, como un filántropo, es una generosidad derrochadora, de la que no has sacado más provecho que desengaños, miserias, ideas equivocadas y sombrías sobre tus semejantes... Has dado tus sentimientos, mejor dicho, los has derrochado, adornando con ellos la existencia de una perdularia á quien debiste dejar en el fango de donde había salido. Has pagado tu tributo á la experiencia, conquistándote, en esa jornada, el alejamiento de tus amigos, y tú, la huída de la sociedad, como un réprobo que tiene necesidad de ocultar un delito... Andabas después espiando á las gentes con aire de Diógenes, y bien decían tus ojos, á falta de linterna, que tu desdén por todo lo que te rodeaba era más alto que el del misántropo griego.

Tu carrera la tiraste á la calle, como quien se despoja de una carga pesada y abrumadora... y luego... aquí perdóname que sea más franco... brutal... has envenenado tu organismo con el alcohol para que tu cerebro y tus nervios fuesen siempre rebeldes, y á trueque de tus desdichas imaginarias y reales, te diesen el bienestar que apetecías... Has perdido en el cambio, querido amigo: por una copa de licor entregabas un jirón de tu organismo moral que has ido destrozando y enajenando poco á poco para quedar reducido, como tú decías hace un momento, á la animalidad.

El *hombre de los imanes* había escuchado

azorado el discurso de su amigo; cuando éste concluyó, pudo notar que dos lágrimas gruesas como garbanzos corrían divergentes por los surcos de sus mejillas acartonadas.

—Tienes razón—dijo lentamente—tienes sobrada razón.

—No es este un reproche que te dirijo ni un consejo que pretendo darte,—continuó su amigo,—pero ya que te has resuelto á golpear la puerta de mi casa y que tus últimas palabras de cariño para mí fueron un puñado de insultos que me tiraste á la cara, como quien arroja lodo, yo tomo, después de tantos años, mi desquite para mostrarte que el único culpable de tus males eres tú... no te guardo rencor... aquella noche estabas ebrio, y sin sospecharlo, así has vivido hasta ahora.

—Luego, soy un miserable que merezco ser arrojado de aquí como un perro...

—No, eres un desgraciado, uno de tantos, en los que se cumple fatalmente una ley de herencia, de la que pocos pueden substraerse.

Felizmente para ti, el medio social en que has vivido, la educación que te infiltraron desde niño, las barreras que forzosamente tenían que contener el desborde de tus pasiones, han hecho de ti un ser inofensivo...

—¡Pero inútil!—le interrumpió desesperado nuestro personaje.

—¿Tú crees,—prosiguió su amigo,—que poniendo una pantalla delante de tus ojos, te substraerías á las miradas de los demás?... ¿crees

que no he adivinado tu existencia á pesar de tu alejamiento?... Me bastaba verte, de cuando en cuando, en la calle, cuando marchabas distraído, agobiado, indiferente por el desaliño de tu persona, para formar un concepto definido de tu situación. Tú crees que mis miradas no te han seguido hasta la intimidad de tu vivienda y que no he escuchado los monólogos de tu desesperación y de tu alegría.

Podría contarte, día por día y hora por hora, lo que has hecho, lo que has pensado y los propósitos que han movido tus pasos... ¿Crees que muchas veces cuando tú, en el silencio de la noche, en la obscuridad de tu vivienda, te levantabas sobresaltado de la cama para escuchar, con ansiedad y espanto, voces é imprecaciones de amenaza, no te seguía mi pensamiento y mis ojos no te veían arrojarte de ella con el cabello erizado, tambaleando y comprimiendo en tus manos temblorosas una arma para defenderte y agredir á tus enemigos imaginarios?

¿Crees que, cuando salías despavorido, huyendo á medio vestir, de esos mismos enemigos conjurados para hacerte daño, no te veía ganar la calle desesperado, loco, fascinado por una sombra, para ir á pasar el resto de la noche acurrucado en un banco de una plaza cualquiera como un perro sin dueño?

¿Crees que no te he visto con los ojos azorados, la boca torcida como en la convulsión de un epiléptico, acariciar la intención siniestra de prender fuego á la casa?

Estas revelaciones, hechas así, á boca de jarro, patentizando la verdad más completa, poníanle por delante escenas que tantas veces se habían repetido y de las que se creía actor y único testigo.

Hondamente conmovido, miró á su antiguo compañero con ojos de súplica.

Lo veía delante de él, en el apogeo de su juventud, fuerte, bondadoso pero severo, rico, inteligente, y por grados lo convertía en un titán, á medida que él se achicaba como un pigmeo.

En su pequeñez enfermiza, parecíale su amigo un ser sobrenatural que se le presentaba de improviso, justiciero, para darle el golpe de gracia y destruir en un minuto sus restos de vanagloria por su independencia y por lo que él llamaba su carácter.

Le había horadado la conciencia como había horadado las paredes de su miserable vivienda; estaba descubierto; no le quedaba otro camino que disparar de allí y arrojarse debajo de las ruedas del primer vehículo que pasase.

Después de una pausa, su amigo tomó el hilo de sus revelaciones, aparentando la mayor naturalidad. Se había propuesto sacar partido en favor de ese desgraciado, ya que la casualidad le proporcionaba una entrevista con todas las ventajas para sus designios.

Tal vez exhibiéndolo á sus propios ojos en toda la desnudez monstruosa de la realidad, habría conseguido desviar las tendencias de ese infeliz, que marchaba ciego ó al manicomio ó al suicidio.

—Esto no es todo, mi querido amigo; debo decirte más; sé muy bien que tus nervios reciben un choque violento y que abuso un poco de la hospitalidad que te doy, pero tú tienes la culpa; has venido á mi casa como un camalote arrastrado por la corriente, y tal vez sea esta la última vez que nos veamos... Te conozco muy bien y sé que no volverás, si no consigues redimirte.

Un apretón de manos violento, efusivo, que parecía implicar un juramento ó una promesa, fué la contestación á sus palabras.

—Deja las efusiones para después, siéntate y escucha... Esa sensibilidad de mujer que ha reemplazado á tu virilidad de otros tiempos, no me conmueve lo bastante para hacerme callar.

En medio de todo, ha sido una felicidad para ti que tu situacíón no te condujese á extremos más peligrosos.

Cuando estabas alucinado por las impresiones que trastornaban tu cerebro y veías por delante la imagen de enemigos que atentaban contra tu existencia, has podido ser criminal...

Si en las huídas de tu casa encuentras al paso algún desdichado que te sorprende en esos momentos de delirio, no habrías titubeado en mirarlo también como á un enemigo y en hacerle víctima de tu furor.

—¡Asesino también!—exclamó el hombre de los imanes, ocultando avergonzado entre sus manos su cara desencajada.

—¡Qué linda manera de ser filósofo, de reirse

de los hombres y de mirar con encono y desprecio á la sociedad, de llorar como un niño sobre las rimas de un poeta sentimental, y de estarse torturando con impaciencia, sin más objetivo que el de llegar pronto á una meta poco envidiable para decir desde allí: quisiera ser una bestia cualquiera, antes que ser un hombre útil é inteligente!

Verdad que es la única contestación lógica á una vida malgastada en la inacción y en la inconveniencia del propio deber.

¡Ah! bien sé que no eres el único y que eres tal vez el más desgraciado del gremio.

Seres enfermos, organismos morales truncos, que van esparciendo, como la mala semilla, el germen insano de una existencia peligrosa, que lleva de una generación á otra su marca indeleble.

Felizmente, no has constituído una familia.

La providencia no ha sido tan injusta contigo, agregó sonriendo, y no tienes derecho á ser ingrato; ha cortado en ti la huella funesta que te han transmitido tus antepasados, y otros infelices no tendrán que padecer lo que tú has sufrido.

—¡Basta!—exclamó de pronto el hombre de los imanes, que había quedado cabizbajo, escuchando la última parte del discurso;—no me tortures más, mis nervios no resisten á tus palabras.

Te he escuchado como á un padre, como á un amigo, como á un juez; te he permitido que me

aconsejes, que me delates ante mi propia conciencia, que me despedaces haciendo el análisis de mi vida, de mis sentimientos; pero no me envilezcas más de lo que estoy, me queda aún un resto de sentido moral para medir el abismo que tengo por delante.

—Sentido moral pervertido, que te hace ver como en el daltonismo los colores cambiados; así recibe tu cerebro las impresiones equivocadas ó no las recibe en el grado que ha herido tu sensibilidad.

—Escúchame ahora y no lo tomes á mal; tengo por ti el cariño de otros tiempos, soy todavía tu condiscípulo, y aunque nos haya separado una larga jornada, no puedo olvidar que siempre fuiste para mí el amigo de la infancia con quien he compartido las mejores horas de esa edad.

Esta revelación afectuosa acabó por enternecerlo y hacerle pedir disculpa.

—No te hagas más culpable,—siguió,—de lo que eres realmente.

Nadie mejor que tú mismo ha podido ponderar, día por día, hora por hora, los estragos que han surcado bondadosamente tu existencia, y si esa necesidad de reparación, si ese deseo de algo mejor, de algo más duradero y útil, surgiese en ti con toda la fuerza necesaria para darle el vigor de un sentimiento estable, podría batir palmas y creer que has conseguido tu objeto; pero no debes olvidar que las impresiones, los sentimientos, los afectos, no se substraen á

la materialidad de las vibraciones nerviosas, y que todo ello no es obra de la imaginación ni del idealismo con que nos acostumbrábamos á pensarlo cuando sacábamos engreídos nuestros argumentos de esos textos perdularios de filosofía que andaban rodando deshojados debajo de los bancos de la clase.

Tú has quedado estacionario, y cuando has querido avanzar un paso, has encontrado inmediatamente un escollo, puesto en tu camino por tus propias manos.

Piensa que la máquina humana, tanto en su organización física como moral, está sujeta á las leyes del funcionamiento de los órganos que entran como factores perfectamente equilibrados en su composición.

Es cuestión de impresionabilidad más ó menos delicada.

Un pinchazo dado en un dedo no será advertido por el que tiene las extremidades nerviosas atrofiadas, pero hará saltar de dolor al que conserva su sensibilidad intacta.

Una insolencia ó una bofetada te harán reaccionar y tomar, en la justa medida del ultraje recibido, una reparación inmediata; en otro, la impresión llega al cerebro, pero la reacción no se hace sentir como una vibración instantánea, la máquina no funciona con perfección y el ofendido apenas si se pasa la mano por el rostro para comprobar la afrenta.

Tú cometes una mala acción y te das cuenta de ello; otros hacen lo mismo y apenas si le

dan importancia; tú tienes sangre en tu rostro para sonrojarte, otros tienen su circulación entorpecida y jamás sienten el rubor. Ya lo ves, sin ir más adelante, sin engolfarnos en estas apreciaciones que llaman materialistas, puedes ver en ti mismo un ejemplo palpitante de lo que estoy diciendo.

Agrega ahora á esa máquina defectuosa la acción maléfica del alcohol y tendrás el desequilibrio lento, pero seguro, del organismo más perfecto.

El *hombre de los imanes* oía extasiado la explicación filosófica de su amigo, y éste, con el entusiasmo que había aumentado por grados, no advertía que había llegado tarde y que sus palabras, si daban en el blanco, no dejaban vestigio alguno del choque.

El alcohol es un ladrón que penetra dulcemente para llevarse todos los días algo: hoy destruye una célula, mañana inmoviliza un resorte que era el eje sobre el que giraba un sentimiento; ataca una víscera importante y le saquea toda su savia hasta matarla traidoramente, y á medida que va penetrando en la intimidad del organismo, va rompiendo el ritmo de nuestras acciones, de nuestros sentimientos, de nuestros afectos, para convertir al hombre en un idiota, en un malvado, en un criminal, dejando cabida en la penumbra de ese cuadro sombrío á una serie de seres desgraciados, inconscientes, degenerados, y todos ellos capaces de las aberraciones más monstruosas.

Búscame ahora el alma en medio del tufo del vino y de los licores, y la encontrarías esclava de un cerebro salpicado de células degeneradas, inútiles, reblandecidas; lo encontrarás todo revuelto, como si escarbaras con un palo dentro de una colmena.

Pon una mano sobre el corazón y lo sentirás latir como si estuviese epiléptico y quisiese saltar fuera del pecho.

Búscame un afecto tierno, duradero, una idea progresista, un impulso generoso, un móvil elevado. Reune como en un juego de paciencia todos esos pedazos desgastados; hazlos servir al engranaje de la vida, y verás lo que sale de ese desquicio.

—¡Yo!—exclamó en un arrebato el infeliz,—yo, que no he sabido luchar y que me he dejado subyugar miserablemente, sin oponer más resistencia que mis preocupaciones y el nervosismo de que estoy empastado.

—¡Ah! te juro,—añadió á tiempo que se levantaba con la resolución de un hombre decidido,—que después de este discurso y estos consejos cambiaré completamente de rumbo y pondré remedio á todas las desdichas... Tomó luego la mano de su amigo, y al comprimirla, hizo crujir sus dedos como si estuviesen fracturados.

Éste lo miró con lástima, y moviendo la cabeza con aire de incredulidad, le dijo sonriendo: ¡Diga usted los imanes!

# EN POLÍTICA

Una copita de licor, que le sirvió apenas para humedecer las fauces, vino á sellar el solemne juramento.

Su amigo había tomado ahora un tono festivo; le dió unas palmadas en el hombro, á tiempo que le decía:—Bueno, vamos á otro tema. Después de esta larga disertación, en la que he puesto á prueba tu arrepentimiento, te daré una buena noticia: estoy rico, puedo ayudarte y puedo contribuir así á asegurar tus propósitos.

—No me hace falta el dinero—replicó *el hombre de los imanes,* alarmado por su delicadeza y por el decoro de sus bolsillos...

—Ya lo sé, ya lo sé—replicó con insistencia su amigo;—has resuelto el problema de vivir sin gastar... y sin producir... Debes agregar ese nuevo sistema á algún tratado de economía política.

Si todos fueran como tú ¡qué perspectiva graciosa tendría la sociedad!... Sería curioso ver una colectividad de hombres á tu imagen y semejanza.

Basta de niñerías y hablemos ahora con formalidad.

Tú no has venido á esta casa para ver á tu amigo, para darle un abrazo y tomar en su compañía una copita de licor; te conozco lo bastante para comprender que no has dejado á la puerta toda la soberbia con que has dragoneado hasta ahora; vienes, pues, con algún propósito, por algún motivo... ¿O has venido simplemente para oir mis paternales consejos?—añadió con ironía.

—Vengo para figurar en política—exclamó el *hombre de los imanes,* lanzando la frase á boca de jarro y sin fijarse en el efecto que había hecho en el semblante de su amigo.

—¡Tú!... ¿Y tus ideales purísimos y tus explosiones de perfeccionamiento? ¿En política?... Figurar en política...—decia su amigo, moviendo lentamente la cabeza y paseándose con las manos cruzadas á la espalda.—Tienes razón... tú también puedes *figurar*... pero veamos, ¿á qué aspiras?... ¿cuál es el puesto que ha merecido tu simpatía, para despertar en un buen momento tu entusiasmo ya momificado?

—Es que... como soy un inservible... quisiera empezar por hacer carrera, por hacer méritos, por codearme contigo, por ejemplo, reflejar en mí algo de tu posición, para que la gente me fuese conociendo, para que, ya á fuerza de verme junto á ti, pudiera y se acostumbrase á decir: aquel es fulano, que va con zutano; es decir, *van en política* los dos... Ya lo ves—dijo tímidamente el *hombre de los imanes,*—aspiro á un poquito de consideración social, necesito

que las miradas se fijen en mí... pero al decir esto, le subieron como dos viborillas de rubor por las sinuosidades de sus mejillas. Se levantó de golpe de su asiento, y echando mano á las solapas de su levita, las abrió *de par en par,* exclamando: ¡pero no con este traje; no con esta figura! — añadió mirándose de arriba á abajo.

Su amigo sonreía maliciosamente de la ingenuidad y del bochorno que causaban al *hombre de los imanes* sus trapos viejos y aguerridos; él estaba de pie, con las solapas abiertas, como las alas de un pajarraco que se dispone á alzar el vuelo.

—¡Bah!... el traje no hace al monje... sin embargo, es menester presentarse siempre de una manera conveniente; sobre todo, cuando se aspira...—Al pronunciar esta última frase, dirigió una mirada intensa á su amigo...

—Pero tú, que has abandonado la política, que has considerado á los hombres públicos como si fuesen trastos arrumbados á quienes todo el mundo tiene derecho de dar con el pie; tú, que has vivido en un ambiente completamente ajeno á los movimientos de esta sociedad; tú, que has llegado hasta creer, en los momentos de tus aberraciones, que tus enemigos políticos eran hombres de otra especie y de otra raza, vienes ahora, como caído del cielo, á decirme sencillamente: quiero figurar en política... es decir: á parodiar al hombre aquel de Larra que quería ser cómico... y yo te replico:

¿y tu partido, tu hermoso partido, aquel que estaba compuesto de hombres selectos, de inteligencias brillantes, de ciudadanos abnegados, de mártires del deber, de varones ilustres, que apenas si te atrevías á tocarles con el dedo por temor de llevarles la impureza con tu contacto?

¿Ya no te seducen, ya no son partido, ya no inflaman tu pecho, ya no arrancan de tu fibra patriótica el grito del entusiasmo?... ¡Mal partidario, mal ciudadano, vienes á renegar de tus tradiciones, de tus creencias, de tus *dogmas!*...

¡Qué mala inspiración has tenido!—agregó, viendo las torturas por que pasaba el infeliz, que estaba como arrumbado en un sillón, oyendo la arenga.

Vuelvo á repetirte que eres un niño... un gran niño vicioso... que ha perdido su tiempo y que está en la anagnosia.

¿Quiéres figurar en política? ¿Cuál es el contingente que traes á la lucha?... ¿Tu buena voluntad?... ¿Tu buena voluntad, tus ideas transformadas, como quien pinta bigotes á una virgen para hacer un San Juan?... Nó, no vale nada.

Á la política debes ingresar con la disposición firme y tranquila de cumplir con tu deber, sin preocuparte de tus ideales ni de tus creencias, sino de las de tu vecino.

Si no estás con él, es tu enemigo, y te bastará serlo para encontrarle todos los defectos posibles é imaginables, aunque tenga virtudes espartanas.

¿Sabes lo que es la política?... ¿lo sabes?... la política es el arte que enseña á defenderse siempre del enemigo... El día que no lo atacas ó cometes la tontería de elogiarlo, eres hombre perdido, completamente perdido:—esta es la ley...

Los partidos políticos son siempre, recíprocamente, los mejores... son como las mujeres. Aunque sean viejas, feas y desairadas, siempre son mujeres, es decir, tienen flaquezas, veleidades y no olvidan hablar mal del prójimo.

¡Qué diferencia entre las doctrinas que él se había forjado, y las enseñanzas que había encontrado en los libros!

—¡Esto lo dices tú!...—se atrevió á replicar tímidamente, sin poderse ya contener.—Los libros enseñan otra cosa...

—¿Los libros?... Lo que encuentras en los libros es lo mismo que dicen los médicos: en los libros todas las enfermedades se curan... en el enfermo es otra cosa.

No era posible comparar lo que él había leído con lo que estaba escuchando; no veía la necesidad de que los hombres se sacasen los ojos por pensar de distinta manera, ni de que estuviesen ocupados en encontrarse defectos para tirárselos á la cara como arma de combate.

Su amigo le pintaba la política como una lucha innoble, en la que siempre había que ver enemigos... Los adversarios, los que él llamaba candorosamente sus adversarios, debían tener

buena fe, equidad, justicia é imparcialidad, para ponderar sus actos y los de los demás.

No estaba conforme con esa gritería de gentes peleadoras que andaban siempre al tira y afloja por disputarse las posiciones con la convicción de que, el día que cediesen un palmo, el vencido tendría que pasar por las horcas caudinas.

—¡Así es la política!...—exclamó después del largo silencio con que había escuchado la tesis de su amigo, y alzando sus ojazos de loco, parecía asumir una actitud de lástima por las herejías que estaba oyendo.

—Sí, es así, no es metafísica, no es juguete de raciocinios ni de lógicas huecas... eso que tú crees, es por ahora *teología,* y así será por mucho tiempo, hasta que se equilibren las fuerzas intelectuales, sociales y numéricas de los partidos.

—De modo que la política obedece á las circunstancias, á la ocasión, á la evolución social, á la selección...

—Déjate de *on* y de *on*; la política es siempre la misma; la de hoy, la de ayer, la de antaño; es la de siempre: la preponderancia de un partido sobre otro, preponderancia que le da ventajas, que le gana posiciones, como gana interés el dinero puesto á rédito, interés que se capitaliza y que aumenta diariamente el caudal de la colectividad que lo maneja.

Se trata de hombres, mi querido amigo; se trata de pasiones, de estímulos, de luchas, de ganar terreno... Esto, por ambos lados.

Él que es enemigo, porque es enemigo..., y el otro, porque es también enemigo... luego, aquello de los niños: ¿quién ha roto el plato?... es claro que nadie... y sin embargo, todos se acusan á un tiempo.

—¡Y la patria!—exclamó el *hombre de los imanes,* saltando de su asiento, como si quisiese colgarse de un trapecio.—Y los grandes hombres!

—¿La patria?... es harina de otro costal... deja á la patria en su lugar... el sentimiento de la patria entra en todos los pechos y en todas las fibras, y es más malo el que duda de que haya quien no la quiera, que el que es acusado de no quererla...

Veo que estás en mal camino; todavía sigues creyendo lo del principio; el enemigo es malo, malísimo, porque no piensa ó hace lo que tú... Oye bien esto: cualquier partido no desdeñaría el peor de los elementos que figura en otro de ellos, y tratándose de un partidario, tiene que soportar lo bueno, lo malo, lo pésimo.

Será mala doctrina, pero tiene sin embargo un correctivo... la sanción social—ésta toma su desquite;—bien sabes que en sociedad no todos nos tendemos la mano.

Ahora, hazte todas las cruces que quieras, golpéate el pecho con una piedra, carga con todas las culpas de la mala organización de los partidos; pero, si quieres figurar en política, aprende bien el santo y seña de la *masonería,* y luego me sabrás decir si estoy equivocado.

Sé más partidario, más humano contigo mismo... Ni tú, ni yo, alcanzaremos esos ideales que tienen todo el prestigio de la tierra prometida, pero que dan escasos frutos.

—¿De modo que en política todos los partidos son buenos?—se aventuró á decir con curiosidad el *hombre de los imanes.*

Sí, todos son muy buenos, menos los malos y los óptimos, y aunque esto te parezca una paradoja ó un juego de palabras, debes interpretarlo así, al pie de la letra, los óptimos están más arriba del cielo, los malos están en todas partes.

El neófito no se daba perfecta cuenta de esta manera extraña de juzgar de la política de los partidarios. Siguiendo su habitual manera de pensar de los hombres, encarnaba todas sus aspiraciones políticas en conceptos elevados, y le parecía que, al ponerlas en práctica, la sociedad quedaría instalada sobre cimientos inconmovibles.

—¡Una buena levadura hace un buen pan—repetía sonriendo—ya que tú hablabas hace un momento de harina de otro costal!

Él, que no había reconocido sino los partidos extremos: los buenos á su manera, con aspiraciones nobilísimas, que hacían de la patria su culto más ardiente, y los malos, que se echaban la patria al hombro, como un fardo, para darle un tumbo en cualquier parte.

Las revelaciones de su amigo eran como un cuerpo extraño encerrado en una llaga; le cau-

saban un dolor profundo, intenso, y él, que tenía á cada instante que tirar la cuerda de su cerebro para ponerlo en equilibrio, miró á su compañero con lástima, á tiempo que decía para sus adentros: este hombre está loco.

Permanecía sentado, silencioso, con sus piernas cruzadas, cabalgando la derecha sobre la izquierda, imprimiendo movimientos de vaivén al pie, á tiempo que golpeaba con la mano sobre el muslo.

—¿Y qué dices á todo esto?

—¿Qué digo? ¿qué digo?—murmuró el optimista.—Mucho tendria que replicar á tus teorías de política práctica—y aquí guardó de nuevo silencio, como esperando la llegada de una idea que estuviese componiéndose en el cerebro cual en la caja de un tipógrafo. Saltó en seguida de su asiento, y poniéndose por delante de su amigo, con los brazos cruzados sobre el pecho, el pescuezo estirado, la mirada convulsa y extraña, como si saliese de un ojo del cual el iris se hubiese despegado, estiró de pronto sus brazos, poniéndose en actitud de esgrima, y, como si quisiese tirárselos á la cara, exclamó:—¡suponte que yo sea tu enemigo político! ¿qué harías?

Su amigo se dejó caer en un sillón, sonriendo plácidamente, é indicándole con la mano para que volviese á tomar asiento, le contestó en estos términos:—si tú fueses mi enemigo político... no haría nada... Los enemigos políticos como tú, son inofensivos... no te enfades... ahora, si tú fueses un político activo, trabaja-

dor, que se moviese para llevar su influencia, en la esfera de su valimiento, ya sería otra cosa; en esas condiciones, y puestos frente á frente, empezaría por decirte que los principios que sostiene tu partido son herejías políticas, que sus aspiraciones desmedidas no tienen otro objetivo que el de arruinar á la patria, que jamás ha hecho nada por el bien de ella, que en su carrera ha dejado un surco árido donde no podrá arraigar la mejor semilla;—y luego para hacerte desesperar más, levantaría la voz, protestando del fraude, de la violencia, y hablaría á nombre del pueblo sin pedirle la venia.

Ya lo ves, un hombre que quiere figurar en política debe aprender, antes que todo, á manejar la hipérbole, debe tener al pueblo siempre pendiente de sus labios.

—Y la mentira en el bolsillo, para pagar al contado cualquier giro—replicó el *hombre de los imanes.*

—No, amigo mío; no, la diplomacia... el arte de fingir bien, de sonreirse á tiempo, de hacer un ¡oh! en la oportunidad requerida, de restregarse las manos cuando sea necesario, de mostrar confianza, abatimiento, convicción, alegría, tristeza, sorpresa é indiferencia según el resorte que ha de comprimirse; reservar la intención para la almohada y no hablar más de lo que sea necesario: *allá veremos, sí sí, esto está bien, es de mi agrado, así lo haremos, hay conveniencia en ello, naturalmente debe ser así, ¿cómo podría ser de otra manera?... ¡oh! ce-*

*lebro mucho que hayamos llegado á esa conclusión;*—así de frente... á la espalda, ni esto, dijo el diplomático improvisado, haciendo sonar la uña del pulgar derecho contra el primer incisivo izquierdo, que parecía haber tomado ex profeso una desviación adecuada.

Esto es gran política, política de los libros, como tú lo sabes... la otra, es el pan nuestro de cada día... política de catecismo y más fácil que aquello del fiel cristiano.

Cuando tomes parte activa en ella, ya verás que mis palabras reflejan la imagen de lo que tendrás ocasión de presenciar.

—Así lo pensarás tú... pero, ¿y los grandes hombres de nuestro país?...

—Vuelves á la manía de mezclar los grandes hombres de nuestro país en estas cosas puramente mundanas... Los grandes hombres de nuestro país no entran para nada en lo que acabo de decirte... no comprendes los términos... ellos no son los partidos ni pueden constituir los ideales que has forjado... tienen su lugar aparte y han pasado muchos malos ratos y los pasarán antes de que la gente se resuelva á hacerles justicia.

Constituyen nuestros períodos históricos, imprimiendo con su ideal el sello especial á una época.... esto sucede en todas partes, desde Grecia y Roma antigua hasta la fecha.

¡Si la humanidad es siempre la misma y las épocas se renuevan en la historia con una semejanza que asombra!

Muchas veces se tiene la tentación de creer que un personaje antiguo se ha encarnado en uno moderno y que fuera del círculo de ciertas obras sería difícil hacer otras... es tan grande la semejanza que los vincula, son tan iguales sus actos, son tan idénticas sus tendencias, que parecería que la humanidad tuviera un gran cerebro y que lo fuese repartiendo de á pedazos... y bienaventurado el que le toca una tajada privilegiada.

Deja, pues, á los grandes hombres; ellos son iguales en todos los tiempos, y la historia, que es una especie de coleccionista de objetos viejos y curiosos, se los apropia, los despoja de todo lo que es pequeño y vulgar, retoca los deterioros que les imprimió el roce con los demás, y luego, los acomoda piadosamente en su catálogo para que las gentes se saquen el sombrero, se crucen de brazos, y los miren con respeto y con asombro y puedan decir para sus adentros: ¿quién había de creer que este hombre, que ha hecho tanto por sus semejantes, haya sido tan maltratado?

Esa es la ley, señor alumno de física.

Concluída su campaña gloriosa, pero generalmente empequeñecida por las pasiones propias y ajenas, recogen pausadamente los pliegues de su túnica, levantan las coronas y las flores que que han arrojado á la arena sus admiradores, echan al hombro la lanza mellada, borran á su paso el lodo y las injurias que han quitado el brillo á la arena movediza. v tranquilos, pero

quebrantados, satisfechos, pero sin ilusiones, se meten modestamente en su tienda, cierran herméticamente sus puertas y dejan que la humanidad grite ó aplauda según su antojo.

Si alguna vez tienen la veleidad de dar una correteada por la antigua arena, donde aun queda la huella de sus triunfos, se exponen á comenzar de nuevo la lucha fatigosa, á dejar los jirones de la túnica y recoger con las coronas marchitas el eco del palmoteo impertinente.

¡Ah! yo también soy partidario de los ideales, soy admirador del talento, respeto las virtudes cívicas y aspiro á poseerlas, me inclino con anticipación ante los hombres eminentes, tengo verdadero culto por los que se sacrifican por la patria, no sería capaz de defender mi partido con injurias, ni usar de armas innobles; pero, provocado á la lucha, el talento, las virtudes cívicas, los ideales, los sacrificios, los hombres eminentes, todo esto reunido, mezclado al apasionamiento del combate, no se libra del zarpazo con que se defienden los que ven atacada su trinchera, y precisamente, cuanto mayor es el bagaje del enemigo, mayores deben ser las fuerzas del que combate para vencerlo.

Y luego... ¿no estamos en un país democrático, no tienen nuestros partidos idénticos principios, no quieren todos el bien de la patria, no son vástagos del mismo tronco, no han evolucionado en el mismo orden de ideas, no gritan todos los días que ellos, recíprocamente, son los mejores? Y esto lo verás pronto, si sigues mis consejos.

¿No se han quitado las asperezas como quien lima un hierro herrumbrado para dejarlo reluciente?

Deja, pues, á los hombres eminentes, á la patria, y á todas las cosas que están en el ambiente del idealismo.

Fíjate en lo que sucede con dos individuos, con dos hermanos que han vivido distanciados por una causa cualquiera, que se han mostrado los dientes, que han buscado á un tercero para confiarle recíprocamente los defectos del contrario, que han llegado en su ofuscación hasta creerse enemigos irreconciliables, y otras tonterías por el estilo, y por último, en un buen momento, se abrazan, lloran juntos, se dicen todas las ternuras más delicadas, evocan todos los recuerdos de familia, se juran incapaces de las felonías hechas en las horas de despecho, se toman del brazo con efusión y van rápidamente á presentarse unidos, satisfechos, más hermanos que nunca, ante la madre, ante la viejecita ya tembleque pero venerable, que al verlos, se acomoda los anteojos, se levanta encorvada de su sillón, deja caer su libro de lectura religiosa, y llena de júbilo, con lágrimas aun calientes, los abraza, los reune, besa alternativamente sus frentes de hijos cariñosos, los bendice y da gracias á Dios desde lo íntimo de su alma.

Ella, la madre, la viejecita, sin pasiones, sin rencores, sin preferencias, es decir, la patria, siempre igual, siempre dispuesta, ampara bajo su techo, bajo su hogar tranquilo, á sus dos

hijos, que hoy ve reunidos, reconciliados... igualmente buenos y dispuestos á proteger su ancianidad.

Ellos mismos no se creen ya tan malos, ni enemigos.

Aplica la moraleja á los partidos y los tendrás distanciados del hogar por sus pasiones, por sus miserias, por sus rencores... pero la viejecita está allí, fuerte, justiciera, cariñosa, esperando resignada que golpeen la puerta para abrirles sus brazos y mostrarlos después con orgullo, diciendo: ¡estos son mis hijos, son hermanos gemelos, llevan mi sangre y mis virtudes!

Cuando son partidos de otro orden, cuando se arrojan á la lucha principios de otra índole, se comprenden la intransigencia y el encono; un republicano y un monárquico podrán llegar hasta el exterminio por hacer prevalecer sus creencias; un liberal y un clerical serán capaces de llegar á todos los extremos, y en esta forma, en estos excesos, hay una justificación que los hace tolerables.

En los partidos que actúan bajo los mismos principios, las luchas revisten el carácter de los juegos de niños.

Se apoderán de los juguetes, se entretienen juntos, los contemplan extasiados, se los prestan recíprocamente; pero, si llega un momento en que el más fuerte ó el más mañoso encuentra agrado en poseerlo, le dice al otro con todo egoísmo: *esto es mío, haz la prueba de quitármelo.*

El *hombre de los imanes* estaba ahora deslumbrado; su amigo le hacía ver un mundo real, y aunque percibiese las medias tintas del cinismo, no se escandalizaba ya de esas doctrinas.

Su misticismo político había concluído; estaba como un creyente que hubiese adorado por muchos años una imagen que creyera milagrosa, circundada de oropeles, y que de improviso una ráfaga malvada levantase las ricas telas para hacer ver desnudo y apolillado el armazón grosero de la santa.

Quiso dar sin embargo el último asalto, para ver la composición de las ideas que se habían emitido.

—Empieza, pues, á figurar en política con toda confianza... empieza por formar número, por asistir como espectador, simplemente si te place, pero no creas que en política hay derechos reservados para determinados individuos... hay jerarquías, pero jerarquías que desaparecen en la sociedad.

En política no hay clases privilegiadas.

Las distinciones no las da la política; las da el talento, las dan las condiciones individuales, las dan los méritos y virtudes que adornan al ciudadano, y si el que ingresa á la arena política trae además de su divisa ese caudal, tendrá más probabilidades de ascender en la escala, pero tendrá también más enemigos y más desengaños.

¡La honradez política es la base de todo sis-

tema bien organizado y que merezca ser respetado!—exclamó enfáticamente el *hombre de los imanes*, creyendo pulverizar á su amigo con esta frase de efecto.

—¡Bravo!—exclamó éste batiendo palmas;—hablas como un libro, pero esa frase, que se la atribuyen á Matusalén en un rato de buen humor, no te impedirá que tú mismo puedas hacer en un buen momento ciertas cosas que justifiquen que venga uno y te diga al oído; la honradez política es la base de todo sistema bien organizado, etc., etc.

Mira, el más ideal de los sistemas, puesto en las manos de los hombres, tiene que salir deficiente, imperfecto...

La sociedad se fabrica leyes buenas, óptimas, jura y rejura que las cumplirá y que llamará ante la justicia al que falte á su mandato... y ahí, á sus barbas, al dar vuelta á la esquina, se olvida de lo que ha hecho, de lo que ha jurado, de la ley, de quien la ha hecho y de quien debe hacerla cumplir.

Y si por acaso le tocas en el hombro y le dices al que infringe: amigo, ¿y la ley?... ¡Ah! es cierto, la ley, la justicia ante todo... se me había olvidado... es una distracción... al llegar aquí, su amigo miró el reloj, y pretextando una comisión que cumplir, le dijo: estamos entendidos; desde hoy eres de los nuestros, reza un responso á tus antiguas creencias, haz acto de contrición, y hasta luego,—añadió tendiéndole la mano.

El *hombre de los imanes* salió de la casa como quien baja de un viaje en globo y alargando el paso se decía para sus adentros: ¡ya voy en política!

## EN EL COMITÉ

La casa decía á las claras lo que había adentro.

Era una de esas que las señoras conocen desde la fachada que no son para familia.

Á pesar de su arquitectura exterior, donde se habían colocado grandes guirnaldas de flores de yeso y angelitos que sostenían en los cuadros de las ventanas coronas votivas, sobre urnas de tierra romana; á pesar de su friso de mármol blanco, herrumbroso en todas partes y medio deschapado en los cantos, y de su puerta de cedro labrada,—estaba revelando que el abandono reinaba como dueño absoluto de la vivienda.

Un inquilino en desgracia la había habitado el último, promoviendo á la dueña todos los pretextos y todas las mañas, para disfrutar de ella, estirando el plazo de la ley, hasta que la amenaza de arrojarlo á la calle con sus trastos le hizo salir.

En venganza del desahucio había desclavado media docena de cerraduras y roto todos los vi-

drios que estuvieron al alcance de su despecho y de su palo de escoba.

El aljibe estaba medio relleno de desperdicios de todo género, y en las paredes, de las que se había despellejado el papel, un verdadero *tatuage* de figuras poco honestas y de insolencias colectivas, al dueño, al comisario y al juez de sección.

Cuando entró su dueño y pudo apreciar la catástrofe que le había caído, se agarró la cabeza con las dos manos, se arrancó unos cuantos mechones de cabello y lanzó ternos que hicieron sublevar á la colonia de ratones que dormía tranquilamente entre los bastidores de las paredes; juró que no la alquilaría más sin un legajo de fianzas y sin informes previos de la honestidad y buenas costumbres del inquilino.

.............................................

En esa vivienda se instaló poco después un comité parroquial.

Era una ganga encontrar quien la alquilase así, sin hacer gastos que importarían toda la renta que había sacado desde que la adquirió, Al fin, destruída por destruída, más valía que la obra de desvastación continuase, y luego que el comité se extinguiese, él tomaría sus medidas.

Un buen alquiler mensual, como que nadie lo pagaba, y la fortuna de que no hubiese criaturas,—estos enemigos irreconciliables de los dueños de casas.

Con cuatro escobazos dados por el guardián. que se había instalado en el cuarto del baño, el arreglo estuvo concluído.

Todo el mueblaje eran unas sillas de esterilla alquiladas, un escritorio medio derrengado y un cuadro flamante, con gran cornisa dorada, del candidato por quien se hacían todos los preparativos.

Al cuadro se le agregaron borlas y cordones de seda y se le colocó en el sitio de honor, en el fondo del salón, en medio de dos banderas que servían para todas las manifestaciones del caso.

Dragoneaba de dueño de casa un jovencito flacucho, de ojos vivarachos y de bozo naciente, con su cuello de camisa que le daba hasta las orejas, circundado por una gran corbata de raso á rayas y sujeta adelante por un alfiler lustrado con un guante viejo.

Gran cadena del mismo metal que el alfiler, prendida de un chaleco orillero;—chispa de brillante en el meñique.

Era el secretario, con todos los poderes para dirigir esa cancillería improvisada, apto para hacer una nota con diez errores de ortografía en cada renglón, como para llenar boletas con nombres supuestos, si era menester.

El presidente era un señor muy conocido en la parroquia, á quien sus dependientes, secretario y amanuenses de ínfima escala, habían democratizado á su antojo, llamándolo simplemente por su apellido, á quien lo colmaban de

reverencias y de señor y don, cuando caía al cenáculo del comité y cuando rendían cuentas de los chismes y habladurías que habían inventado.

Estos eran los personajes más importantes de la casa.

El complemento era un cebador de mate, que no hacía otra cosa durante el día y la noche. Se había provisto de media docena de estos adminículos; los llenaba alternativamente en el fogón improvisado y los repartía de á tres en mano cuando había asamblea; por supuesto que en cada reparto los probaba todos, para cerciorarse de si las bombillas estaban corrientes.

Era un tipo criollo, achinado, gordo, medio extrabizco, más por el vicio de hacer guiñadas cuando estaba saturado de alcohol, que por enfermedad real de los ojos.

Tres camadas de pelo, ensortijado, entrecano, duro, con un ribete acanalado, alrededor de la nuca perfectamente afeitada; barba rala, como si se la hubiesen arrancado en distintos puntos.

De estatura baja y piernas torcidas,—del caballo, como él decía,—vicioso, incorregible, pero amigo de todos los tipos de rompe y raja de la parroquia; por consiguiente, útil y recomendable para dar una embestida al atrio el día de la elección.

Para él, destripar á un semejante era lo mismo que cebar un mate; su misión era esa, así se la habían enseñado, y desde joven adquirió fama de guapo y decidido.

Era mimado como un niño, y cuando le daban una palmada en el hombro y le decían: «Muy bien, don Fulano, aquí tiene para los vicios», su cara abotagada tomaba una expresión de júbilo feroz; se iba á su cuartujo, apuraba todo el alcohol de sus botellas y empezaba á hacer sus locuras, como le decían sus compinches.

Sabía, por otra parte, que tenía la vida asegurada, y que en la policía no estaría ni el tiempo para decir amén, si por casualidad se le iba la mano.

El secretario y éste eran amigos cordialísimos; el primer mate y la mejor yerba eran para el niño, como él llamaba al señor secretario, quien, á su vez, retribuía las atenciones dándole las mejores dagas y revólvers cuando se tocaba generala.

A sus colegas les llamaba los muchachos, y cuando se preparaban para hacer una escaramuza, él decía: «ya están prontos para hacer una diablura».

Extraño contraste de buenos sentimientos, de aberraciones, sirviendo de coeficiente á todo este conjunto abigarrado de hombre y de bestia, las dosis de alcohol que diariamente infiltraba en su organismo.

Son éstos el retazo de pueblo á quien se arenga con el propósito de sugerirle ideas y conceptos políticos, sublevando en ellos sentimientos torcidos, y á quienes se fomenta la haraganería y los vicios por una temporada, cuando hay que lanzarlos como perros de presa sobre el adversario.

El nombre de valientes les suena como una música celestial, trastornando su cerebro, y la interpretación que ellos dan á la palabra, consiste en promover los mayores desórdenes, contando con la impunidad y la protección de sus jefes.

..............................................

La casa se llenaba durante la noche de todos estos ciudadanos dispuestos á derramar su sangre, más por el patrón que por la patria, y que en la inconsciencia de sus derechos y en el relajamiento de sus costumbres, son capaces de todas las temeridades más odiosas... y de todos los heroísmos más abnegados... al César lo que le corresponde.

En las épocas de las elecciones hacen su aparición repentina,—vienen por bandadas, por grupos; otros, solos, taimados, haciéndose rogar, convencidos de su valimiento.

Al obscurecer empiezan á desfilar lentamente hacia el Comité, haciendo estaciones y caídas en todos los negocios de bebida, en los que de paso reclutan á los más rezagados.

Fácilmente se les puede rastrear por la franja descolorida que van dejando, pues es su hábito peculiar, caminar rozando las paredes.

Los más jóvenes conservan bien la noción de sus actos, y aunque no puedan medir el alcance de las obligaciones y de los derechos de que pueden disfrutar y que ellos enajenan fácilmente en beneficio de un tercero, saben muy bien apreciar la importancia de su puesto, y en-

tienden, como ninguno, el sistema de darse aire en su jerarquía de política transitoria.

Sufren una curiosa perversión de sentimientos, pues, la patria encarna para ellos algo como la guerra, la lucha, la defensa de derechos usurpados, y por esto en la guerra los vemos realmente luchar brazo á brazo, como valientes, y sostener la fama de tales con un ardor y un brío que envidiaría el mejor soldado.

La patria en la guerra, en el peligro, en las convulsiones políticas, es la única patria que ellos reconocen, y puede decirse que en esto se cumple una ley de atavismo social.

Felizmente, á estas ideas y á estos hechos, transmitidos conjuntamente con el coraje de padre á hijo, se han sucedido otros conceptos que, en la evolución material y moral de nuestro progreso, borran los instintos bélicos y camorristas, por el amor al trabajo; y al amparo del orden, de la estabilidad, son factores útiles que se van incorporando insensiblemente al engranaje común para contribuir al engrandecimiento del edificio social.

Á la patria guerrera se ha substituído la patria del trabajo; al arma, el arado, y á las convulsiones políticas de los caudillos, la propaganda incesante por el orden y el bienestar común.

En las estaciones políticas sube sin embargo la marea, y entonces vienen á la superficie los impenitentes, los rezagados, los aferrados á las ideas antiguas, los que quieren echar una cana al aire, arrastrando el poncho y acariciando el

lacón; pero el entusiasmo dura poco, y los antiguos bríos no encuentran la resistencia apetecida.

Ellos se mantienen fieles á su tradición y á su fama legendaria de valientes; leales hasta el sacrificio; audaces hasta la temeridad:—héroes anónimos, que todos sabemos donde caen y donde mueren.

Su recompensa no cuesta á la patria muchos desembolsos.

Los más viejos ya han corrido la ruda tarea de una vida azarosa, sin porvenir, sin horizontes, sin ambiciones:—un hogar que fácilmente se derrumba; hábitos nómadas y la herencia de la miseria como una perspectiva poco halagadora que ellos miran con indiferencia.

Son los figurantes del Comité, los indispensables para dar á las manifestaciones públicas su carácter de grandes asambleas en plena calle, á los gritos de viva fulano y mengano, en medio del estrépito de la música destemplada y de las puertas y vidrieras que se cierran por temor de los estragos.

.................................................

Esa noche había gran asamblea.

El Comité hervía de gente de toda clase.—Las piezas interiores estaban ocupadas por los personajes más conspicuos;—los miembros de la comisión directiva, con cierto aire de suficiencia y de unción que les venía de lo alto.

El secretario se había puesto su cuello más almidonado y una levita negra que le daba por

las pantorrillas; estaba embarazado con sus faldones, que en cualquier movimiento se abrían como paracaídas,—lucía su mejor alfiler, y su anillo de chispa tenía un compañero tan ancho que le impedía doblar el dedo.

Iba de un lado para otro, llevando papeles, entregando cartas y notas,—dando explicaciones, —escuchando pacientemente las preguntas que le dirigían y sonriéndose con malicia con alguno de su confianza, cuando pasaba por delante de una serie de personajes adustos, graves que estaban sentados en hilera simétrica, en un rincón de la sala, fumando con desahogo, hablándose á hurtadillas con monosílabos, y dirigiendo de tiempo en tiempo sus ojos desconfiados á la puerta de salida.

Tenía el aspecto venerable de los ancianos bíblicos.

La buena fe les hacía considerar el Comité como un templo; su actitud era la de un testigo que espera la llegada del juez para prestar su declaración.

Habían acudido al llamamiento, trayendo su contingente de influencia; en cambio, habían abandonado su hogar y sus majadas con la despreocupación que les caracteriza.

El secretario aprovechaba la confusión para hacer sus excursiones al fondo de la casa, en busca del fulano de los mates que los tenía cebados en hilera y por cuyas bombillas pasaba alternativamente sus labios como quien toca la zampoña; luego, limpiándose con la manga del

levitón, entraba más serio que un obispo en el salón de su dependencia.

Un vocerío sordo y molesto llenaba todo el ambiente, especialmente en el interior, donde se respiraba un aire denso y saturado de humo.

En los distintos corrillos que se habían formado, se hablaba en voz alta, se discutía, se armaban apuestas y se ponderaban las virtudes y los méritos de los ciudadanos inscriptos en las listas.—Eran todos la flor y crema del partido; ninguna tacha podía arrojárseles; en cambio, á los que figuraban en la lista contraria, se les aplicaban los dicterios más usuales del vocabulario callejero.

Se les presentaba como á seres de otra especie.

Esos no querían la patria feliz, engrandecida, sino abierta por los cuatro cantos para satisfacer sus ambiciones y su codicia.

Un extraño, al oirlo, habría creído que se trataba de enemigos feroces á quienes era menester negarles el fuego y el agua.

En el patio, las escenas y los corrillos revestían un carácter más especial, más democrático.—Era la gente, la *troupe,* que estaba esperando el santo y seña y el reparto de armas; —todos estaban listos, dispuestos al asalto y á defender sus derechos.

Esa noche estaban acuartelados en el Cómité; habían recibido un *pret* generoso y una ración muy abundante de alcohol, de mates y de cigarros.

Contentos, decidores, algunos habían improvisado un fogón en el fondo, alrededor del cual se habían agrupado en cuclillas, doblando la cabeza sobre el pecho, para no respirar el humo que despedía un pedazo de carne asada, ensartada en un palo inclinado sobre el rescoldo.

Contaban sus aventuras galantes y militares, sin énfasis, sin afectación, en esa media lengua, mezcla de castellano, de argot callejero y de interjecciones picantes.

Un mocetón novicio, escuchaba como un discípulo esas lecciones prácticas, en tanto que tocaba una marcha con el cabo de su cuchillo.

De pronto, un silbido especial, prolongado, que vino del primer patio, hizo levantar á uno de los camaradas que se abrió paso sin miramientos entre los grupos.

Al llegar á la puerta de la sala, se encara con el secretario, que le dice algunas palabras al oído; luego, se aparece un personaje con levita de paño, sin sombrero, de melena escarchada y reluciente: con aire agitado lo toma del brazo, lo lleva á un rincón y allí le da las instrucciones necesarias, después de las cuales se retira, no sin haberle dicho nuevamente, acompañando sus palabras de un gesto significativo:—¿ya sabes, eh?—Pierda cuidado, contesta el aludido, echando su mano al ala del sombrero y abriéndose paso nuevamente, más ufano y engreído que un canciller que lleva *in pectore* un grave secreto de estado.

Los camaradas miraban con curiosidad y en-

vidia al jefe improvisado, y algunos, con cierta audacia curiosa, se atrevían á preguntarle:—¿qué te ha dicho? ¿qué hay... Nada hombre, nada; lo que hay, es que mañana tendremos que relucir las latas,—añadió con aire de impaciencia el caudillo, mientras volvía á su fogón, donde lo esperaban veinte ojos para interrogarlo de nuevo.

..........................................

Un mulatillo imberbe, que había colocado su cigarros detrás de la oreja y que estaba arrimado de canto contra la pared, con el ala del sombrero sobre los ojos, sonreía irónicamente, al tiempo que decía con tono rencoroso:—ya veremos mañana si es tan guapo como dicen.

..........................................

Continuaba la bulla y el vocerío; habían dado las diez; el presidente del Comité no aparecía, faltaban él y algunos otros miembros conspicuos de la comisión directiva.

La gente empezaba á impacientarse, y algunos se disponían á abandonar el recinto.

De pronto, uno que estaba de centinela avanzada, dió el grito: ¡ahí vienen!...

Efectivamente: el presidente, echando adelante su blando abdomen y abanicándose con el pañuelo, entró sofocado en el zaguán.

Detrás de él venían los personajes de mayor cuantía, procurando hacerse de importancia cada uno á su modo.

No bien hubo llegado el presidente al patio, un estruendoso viva hizo retumbar la casa.

¡Viva fulano, viva mengano, muera el de más allá!—gritaba cada uno, según su entusiasmo y sus instintos.

Un negro veterano, aguerrido, acribillado de heridas y de porrazos, abría una boca como un horno, y en los momentos en que prolongaba la cantinela, parecía una de esas cabezas que sirven á los niños para jugar á los tejos.

Restablecido el orden, y una vez que el presidente hubo cambiado varios apretones de manos, abrazos y demostraciones cordiales y efusivas con los más íntimos, el señor secretario tocó violentamente la campanilla para llamar la atención del auditorio y restablecer el silencio.

Una vez obtenido el objeto, el presidente, que había sentido algo como un baile de vísceras en el interior del cuerpo, tomó la palabra, empezando con un ruidoso:—¡Señores!—como quien da un gran sablazo en el aire.—¡La patria!—añadió en seguida (¡siempre la patria tomada de los cabellos para servir de pantalla á todas las diabluras, como decía el cebador de mates!) —Todos los ojos estaban clavados en el fondo del salón, y las miradas, en los distintos puntos de la respetable economía del señor presidente.

—La patria, que avanza con pasos gigantescos por el camino de la gloria (¡bravo, bravo! aplausos y vivas prolongados; algunos mueras, dados á destiempo, produjeron un poco de hilaridad, pero, en fin, el presidente, sin desconcertarse,—continuó su peroración)... Estamos en

una epoca de lucha por los grandes principios (¿cuando no lo estamos?), y por las ideas (esta es otra música).

Es menester que aunemos nuestras fuerzas para el bien común (esto, dicho sin vacilar y con aire de convencimiento) y entonces necesitamos el esfuerzo de todos, de todos los que amamos las instituciones libres (los adversarios las detestan) para que la patria de San Martín y de Belgrano (indispensables en todos los discursos patrioteros;—vivas y aplausos prolongados: menos mal cuando se aplaude á los próceres)... Y bien, señores (recurso como la ayuda de la virgen María en los sermones), y bien, señores, mañana es el gran día, en el que iremos á demostrar á nuestros enemigos (la enemistad es recíproca) que estamos preparados al triunfo, y que nuestros elementos, secundados por nuestros derechos (benditas sean tus armas, joven soldado) pondrán la justicia de nuestro lado, para que se salven los principios (gran pausa; mirada significativa de un íntimo del presidente, que le dice con admiración silenciosa: ¡eres un Demóstenes!) Que se salven los principios, sí, señores (pausa y espera de aplausos ruidosos; y por último, en nombre de... aquí, el nombre del candidato, de efecto mágico, pronunciado con dulce languidez de enamorado... vivas y aplausos á discreción; la campanilla del secretario vuelve á sonar con estrépito. Se restablece el orden, y el presidente, á quien empezaba ya á flaquear la memoria, y creyendo

haber cumplido de sobra con el encargo del candidato, se lanza con bríos al epílogo del discurso con otro'): ¡señores! (tirado á fondo): en nombre de... os pido á todos y á cada uno que os encontréis mañana en el puesto de honor, en defensa de nuestras instituciones y de nuestros derechos! Las instituciones están tan tranquilas como los papeles viejos de un archivo. Resonaron nuevamente los vivas, los aplausos, y la música contratada para esa noche empezó á preludiar un trozo destemplado de opereta.

En ese momento, hizo su entrada el *hombre de los imanes,* acompañado de su amigo.

En la mitad del zaguán se le había empacado; quería retroceder;—huir como los chicuelos que se escapan del colegio.

—Vamos, entra de una vez, ¿tienes miedo?—le dijo su amigo impacientado.

—No miedo precisamente... Es que me marean tanta gente, el humo y el mal olor que aquí se toma.

—No, hombre, en política, no hay malos olores; debes acostumbrar tu olfato,—¡todo es ambrosía! y el *hombre de los imanes,* con su cara triste, vieja, lángida, sus barbas que parecían postizas, sus largas piernas de esqueleto, y sus manos de desocupado, entró en el patio con el sombrero debajo del brazo, como quien lleva un instrumento de música.

Una vez allí, empezó á mirar para todas partes, con ánimo de disparar; le latía el corazón, como si estuviese cercano á un gran peligro;

todo era nuevo para él: era la primera vez que afrontaba esas reuniones, de las que tantas veces había oído hablar y en las que nunca había penetrado.

No había vuelto en sí de su azoramiento, no había acabado de buscar un sitio oculto, obscuro, desde donde pudiese observar todo sin ser visto, cuando empezó á sonar de nuevo la campanilla: se hizo el silencio, menos solemne que cuando había hablado el presidente, pues el que iba á tomar la palabra en nombre de los derechos del pueblo, etc., era carta conocida, y como orador no tenía sino la figura.

Habló, historiando las peripecias de su gran partido, los sacrificios que todos habían hecho, incluso él, que andaba merodeando por un puestito cualquiera y haciendo acopio de méritos.

Los vivas y los aplausos interrumpían el discurso; el entusiasmo iba en crescendo; las palabras, patria, amor á las leyes, defensa de derechos, peligro de instituciones, grandeza futura, próceres y semiprocéres, todo había salido á relucir, como quien sacude el polvo á la ropa vieja. Para nuestro *hombre de los imanes* eran cosas raras, singulares, algo como si estuviese en un manicomio.

Se desconocía á sí mismo, desconocía á su amigo, á quien veía en medio del salón con el cabello alborotado, los ojos brillantes, haciendo ademanes grotescos, dando exclamaciones impetuosas que le hacían saltar los botones del chaleco.

Él mismo se sintió entusiasmado; una ráfaga de patriotismo de comité le recorría la medula como un sacudimiento voluptuoso.

Tuvo tentaciones de gritar, de subir á la tribuna improvisada y ostentar él también su elocuencia de patriota por la buena causa, por los principios sagrados de la libertad, por el amor á las leyes y á los derechos del hombre;—se sentía transportado, era otro; allí, en su rincón, había perdido el miedo; se sentía inflamado por el ardor juvenil, por sus ideales: Lamartine y Pelletan le bailaban en el cerebro; se ponía nervioso, frenético; las escenas de sangre, las conspiraciones, la patria en peligro que lo reclamaba, todo pasaba en tropel delante de su pupila dilatada.

En ese momento hubiera deseado la lucha, el combate, la guerra, el estruendo de los tambores, el silbido de las balas, los ayes de los heridos y de los moribundos; él, en medio del peligro, fuerte, valiente, peleando brazo á brazo, derribando enemigos, asaltando fuertes, tomando trofeos de guerra;—y luego, en medio del humo y del combate, levantando el estandarte de la patria sobre las ruinas y los cadáveres del enemigo;—aclamado, victoreado, cubierto de laureles y de flores, en una apoteosis brillante que lo saludase como al benefactor de la patria querida.

Su cerebro daba vueltas como un molino; se le nublaba la vista; ya no veía la masa enorme de gente que lo rodeaba; tenía zumbidos en los

oídos; estaba fuera de quicio; su entusiasmo lo había llevado al delirio; á los gritos de vivas y mueras se sentía estremecido como si le diesen una gran sacudida en la nuca.

En ese instante la manifestación debía salir á la calle; los grupos se iban uniformando, y al compás de una marcha ramplona iban marcando el paso con palmoteos y silbidos; tenían que pasar frente al comité enemigo, para dar fe del entusiasmo y del número, y enseñar bien los dientes.

—Vamos, vamos—decían desde adentro;—él se sintió empujado, arrebatado, y sin perder un ápice de su entusiasmo, se fué al fondo del salón, arrancó rápidamente una de las banderas, con acento vibrante dió un grito de ¡viva la patria! que le salía del fondo del corazón, y se lanzó á la calle desplegando su estandarte.

Allí, olvidándose de la consigna recibida, suscitando en su memoria el recuerdo de otros tiempos, y con el delirio de su entusiasmo, iba á dar un viva á sus ideales del pasado, cuando sintió que una mano fuerte, nerviosa, le comprimía la boca, dejándole el viva en los carrillos, abollados como los de un niño que juega con un buche de agua.

—¡Bárbaro!...—le dijo su amigo al oído;—abrió él los ojos como un estrangulado; y con acento quejumbroso balbució:—¡Tienes razón!

## INCONSCIENTE

Era la primera tentativa. Había pasado hasta entonces de incógnito, entre las miserias y los vaivenes del ocio, sin sentir rubor; se había substraído por su voluntad á las miradas fiscalizadoras de las gentes; no tenía á quien rendir cuenta de su manera de ser, sino á sí mismo. Se había abandonado en cuerpo y alma á las exigencias caprichosas de su organización enfermiza y pervertida, y cuando los ultrajes de la suerte levantaron en su espíritu algo como un reproche, no tenía más que golpearse la armazón del pecho para cantar el *mea culpa.*

Le había asaltado ahora la veleidad de la vida pública, el deseo de figurar, el entusiasmo de ingresar en las filas de los hombres que tenían influencia y que fácilmente habrían podido traerlo á la superficie; pero en el primer asalto dado á la fortuna, se quebraron estrepitosamente sus armas, cayó vencido, y, lo que es peor, magullado, con la cabeza rota y la rechifla y las amenazas de las turbas.

Había tomado las cosas á lo serio, se había sentido inflamado como una mecha de estopa con el ardor patriótico, en medio de los discursos abigarrados del Comité, y había creído, como

los niños que miran con la boca abierta las pantomimas, que todo aquello era de verdad.

Esa fantasía tenía para él un atractivo irresistible, se sentía arrastrado á lo heroico y hubiera pagado con un año de su vida, á falta de otra cosa, por tener ocasión de poner á prueba su decisión y su valor.

Cuando se vió arrebatado por los grupos y se encontró en la calle, dueño de una bandera que hacía flamear á los cuatro vientos, marchando al compás de la música retumbante, aturdido por los gritos, por la algazara, por los vivas, por el estallido de los cohetes y las bombas; empujado, pisoteado, arrebatado fraternalmente por los que corrían, como enloquecidos, á transmitir las órdenes recibidas de los cabecillas de la manifestación; cuando oyó de nuevo los discursos, á la puerta de la casa del candidato y vió á la gente frenética, entusiasta, y oyó gritar hasta el delirio y aplaudir con estrépito, y vió á los grupos apiñados, confundidos democráticamente, y treparse á las rejas de las ventanas, se sintió de nuevo entusiasmado, enardecido; una voz misteriosa le gritó desde su interior, con imperio irresistible: habla, habla, y él, rompiendo el incógnito y cediendo como un autómata á esta fuerza poderosa, empezó á pronunciar un discurso que debía levantar la piel de pollo en los oyentes.

Tomó la palabra encaramado sobre un montón de escombros que había en la calle, erguido, tieso, levantándose sobre la punta de los pies,

extendiendo sus largos brazos de crucificado, con su sombrero abollado en una mano y el estandarte desplegado en la otra; su melena enmarañada, volando al viento como un penacho; sus ojos centelleantes, sus labios trémulos por las ráfagas de ira, de coraje, de entusiasmo, de ardor patriótico, que le subían como calofríos por el espinazo, parecía la efigie de la desolación, pregonando las ruinas de la patria sobre un pedestal de escombros que el acaso había puesto bajo sus pies.

Brotaban sus palabras como blasfemias en el atropello de reproches que lanzaba sobre los malos ciudadanos.

Habló de conspiraciones, de delitos políticos, de regeneración social; se sublevaron en su cerebro desmantelado instintos neronianos; quería prender fuego, destruirlo todo, acabar con el género humano, á fin de hacer brillar la libertad que no podía vivir entre los hombres.

Cuando les llegó el turno á los candidatos, los fué exhibiendo de á uno como leprosos; los colmó de injurias y de epítetos.

Eran una serie de monstruos, de ambiciosos sin antecedentes y sin prestigio, á quienes la patria nada debía y por la cual nada habían hecho; así, por grados, iba subiendo el tono de su arenga, interrumpida por los vivas de los que, estando á la distancia, no oían sino el eco de: *patria, enemigos, exterminio, triunfo de la libertad,* y veían siniestra y arrogante la figura convulsa del energúmeno orador... Aplausos y

vivas que no atinaban á comprender los que, estando cerca, habían seguido todas las variantes de su discurso, que caía como una bomba de dinamita en medio del entusiasmo de las turbas, que habían ya lanzado sus mueras y empezaban á mostrarle con irritación creciente sus puños temblorosos.

Él seguía impávido y cada ves más fogoso, sin medir el alcance de sus palabras y el peligro que le rodeaba. Si sus frases, sus injurias, sus epítetos, hubiesen sido lanzados al rostro del enemigo, esa noche se conquista una ovación entusiasta; pero era á ellos, á sus amigos, á sus *cabezas parlantes*, á los que representaban las deidades veneradas del cenáculo. Luego, las turbas mismas recibieron su merecido, en medio del estrépito, de la música, de la gritería, de los silbidos; al llegar aquí, estalló la ira comprimida.

Los mueras, las amenazas, los silbidos, los terrones de escombro, hendieron el aire, y cien manos frenéticas, rabiosas y arqueadas como ganchos, lo atraparon por todos los costados, le desgarraron las ropas, le arrancaron el sombrero, le sacaron los mechones de pelo más al alcance de estas garras, y, derrumbándolo, lo habrían indudablemente sepultado en los escombros, si la presencia salvadora de su amigo no hubiese intervenido milagrosamente en ese instante álgido del furor popular.

El pobre hombre estaba desconocido, con las ropas desprendidas y rotas en jirones flotan-

tes; de su levita no le quedaba más que un faldón huérfano que podía cubrir á medias el dorso afrentoso de sus pantalones; una manga había dejado el forro, como si pillada in fraganti, hubiese abandonado el resto de la ropa para huir del peligro.

Su fisonomía pintaba el estupor, el delirio, la sorpresa, el aturdimiento, la inconsciencia del daño que había causado; no se daba cuenta de por qué lo estropeaban con tanta saña; oía las amenazas que le dirigían como un idiota á quien se le imputa un delito: recibía los golpes de puño sin sentir el dolor; le parecía que esos hombres enfurecidos, iracundos, que blasfemaban y tentaban ultimarlo, mirándole con ojos inyectados de furor, eran locos, irresponsables, y un nuevo vértigo vino á unirse al primero, al que ya había tenido sin saberlo, y le pareció que toda aquella gente hacía en torno de él una danza infernal, aturdiéndolo con sus gritos, con sus improperios, con el ruido de sus músicas y con la gritería de otro orador que en ese momento hablaba del candidato como de un Dios. Entonces le vino á la memoria el Comité, los discursos, su entusiasmo, su bandera, el delirio con que había salido á la calle y la cara plácida de su amigo, que lo contemplaba con lástima y que con su prestigiosa voz de mando, impedía que sus enemigos le hicieran nuevos daños; y allí, sobre el lecho de escombros, con la cabeza ensangrentada, rotoso, desgarrado, con la cara cubierta de lodo, las manos crispadas, compri-

miendo los jirones de su bandera, sintió que le faltaban las fuerzas, que le zumbaban los oídos, que se le nublaba la vista, que perdía poco á poco la conciencia de su ser; hizo un esfuerzo para incorporarse, y aun no había levantado sus hombros del suelo, cuando dió un grito penetrante, cayó de nuevo y empezó á revolcarse en el fango en un horrible ataque de epilepsia.

Sus perseguidores retrocedieron espantados; aquel hombre, con el rostro desfigurado por la contracción convulsiva de sus miembros, con la boca torcida y cubierta de espuma sanguinolenta, con las ropas desgarradas, cubiertas de manchas de lodo y de sangre, era un espectáculo imponente; no se atrevieron ni á impedir que se despedazase contra el empedrado y contra el montón de escombros que le servía de lecho.

...............................................

Su fiel sombrero de copa estaba allí, en el suelo, á su lado, como un ente piadoso que contemplase su desventura.

## INSERVIBLE

Estirado como un muerto, y sobresaliendo las canillas flacas y contusas de la angarilla, llevada por dos almas piadosas que se entretenían, en el trayecto, en imprimirle movimientos de vaivén, para reirse maliciosamente cuando el pobre hombre estaba á punto de darse un tumbo.

Así iba en la víacrucis de la excecración pública el desventurado *hombre de los imanes.*

Detrás de él, los agentes del orden público, tiesos, adustos, convencidos de su alta misión y haciendo apartar á los curiosos con cierto encono impertinente, correspondido con murmuraciones sordas y sátiras callejeras, que interceptaban el eco de un silbido capaz de sublevar su sangre fría y su paciencia.

Era una procesión grotesca, que hacía distraer á los transeúntes, parar los vehículos y agrandar la bola de nieve de las mentiras, inventadas al paladar de cada uno, sobre la causa y el estado del desdichado que iba en la angarilla.

Algunos manifestantes, más amigos de ver el desenlace del triste acontecimiento que de seguir

gritando vivas y mueras por cuenta ajena, habían seguido también la angarilla.

Iban por grupos, alegres, alborotados, prolongando su entusiasmo con libaciones que hacían á hurtadillas, escondiendo debajo del saco el cuerpo del delito.

Entre ellos, algunos taimados, recelosos, esquivando ciertos ojos que bien sabían que desprendían miradas que penetraban por las rendijas de sus pasadas aventuras, y que la puerta de la comisaría era una boca hambrienta que los atraía con el vértigo del abismo.

Se mantenían á una prudente distancia, echando sobre los ojos el ala del sombrero y haciendo del cuello del saco un tubo por donde sacaban de vez en cuando la cabeza como tortugas.

La angarilla hizo alto en la puerta de una comisaría; los guardianes se hicieron una venia ceremoniosa y el que dirigía la marcha dió la voz de entrada, rígido y adusto como un general que manda asaltar un fuerte.

En la confusión, pocos advirtieron que algunos de los grupos fueron atrapados y conducidos al interior por agentes disfrazados que andaban en la semiobscuridad de la calle confrontando caras y buscando en los rasgos fisonómicos la imagen viva de los retratos que tenían en los bolsillos ó de las señas que habían recibido.

...... ............. ............................

Si al lector no le molesto, podemos entrar y tratar después del *ben chi vi trovai*...

La angarilla había hecho alto en medio del patio.

El epiléptico seguía inmóvil; sólo de vez en cuando sacudía de golpe su cuerpo en una contracción convulsiva, como si recibiese un choque violento.

Su fisonomía había perdido la expresión de estupor; por el contrario, sus músculos, que habían entrado en calma después del trabajo que habían soportado, estaban ahora plácidos, relajados, y le daban una expresión de calma y de bienestar.

Dejaba oir un ronquido gutural que le hacía asemejar al estertor de los moribundos.

Sus párpados parecían velar piadosamente sus miradas para evitarle la penosa sorpresa del recinto en que iba á encontrarse.

El resto de su cuerpo, magullado y mal cubierto por jirones de ropa, daba la medida de la categoría social del sujeto.

Largo rato estuvo así, estirado en el patio, visitado sucesivamente por el personal de la casa y sirviendo á los comentarios de los del bajo servicio que de tiempo en tiempo venían á darle una sacudida para hacerle despertar en medio de risas comprimidas y de motes poco honestos.

La entrada de nuevos huéspedes les hizo distraer de su entretenimiento; habían recibido la orden de dejarlo en el patio para que le diera el aire, á fin de que se le pasara el mal trago; empujaron la angarilla hacia el ángulo del fon-

do, y al hacerlo, cayó el famoso sombrero de copa, y como si estuviese animado por el instinto del estado en que estaba su dueño, se fué rodando hacia él; un pie tosco, grosero, se le puso encima y en un golpe violento lo hizo sonar como un globo de goma reventado; después de este, otro y otro, hasta que en el último fué á rodar al medio de la calle, donde quedó desorientado para siempre de la cabeza que por tanto tiempo había protegido del sol y de la intemperie.

.............................................

Nuestro amigo había abierto los ojos sin darse cuenta en el primer instante de lo que le había pasado.

Se encontraba tendido sobre un lecho duro, rodeado de paredes desconocidas y teniendo por techo un cielo bellísimo, salpicado de estrellas que parecían próximas á caer sobre su cabeza como gotas brillantes.

Quiso incorporarse, pero le faltaron las fuerzas, se sintió todo dolorido, especialmente en la nuca y en las piernas, donde tenía dolores que por momentos le hacían contorcer.

—¿Qué será?—dijo para sí.—¿Estaré soñando?

Se restregó los ojos y entonces pudo ver perfectamente el sitio en que se encontraba.

—¡En una comisaría!—exclamó.

Poco á poco se fueron dando la mano sus recuerdos, hasta constituir una cadena que giraba en su cerebro como una rueda. El comité, los

discursos, la bandera, sus impresiones, su amigo, la salida á la calle, el estrépito de las músicas, su entusiasmo y después... nada: el vacío, y ahora la comisaría... los agentes que pasaban á su lado con aire de mofa; otros, marchando con paso acompasado en la penumbra del patio, y luego grandes manchones de sombras movedizas que se dibujaban de improviso en la pared alta y blanqueada que tenía por delante.

Figuras humanas reflejadas grotescamente como en el bastidor de la linterna mágica.

Un vigilante que salía de recibir órdenes, empezó á proyectarse en su forma natural; poco á poco, se fué agrandando, á medida que avanzaba, hasta tomar proporciones colosales.

Se entretenía en mirar estos contornos gigantescos en la variedad curiosa con que los presentaban los distintos reflejos de luz, cuando vió entrar rumorosamente un grupo de agentes conduciendo á un infeliz que pataleaba como un poseído.

Los vigilantes le servían de muletas, él había dejado caer completamente su cuerpo, como un paralítico; arrastraba sus piernas, á las que imprimía de trecho en trecho movimientos nerviosos y violentos, á tiempo que lanzaba blasfemias de un repertorio desconocido.

Sus ropas viejas, harapientas, que apenas lo cubrían, estaban manchadas de lodo seco, y en su semblante, joven aun, podían verse ramificaciones de colorete que se difundían por sus

mejillas como en un acceso de rubor inconsciente.

Luchaba con tenacidad por desasirse de sus conductores, pero éstos, que revelaban pericia y garras fuertes, no tenían que hacer esfuerzo para detener sus pretensiones.

Un tirón estudiado, convencional, le hizo entrar bruscamente en la sala de la audiencia.

La pared, que iba reflejando en su variedad continua todas las formas plásticas del grupo, dibujó la última, grande, inmensa...

El ebrio había tomado las proporciones de un animal gigante; si alguien se hubiese tomado el trabajo de ir dibujando los lineamientos, habría podido sacar una figura grotesca, original, pues, á merced de los reflejos de luz y de las sombras, se había empastado una mole que había perdido por completo los contornos humanos.

Un animal extraño, con una cabeza deforme, orejuda, cubierta de pelos largos, tiesos en la frente, enmarañados y abundantes en la nuca; una nariz larga, gruesa, completando un hocico repugnante, del que pendía un labio hinchado, redondo, apoyado sobre el colchón de pelos rígidos que presentaba la barba como un repliegue de cuero colgante.

Los brazos caídos terminaban en dos manos de oso; el lomo y las piernas formaban un todo que hizo sonreir al *hombre de los imanes*.

—¡Qué particular!—se dijo, al ver esa sombra;—cualquiera diría que se trata de una bestia y no de un ser humano.

Por una extraña coincidencia, el espadon del vigilante, que en ese momento era desenvainado, probablemente para mostrar al superior que estaba virgen de la calumnia que se le imputaba, vino á aparecer adherido al dorso del ebrio, figurando una cola como nunca animal alguno la exhibiera.

La sombra presentaba todas las faces del movimiento, hasta que desapareció de golpe para dejar en su reemplazo una figura esbelta, elegante, tiesa, delante de la mesa de escritorio.

Esta nueva sombra alzaba rápidamente los brazos, haciendo ademanes nerviosos, á tiempo que decía: soy inocente, soy una víctima, un caballero... en las sombras, podría agregarse.

Después de esta, otra y otra; cada una con las proporciones acrecentadas y deformes, según los sujetos que iban ingresando en el recinto.

Este entretenimiento inocente le hacía distraer de reflexiones amargas y de cavilaciones, en las que su espíritu no podía anudar bien los hilos de su situación presente y de sus aventuras políticas.

—¿Por qué estaré aquí?—se dijo de pronto.

—¿Y la manifestación?

—¿Si habré cometido algún daño, del que soy responsable sin saberlo?

El amor propio de su pequeño valimiento, habiendo figurado como un factor de cierta importancia en la manifestación, le hacía pensar modestamente que tal vez se hubiese compro-

metido, llevando sus ideas y sus actos más allá de lo conveniente y de lo pactado con su amigo; luego, añadió, saboreando una ráfaga de orgullo que ocultaba en lo más íntimo: ¡tal vez soy víctima de alguna confabulación!

El papel de víctima era para él un ideal.

Cerró de nuevo los párpados y empezó á creer que eran sus enemigos los que habían disuelto la manifestación, y que tal vez á su compañero le había tocado peor suerte.

Al fin, él estaba estirado en una angarilla, protegido por el cielo, y aunque olvidado en un rincón del patio, ya le llegaría su turno para ser interrogado y juzgado como convenía á su posición y á sus compromisos.

Pero aquí, *più che il dolor pote il digiuno* y empezó á sentir las ansias de su estómago que desde por la mañana no había sentido el roce de un mendrugo.

Sus dolores se habían calmado, pero cada vez que pretendía levantar la cabeza, sentía que su cerebro pesaba como si fuese de plomo y que no podía fijar sus ideas con la lucidez de otros momentos.

Se hallaba abstraído por estas observaciones autopsicológicas, cuando sintió que una mano le agarraba con fuerza un brazo y lo sacudía violentamente. Una exclamación de sorpresa de disgusto, de dolor, contestó al torpe llamamiento del guardián.—Levántese,—le dijo con voz imperativa.

—¿Levantarme?... no me es posible; es pre-

ciso que usted me ayude... Otra sacudida, más violenta que la primera, le hizo llegar al borde de la angarilla... Miró esta vez al vigilante con ojos de reproche é increpándole su conducta le suplicó que no le hiciese daño.

Éste, que no tenía en su masa cerebral un pequeño grupo de células que elaborasen la compasión ó sentimientos congéneres, se limitó á llamar en su auxilio á un colega, y entre los dos pusieron de pie y sin miramientos á la pobre economía del infeliz.

Estando en esta posición, le dió un vahido y hubiese caído desplomado, si los dos hombres que se empeñaban en hacerle caminar, no intervienen á tiempo para sujetarlo.

—¡Qué delicado!—dijo uno de ellos con sorna,—acostumbrado á tramitar esa mercancía de ebrios y vagabundos sin el menor escrúpulo, tanto de su parte para tironearlos, cuanto de los otros para oponer una resistencia de bestia que lucha y patalea para quitarse el dogal.

—¡Bah!—pensó el otro,—á éstos no hay que mirarlos con lástima... dan un trabajo!... es menester estar detrás de ellos como de criaturas... si yo fuese gobierno haría echar al río todas las pipas y botellas de bebida, para que nadie pudiese tomar.

—Yo haría cortar todas las parras—añadió con énfasis su camarada para presentarse más radical.

Dos miembros entusiastas de la sociedad de temperancia no habrían discurrido con más convicción ni con más aplomo.

El *hombre de los imanes* estaba sentado en la angarilla, con el cuerpo caído hacia adelante, sus brazos largos, flacos, colgando, como si estuviesen desarticulados, la barba apoyada contra el esternón, saliente del pecho como una tablilla de fracturado.

Los vigilantes le imprimieron una nueva sacudida, y de pronto, como si le hubiesen dado un tirón al nervio más sensible, dió un salto tan brusco hacia atrás, que hizo espantar á sus dos perseguidores.

Repuestos de su sorpresa, quisieron nuevamente atraparlo, pero, su actitud hostil, su mirada tosca y brillante, su ademán amenazador, les hizo comprender que se ponía á la defensiva, dispuesto á disputarles los últimos jirones de su ropa, que estaban ahora como erizados sobre su cuerpo de esqueleto.

En esa actitud plástica, cerrando los puños crispados y levantados sobre su cabeza, sus largas piernas abiertas como un trípode, envuelto en las sombras del patio, tenía un aspecto siniestro; era un animal desconfiado, erguido sobre sus garras, que se ponía á la defensiva.

Los dos asaltantes procuraban disuadirlo, empleando ahora toda la miel de su lógica autoritaria y tirándole de vez en cuando un zarpazo para asirlo y conducirlo á la presencia del superior.

Querían evitar la camorra ruidosa; peleaban en silencio; él, en el rincón, defendiéndose de todas maneras: ellos, sin conseguir más ventaja

que la de arrancarle un resto de la manga ó un pedazo de solapa para jugar como cachorros con los trofeos conquistados.

Sus contendientes eran dos muchachos de pómulos salientes, de un cuarto de sangre, con el rostro aceitunado, la mirada movediza y con la expresión traicionera del gato montés.

Estaban allí de vigilantes como podían estar de cualquiera otra cosa; tenían ambición por el mando, por el sable, por los botones plateados y por ostentar entre sus camaradas su autoridad y su persona.

Al fin, una aspiración modesta, que los emancipaba á ellos mismos de caer en las redes de esa autoridad que estaban representando, y aunque su mejor empeño era siempre en el barril, solían dar lastimosamente en el suncho.

Su posición, su jerarquía, la gravedad que les imponía el puesto, no podían borrar del todo sus instintos y sus tendencias. Acostumbrados á tratarse así entre ellos, á estar horas enteras haciendo gimnasia de manoteos y pujilatos que suelen acabar con heridas y contusiones, la habían emprendido con el epiléptico sin la menor idea de hacerle daño, pues, de paso que lo conducían al interrogatorio, estimulaban su terquedad y su enojo con un poco de camorra bien inocente según su manera de entender.

En uno de los ataques, la mano dura, áspera y sudorosa del más musculoso, le cayó como una piedra sobre el hombro y de allí en un quite suave, meditado, le pasó por la cara rozándole

con la yema de los dedos en una caricia felina y afrentosa. Un grito de despecho, de humillación, que estalla en una protesta de ira y amenaza, puso fin á la escena; los dos muchachones se intimidaron, y para evitar que el jefe ó empleado superior interviniese castigando su grosero entretenimiento, empezaron ellos mismos á apostrofarlo con voz acentuada y hacerle marchar ya sin miramientos al interior de la oficina.

—¿Quién es éste?—dijo el empleado que estaba sentado como un juez delante de su escritorio y que acababa de hacer dar el último ronquido á la bombilla de platina de un mate enmelado y reluciente.

—Ha promovido un gran desorden en la manifestación,—exclamó el vigilante más embustero,—como queriendo humillar la altivez con que se había presentado el reo á la presencia del juez improvisado. Este, á quien la figura extraña y el estado deplorable en que se encontraba el *hombre de los imanes* había llamado la atención, á punto de interrogar con la mirada al vigilante, como temiendo que le hubiesen tironeado demasiado y tuviese que reprender al agente con severidad. ¡Ah! es que le da el mal, señor; por eso está así,—replicó con énfasis el aludido,—comprendiendo el interrogatorio mudo pero elocuente de su superior.

No ha de ser bueno él cuando se halla tan rotoso,—pensó el que hacía las veces de comisario y tenía empeño en hacerse pasar por tal cuando le caía en las manos alguno de esos honestos á quienes la autoridad tiene entre ojos.

Largo rato estuvo observando al reo; cualquiera al verlo hubiera creído que estaba absorbido en su filiación; lejos de eso, estaba arrollando entre sus manos un cigarrillo, duro, empedernido, con el tabaco enredado como una melena de preso y deseando que las horas pasaran con rapidez, no para ir en busca de algún hilo misterioso que llevara la luz á la justicia, ó de algún delincuente que anduviese merodeando por los contornos, sino para ir como un don Juan de ínfima clase á hacer una conquista en los suburbios.

Cuando el cigarro estuvo hecho, redondeado, cuando pasó por el labio inferior el canto del papel para arrollarlo mejor y pegarlo como un sobre; cuando hubo doblado con la uña dura y encanutada del pulgar derecho una de sus extremidades, el vigilante, que seguía sus movimientos, raspó un fósforo sacaojos, y con la urbanidad más criolla se lo alcanzó para que su señoría encendiese el puro y pudiese darse así los aires de dueño y señor de la oficina.

Después que hubo aspirado con fruición algunas bocanadas de humo, apoyó el codo derecho sobre el escritorio, teniendo el cigarro entre el índice y el medio, á la altura de sus labios, mientras lanzaba por los conductos nasales dos hebras divergentes de humo espeso y se rascaba con la otra la pofisis mastoide, prominente y cubierta de pelo.

En esta actitud, miró un instante al preso, y luego, echando su cuerpo para atrás, hizo llegar

su rodilla huesuda hasta el borde del escritorio, á tiempo que decía: ¿cómo se llama usted?

—Yo,—dijo el presunto reo, con voz débil,— aplicándose su mano derecha abierta y tiesa contra el pecho.

—¿Quién ha de ser, sino usted?

Este miró á su vez al seudocomisario con una sonrisa que hubiese sido compasiva, si el mismo que la dibujaba no hubiese inspirado lástima.

Harto, aburrido, enconado, hambriento, con la desesperación que todavía atormentaba su espíritu, poco le importaba ya de lo que pudiese acontecerle, de su situación, de la comisaría, del castigo que le impusiesen, y aunque le hubiesen tirado al pozo como á un perro muerto, no habría opuesto resistencia.

Corrían por su cerebro las impresiones como si se disputasen el sitio de la atención; ninguna conseguía fijarse en ese negativo incansable para estimularlo á la vida real, al acto presente, á lo que le estaba pasando.

Había momentos en que tenía alucinaciones que lo atormentaban, poniéndolo en una situación difícil.

Tenía por delante un pillastre que había caído en la remanga; uno de los que hacen la jira por las comisarías para ser presentado, filiado y reconocido por los agentes, á fin de que lo dejen nadar en río revuelto.

Al mirarlo fijamente, se le pintaba con dos cabezas; una grande, redonda, maciza, cubierta

de pelo duro y cortado en cerquillo sobre la frente chata y deprimida: ojitos de topo, brillantes, movedizos, labios finos, con comisuras plegadas en una sonrisa taimada y burlona.

La otra, una cabecita pequeña, de feto macerado, con tintes lívidos, párpados semicaídos y una contracción en los músculos del rostro que le hacía asemejar á un pequeño Mefistófeles agarrado con tenazas.

Le parecía oir los gritos agudos, chillones, y le veía en las contorsiones de dolor ocasionadas por el hierro que lo comprimía.

—¡Qué impresión extraña!—pensó,—y fijando más su atención, procuraba encuadrar en sus lineamientos reales, despejando los contornos ilusorios, para hacer entrar uno por uno en su quicio, los rasgos del delincuente, teniendo de nuevo por delante la fisonomía astuta, vulgar y desalineada que había recuperado sus facciones.

Estas impresiones eran tan rápidas y tenían para él tanta influencia, que forzosamente hacía llamar la atención con sus movimientos, con sus sorpresas, con sus monosílabos, cuando perdía de vista los objetos reales para engolfarse en la contemplación de las imágenes que le creaba su delirio.

Después de la transformación del ratero, le tocó el turno al escribiente, y en seguida al vigilante que estaba de ordenanza.

Era un lindo tipo criollo cuadrado militarmente en un ángulo de la pieza; alto, esbelto, de pecho saliente, de tez bronceada, musculoso,

y revelando á pesar de sus años la elasticidad de un cuerpo ágil y aguerrido.

Sus facciones acentuadas daban á su fisonomía una expresión marcada de virilidad bondadosa, y en su mirada tranquila y su acento reposado se advertía al instante al hombre paciente, sumiso, pero de propósitos firmes.

Era una cara simpática, con su barba entrecana, recortada prolijamente alrededor de las mejillas, cejas espesas, bien delineadas, unidas en la raíz de la nariz por un pliegue acentuado.

La autoridad, representada por hombres así, no despertaría las resistencias que en algunas circunstancias levantan sin quererlo y sin sospecharlo, esas figuras adustas y antipáticas de hombres de escala y de raza inferior.

Había cruzado sus brazos sobre el pecho, dejando, sin embargo, por un legítimo sentimiento de vanidad, que se exhibiera plenamente una medalla de cobre suspendida de una cinta con los colores de la patria, un modesto premio á su abnegación y á su valor.

Este hombre estaba allí, mudo, inmóvil, incansable, acostumbrado á esa tarea sin pestañear, sin dar señal de fastidio, obediente á la consigna y satisfecho de merecer esa confianza.

..........................................................

Esperaba el escribiente la respuesta, cuando penetraron en la pieza dos agentes conduciendo maniatado con la cadenilla á un nuevo personaje que tenía la inocente tendencia de apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Era un mocetón lampiño, con la cabellera abundante y alborotada; había para proveer de pelo á media docena de calvos

Pómulos angulosos, como sirviendo de punto de apoyo á una mandíbula cuadrada, gruesa, con un borde como una quilla.

El resto hacía *pendant* á estos rasgos que un antropologista habría completado con dos orejas en ansa y dos pares de caninos afilados como flechas.

La peculiaridad de este sujeto estaba, sin embargo, en los ojos: parecía que la mirada se dividía en dos; la primera natural, indiferente, una mirada como otra cualquiera; debajo de esa relampagueaba la segunda, corta, rápida, desconfiada, hipócrita, escudriñadora.

La primera era la mirada ordinaria, la que le servía diariamente para dar á su fisonomía la expresión de un ente inofensivo; la segunda pintaba al delincuente y echaba mano de ella en los momentos íntimos, cuando creía no ser observado y cuando emprendía, poniéndola á la vanguardia, el plan de campaña que había meditado.

Para mentir, para ocultar su pensamiento, para tomar los aires de santulón indefenso, se valía de la primera; para ver en la obscuridad, para taladrar una cerradura, para dirigir una amenaza, de la segunda, que absorbía entonces todo el juego y la expresión de su pupila.

Era su mirada de guerra, su escudo, su arma, su caudal; cuando se mezclaban las dos, su fisonomía tomaba un aspecto extraño, diabólico.

Mientras el escribiente bosquejaba con gran ruido de pluma y jeroglíficos en las letras mayúsculas, las primeras anotaciones del sumario, él magullaba entre dientes una protesta, ocultando todo lo más posible su segunda mirada rebelde de culpable.

Á una señal convenida, cuatro manos empezaron á sondar los bolsillos y los repliegues de sus ropas y el cuerpo del delito que salió á relucir, no calmaba sus protestas, pero su mirada se encargaba nuevamente de desmentirlo.

Entre tanto, el *hombre de los imanes* se había ido arrinconando; miraba fijamente al vigilante impasible y le parecía que lo amenazaba; había perdido la noción de la distancia y se figuraba que lo tenía á un palmo de la nariz, empuñando el arma filosa para ultimarlo.

Retrocedió algunos pasos, y enredándose en una silla, fué á caer á poca distancia de la puerta, dando gritos y presa nuevamente de un ataque convulsivo.

En la confusión que produjo al caer, el de las miradas dobles había emprendido una retirada decorosa hacia la puerta, pero en la mitad del camino sintió una mano como una ganzúa que le asía de la nuca; dió vuelta, y tomando la más plácida expresión de mansedumbre, dijo suavemente: creía que estaba en libertad.

En ese instante entraba un agente con un envoltorio debajo del brazo; dentro de los trapos arrollados se movía algo que no podía distinguirse, pero los gritos y el llanto peculiar

pusieron de manifiesto que se trataba de una criatura.

Un niño recién nacido, aterido de frío, que el vigilante había encontrado en la calle, abandonado como un gatito en el hueco de una puerta.

## EL DEPÓSITO

Se había destinado una de las piezas del fondo para los presos de menor cuantía.

Se encerraba en ella á los sospechosos, á los que eran inculpados de causas leves, á los vagabundos, á los ebrios, y algunas veces á los heridos que no podían ser trasladados inmediatamente al hospital.

En ese recinto cuadrado, con una puerta insegura que daba al patio, pavimentado con tablas movedizas y horadadas en los cantos por una larga generación de ratones que disfrutaban holgadamente de la bienaventuranza, pues no había perro, ni gato, ni trampa que hiciese peligrar su pacífica existencia.

En otros tiempos, había sido tapizada con papel adamascado; ahora, el papel había sido arrancado en grandes franjas en los momentos álgidos de fastidio y como un desahogo á la ira comprimida de los que tenían que pasar allí las largas horas de ocio y de zozobra.

La pared desnuda, mostrando en algunos puntos los ladrillos descarnados y rojos como una matadura, y de trecho en trecho, una variedad abigarrada de fechas, recuerdos, nombres de mujeres, imprecaciones y versos mal rimados, rodeados de jeroglíficos ininteligibles.

Pendían del cielo raso las franjas sutiles y polvorientas con que habían entretenido sus ocios las arañas, que alguna vez descendían curiosas hasta el suelo para fiscalizar la catadura del huésped que las acompañaba ó atrapar una mosca incauta que zumbaba desesperada como presintiendo su suerte.

En ese recinto húmedo, mal sano y que había sido bautizado con el nombre de depósito, encerrarron piadosamente al epiléptico, hasta que fuese reconocido por el médico seccional, á fin de enviarlo al manicomio ó dejarlo en libertad.

Con el silencio que reinaba en la habitación, lejos del bullicio y del roce poco fraternal de sus semejantes, el infeliz había recuperado poco á poco su calma habitual; los nervios iban entrando en quicio, y su cerebro, que había dado una verdadera batalla, iba conquistando con el descanso el funcionamiento semifisiológico que le permitía darse cuenta de su situación y de los peligros que había corrido.

En los primeros momentos, empezó á vagar por la pieza, teniendo siempre por delante las imágenes bizarras que levantaban en su imaginación la anemia y las desdichas.

Hablaba, gesticulaba, hacía ademanes que pa-

recían de loco, se llevaba la mano á la frente, dándose palmadas que sonaban como chasquidos; luego, se quedaba inmóvil durante largo rato con los brazos cruzados sobre el pecho, cabizbajo, como si un pensamiento fijo lo absorbiese.

Un mechero de gas que iluminaba el patio, proyectaba algunos rayos amarillentos al interior de la habitación, dándole un aspecto siniestro.

En ese fondo claroobscuro, á esa hora, en un recinto desmantelado, el hombre de los imanes tenía el aspecto de un foragido, de un demente.

Visto de improviso, se hubiera creído una aparición empastada de lodo, de sombras, de carne contusa y amoratada, vagando dentro de las franjas colgantes de sus ropas raídas y desgarradas.

Si él mismo se hubiese visto reflejado en la la pared como el ebrio que había contemplado, habría tenido repugnancia de sí mismo.

Cuando avanzaba lentamente desde el fondo sombrío del depósito y recibía de golpe la luz tenue, oscilante y amarillenta, que despedía el mechero del patio, parecía envuelto en las sombras misteriosas del sepulcro.

En los últimos escalones de su existencia había dejado su ropaje de filósofo inútil, tirando su último mandoble á la sociedad con la que había roto por completo y en la que no dejaba afectos ni rencores.

Ahora estaba encerrado y custodiado en el

depósito; la sociedad no quería sus miserias, su epilepsia, su impotencia; era un presente griego que relegaba al último rincón, para hacerlo inofensivo, inútil.

La polilla había invadido el tronco dejando ver una rajadura seca, en la que no podrían echar sus raíces ni las plantas parásitas.

.............................................

En aquel silencio lúgubre, en medio de aquella obscuridad que aun se disputaban los manojos de luz que venían del patio, en aquel pobre ser, medio hombre y medio ente, tuvo un momento de lucidez intelectual y afectiva.

Su cerebro, harto de elaborar ideas descabelladas y sentimientos egoístas, le hizo vislumbrar un horizonte de calma: la posibilidad remota de una regeneración, y con ella, un cúmulo de bienes.

Iba anudando con hebras de entusiasmo este programa privilegiado, y á medida que brotaban esas ideas y esos sentimientos modelados sobre conceptos más reales, se iba esbozando una entidad moral que él contemplaba extasiado como un sicólogo que ha resuelto un arduo problema.

—¡Si yo fuese así!—decía con ansiedad, dando un toque á un sentimiento, como podría hacerlo un escultor con un perfil torcido y que con un golpe de buril lo levanta para hacer brillar la pureza de la línea.

Acariciaba luego una idea y la elevaba paulatinamente hasta hacerla digna de un cerebro

delicado, equivocaba á veces los tintes y los matices, haciendo resaltar los colores chillones donde era menester la sombra suave, y entonces se perdía de nuevo en el caos de su exaltación neurótica.

El tipo moral que había elaborado pacientemente, quedaba convertido en una figura grotesca y deforme.

—No—exclamaba,—no, ese soy yo, y apretaba sus manos temblorosas y crispadas para amenazar á su modelo.

¡Ah, si hubiese podido materializar esta fantasía que tantas veces le había hecho soñar, como si fuese una creación posible de refundir en su propio organismo!

¡Si hubiese podido tocarla con la fruición del avaro que hunde sus manos en el oro para experimentar las impresiones acariciadoras del metal!

Venían después sus instintos abriendo brecha en ese ser ideal y de creación reciente, para embadurnarlo con sus torpezas, y entonces, el vicio, el abandono, la zozobra sin tregua, la indiferencia, el agotamiento prematuro que trae el desgaste de las fuerzas, como final de una lucha estéril y sin más objetivo que el egoísmo triunfando con descaro de todos los arranques nobles, de todos los sentimientos más puros, de todos los impulsos más desinteresados.

Siempre se interceptaba él mismo como una mancha en la tela sutil donde había elaborado

esa organización exquisita, y una impulsión de despecho le hacía considerar su situación más odiosa y desgraciada.

Se hacía más culpable ante sus propios ojos, y en un arrebato de ira se acabó de arrancar los jirones de harapos que lo cubrían.

.............................................

Acurrucado en el rincón más sombrío, había apoyado su barba descarnada sobre sus rodillas y pasando sus largos brazos en forma de arco por delante de sus piernas, había entrelazado los dedos nudosos y huesudos, sosteniendo unidas y tiesas sus piernas flacas y filosas como dos aristas. Así, en esa actitud, plegado dos veces sobre sí mismo, parecía una de esas figuras grotescas de la alfarería india, arrumbado como un trasto inservible.

Gozaba ahora de ese silencio tan grato á sus nervios: percibía apenas el rumor lejano y confuso que le traían las ráfagas que penetraban por los vidrios rotos, y se hacía la ilusión de que estaba lejos, muy lejos de la ciudad, como en sus buenos tiempos, cuando huía instintivamente á los suburbios, á cobijarse bajo una humilde pieza de casa de inquilinato.

No había sabido vivir del trabajo, no había tenido energia para soportar con serenidad las zozobras y desfallecimientos con que se tropieza á cada instante, no había querido días amargos, ni un momento de disgusto para abrir ampliamente sus brazos á la esperanza soñadora; tampoco había tenido alegrías; no había visto

desflorar la tierra por la semilla que empuja llena de savia su tallo erguido, cubierto después de frutos sonrosados y como pudorosos de su fresca desnudez.

Su filosofía escéptica, fría, descarnada, desconsoladora, hueca como una ampolla de jabón que refleja engañosa los colores del iris y se desvanece con un soplo, había servido de coeficiente á su egoísmo, que le subía ahora á los labios como una ola turbia y amarga hasta darle náuseas de sí mismo.

¡Sus recuerdos!... ¡sus gratos recuerdos!... ¡ni ellos!... ¡Estaban salpicados de fango y le mostraban una juventud árida, sin amigos, sin hogar, sin familia.

El vacío, el tiempo perdido, los años pasados velozmente, siempre iguales, reducidos á un día y acompañados del vicio, exhibiéndose en la copa dorada engañadora que oculta la serpiente enroscada en las cinceladuras primorosas del pedestal.

—Basta — se dijo, — es menester concluir... Desanudó sus dedos entumecidos, como si rompiese sus ligaduras, y agarrándose fuertemente la cabeza, estalló en un sollozo prolongado.

Parecía el aullido de un perro delante de la tumba de su amo.

.............................................

El sueño puso término á sus dolores y reflexiones.

Á fuerza de agitarse y de buscar acomodo á sus huesos, para ocultar mejor su desnudez,

encontró una postura menos molesta, y poco á poco se fué transportando al mundo de las fantasías.

Soñó como los hambrientos, con grandes pilas de pan y manjares muy cerca de sus labios, pero se encontró con manos entorpecidas que no le permitían atraparlos.

Horas interminables de felicidad hacían sus danzas caprichosas delante de su pupila como mofándose de sus desdichas.

Un bazar de mujeres hermosísimas le exhibían con descaro sus formas voluptuosas; él abría sus brazos para envolverse en los pliegues de sus túnicas sutiles, pero en ese instante se desvanecían en sus manos como si fuesen formadas de aliento y de lujuria.

Un ambiente fresco y perfumado dilataba las ventanas de su nariz, y poco á poco, los colores más tenues iban mezclando sus tintas para forjarle horizontes deslumbradores.

Largas alfombras de verdura y de flores se extendían á sus pies, y las mariposas de alas de oro, y las flores de más esquisita fragancia, cambiaban sus caricias; la buena fortuna, vestida con rayos de luz y llevando en sus manos de dedos afilados y transparentes un cetro brillante, se acercaba suave como el suspiro de un niño á tocar su frente dolorida.

Si de improviso se hubiese acercado una luz á su semblante descompuesto por el hambre, por el dolor, por los sufrimientos morales, se le habría encontrado transfigurado.

Hubiera sido curioso poder examinar esas impresiones traducidas por sonrisas que pretendían dibujarse en sus labios machucados; ver esas líneas que formaban surcos prematuros en su piel apergaminada, estirarse poco á poco, levantar sus bordes en una curva suave y desaparecer después en un pliegue bien modelado, obedeciendo á las fibras musculares que habían permanecido en la inacción, casi atrofiadas.

Los músculos fisonómicos, recuperando poco á poco su vigor, excitado por un cerebro que elaboraba lentamente panoramas de felicidad, se contraían, se tonificaban, luchando con el ceño y la expresión enfermiza y de dolor á que estaban habituados.

Verle, de pronto, abrir desmesuradamente los párpados para presentar sus ojos fijos, inmóviles, de sonámbulo, en los que relampagueaba de cuando en cuando un rayo de alegría que animaba de pronto su rostro macilento.

Balbucía palabras ininteligibles, y de pronto una exclamación de sorpresa y de estupor, al propio tiempo que estiraba sus brazos descarnados para asir la felicidad que aun en el sueño le daba la espalda.

.............................................

En esa actitud de animal cansado se iba arrinconando cada vez más hasta quedar como incrustado en la pared.

.............................................

Una escena grotesca que tenía lugar en el

patio, á poca distancia del depósito, vino á poner término á este éxtasis venturoso.

Un ruido sordo de voces, de protestas, de gritos y gruñidos roncos, reemplazó á los murmullos suaves, á las promesas halagadoras, y el tufo insoportable de humedad y mefitismo ahuyentó el fragante aroma de las flores, y las ráfagas de viento helado que entraban por los vidrios rotos, hicieron tomar el trote á los céfiros que habían arrullado el sueño del hombre de los imanes, y á las mariposas de alas de oro, los insectos zumbones y molestos que andaban haciendo círculos en el aire y chocando de tiempo en tiempo contra las paredes y la cabeza magullada del preso, con sus corazas negras, duras, relucientes.

—¡Era un sueño! — dijo después de restregarse los ojos.—¿Y esto?—añadió, tendiendo el oído en dirección al paraje de donde venían los gritos.

Olvidado por un momento del sitio donde se encontraba y del tiempo que había transcurrido, creyó que eran de nuevo los manifestantes que querían concluir con él.

Un sentimiento de terror y de rabia conmovió todo su organismo, y en la actitud de una fiera acosada, extendió sus puños crispados al propio tiempo que apostrofaba á sus enemigos, llamándoles cobardes y sin corazón.

En medio de la bulla y de la gritería que le mandaban desde afuera los ecos confusos y chillones, no podía distinguir sino estas palabras:

—¡Es el loco!... ¡el loco!

—¡El loco!—repetía él entre dientes... —¡ah! creen que estoy loco... ¡ya verán!—exclamó impetuosamente y haciendo movimientos bruscos para levantarse y salir al encuentro de sus enemigos imaginarios... pero las fuerzas le abandonaron y cayó de rodillas, dando pesadamente con la frente contra la pared.

—¡Me muero!—gritó con voz ronca.

Y esa pobre carne que estaba ya deshilachada, no pudo reaccionar.

En ese momento, á los gritos, á las protestas y al ruido de esfuerzos y de empujones, y al arrastre que hacía crispar los nervios, se agregó el estrépito de la puerta que se abrió violentamente, recibiendo el choque de un hombre que fué lanzado como un fardo al interior de la habitación.

Cayó produciendo un ruido seco y extraño, como si estuviese inflado, lanzando una interjección de ira y de dolor.

Cerróse nuevamente la puerta, y el rumor de pasos y de voces se perdió poco á poco hasta quedar todo en el más completo silencio.

.............................................

Permaneció pensativo y amedrentado el hombre de los imanes, esperando descubrir la filiación de su compañero, ya que respecto de los manifestantes no tenía por qué temer; estaban tranquilos en el comité, echando sus cuentas sobre el efecto de los vivas y mueras que habían lanzado á los cuatro vientos.

En la actitud del gato que acecha al ratón, esperaba que la mole que se había desplomado cerca de él, se moviese ó lo llamase en su auxilio.

Nada; el infeliz seguía estirado en el suelo, roncando cada vez más fuerte y lanzando á intervalos unos gruñidos roncos de apoplético que le hacían estremecer.

Lo llamó repetidas veces, le instó para que se levantase y fuese á contarle sus cuitas; pero, viendo que sus tentativas no daban resultado, se aventuró á estirar en la semiobscuridad su brazo largo para tocarle con su índice puntiagudo como una alezna.

Empezó por palparle suavemente una pierna que había quedado desnuda, sintió el contacto de la piel lisa, turgente, suave, caliente, y al querer imprimirle la presión de su dedo, retiró bruscamente la mano como si hubiese tocado la piel de un animal repugnante.

Se había hendido la carne, dejando un hueco, como si fuese un hombre empastado en masilla.

Se arrastró de nuevo hacia un rincón, procurando distinguir en la obscuridad los movimientos del ebrio.

Miraba fijamente el bulto que estaba á poca distancia, é instintivamente tuvo miedo; le parecía que venía lentamente rodando como un gran montón de escoria que quisiese sepultarlo.

Luchaba con tenacidad contra el sueño, y cuando ya estaba á punto de quedar vencido,

se contundía con los puños las carnes más doloridas ó se hincaba las uñas en el pecho para estimularse.

Empezaba á aclarar.

La luz del mechero de gas se hacía cada vez más pálida.

Grandes franjas de nubes rojas asomaban por el horizonte, salpicadas de trecho en trecho por manchones negros, revueltos, como si la luz se apresurarse á despojarse de esas vestiduras, para tirarlas en jirones que el viento dispersaba, dándoles formas caprichosas.

El *depósito* iba exhibiendo su contenido como con desgano; las sombras huían abochornadas, á medida que se iban despejando los contornos de ese cuadro de la miseria y del vicio.

El *hombre de los imanes* daba la espalda á á la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y esperando resignado la terminación de sus desdichas.

Cuando daba vuelta á la cara y veía á su compañero tendido á sus pies como una res desollada, le venía á la memoria la figura grotesca que había reflejado en la pared los contornos de aquel infeliz que había contemplado desde la angarilla en el rincón del patio.

Levantaba luego su mano á la altura del pecho y la restregaba rápidamente contra sus costillas salientes, como si quisiese alejar de sus dedos alguna partícula venenosa que hubiese quedado adherida por el contacto con la pierna del ebrio.

Éste continuaba tendido en la misma postura. Sobresalíale el vientre en una curva enorme, dejando ver su piel reluciente por entre las aberturas de la camisa sucia y desgarrada.

Parecía que las piernas quisieran reventar la tela del pantalón rotoso que las envolvía, y sus manos hinchadas, escarlatas, elefantíasicas, pegadas á las caderas estaban cubiertas de ampollas y lastimaduras como en los miembros atacados de gangrena.

Tirado así de espaldas, con su vientre abovedado que parecía próximo á estallar, el pecho se levantaba en sacudidas precipitadas, como si tuviese apuro de almacenar aire en los pulmones congestionados.

Por instantes detenía la respiración, su cara se hacía más rojiza, abría los ojos inyectados y sus labios tomaban el color del vinagre; quedaba inmóvil, sin hacer ruido, hasta que una sacudida nerviosa le estremecía todo, como un perro envenenado; y luego, otra vez la inmovilidad y el silencio.

En estos momentos el *hombre de los imanes* estiraba el pescuezo, lo miraba fijamente, y, juntando como en un palmoteo las manos descarnadas, exclamaba asustado: ¡se ha muerto!

Y como si esta exclamación fuese á herir el oído del ebrio, empezaba de nuevo á respirar; primero, con una respiración amplia, ruidosa, algo como un esfuerzo supremo de vida, como si nuevas combustiones hubiesen recalentado esa hoguera próxima á extinguirse.

Volvían á caer sus párpados hinchados, glutinosos, equimóticos; entreabría su boca para dar salida á la espuma sanguinolenta que se pegaba como un copo á sus labios gruesos, carnudos, amoratados, sosteniendo el superior una hilera de pelos duros, entrecanos, adheridos á la carne como una costra.

Las mejillas surcadas por venas azules, sinuosas, formando arborizaciones que iban á terminar en el cuello, donde las gruesas venas estaban hinchadas, pletóricas, y amenazando romperse.

Un pescuezo de buey, corto, colorado, que se dilataba en cada sacudida respiratoria, como si el aire de los pulmones pasase al través de las mallas de sus tejidos.

Ese conjunto ya no era un hombre; el alcohol había impreso sucesivamente su huella en esas carnes, robándole su nobleza plástica, hasta ahogarlo en una capa de grasa blanduzca y pegajosa.

Había recorrido todas las vísceras, en las que había dejado un recuerdo de sus estragos; ahora, asomaba al exterior con la hidropesía, la hinchazón de las piernas, las manchas violáceas y escarlatas que se difundían por toda la piel como si fueran el bochorno del vicio descubierto de improviso,

El cerebro descansaba de las fatigas y torturas del delirio, obedecía como un esclavo á los estímulos de la animalidad; todos los sentimientos nobles habían huído del corazón;—ebrio él también y dando traspiés dentro del pecho;—del

cerebro se habían desalojado las ideas para dar entrada á las alucinaciones, á las impulsiones disparatadas, á la perversión maniática, á ese mundo compuesto de monstruos, de gentes de ojos de sangre, de caras verdes, de labios amarillos de agonizantes, de bocas torcidas como en una burla de demente:—todo esto había desaparecido, á su vez, para dejar en su lugar el caos, la inconsciencia, el reblandecimiento, la atrofia... la orgía concluída en el sueño del embrutecimiento.

En su intimidad más sensible se había producido una catástrofe: una arteriola desgastada, enferma, había estallado, y la sangre comprimida se había abierto un camino sinuoso al través del tejido blanduzco, desgarrando masas preciosas que habían dado el toque de alarma, llevando la confusión á sus compañeras.

Un asalto brusco, traidor, le había hecho abrir los ojos desmesuradamente, como el buey que recibe el mazazo de improviso; luego, la convulsión, y el *coma*, como un preludio de la muerte.

.............................................

Ahí estaban, el uno frente al otro, estos dos seres, los que, encaminados por distintos rumbos, habían venido á converger al alojamiento inmundo del *depósito*.

Separados ayer por una arista débil que interponía la sociedad con sus preocupaciones y sus distancias convencionales; hoy, abrazados, unidos, vinculados fraternalmente en la comuna del vicio: uno, al borde del sepulcro; otro, haciendo antesala al manicomio.

## APOTEOSIS

Pasa á nuestro lado rozándonos como una sombra; cabizbajo y tembloroso como un perro que se estremece al salir del agua.

Su aspecto es otro; así, al primer golpe, no lo reconoceríamos. Le han cortado el cabello, y su cara, completamente afeitada, tiene el aspecto de esos santos que mueren de consunción por la disciplina y los ayunos.

Está ahora en el manicomio, custodiado sin sospecharlo, por temor de que un ataque de epilepsia ó un rapto de delirio le haga terminar sus días de una manera dolorosa.

Extraña mezcla de hombre y de ente, de coraje y de debilidad, de entusiasmo y de desfallecimiento, de ideas elevadas y de conceptos microscópicos, de afectividad tierna y enfermiza y de egoísmo inconsciente.

Caso frecuente de hombre de carácter, de imaginación ardiente, de apasionamiento exaltado, de orgullo, de niño y de viejo, como si las dos edades se hubiesen refundido para llevarlo á una existencia aventurera.

Adherido á la sociedad como un musgo que crece en los cimientos, buscando siempre los rincones, las sombras, el alejamiento, para amar y odiar á su modo; arrastrado muchas veces

al sacrificio, pero sin fuerzas para contenerse; sepultado en el fango, para inspirar lástima; flotando en la superficie, para alimentar las burlas; desafiando el ridículo, para satisfacer su vanidad despreciativa.

Enfermo moral,—inconsciente de su estado y de su condición,—quebrando en sus manos la felicidad que iba generosa á golpear sus puertas.

Soñador, poeta que ha escrito rimas envenenadas con la savia malsana de su cerebro alcoholizado.

Con envoltura de filósofo pesimista, inclinado al suicidio por cansancio de su inutilidad y por el desaliento innato que lo comprimía con su garra.

Crítico y moralista, con las pretensiones delirantes del neurótico.

Generoso, delicado, humilde hasta la mansedumbre... soberbio, irascible hasta el furor.

Ebrio por herencia, sin los refinamientos del vicio.

Ser transformado sucesivamente por la neurosis, por el alcohol, por la mancha hereditaria, que fué agrandándose con los años hasta eclipsar su personalidad.

Hombre á ratos... artista siempre... artista para llorar sus desdichas, para exhibirse él mismo como un modelo de su obra; juzgado y despreciado por sí mismo cuando se encuentra indigno del suicidio.

Ironía viviente de la criatura humana que se levanta como una efigie en la aridez de sus propias obras.

Una mueca grotesca que befa el orgullo del que se empina desde el fango para tocar el cielo.

Descreído hasta el ultraje,—en uno de esos momentos hubiera sido capaz de reírse hasta de Hamlet y de su monólogo y de dar un puntapié al cráneo que extraía de la fosa... se hubiera burlado de Dios mismo en su petulancia rebelde y enfermiza.

De rodillas, besando el suelo, hundiendo su frente en la tierra que había escarbado con rabia, derramando lágrimas ardientes, hubiera esperado sin zozobra el rayo que lo destruyese, porque se creía maldito y desgraciado.

Miraba á sus espaldas y veía á la sociedad correr detrás de él como una turba insensata y desenfrenada, estirando un millón de manos para asirlo, lapidarlo, y tirarle á la cara sus vicios para ahuyentarlo lejos, como á un animal dañino.

Las puertas del infierno de Dante, abiertas de par en par ante sus ojos, y las figuras imponentes de los desdichados que se revolvían en el abismo, salir airados y amenazadores para defenderlo.

Él, en medio de las dos turbas, estirando sus brazos para contener la pelea horrible, abrirse después el pecho y decir á los de la tierra... Aquel es nuestro cielo; el infierno soy yo... y arrancarse el corazón, tirarlo ensangrentado, de carnada, para aplacar los alaridos de la muchedumbre famélica y enloquecida.

.............................................

En la materialidad de las cosas diarias, en el

roce de la vida, era un infeliz que se le miraba con desdén despreciativo.

Había recorrido su víacrucis, impasible, recibiendo los azotes con la resignación y la insensibilidad del sectario.

En sus debilidades, en sus angustias, en sus miserias, en sus esperanzas engañadoras, era el hombre tirado á la orilla, como la espuma que lame la escoria... La escoria se había revuelto y había ennegrecido la espuma que venía columpiádose en la onda mansa.

Tenía aún, en el supremo abandono en que se encontraba, sus ratos de lucidez; desaparecía entonces el daltonismo que le cambiaba los colores reales, y con aire desconfiado empezaba á contemplar la larga fila de hombres macilentos y silenciosos que pasaban á su lado como otras tantas efigies de su existencia.

Miraba con curiosidad esas caras deformadas por el sufrimiento; sentía frío ante esas risas inconscientes; llamaba con cariño á algunos de ellos, pero éstos, con el miedo del animal huraño, le hacían un gesto indescriptible, le clavaban sus miradas de burla, de lástima, de reproche, de rencor, y se alejaban cabizbajos, vacilantes, cantando unos, blasfemando otros, como seres maldecidos que van en busca del caos.

Fijaba su pupila en esas cabezas que se movían lentamente, como un mar que empieza á agitarse, y sentía un estremecimiento nervioso que lo dejaba como petrificado.

Veía una serie de cráneos exhibiéndose como

en un museo vivo: algunos redondeados, como si hubiesen sido refundidos en un molde; comprimidos y abollados otros, como si una mano maléfica hubiera querido impedir su desarrollo. Algunos, pequeños, torcidos, angulosos, habían usurpado á la cara la belleza de sus líneas para mostrar una frente que hubiera podido medirse con el dedo puesto á través.

En un rincón se columpiaba en el suelo como una caterva de cabezas de gigante, enormes, monstruosas, en las que se adivinaba un cerebro pequeño chapaleando dentro del agua.

Las caras de esos desdichados le hacían retroceder; él las veía aún más enormes, y cuando sonreían, dando á su pupila cierta expresión consciente, agitaban en el aire sus manos, levantadas con aleteos de pengüinos.

Este cuadro, que se iba desarrollando á retazos ante sus ojos, le producía á él mismo la alucinación de los hechos reales.

Oía una discusión animada, calurosa; gritos, blasfemias, amenazas... Corría rápidamente al sitio de la lucha, y los dos infelices que habían simulado la escena, se callaban de pronto, se miraban como dos personas extrañas, daban vuelta á la espalda y se alejaban silenciosamente.

En un rincón, un individuo joven, de aspecto simpático, de mirada brillante, estaba acurrucado como un mendigo; de pronto, un sollozo violento le hacía dar vuelta á la cabeza.

Veía á ese hombre, deshecho en lágrimas, golpearse el pecho y acusarse de delitos atroces;

se acercaba compasivo para consolarlo... una mirada del guardia bastaba para secar las lágrimas y cambiarlas en risas nerviosas de alucinado.

Se veía despreciado, humillado por un arrogante millonario que había poblado su cerebro con todas las grandezas de la tierra... pasaba á su lado desdeñoso, mostrando sus trapos y sus miserias... la felicidad se complacía en engañarlo sin tortura... y él, que adivinaba esa felicidad verdadera, la única real que había tenido, no le tenía envidia.

Iba pasando así una revista minuciosa á la larga fila de desgraciados que habían entrado antes que él á ocupar su pequeño círculo en ese infierno que se iba agrandando y que lo envolvía por todas partes como un laberinto sin salida.

Su existencia anterior se había borrado poco á poco, no le quedaba más que un recuerdo confuso, se veía rodeado de individuos que le codeaban, que le hablaban sin comprenderlo, que lo abrazaban sin cariño, que le sonreían sin conocerlo, que lloraban sobre su pecho dolores imaginarios, que lo maldecían sin rencor, que lo amenazaban inconscientes, y que tan pronto le lanzaban una blasfemia, como le tendían una mano sin afecto.

En medio del patio, al rayo del sol que caldeaba el cráneo rapado, se había arrodillado uno para murmurar plegarias que no llegarían á su destino; otro, silencioso, pensativo, con la vista clavada en el suelo, parecía meditar sobre

sus desventuras, hacía signos en el aire, y luego se levantaba como enfadado de no encontrar solución á sus miserias.

En un buen momento, un orador se le puso por delante, le habló con énfasis, con entusiasmo, anudando frases, palabras, fechas, nombres y citas; y por último, en su irritación creciente, un asalto brusco, inesperado, que habría concluído con él si una mano fuerte, avezada, no lo hubiese tomado de un brazo para desviarlo.

Él estaba allí como el emblema de esa larga serie de hombres á quienes no podía querer, porque no era comprendido, y de quienes recibía mil protestas á un tiempo, de afecto y de odio.

Su mayor dolor, era darse cuenta de la realidad de estas desdichas.

Su felicidad hubiera sido la inconsciencia, la locura completa, rápida, que anulase para siempre los ratos lúcidos que asomaban como destellos dentro de su pobre cabeza.

.............................................................

La sociedad estaba lejos.

Era un país del que había emigrado para no volver... Desde su rincón solitario, la veía agitarse, agrandarse, venir hacia él, como á reclamarlo para restituirlo á su cueva y á sus dolores. Él retrocedía, se replegaba, corría desatinado, buscando un refugio, y cuando creía ver avanzar las calles, que se abrían como brazos enormes para estrecharlo, daba un grito y caía en un ataque convulsivo...

FIN

